UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**

AZCAPOTZALCO
COSEI. DOCUMENTACION

DIVISIÓN DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO

PROGRAMA: ESPECIALIZACIÓN, MAESTRÍA Y DOCTORADO EN DISEÑO

DOCTORADO EN DISEÑO

TÍTULO

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana: variaciones sobre el discurso del diseño criollo.

Autor:

José Silvestre Revueltas Valle.

Tesis para optar por el Grado de Doctor en Diseño,
Línea de Investigación: Estudios Urbanos

México, D.F.

Diciembre de 2001

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana:
variaciones sobre el discurso del diseño criollo.

Tesis que presenta para optar por el
grado de doctor en Diseño,

José Silvestre Revueltas Valle.

Director Dr. Ariel Rodríguez Kuri.

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana: variaciones sobre el discurso del diseño criollo.

José Silvestre Revueltas Valle.

Director: Dr. Ariel Rodríguez Kuri.

Lectores:
Dra. Eva Alexandra Uchmany.
Dr. Alberto Carrillo.
Dr. Javier Meza.
Dra. Gudrun Lenkersdorf.

Índice.

	Página.
Presentación.	5.
Sinopsis.	17.
Preámbulo.	18.
La ciudad de México en el siglo de Sor Juana: introducción.	26.
El cimiento de la historia en la conformación de una idealización del diseño. Capítulo primero.	57.
Entre tanta muchedumbre sin hallar seguro blanco. Capítulo segundo.	96.
El principio de la realidad: los elementos discursivos en la construcción de un escenario urbano. Capítulo tercero.	113.
La construcción de una ciudad idealizada. Capítulo cuatro.	193.
La ciudad de México en el siglo de Sor Juana, pequeño ejercicio de recapitulación. Capítulo cinco. Conclusión.	236.
Bibliografía. Fuentes primarias.	278.
Bibliografía. Fuentes secundarias.	282.
Curriculum vitae	294.

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana.

Presentación.

"Hey, mister tambourine man
play a song for me
I´m not sleepy and
there is no place I´m going to
hey, mister tambourine man
play a song for me
in the jingle jangle morning
I´ll come following you".
Mr. Tambourine man.

Bob Dylan.

"Por razones que al autor le bastan,
a muchos lugares, personas, observaciones
e impresiones no se les ha dado cabida en
este libro. Hay secretos, y hay cosas que
todo el mundo sabe y de que todo el
mundo volverá a escribir.
Si el lector lo prefiere, puede considerar el
libro como obra de ficción. Pero siempre
cabe la posibilidad que de un libro de
ficción arroje alguna luz sobre las cosas
que fueron antes contadas como hechos".
París era una fiesta.

Ernest Hemingway.

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana. El mismo título demanda una mínima explicación tanto del origen como de los alcances y del escenario

académico mismo en donde se desarrolló la presente tesis. Algunos de los cimientos podrían ser rastreados en las proyecciones más elementales de gustos personales y nostálgicos afectos, otros en las respuestas a un esfuerzo universitario emprendido hace algunos años por la institución a la que debo algunas de las cosas más principales que la vida pueda ofrecer, y un último, a la obligación mayúscula adquirida al ingresar al Departamento de Investigación y Conocimiento para el Diseño, de poder contribuir a la construcción de un marco de referencia que oriente alguno de los perfiles que, por la naturaleza de las cosas que tratamos en la División de Ciencias y Artes para el Diseño, plantee las bases epistemológicas para la creación impostergable de una Teoría del Diseño.

Comencemos por partes esta pequeña llovizna de ideas y recapitulaciones. Supongo que al igual que en otros trabajos, el presente tuvo su origen en afinidades y preocupaciones académicas adquiridas con el paso del tiempo, siendo para el particular, en el escenario de la Universidad Autónoma Metropolitana, durante mis inconclusos estudios de licenciatura en ingeniería, donde una creciente atención por otras cosas comenzaron a complicar las matrices de Leopold, los estudios y muestreos sobre DBO y DQO, pensar en "precipitadores electrostáticos" o en algunos otros elementos afines. *

Las disputas entre escritores varios, la fabulosa presencia de otros tantos cuya fama rebasó con creces a su propia generación, la complicada década de los años ochenta, la música de rock, la proximidad de la caída de un mito -el del "socialismo real"- la eterna crisis económica, entre muchos otros, configuraron el peculiar mundo donde los entonces jóvenes crecimos. También fueron los escenarios en donde apareció un libro por demás notable, notable por la forma de abordar un siglo peculiar de nuestra historia, pero también por una temática que nos hacía de nuevo pensar en la validez universal y atemporal de algunos de los mejores hombres y mujeres que nuestra propia especie ha producido. El título era

* DBO y DQO son abreviaturas de Demanda Biológica de Oxígeno y Química de Oxígeno, respectivamente. Son utilizadas dentro de los muestreos de agua como parte de los indicadores de calidad de la misma.

en sí mismo un enigma: Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, escrito por Octavio Paz.

Con una responsabilidad mayor por explicar "las trampas de la fe", y apoyado en ideas maceradamente cultivadas durante muchos años de trabajo, Paz contundente afirmó: "El poeta, el escritor, es el olmo que sí da peras". Aspecto universal, argumento recurrente que, independientemente de nuestras circunstancias históricas, tenemos que traer a colación por una cuestión muy simple: siempre habrá necesidad de esas peras que vienen del olmo.

Paz mismo resultaba un ejemplo destacado. Su talento a finales de los setenta lo había llevado a incursionar en ensayos como Tiempo nublado, conjunto de reflexiones sobre las disputas políticas internacionales más principales de la época, su estudio central sobre el PRI, El ogro filantrópico, las compilaciones de artículos varios en Hombres en su siglo, y en Pequeña crónica de grandes días. Pero luego, el estudio deslumbrante sobre Sor Juana, a qué obedecía, y más aún, ¿por qué en esos años?

A las ideas del escritor se agregaron otra motivaciones por parte de quien anhela y sueña por un poquito de la sombra de ese majestuoso árbol que sigue siendo Paz: Elena Poniatowska. En Las palabras del árbol a propósito de Sor Juana y de Paz, de Alfonso Reyes y López Velarde, a propósito también de la razón y la fuerza que en mucho nos enorgullece en nuestra condición de mexicanos, y que explica fehacientemente por qué la invocación de personajes tan ilustres nunca estará de más en cualquier tiempo y bajo cualquier circunstancia, la escritora apunta: "País castellano y morisco, rayado de azteca": esta frase de Ramón López Velarde lo ha llevado a la universalidad a la que apuntó también López Velarde. Hacia ella se encaminó también Alfonso Reyes al decir que para ser provechosamente nacional hay que ser generosamente universal o, al revés volteado, que es lo mismo -los lugares comunes deben memorizarse al revés-, Vasconcelos con su raza cósmica, Sor Juana Inés de la Cruz con su amor a la ciencia, los grandes pintores de México, los anónimos artesanos de Chiapas y de Oaxaca, los constructores de pirámides,

los tejedores que hilan poesía en la urdimbre de sus textiles, los alfareros que la moldean, los hombres y las mujeres que son como puños de tierra de nuestro país. Octavio Paz es una continuación de todos ellos. Sin Sor Juana, sin López Velarde, sin Reyes, sin los que tejen cestería, sin los que ensamblan los maderos de esta sillita al sol que para Paz es la felicidad, sin la riqueza fortuita de México, Paz no hubiera escrito "Piedra de Sol" ni "Nocturno de San Ildefonso", ni su obra entera que abarca a la poesía y a la filosofía, a China, a Japón, a la India, a Grecia, a Góngora, a Quevedo, a Lope de Vega, a San Juan de la Cruz y a las formas populares". La universalidad en sus múltiples formas: quería Paz escribir sobre Sor Juana, y el mismo gusto de hacerlo resultaba una justificación en sí misma poderosa para hacerlo.

En consecuencia, era un problema muy simple el que me aquejaba: únicamente había que voltear hacia otras formas y manifestaciones del presente, para encontrar su línea de sentido por el paso del tiempo, y con ello invocar reiteradamente el pasado.

Sor Juana Inés de la Cruz, sus vecinos y su espacio inmediato: la ciudad de México. Sor Juana, la criolla novohispana del siglo XVII. La influencia del libro fue por demás concluyente. Ediciones agotadas en un mes, redescubrimiento de un sólido personaje que necesariamente se encontraba entre las mejores hijas que el país había brindado. En el interior, los mudos retratos del virrey Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna y conde de Paredes, de Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera y de Antonio Núñez de Miranda, entre otros, resultaban casi una fuga ante las tasas de inflación que llegaron al 100%, como ocurrió en 1982, al sólido desempleo que generacionalmente enfrentamos por aquellos años, a las escenas del temblor de 1985, al fraude electoral en Chihuahua, al golpe de estado de 1988.

Una intelectual novohispana dedicada a cultivar la razón y el pensamiento, se asomaba entre el mar de miseria que caracterizó a aquella década del siglo XX, y que luego de hacernos ver lo inoperante y absurdo de algunas de las facetas de su

mundo político, de las necedades constantemente reiteradas en sus poemas, nos brindaba luces para apreciar la otra, la luminosa, la que al darle vida, también ella le dio vida, la que alentó la incursión y aventura criolla ofreciendo personajes valiosos y significativos como Sigüenza y Góngora, como el cronista Vetancourt, como el padre Sánchez, entre muchos otros. Una consecuencia directa ejerció entre varios de nosotros: nos posibilitó tener una fuerte dosis de esperanza, y justificar con ello los móviles de acción que vimos cristalizados en la espontánea solidaridad ante los damnificados por el temblor, espíritu que usamos además para manifestar nuestro profundo rechazo ante las llamadas "reformas" de la UNAM en 1986, protesta que con inteligencia, imaginación y fortuna encabezaron los jóvenes del Consejo Estudiantil Universitario. Como víctima de las circunstancias en que vivió, la razón que asistió a los escritos de Sor Juana fue la misma naturaleza que siglos después alentó la creación del Frente Democrático Nacional y el lanzamiento de la candidatura del Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, así como la valiente respuesta que ante la imposición antidemocrática encabezó el Doctor Nava en San Luis Potosí: todos ellos han confluido, confluyen y confluirán en un simple anhelo: queremos y demandamos vivir en un mundo más inteligente, más justo y mejor.

Nuestros antiguos vecinos en sus preocupaciones y temores se enlazaron directamente con los actuales en su diaria lucha por la supervivencia, en su diaria invocación de santos y milagros para resolver sus más inmediatos problemas, pero también en la creación de esa fuerza latente todavía en el siglo XVII, que cristalizará en 1810 para unos, y que a nosotros, pese a lo dicho, no vimos llegar el 2 de julio del año 2000. Esperanzador y afortunado resulta, por tanto, saber que todavía están allí y esos argumentos serán soportes para decir en cualquier momento, nuevamente, "basta ya".

En tanto, probablemente como la repetición de un fenómeno generacional y la reformulación de una suerte de preguntas con más de tres siglos de longevidad, Sor Juana y su mundo demandaban una explicación sobre su ciudad, explicación que habían iniciado ya con enorme fortuna los doctores Francisco de la Maza con

La ciudad de México en el siglo XVII, y Antonio Rubial García en su imprescindible libro La plaza, el palacio y el convento, así como Paz en momentos varios de su libro citado, así como las novelas varias del general Riva Palacio, y en alguna forma también las de Manuel Payno. Otras fuentes y otras intenciones hicieron y plantearon la revisión del siglo teniendo como aspecto de especial atención al objeto diseñado, que para nuestro caso es el de la "ciudad". Pero ahora se pretendió, partiendo de la similitud que en su momento estableciera Edmundo O´ Gorman a propósito de América, indagar sobre el discurso que un objeto físicamente diseñado podría estar produciendo dentro de la mentalidad de quienes lo vivieron, escribieron, y en alguna forma, construyeron y siguen construyendo en la ciudad nuestra en el siglo XVII, pretensión que en la forma más elemental se sintetizó en la expectativa brindada por las siguientes preguntas: ¿cómo se fue inventando la ciudad de México?, ¿quién la inventó en la forma en que la inventó y por qué razones?, ¿cuáles fueron los móviles más necesarios para que esta se encontrara asociada con un grupo hegemónico característico, que en la configuración de sus procesos básicos de autoafirmación, definió también los de su lucha en contra de quienes fueron distintos?, y, por último, ¿cuál es el papel, cuál es el vínculo qué existe o puede existir entre el Diseño y la Historia, para qué entre ambos se planteen una serie de preguntas que las dos disciplinas aisladamente quizá no alcanzarían a vislumbrar?

Ensayos y errores, aproximaciones diversas. El presente trabajo es resultado de múltiples formulaciones y reformulaciones, que también son características de toda tesis. Afortunadamente para enfrentarlas, conté con el apoyo central de otra gran institución, que es considerable y por mucho: la Universidad Nacional Autónoma de México, y en concreto, la Facultad de Filosofía y Letras.

De cinco capítulos y una introducción consta el presente trabajo. En la introducción se establecen las bases mínimas que existen, cuya ahondamiento se establecerá a lo largo de todo el texto, que pretenden apuntar las diferencias básicas entre lo que es esperable y deseable en un trabajo en Historia en relación

con otro en Diseño. En el segundo, comienza la indagación sobre la construcción discursiva que existió desde el siglo XVI sobre la ciudad de México, teniendo como principales protagonistas los escritos de Jerónimo de Mendieta, de Alonso de Zorita y de Domingo de Chimalpáhin. Del tercero deviene un ejercicio de reconstrucción urbana en atención a las Actas del Cabildo de la Ciudad de México, fuente que nos permitirá contrastarla con los decires y planteamientos más principales que para el caso existieron de manos del padre Florencia y del fraile Agustín Vetancurt, entre otros. Queda por último, en el quinto apartado, hacer una recapitulación y conclusión de lo visto a lo largo del trabajo.

Así las cosas, dice Borges en su Nueva antología personal: "Todo regalo verdadero es recíproco. Dios, de Quien recibimos el mundo, recibe de Sus criatura el mundo". Así también pensé este trabajo, como un regalo, que como regalo debía enfrentar la hechura de este libro. El sujeto inmediato al que está dirigido, y del que eternamente me sentiré en deuda, es con el esfuerzo que la División de Ciencias y Artes para el Diseño, de la Universidad Autónoma Metropolitana, emprendió desde 1995. Una aventura por demás importante: la creación de estudios a nivel doctorado en Diseño. La ciudad de México en el siglo de Sor Juana, se insertó como parte de esta promoción, teniendo la afortunada dirección del Dr. Ariel Rodríguez Kuri, y, en una forma por demás entusiasta, el seguimiento del Dr. Sergio Tamayo.

En estas andanzas concluye Borges: "Sólo podemos dar el amor, del cual todas las otras cosas son símbolos", y ya insertos en esta tónica, devienen las imprescindibles referencias para quienes en alguna u otra forma estuvieron directamente vinculados con la realización de estas páginas. José Revueltas dijo en alguna ocasión que "todo acto de creación es un acto de amor", y, con la razón que le asiste, deriva la fortuna y necesidad de poder agradecer a quienes han realizado junto conmigo este trabajo.

Inicialmente quisiera nombrar al diseñador industrial Guillermo Gazano Izquierdo, a la maestra Julia Vargas Rubio y al arquitecto Celso Valdéz Vargas,

jefes del Departamento de Investigación y Conocimiento para el Diseño en los años en que he andado por allí, quienes, pese a toda prueba en contra, creyeron, como autoridades, como universitarios y, sobre todo, como amigos, factible la realización del presente esfuerzo como parte integrante de los trabajos del Área en Hábitat y Diseño, desde que esta inicio como grupo de investigación en 1997. Se agregan a la lista anterior, y con sólida fuerza, los empeños del arquitecto Víctor Miguel Bárcenas y del maestro Roberto Real de León, en la orientación sobre aspectos que, dada mi formación profesional, me resultaban un tanto distantes, en especial los referidos al campo del "Diseño". Pero no obstante lo generoso ya en sí de este acto, acrecentaron mi deuda por el recuerdo de aquellas líneas que dicen "En un día del hombre están los días del tiempo", líneas de Borges que sólo invocan quienes además de su conocimiento, ofrecen una maciza amistad.

Quiero destacar también el auxilio sobradamente generoso que ofrecieron las doctoras Eva Alexandra Uchmany y Gudrun Lenkersdorf, y los doctores Javier Meza y Alberto Carrillo para la realización de este trabajo, así como de las figuras constantemente referidas, señeras y ejemplares de los doctores Antonio Rubial García, Elsa Cecilia Frost y Joaquín Sánchez Mc Gregor, maestros siempre y ejemplos perennes de lo que es la Universidad Nacional Autónoma de México.

También en el terreno de los imprescindibles, La ciudad de México en el siglo de Sor Juana, no quiere dejar de lado los nexos y relaciones amigables que estableció y recibió a lo largo de su realización con los ahora licenciados en Relaciones Internacionales, egresados del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Xiomara García, Emilio Malpica y Blanca Rodera, así cómo con los doctores Rosendo Romero, Cuauhtémoc Borges, Asunción Mancera y Fanny Eisemberg, del departamento de Ciencias del Comportamiento y Recursos Humanos del ITESM, Campus Estado de México.

Mención especial y siempre cálida tendrán mis compañeros habituales de trabajo de quiénes la señora Sandra Miranda, parte sustancial e imprescindible de muchos años para que en el Departamento podamos dedicarnos a estas cosas con la

devoción y fuerza que ameritan, tuvo la fortuna de definir como "familia", de los que aparecen como figuras irremplazables, la arquitecta Teresa Ocejo, la licenciada Helia Ramírez, el Dr José Ignacio Aceves, el diseñador industrial Eduardo Ramos, el arquitecto Alejandro Ortega, las diseñadoras gráficas Martha Alvarado y Ana María Monetrrubio, las señoras Ángeles Peñalosa y Susana Cruz, y, por supuesto, los siempre gustosamente referidos Julia Vargas, Roberto Real de León, Celso Valdéz, Víctor Bárcenas, Guillermo Gazano y, sin duda alguna, Sandra Miranda.

Cuatro alumnos de la UAM proporcionaron directamente su tiempo y esfuerzo, bajo la modalidad de "servicio social" para la realización de investigaciones en fuentes primarias: Aurora León, Lourdes Pineda, Bárbara Velarde, y, en especial, Elena Martínez. Estos alumnos, pese a todo, podrán ser buenos maestros el día de mañana, si es que ellos mismos no se contradicen.

Y hablando de estudiantes, en alguna forma también quisiera traer a colación, porque me viene el orgullo y el gusto que si lo tengo y que me ha hecho muy feliz, de todos los jóvenes que a lo largo de diecinueve años he visto como estudiantes en la Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán de la UNAM, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM Azcapotzalco, en la División de Ciencias y Artes para el Diseño, también de la UAM, y en las licenciaturas en Relaciones Internacionales y Psicología Organizacional del ITESM.

Baste por último y nunca estará por demás, nombrar a quines totalmente ajenos a estas cosas influyeron mucho, muchísimas veces más que un buen libro por ejemplo, en la realización final de este trabajo, entre ellas y siempre, y en especial, y eternamente, y en primer lugar, y toda la vida, y en lo más alto, y como atento alumno de Camila Revueltas Higuera.

De recuerdo son también el biólogo Emilio Revueltas, la licenciada Gabriela Revueltas y la maestra Perla Valle, la licenciada Lourdes Higuera, las otras queridas licenciadas Gilda López y Patricia Jardinez, los amigos de siempre, ingeniero Roberto Ladrón de Guevara y biólogo Miguel Necoechea, las señoras Nery Rivera de López y Maria del Pilar Lara, y, por supuesto, Verónica Canabal:

Dios sabe porque lo digo. No podían faltar, también, los profesores Osvaldo y Juan Luis Guzmán Rubio, CN 2° Dan y Marco Farfán, CN 2° Dan de la Asociación Moo Duk Kwan a la que con gusto pertenezco desde hace algunos ayeres.

Dice el escritor japonés Shusaku Endo sobre dos hombres que se encuentran en el metro, lo siguiente: "Cuando se reconocieron, empezaron a gritar como animales y corrieron enloquecidos por la alegría a fundirse en un abrazo casi asfixiante". Cosas así serían deseables que pasaran entre el habitante nuestro de todos los días con el amable y generoso vecino que vivió por estos rumbos hace más de tres siglos. Un reconocimiento de nuestro pasado, una muestra de que no nos es cosa ajena y lejana, el saldo mínimo de una deuda sobre quienes fundaron y defendieron su casa, nuestra casa, en forma más definitiva y tajante que nosotros mismos, defensa que literalmente fue contra viento y marea.

Sería hermoso que este abrazo se diera entre nosotros y los habitantes de un mismo escenario que a pesar de los cambios sufridos sigue siendo el mismo, no obstante también quizá a ellos les pueda parecer irreconocible. No nos pudieron conocer físicamente, y nosotros únicamente podemos adivinar algo de cómo fueron, pero en todo caso, es mayor la responsabilidad nuestra y por tanto el compromiso hacia ellos adquirido. Aparecerá como fantasma, pero también como aglutinante: el diseño, en algunos momentos, implica un acto de voluntad, la historia no.

A mi papá, el ingeniero Silvestre Revueltas, a mis abuelas la profesora Ignacia Estrada y señora María Pérez, a mis abuelos profesor Erasto Valle y pintor Fermín Revueltas, al señor Rafael Higuera, al capitán Carlos Higuera y al licenciado Antonio Salinas, probablemente les hubiera gustado hablar de estas cosas. Ellos se fueron en estos años, y sus ausencias siempre nos recordarán que siguen, como nuestros vecinos, estando presentes.

Carlos Fuentes, tan necesario, apunta sin quererlo un pequeño homenaje a estos habitantes que veremos desfilar por las siguientes páginas: "El arte da voz a lo que la historia ha negado, perseguido o silenciado. El arte rescata a la verdad de las

mentiras de la historia". Lo nuestro no es arte, no es historia, es diseño, a ver cómo nos va con eso de las mentiras.

En 1987, Fuentes recibió el Premio Cervantes de manos de los reyes de España. En su discurso habló generosamente sobre las cualidades del idioma español, su herramienta de trabajo más inmediata, su lazo de unión a través del tiempo entre lectores y escritores, miles en todas partes y todos los tiempos, que al fin y al cabo son, y somos, semejantes. En defensa de su país y de su ciudadanía, en la última parte, agradece enfáticamente y con orgullo el galardón recibido: "Gracias, entonces, por darle a mi pasaporte mexicano y manchego el sello de vuestra calidad espiritual. Ahora abro el pasaporte y leo: profesión: escritor, es decir escudero de don Quijote. Y lengua: española, no lengua del imperio, sino lengua de la imaginación, del amor y de la justicia; lengua de Cervantes, lengua de Quijote."

Luego de estas cosas, olvidando un tanto que es una tesis en campos y grados complicados, simplemente quisiera que ahora mi pasaporte, en paralelismo, también dijese: profesión: diseñador y rockero, que es casi decir lo mismo, y de las que ambas son producto de decir de nuevo, y con satisfacción y con gusto, y a pesar de todo, escudero de don Quijote.

Bosques de Echegaray, Ixtapa, Zihuatanejo y Colina del Sur, agosto del año 2001.

José Silvestre Revueltas Valle.

Para Camila Revueltas Higuera
también escudera de don Quijote,
esta pequeña aventura.

"No que Dios nos haya señalado pueblo
elegido; sino que lo elegimos nosotros,
como el Dios de Israel"

Golda Meir

Sinopsis.

El presente trabajo pretende relacionar la conformación de la principal clase hegemónica dentro del virreinato en atención a su propio discurso, al desenvolvimiento manifiesto del mismo dentro de la ciudad de México, a los escritos derivados de su integración con el entorno físico y social, y a su necesaria diferenciación del otro. Este notable esfuerzo demandó la toma de posición del grupo criollo ante la historia, la ciudad, sus usos y acciones, que fueron rastreadas en lo central a través de dos tipos de fuentes: las idealizadas, propias de algunos de los más principales cronistas de la época, y las pertenecientes a la vida cotidiana, contenidas en archivos y papeles varios, en especial los del Cabildo de la Ciudad de México.

Preámbulo.

Variaciones sobre el discurso del diseño criollo.

"El universo se lee en nosotros pero nosotros aún no podemos leerlo ni leer ese texto, ese fragmento que somos. El hombre todavía no sabe hablar, todavía no sabemos qué y quién habla cuando hablamos. Nuestro lenguaje desemboca en otro lenguaje. Un lenguaje en el que , tal vez, y al fin, coherencia e incoherencia se resuelvan en una palabra única e idéntica al silencio".

Octavio Paz.

¿Cuándo comienza o termina un siglo para una ciudad? ¿Cuándo podemos determinar que hay elementos característicos que definen a una centuria en originalidad y creatividad dentro de los espacios urbanos? O, en la misma línea, ¿cuáles de estos determinan en lo espacial la personalidad temporal propia de un siglo, discriminándolos de otros? ¿Qué se agrega al paso del tiempo, y hace y encomienda que cada generación traiga consigo el compromiso de hacer y rehacer, de recrear la historia en su perspectiva y propia posición ante el mundo y los hombres, visión esta que también se plasma en el diseño? Tareas casi de cirujano, responsabilidad casi de observador detallado de estrellas y del tiempo, que bien a bien resolvemos en nuestras disciplinas con la fijación de un lugar, de un espacio temporal, con la recreación y estudio de un sujeto concreto, sea desde lo individual, desde lo colectivo, en lo físico y en lo material: una biografía, una casta, un edificio, la misma ciudad. Historia y Diseño, tiempo y circunstancia, característica del mismo: en un mismo escenario temporal pueden existir la suma de muchos períodos diferentes, y acaso en donde ello es más evidente, es en las ciudades.

En tanto indagamos en ello, el ejercicio actual plantea un conjunto de elementos característicos y propios, generados por la naturaleza del sujeto en consideración, la Ciudad de México, y en ello, en una peculiar visión del mundo, que lentamente se encuentra construyéndose, el espíritu del grupo hegemónico más principal: los criollos.

Ya en su trazo, en la constitución de su arquitectura, en los usos y formas de abordar este singular sujeto, el tiempo aparentemente queda petrificado dentro de las construcciones físicas, casi como si adquiriese otra variante, con otro tipo de tangibilidad y materialidad, elementos que nos recuerdan que los móviles de su propio origen son también producto de constantes definiciones y redefiniciones. El tiempo y el espacio físico, la historia y los objetos, la Historia: una calle, calzada de Tlalpan, por ejemplo, construida originalmente para comunicar la isla de Tenochtitlán con su entorno inmediato, que fue indispensable para la subsistencia de la ciudad prehispánica misma, diseñada sobre una laguna, es ahora vialidad que alberga al metro y a un sin fin de automóviles diariamente. Su uso fundacional contrasta por mucho con su uso actual: las razones de su origen se pierden en las razones de su existencia y desarrollo, aquí y ahora.

La historia de las ciudades, sea cual sea, presuponen en su comprensión y planteamiento un esfuerzo peculiar. En su soporte material, en algunos momentos esta se desenvuelve como si el tiempo pudiese detenerse, como en vivo libro de texto, que demanda la comprensión de cosas varias, casi como si se tratara de escribir la historia del mundo todo, porque buena parte de lo que como sociedad universal hemos logrado, en el devenir, ha tenido como referente directo a lo que en las ciudades pasa. En su esfuerzo más elemental, es la concepción de aspectos varios que no pocas veces entran en conflicto: sus principales actores son conflictivos, acaso por ello la definición y determinación del espacio también adquiera esta cualidad. Quizá mucho de su diseño último sea el resultado de múltiples y variadas disputas, conflictos jurídicos, visiones del mundo, proyectos de vida.

Desde las célebres analogías como la plasmada en el título de La ciudad de Dios de San Agustín, pasando por los significados e interpretaciones de Jerusalén o Babilonia, sin olvidar las diversas urbes construidas en Egipto, Asia o Mesoamérica, es quizá en las ciudades en donde confluyen con mayor claridad las diversas edades del tiempo. Lugar donde costumbres, idiomas, formas de vida, creencias y voluntades se encuentran en constante intercambio, en constante invención, en constante pugna por definir, a través de los marcos que la misma sociedad impone, la forma última que tendrá una casa, una iglesia, una calle. Es en mucho la materialidad de muchas cosas, de muchas formas, de muchas ilusiones. Funciona como aglutinante de lo que la doctora Uchmany ha definido con especial lucidez: el diseño es o se pretende como un acto de voluntad, la historia no.

Pero entre voluntades, conflictos e inercias, median los objetos. Entre la Historia y el Diseño, un vínculo que en algunos casos evoluciona con la sociedad, en otros, como una muestra de que no todo tiempo pasado fue mejor, o mejor dicho, de que también hubo tiempos distintos al nuestro. Reunidos, en especial simbiosis, aparecen en una ciudad donde se alcanza una estructura y un conjunto de funciones notablemente estratificados y complejas, donde comercio, leyes, divisiones raciales y de poder se hacen presentes, intimidan, confluyen y se dispersan: muchos mundos en un solo espacio. Una ciudad, para el caso particular la de México, en el campo en donde se desenvolvió la presente tesis, el del diseño, deviene en una doble necesidad elemental de subsistencia: la ciudad sí, el diseño y la posible explicación del mismo, también.

Remolinos distintos, quizá la inercia misma de la historia podrá más que la del Diseño, y absorba un esbozo de construcción mínimo sobre la teoría en esta área. Pero no por ello, la preocupación podía dejarse de largo: necesitamos construir una Teoría del Diseño, que en un principio básico de identidad, nos permita diferenciar cuál es el campo de nuestras preocupaciones más elementales que como diseñadores debemos de abordar, y, en el mismo sentido, determinar, cuál es nuestra área de competencia, cuáles nuestras relaciones epistemológicas más

básicas, cuáles nuestras afinidades más cercanas, y, por último, los puntos en donde definitivamente no tenemos competencia.

Planteado como problema inicial, los esfuerzos por construir una Teoría del Diseño quizá para el presente texto no pasen meramente de su simple anunciación. Avanzamos dentro de un terreno ignoto y poco explorado[1], más aún, sobre un proceso en proyecto de construcción, pero su simple mención viene siendo ya sintomática de su necesario nacimiento.

Mas como acto de voluntad inherente a la propia disciplina, esta condición encuentra un momento de articulación peculiar con la construcción de un proceso alterno, que para el caso que trataremos es el de la personalidad de la clase hegemónica más principal del virreinato: el criollismo. Para ellos se plantearon la definición de esfuerzos básicos de identidad, que junto a otros contribuyeron a señalar las anheladas diferencias, diferencias que no sólo se impusieron como raciales, sino que además incluyeron elementos históricos constantemente referidos, y otros tan imprescindibles como los diseños, herencias, linajes, una mezcla de honor y gloria, aglutinado con un sólido afán de santidad y de necesarios milagros. En ello también cabe la idea de una investigadora rusa sobre el barroco, la de que en este mundo se procuró la enajenación en la nada como sólido sustento, pero también la construcción de un cemento social que marcó uno de los cimientos principales de lo que a la larga será nuestro país.

Así, cinco apartados componen el material del presente estudio. Dentro de una estructura muy simple, se partió de la determinación de los antecedentes discursivos de una invención suprema: la ciudad de México. Los antecedentes puestos en manos de algunos de los principales personajes de la época, quienes escribieron, vivieron y pensaron en un mismo escenario un conjunto de elementos contundentes y en no pocas ocasiones diferentes. El mismo espacio obligó a una

[1] Por ejemplo, destacan los trabajos de autores como Gui Bonsiepe y García Canclini, pero bien a bien, la construcción de un marco teórico en torno a la "Teoría del Diseño" es un esfuerzo que se encuentra en proceso de elaboración. Juan Acha en su "Introducción a la teoría de los diseños", o quizá Umberto Eco, en sus distintos tratados sobre semiótica abunden sobre el particular. Pero en tanto, si Eco concluyó como escritor, no se debe de ser tan crueles si nosotros tendemos a cojear de la misma muleta.

serie de lecturas distintas, cuya raíz principal se encontraba -entre otros elementos- en una posición específica ante el tiempo: nostalgia, proyección futura, repentina irrupción. Quizá también, la falta de semejanzas históricas y raciales derivaron en la construcción de discursos distintos sobre un mismo sujeto, del que siempre habrá algo más. No siendo la ciudad su principal objetivo, muchos de los autores de los que habremos de echar mano, se atan a una suerte de conjeturas y peculiares aproximaciones que denotan en lo principal, afortunadamente, un punto especial de coincidencia: la ciudad de México nunca les pasó desapercibida. Indagar ello en algunos personajes tan centrales como lo fueron Gerónimo de Mendieta OFM, Alonso de Zorita y Domingo de Chimalpáhin como inmediatos antecedentes, se convertió en un requisito principal y de primer orden para hacerse otro tipo de preguntas, en especial las de cómo vinieron influyendo estas concepciones en posteriores creaciones discursivas donde, aventuramos, la ciudad es presentada como el espejo idealizado de una oligarquía en proceso de construcción.

Una referencia al diseño, una referencia al discurso que se comienza a preparar desde las Cartas de Relación de Cortés. La ciudad de México, incluso en los planos que a propósito existen desde el siglo XVI, se fue conformando más como un proceso de invención que como realidad tangible: castillos, murallas, puentes, puertas impensables, aparecieron pronto en las idealizaciones de la misma, tendencia que pronto llevará a hacerse la siguiente pregunta: ¿cuál de las dos visiones se acerca más a la verdad? Pregunta incontestable se convierte en un referente histórico que sólo queda imaginar, como desde el primer momento quedó mostrado.

Devino de lo anterior, la búsqueda de la ciudad en otras fuentes. Si bien fray Juan de Torquemada OFM, escribió con extraordinaria lucidez sobre la ciudad que en suerte le tocó vivir, cabe preguntar sobre la misma, cuál sería su apariencia en otras fuentes primarias. Qué podrían decir las Actas del Cabildo, qué el archivo franciscano, qué el de la Compañía de Jesús. Si bien estas fuentes se encontraban inmersas en el espíritu de la época, la necesidad de abordar problemas más

inmediatos como la leña, o el agua derivó en construcciones verbales de otra índole. Desde los conflictos de jurisdicción, hasta cosas más cercanas a la vida cotidiana, las actas del Cabildo se convirtieron pronto en una fuente imprescindible para tener una aproximación desde otra óptica hacia aspectos de la vida diaria, que lejos ya de la indagación de relaciones específicas, digamos el papel de esta corporación frente a las rebeliones del 24 y 92 en el siglo XVII, o las relaciones que estableció con el virrey en turno, se presentaron en el diario vivir del siglo. Preguntas en el tintero quedaron a propósito de esta corporación, por ejemplo: cómo evolucionó en el mismo, y en otras distintas posiciones de poder, el discurso criollo.

Agrupadas por una temática que vinculó al Cabildo con sus funciones, pero también con sus inmediatas relaciones públicas, se trataron de ubicar elementos concretos en donde, no importando el móvil, apareciera la ciudad en sus distintos usos y comportamientos. Facetas de la vida cortesana, la descripción de los inmediatos elementos físicos que conformaron a la misma como calles y casas, y, por supuesto, también algo de lo que en ella pasó. Espacio vital, en donde se ventilaron problemas, posiciones políticas en proceso de construcción, descripciones de la ciudad en voz de algunos de sus más amables y prestigiados vecinos, visiones peculiares, algunas notablemente afortunadas, que incluyeron modos de vida que nos suenan como ecos remotos de cosas que nos son también cercanas. Se buscaron de suyo, se buscaron en el afán de generar una idea más acabada de cómo fue el escenario de nuestra ciudad con las palabras y preocupaciones de nuestros antiguos y ambles vecinos.

Más cercano a la "realidad" de todos los días, un contraste entre fuentes surgió pronto, contraste que derivó hacia una aventura de explicación entre los contenidos de una y otra descripción. Cronistas destacados, quizá algunas de las mejores plumas que conoció el siglo, como Baltasar de Medina, Agustín de Vetancourt, Francisco de Florencia, Sigüenza y Góngora y su entrañable amiga Sor Juana Inés de la Cruz. A ellos se agregaron otros, no tan famosos, pero que en los

inventarios de papeles varios de los conventos, nos muestran una lúcida y acabada imagen de las riquezas varias que conocieron ciertos miembros, acaso los más "destacados" de la época, como Hernando de Haro, Fernando de Oñate y Mendoza y Andrés de Vega.

Una conclusión cierra al conjunto de capítulos. Advierto que sí se rompieron una suerte de aspectos deseables en toda tesis de cualquier índole, pero quizá el afán de hacerla más amena e impregnarla con el espíritu de la época, influyó grandemente en que se planteara de la forma expuesta y no de otra. Las exageraciones e inversiones del barroco contagiaron este escrito, que definitivamente sí abandonó las líneas de estructura básica para una tesis, pero no por ello dejo de lado los móviles de trabajo e indagación característicos de este tipo de escritos.

Los vecinos criollos, el diseño como factor de identidad y diferenciación de un grupo en proceso de constitución, y en medio de ello, el escenario físico para la construcción más acabada de la vida misma: su ciudad. Que no extrañe, por tanto, que el Diseño implique también una suerte de criterios de identidad que, a pesar de las analogías, se encuentran presentes dentro de la condición humana, no mediando para esto tiempo ni espacio. En no pocas ocasiones, el Diseño es un espejo inmediato donde se contemplan muchas de las características de personalidad de sus propios creadores.

La ciudad de México en el siglo XVII, variaciones sobre el discurso de diseño criollo, en afortunada aseveración del Dr. Carrillo. Difícil es centrar en estricto sentido el objeto de estudio tanto en lo temporal como en lo físico, dado que constantemente brincamos de la ciudad misma a la interpretación variada de este peculiar objeto. Un discurso en evolución que fue contagiando imágenes varias presentes en biombos, mapas, cuadros, casas, edificios. Deseable por tanto será que hubiese un tomo dos, un tomo que refiriese otros aspectos de los espacios simbólicos que definieron y determinaron a la ciudad. Rutas de procesión, plazas en donde se celebraron los Autos de Fe, la influencia del Palacio Inquisitorial sobre su entorno, los simbólicos urbanos presentes en las rebeliones de 1624 y 1692, el

estudio sobre gremios de pintores, arquitectos, constructores. Como menciona Andrés Lira, es el siglo XVII el siglo de la integración, pero es también y con fuerza el siglo máximo del sueño criollo.

Así las cosas, se presenta este trabajo. Es un trabajo en Diseño y no en Historia, es un trabajo que aspira, como en el caso que refiere Francisco de la Maza, a ser también nuevamente un pequeño homenaje a nuestros vecinos criollos del México que alguna vez se llamó la Nueva España.

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana.

Introducción.

"Conocía la historia. Ignoraba la verdad."

Los años con Laura Díaz.

Carlos Fuentes.

"It´s your god given right to know
it´s your god given right to see
it´s your god given right to be free
it´s your god given right."

Magic Love.

Jon Anderson.

Miguel Sánchez, bachiller y predicador nacido en Puebla probablemente en 1604, un tanto exaltado, un tanto feliz, sólidamente convencido de sus decires y sentires, no tuvo reparos en afirmar y difundir sus pensamientos en palabras que acaso busquen de suyo una altura que únicamente en el siglo XVII se podría alcanzar. Joven aún, en 1648 no tiene duda ni dique que lo contenga en afirmar: "Eres tú, México, Patria mía, una mujer portento, que vio Juan en términos del cielo con lucimientos suyos y preñada de un hijo; en mucho te pareces: alas tuvo de águila; el dragón que te sigue se vale de las aguas y si estando en el cielo con un hijo pretende allí tragarte ¿qué pasarán tus hijos en la tierra? Padece cada uno lo que la estatua enigma: la cabeza de oro, pecho de plata, vientre de cobre, piernas de hierro y pies de barro." [2] Para agregar, con categórica certeza, la concepción más clara no sólo de su pensamiento, sino del de también no pocos descendientes de españoles nacidos en América, categoría que se tiene que ver más allá de la mezcla racial, de una feliz combinación entre "peninsulares", y que por supuesto busca otra forma de expresarse y de decir, de ser una de las variantes y vertientes del

[2].- Sánchez, Miguel, Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis, citado por De la Maza, Francisco, El guadalupanismo mexicano, Fondo de Cultura Económica y Secretaria de Educación Pública, colección Lecturas Mexicanas, número 37, 1984, p. 50.

nacimiento diferenciado de un territorio y una población que, en un sentido de identidad, poco a poco se va a ir convirtiendo en México.

Disfrazándose o intentando disfrazar las diversas cruzas de indios con españoles, de negros con mestizos, de criollos con criollos, o de algunas otras tantas más cuyos resultados fueron los "saltapatras" y los "mulatos", los "coyotitos" y los "castizos", se conjugarán -y es el proyecto de la oligarquía dominante- todas ellas en una sola, en un pertenecer o llamarse mexicanos, en una misma tierra, no del todo conocida para el siglo XVII, contribuirán a crear en otra de sus facetas, el rostro diverso de los Muchos Méxicos, como afirma con fortuna el historiador norteamericano Simpson. De las múltiples variantes que parecen ser fundamento de lo que somos y fuimos desde nuestro origen, tronco y raíz que parece no queremos olvidar, sea esta indígena o española, encontramos otra de las fundamentadas preocupaciones de nuestro sabio poblano: "...entiéndase lo dicho así, que todos los trabajos, todas las penas, y todos los sinsabores que pueda tener México se olvidan y se remedian, recompensan y alivian, conque aparezca en esta tierra y salga de ella, como de su misterioso y acertado dibujo, la Semejanza de Dios, la Imagen de Dios, que es María en su santa Imagen de nuestra mexicana Guadalupe." [3]

Tres siglos después hemos dado con este sermón en un libro de sobra conocido, en una problemática creada y recreada ya por varias generaciones. Un criollo es citado por otro criollo: uno del siglo diecisiete, el mencionado Miguel Sánchez, retomado por otro del siglo veinte, el conocido historiador Francisco de la Maza. Ambos, en estos temas, centran especial atención en un portento que nos diferencia de España, que nos bendice como tierra y población, que pretende identificarnos con nosotros mismos, con una revolución de imágenes, decires, perspectivas y quehaceres, ciudades y monumentos que contribuyeron a cimentar nuestra identidad, a cocinar y preparar ese largo resultado que se ve en lo que somos aquí y ahora, y que a su vez marcó que el siglo XVII tuviera la fortuna y las razones de

[3] .- Sánchez, op. cit. citado por De la Maza, Francisco, op. cit. p. 53.

ser que lo caracterizaron, y no otras, con sus talentos, y sus sufrimientos. Herencia del siglo XVI, por supuesto, continuador y definidor de una suerte de disputas y quehaceres de los que dan luz no sólo Francisco de la Maza, sino también y con mucha lucidez, a través de generaciones varias de historiadores, por mencionar aquí a algunos de los imprescindibles, autores como Edmundo O'Gorman en Destierro de sombras[4] y Antonio Rubial en La santidad controvertida[5], el poeta Octavio Paz en su ya clásico estudio de nombre Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe[6]., o en los muy afortunados trabajos de las doctoras Josefina Muriel, Eva Alexandra Uchmany y Pilar Gonzalbo.

Todos ellos remarcan la singularidad que tuvo el virreinato, y también, la búsqueda de caracteres, objetos, cotidianidades, que tendieron a identificar al sujeto consigo mismo, como personaje diferenciado, único, reflejo de sus herencias, reflejo también de los objetos en los que se encuentra definido: el peninsular con los propios de España, el criollo con los propios de México, de la Nueva España.

Disputa y preocupación también vieja. En no pocas de las tribulaciones más gratuitas que enfrentaron los pensadores del siglo barroco, podemos encontrar diversos rastros sobre los orígenes de un debate que bien a bien no hemos acabado de concluir y que constantemente sacamos a colación: quizá no importe resolverlo en definitiva; se tendrá -y ojalá así sea- que repetir en este tipo de cosas y estudios de generación a generación por muchos años, por muchos de los nacidos y por nacer en este país. Es el debate sobre lo mexicano, lo que nos diferencía de quienes no lo son, lo que nos asemeja entre nosotros y forma parte del proyecto de nación al que hacemos constante referencia tanto en lo pasado como en lo por venir.

En ello los objetos diseñados no ocupan un papel menor. Son un espejo en donde aparecen dibujados y, en algunas ocasiones, realizados los proyectos más

---

[4] .- Véase O'Gorman, Edmundo, Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Historia Novohispana, número 36, 1986.

[5] .- Rubial García, Antonio, La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Historia Novohispana, Número 36, 1986.

[6] .- Paz, Octavio, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1982.

principales de una casta, o, en su variante, de una clase. Es la proyección, además, del sujeto social que dibuja y pinta, que escribe y piensa, y con ello define cómo quiere que sea su escenario futuro, y en sus motivos ofrece sólidas respuesta a su presente y vida diaria.

En los antecedentes que tenemos, con sus herramientas e ideas, lo hicieron algunos de los escritores más preclaros que en el siglo XVII podemos encontrar, en especial Sor Juana Inés de la Cruz, y en el siempre sabio y culto Carlos de Sigüenza y Góngora. No por una vocación guadalupana necesariamente, sino y sobre todo, por una diferenciación, por un poner aquí y allá referentes que, vinculado el virreinato con un Imperio, se hacían necesarios para rescatar una inmediata comprensión de los dos mundos como estructuras diferentes.

No es de extrañar que con toda oportunidad y fortuna, la historiadora Solange Alberro ponga como título a uno de sus estudios el de El águila y la cruz[7]. El águila indígena y la cruz cristiana: dos símbolos en un mismo referente, dos visiones del mundo que se cristalizan en un par de objetos diseñados en convivencia, en un solo espacio, en un solo tiempo, en un devenir que va marcando un proyecto de identidad que ya para el siglo XVII parece que peina algunas canas, pero al que le faltará mucho, muchísimo para concretizarse. Dos culturas y dos formas de ver el mundo en convivencia dentro de un mismo espacio, cuyos roles para una, la conquistada, son la búsqueda y la lucha por la supervivencia, y para la otra, la naciente rama heredera de los conquistadores, la imposición idealizada que no sólo enfrentará al indio, sino también a España.

Sean como muestra de estas cosas lo que con razón fray Toribio de Benavente, Motolinía, franciscano, testigo directo de los difíciles primeros años que significaron la presencia de los conquistadores por estas tierras, observa, en una clara discriminación entre dos mundos, el suyo de origen, y el nuevo, el que adopta como patria, como lugar de residencia, como obra y proyecto de dedicación

[7] .- Alberro, Solange, El águila y la cruz. Orígenes religiosos de la conciencia criolla. México, siglos XVI-XVII, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1999.

para su larga y valiosa vida: "en toda nuestra Europa, hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos a la redonda de sí. Y tan bien asentados; y aún más digo y afirmo, que dudo si haya alguna tan buena y tan opulenta cosa como Timistitlán"[8]. Orgullo y nostalgia, pero también la clara discriminación entre dos mundos, en donde aparece la comparación favorable hacia su nueva morada.

No es Europa el marco de referencia del evangelizador, no es el conjunto de culturas prehispánicas las que se invocan a través de los distintos informantes convocados por los evangelizadores franciscanos, es otra cosa: es uno de los testimonios y de las muchas actas de bautizo que tuvo el nacimiento de una entidad distinta, antecedente directo del país que somos: la Nueva España. Es además la creación de un sujeto que, con todo lo que le pueda deber a Europa, o con todas las reminiscencias que tuvo por un pasado indígena que perduró en ideas, formas de vida e instituciones mucho más allá de 1521, ya reclama rasgos de identidad desde el primer momento en que indígenas y españoles se miraron a los ojos. La explicación del otro sí, pero del otro que no encaja necesariamente con el capital cultural que tanto españoles como nativos tenían por detrás. Con todo ello, cómo no entender las preocupaciones y relatos, los estudios y testimonios, que dan pensadores varios como Francisco de la Maza, Miguel Sánchez, Jorge Alberto Manrique, Elsa Cecilia Frost, Vicente Riva Palacio, Agustín de Vetancurt, Luis González Obregón, Joaquín García Icazbalceta y muchos y muchos más, que al asomarse al virreinato, a los tres siglos que lo conformaron, siempre traigan a colación, amén de las cosas que en él pasaron, la preocupación por la definición de qué somos y quiénes somos, qué elementos encontramos para identificarnos como unidad, cuáles para diferenciarnos, cuáles de ellos sobrevivieron y cuáles no. Así, cómo no ver a la Nueva España como el resultado de un ejercicio de variadísimos quehaceres, de defensas de identidades, de construcción de nuevas, de encontrar

[8] .- Toribio de Benavente Motolinía, fray, Historia de los indios de la Nueva España, citado por, Alberro, Solange, op. cit. p. 75.

en sus habitantes la confluencia de sentimientos que oscilaron entre la nostalgia y la agresión, la disfrazada actitud de los nativos ante la imposición de los conquistadores y sus descendientes, de la formación de sujetos, castas y oligarquías, con posiciones diversas -antípodas muchas de ellas-, cuya misma naturaleza trajó día con día para unos el necesario recuerdo, la invención de un refugio y un pasado, que en varios casos se manifestó en la exageración de rasgos y actitudes culturales, en la creación de una santidad, en la diferenciación de un barrio, en las celebraciones de ritos a escondidas; y para otros se convirtió en un disfraz, en la invención de un pasado, que podía ir del simple insulto, a la configuración de un enemigo y de un ser desdeñable: criollos e indios, historias y proyectos en un mismo espacio, en un mismo tiempo.

La acción en común de estos sujetos fue el adaptarse a las nuevas circunstancias: sobrevivir y nacer, doble confluencia que se convirtió en una de las variadas contradicciones que esta sociedad tuvo y que formó, a la larga, parte de las muchas sociedades que en una sola, en un mismo espacio, en un mismo tiempo, en una misma vida, constituyeron las caras del virreinato.

Es un prurito repetido muchas veces a través de la Virgen de Guadalupe como muestra, y que aparece con más claridad en lo dicho por Miguel Sánchez, pero el que es necesario traer a colación constantemente: la Virgen de Guadalupe, como la ciudad de México, son parte de la conjunción necesaria de acciones que se comienzan a entrever en la manifestación de un mundo, el suyo, por parte de una casta, que busca en sus quehaceres el necesario reconocimiento y diferenciación del otro, y cuyas muestras van a ser también expresadas en rasgos idiomáticos, artísticos, urbanos, arquitectónicas propios del siglo XVII a lo largo de todas las regiones que constituyeron la Nueva España.

Señalado con toda claridad por De la Maza, y como pequeña muestra de lo que venimos diciendo, destaca en el espíritu de la siguiente cita uno de los aspectos centrales del virreinato, quizá uno de los grandes propósitos de la oligarquía criolla: "El guadalupanismo y el arte barroco son las únicas creaciones auténticas

del pasado mexicano, diferenciales de España y del mundo. Son el espejo que fabricaron los hombres de la Colonia para mirarse y descubrirse a sí mismos"[9]. Espejo necesario, espejo en el que caemos cada vez que nos asomamos a esos años, y que con sus variantes, invocamos todavía hoy día. Agrega en la introducción de su trabajo, la conjunción necesaria, la inminente fusión de sujetos y acciones, para el caso, castas y actores,: "...estas líneas que son un férvido homenaje a mis hermanos criollos del México que se llamó la Nueva España"[10].

Es un machacar necesario, imprescindible, característico de toda sociedad el de buscar en los objetos que diseñan algo más que el uso mismo para el que se encuentran destinados. No ha habido civilización -por más poderosa o humilde que haya sido, sea o será-, en su paso por el tiempo, que se escape a esta condición, a esta casi máxima. Es tan universal, tan clara, tan atemporal, que con fuerza se muestra en la música, la literatura, la filosofía. Con mucha mayor razón y quizá claridad en los objetos diseñados, en las ciudades, en los espacios construidos, en los utensilios de uso cotidiano y diario. Pero también hay que decir, que el mundo todo todavía no conoce una sociedad en donde sus integrantes sean tratados y percibidos como iguales, y para ello ha inventado variadas formas de discriminación, siendo los objetos una de ellas.

Dichas estas cosas, cabe aclarar e insistir en ello, que el presente escrito es y pretende ser un trabajo en Diseño. Es una tesis que recurrirá a la Historia, a la Sociología, a la Filosofía y a mil y un artes y quehaceres "científicos" o de otra índole, pero que no pretende dejar, ni puede dejar de hacerlo, al igual que los habitantes novohispanos, de buscar signos de identidad, a propósito de la necesaria construcción de una Teoría del Diseño, o de algo se le parezca sin un nombre tan peculiar. Es un posgrado en Diseño, es un área en Diseño a la que pertenezco, y por tanto tiene que responder con fuerza a las consideraciones que el mismo nombre le impone. No puede ser el disfraz del Diseño en hacer Historia; no

[9] .- De la Maza, Francisco, op. cit. p. 10.
[10] .- Ibidem., p. 11.

puede ser Sociología con el nombre de Diseño: es Diseño. Parafraseando a De la Maza, quiero también que este trabajo sea un férvido homenaje a mis hermanos diseñadores, gremio del que siento formo parte desde el momento en que el Departamento de Investigación y Conocimiento para el Diseño me dio acogida entre sus filas, y que con interés y gusto ha visto el lento y trabajoso desarrollo de estas cuartillas.

Una Teoría del Diseño, una discusión sobre los signos de identidad que caracterizan el esfuerzo de una División por demás compleja, que se atreve a aventurarse por campos poco explorados, pero no por ello menos fundamentales y trascendentes que los incursionados en otras esferas de nuestra Universidad.

En nuestro particular caso, por lo que corresponde a este trabajo, queremos ejemplificar, queremos construir, queremos sustentar una naciente Teoría con la ciudad de México en el siglo XVII: una visión de la ciudad sí, una visión que nos permita sustentar algo más que el debate entre fuentes y quehaceres históricos claramente delimitados. Una visión, en síntesis, que pueda concebirse como elemento integrante de las Ciencias y Artes para el Diseño, y no coloque una máscara con otro nombre en los quehaceres que nos sustentan, justifican y caracterizan ya como posgrado, ya como División, ya como Departamento.

La búsqueda de factores diferenciados (somos México y no España), el reconocerse el uno en el otro (criollos que se hacen llamar mexicanos, que al fin y al cabo eso son), la explosión de la imaginación, caracterizó a muchas de las notas que sobre este espacio construido encontramos en las mejores plumas contemporáneas de Sor Juana Inés de la Cruz. Pensaron quizá que al describir la ciudad, sus contenidos y portentos, construían su imagen verdadera, su propia imagen, no compatible con los elementos positivistas que caracterizan a nuestra época es verdad, pero que desde entonces -al fin y al cabo no se lo plantearon como problema propio- suplieron con carretadas, más de proyecciones y buenos deseos, que de mediciones y cuantificaciones de los fenómenos sociales. Vamos, un censo es una aventura que difícilmente se puede aventurar para estos años y de la

que sólo hemos encontrado alguna referencia en otro libro de Francisco de la Maza. Por tanto, sólo tenemos pistas diversas sobre los quehaceres de quienes vivieron por estos años a través de su visión del mundo, de sus papeles, de sus objetos diseñados, de una cultura que nos indica que las cosas tuvieron que ser así y no de otra manera, y en su nombre comienza a encontrar su propia vocación: la ciudad de México.

Una ciudad, la nuestra, con su pasado a cuestas, con etapas acaso incompatibles de pensamiento entre uno y otro momento, sede en la que han vivido liberales, revolucionarios y porfiristas, por ejemplo, y que en estos años del siglo XVII manifestó, como parte de su trayectoria, de su carácter de ser, una loa así misma: "Alábese México de la ciudad más devota, y limosnera que tiene la Christiandad"[11] Linda cosa: elemento necesario sí, indemostrable también, pero no menos veraz e importante, y acaso también trascendente, que la realidad misma.

Una coincidente actitud y semejanza nos unen, como diseñadores, con nuestros antiguos vecinos. Buscaron, crearon, inventaron, como hemos dicho, una explicación de su ser diferenciado. La Virgen de Guadalupe, su descendencia directa de Conquistadores, a la "pureza de sangre" ante los Inquisidores y ante ellos mismos, y su vocación por la limosna. La semejanza con nosotros, aquí y ahora, es una y simple, y nunca estará por demás repetirla: queremos y buscamos un campo de acción que como diseñadores nos diferencie de otras disciplinas, que nos podamos reconocer como integrantes de una actividad propia, con un campo delimitado, característico, que en los proyectos de construcción del mundo todo, destaque esta labor, la proyectual, como esencial de nuestro ser y función. Recalcándolo: no somos historiadores, ni sociólogos, ni pretendemos serlo. Reconocemos y agradecemos esta herencia, pero somos y queremos seguir siendo

[11] .- Agustín de Vetancurt, fray, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera "Tratado de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron los españoles" en: La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990, p. 49.

diseñadores, razón que nos aglutina y compromete en nuestros quehaceres académicos y universitarios más elementales y también en los más generosos.

En el siglo XVII criollos en todas nuestras fuentes, en el discurso que lo conforman. En el siglo XXI diseñadores en todos nuestros quehaceres.

Inscrito el presente trabajo dentro del programa de Doctorado en Diseño, que se imparte en la Universidad Autónoma Metropolitana, en la Unidad Azcapotzalco, tiene y tuvo desde su origen como nombre un par de disfraces: La ciudad de México en el siglo de Sor Juana. Una manera de abordar al siglo XVII a través de la ciudad de México sí, otra forma de decir México en el siglo criollo, también.

Como en toda tesis, las hipótesis de origen sufrieron un conjunto de modificaciones y transformaciones a lo largo de su realización. La idea original presentó una serie de transformaciones. Con alegría y entusiasmo comenzamos por decir y plantearnos algunos de los siguientes problemas: ¿quiénes son los actores que se encuentran directa o indirectamente diseñando el espacio urbano a través del siglo XVII? Una vez ubicados, correspondían algunas de las siguientes preguntas, cuáles son sus funciones, cuáles sus interrelaciones, cuáles sus niveles de intervención en el espacio, cuáles sus actividades dentro de una ciudad acotada y en proceso de diseño constante e interminable, qué caracteriza a las acciones emprendidas, a los actores, a las formas de diseñar en el siglo XVII, marcando una pauta característica, propia que define a la personalidad de este siglo y lo diferencia de otros.

La ciudad de México en tanto se convertía, en su siglo y en el nuestro, en un hito: ya un pasado, cien años de la llegada de los españoles se podían celèbrar, podía ostentarse también como sede de los principales actores políticos con los que contaba el virreinato. La ciudad de México era la ciudad del virrey, de la audiencia, del arzobispo, del ayuntamiento, cabecera de las principales órdenes religiosas, del Santo Oficio de la Inquisición, de la Casa de Moneda, de tribunales, de una vida cortesana que señalaba quehaceres y costumbres, marcando normas de comportamiento de las principales esferas sociales de toda la Nueva España.

La ubicación de actores, en forma más acotada, necesariamente hubiera derivado en investigaciones particulares sobre aspectos delimitados con claridad en tanto a instituciones y formas de intervención espacial, así como a espacios temporales en donde los conflictos entre el arzobispo y el virrey, por ejemplo, tuvieran los matices peculiares que se alcanzaron cuando el obispo Juan de Palafox y Mendoza anduvo por estas tierras. Digamos, por citar sólo algunos de los muchos problemas que esta localización potencialmente desencadenaba y que ya en sí mismos eran temas de tesis de grado en Historia, y traigamos a consideración los siguientes: ¿cuál fue el papel de los conventos femeninos dentro de la conformación de la vida cotidiana y del espacio físico de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVII?. ¿Cuál el papel del ayuntamiento dentro de la distribución de las llamadas "pajas de agua"? ¿Por qué la ciudad fue generando barrios de pertenencia por órdenes religiosas, en los casos más evidentes: la orden de San Francisco, en torno a la Alameda y calles no distantes, y, la Compañía de Jesús, en las cercanías del famoso colegio de San Ildefonso? ¿Por qué la llamada traza española no se da en una forma tan acabada en la ciudad de México, como ocurrió en el caso de Puebla? ¿Cuál fue la influencia del arzobispo en la convocación y celebración de fiestas y torneos que involucraban a la población de la ciudad en su conjunto y su influencia para que estas celebraciones se llevarán a cabo en el zócalo? ¿Cuál era la competencia del virrey en materia urbana y cuál la del cabildo? ¿Qué conflictos se pudiesen desprender de las competencias entre autoridades sobre un mismo espacio? ¿Cuáles fueron los principales roles y actores que conformaron el Ayuntamiento de la Ciudad y cómo se ventilaron algunos de los problemas más centrales que se van encontrando, como el referido a la Armada de Barlovento, la alhóndiga de cacao, las fiestas de bienvenida a los virreyes, la distribución de agua o el precio de las barajas? ¿Cuál fue el papel de los maestros de obras? ¿Cuál la participación de todos estos en momentos álgidos del siglo como lo fueron el Tumulto de 1624, o el de 1692? ¿Cuáles fueron y qué papel jugaron en todo ello las principales cofradías de la ciudad?

En hechos concretos y concernientes al siglo XVII, se tendrían que colocar además, límites marcados por sujetos y temporalidades en su dinámica propia, ejemplos de ello, por los períodos virreinales, por el desarrollo particular de instituciones como las órdenes religiosas, el cabildo, las cofradías, la Compañía de Jesús como caso particular y de primera importancia en su época, o el espacio de tiempo marcado por la vida de alguno de los grandes talentos que vieron luz por esos años como Sor Juana Inés de la Cruz, el de su amigo Carlos de Sigüenza y Góngora, el de Francisco de Florencia, o el de los arquitectos Luis Gómez de Trasmonte y Cristóbal de Medina; también por el de esta figura siempre atractiva que fue Don Juan de Palafox y Mendoza. En este tenor: 1629-1635, los años de la Inundación, 1649-1695, la vida de Sor Juana, 1664-1673, período de gobierno del Virrey Marqués de Mancera, o en hechos concretos como lo fue el juicio contra Guillén de Lampart, y con estos muchas y muchas demarcaciones más.

Sólo ejemplos, si bien en su conjunto -y fue uno de los principales soportes de origen de este trabajo- tenderían a explicar el comportamiento y definición parcial de la traza de la ciudad, o de cómo, lejos ya del origen de las cosas, la población en su conjunto fue apropiándose de un lugar, de vivir en una ciudad, de defender e identificarse con un espacio, que a la larga contribuyera a explicar por qué las cosas son como son y no pudieron ser de otra forma. Planteaba todo esto una suerte de ejercicios inagotables: determinar el papel del cabildo, el del virrey, el de los conventos femeninos, el de las órdenes religiosas, o el de algunos de los vecinos más poderosos que en la ciudad tuvieron su residencia; significaba, por lo demás, emprender una aventura que fácilmente ocuparía a generaciones enteras de historiadores, tarea que por supuesto, y no será razón ello para que sea abandonada; desbordaba sí y por mucho cualquier tesis del nivel que fuera en cualquier área que se quisiera.

Cuatro casos pueden ser citados para socorrer el presente argumento, y de alguna forma cuatro estudios que son -a pesar de su juventud- de alguna manera

clásicos ya: los de los doctores Alvarado Morales, Richard Boyer, Loreto López y, por supuesto, el de Rodríguez Kuri, director del presente trabajo.

En el primero, La ciudad de México ante la fundación de la Armada de Barlovento[12], el autor parte de una suerte de referentes, hechos e hipótesis claramente acotados: la fundación real de la Armada a instancias de Felipe IV en 1635 como sistema defensivo en las comunicaciones entre España y las Indias Occidentales. El presupuesto, tanto del Rey como del historiador, se encontró sólidamente acotado en una ilusión: existe un grupo de comerciantes y vecinos económicamente poderosos en la ciudad de México, quienes, dada su situación, podrían llevar a cabo una suerte de aportaciones extraordinarias, contribuciones cuyo fin último estaría destinado a aligerar uno de los varios problemas por los que la monarquía española atravesaba.

El libro en sí, y lo que muestran las Actas del Cabildo de la Ciudad de México en esos años, pese a los deseos del Rey y las emergencias que enfrentaba, mostraban un conjunto de problemas en los cuales se dejaba ver con toda fuerza lo complicado del entretejido social del virreinato. No sólo era la convivencia de un conjunto de vecinos acomodados económicamente, era también la subsistencia y afirmación constante de una sociedad en la cual las determinaciones de carácter racial, ocuparon un papel por demás de primera línea, central y definitivo en muchos sentidos. Era la petición del Rey al Cabildo, representante de la ciudad en última instancia por supuesto, si no que además fue también el recuerdo de una sujeción que, vista a ojos del Monarca, se podía ejercer a una de sus provincias en el momento en que se considerara oportuno. Pero medio el principio freudiano de la realidad. Dos actores, el Rey y el Cabildo, en la visión encontrada de una misma circunstancia, cuya materialización fue la disputa por la imposición de una renta extraordinaria a un grupo de criollos, lo más graneado de la sociedad novohispana, pero que a diferencia del optimismo del Rey, compartirían el

[12] .- Véase: Alvarado Morales, Manuel, La ciudad de México ante la fundación de la Armada de Barlovento. Historia de una encrucijada (1635-1643), México, El Colegio de México, Universidad de Puerto Rico, Centro de Estudios Históricos, 1983.

impuesto con gusto, siempre y cuando, a cambio, nada es gratis en la vida, obtuvieran una serie de privilegios, privilegios por cierto no menores, que en algunos casos equiparaban en importancia a la Nueva España con el reino de Castilla; entre otros tenemos: reformas estructurales en favor de la oligarquía criolla, ampliación del rango de jurisdicción de la ciudad, perpetuación de las encomiendas a dos generaciones más, protección y honra -bajo el pretexto de la "limpieza de sangre"- a un número mayor (de doce a cien) de familias que, dada su vinculación con el cabildo, pasarían a ser miembros de número del tribunal inquisitorial, y, por último, que a través de la amable cortesía del Rey, se sugiriera, como recomendación de la Ciudad, que la jerarquía eclesiástica moderará el número de ordenaciones religiosas, lo que mal que bien era una forma elegante de decir que ya eran muchas las iglesias, muchas las capellanías, muchos los religiosos, muchas las fiestas, y que socialmente era muy caro sostenerlas. Estas, entre otras, fueron las peticiones de los criollos.

Dos visiones, insistimos, la del Rey y la de sus supuestos vasallos sobre un mismo problema como muchos otros hubo a lo largo de los tres siglos virreinales. La Armada sólo fue el pretexto, el catalizador para que brincaran por todas partes las manifestaciones de la ambición, de los no pocos intereses que los descendientes de conquistadores tuvieron dentro del territorio que cada vez más reclamaban como suyo, como pertenencia directa.

Richard Everett Boyer[13] acota el problema de la ciudad de México dentro de una situación de emergencia. Dadas las características geográficas en donde se asienta la ciudad y sin todavía presentar mayores obras de infraestructura, ésta fue sujeta de reiteradas inundaciones desde que los españoles decidieron conservarla como cabecera del naciente virreinato. Modificadas las condiciones ambientales en el entorno inmediato, la ciudad sufrió -en todo lo largo de esta palabra- durante el siglo XVI una suerte de lucha contra viento y marea, más típica de los barcos, pero

[13] .- Véase: Boyer, Richard, Everett, La gran inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638), México, Secretaria de Educación Pública, colección Sep Setentas, número 218, 1975.

que para nuestro caso fue exacta a pie juntillas: se sostuvo en su supervivencia, para sacar a flote un asentamiento construido en medio de una laguna.

Ya en el siglo XVII, cinco subidas de agua de considerable importancia precedieron a la que se podría llamar la verdadera, la con mayúsculas, Gran Inundación del año 1629. Ni en 1604, 1607, 1615,1623 ó 1627 se había llegado a estos niveles, ni a tales alarmas, ni a tales angustias. Un antiguo poema describió así a la ciudad: "cadáver de piedra hundido, en cristalino sepulcro"[14].

Explica el investigador norteamericano: "En aquellos días había en la ciudad de México muchos más indios y castas que españoles. Calcula Vázquez de Espinosa que en 1629 había en la ciudad y sus alrededores, incluyendo el barrio de Santiago Tlatelolco y la zona de chinampas, 80 mil indígenas, 50 mil negros y mulatos y 16 mil españoles y criollos. Esto significa que la población española aumentó y la indígena declinó seriamente"[15]. Y agrega, como contradictorio corolario: "La ciudad se convirtió en una isla de escasez en medio de una tierra de abundancia"[16]

Una sociedad en emergencia puesta en su frágil balsa, en un desastre natural. Necesitó, ya en las razones como en las condenaciones y disculpas, -humanamente- la explicación de los muchos por qué que condujeron al desastre; antecedentes y reacciones, invocaciones milagrosas, castigos divinos, cuyos resultados, entre otros, fueron que una casta -y no cualquier casta- aumentará su porcentaje, y en estos términos su presencia y grado de imposición en la ciudad. Tenemos también así que ya imbuidos en la mentalidad de la época, dos santas, dos imágenes, dos proyecciones de las creencias europeas en el medio novohispano, la de la Virgen de Guadalupe y la de los Remedios, que para el caso directo quizá no hayan contribuido mucho a la reducción del nivel de las aguas, sí obtuvieron en cambio argumentos y razones que seguramente aumentaron su número de devotos, y que con ello se encontraran una serie más de razones, de las muchas que seguramente hubo para emprender la ardua y difícil tarea de

[14] .- Anónimo, citado por De la Maza, op. cit. p. 44.
[15] .- Boyer, op. cit. pp. 31 y 32.
[16] .- Ibidem., p. 69.

reconstruir la ciudad, tanto en la realidad, en su materialidad física, como en sus utopías y en sus mitos. La ciudad criolla comenzó a perfilarse, en un juego de espejos característico del barroco, más hacia la imagen y semejanza de estos grupos descendientes de europeos, que trataron de construir en su ciudad un fuerte símbolo de identidad, del que jamás dejaron de lanzar loas, del que sostuvieron contra todo argumento en contra, del espacio físico que con gusto parece que habitaron, y del que se sintieron orgullosos conquistadores.

Indios, finanzas, proyectos de reconstrucción urbana, explicaciones sobre el drenaje del valle, se pasean por las páginas del texto de Boyer, pero también el de un cemento de difícil explicación, cemento que va dejando siempre, como en muchos de los sedimentos que tienden a explicar las actitudes de un pueblo ante la santidad, uno que muestra sus macizas razones de ser: "La liberación (de la inundación) es un milagro debido a la intercesión de un mediador, en este caso la Virgen. Estas transacciones con la deidad tienen algo de mágico, pues nadie puede contar con la misericordia y la bondad divina y sólo puede suplicar que acepte la mediación de ciertos santos que anteriormente han probado su eficacia"[17]

Otra muestra de importancia, aunque no referida al caso de la ciudad de México, lo tenemos con la tesis de la Doctora Rosalva Loreto López. De nombre original "Los conventos femeninos y la civilidad urbana en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII", apareció recientemente publicada con el siguiente título: Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII[18].

De un número de conventos femeninos existentes en la ciudad de Puebla, la historiadora se pregunta cuál es la influencia de ellos en la conformación de la estructura espacial de la ciudad, en los comportamientos sociales de los habitantes de la misma, en la celebración de fiestas, en la creación de una cultura, y de una cultura material urbana. Con solidez y toda claridad expresa: "La existencia de los

[17] .- Ibidem., p. 140.
[18] .- Véase: Loreto López, Rosalva, Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000.

establecimientos monásticos mendicantes en determinadas ciudades fue tan importante, que su presencia o ausencia fue índice de su esplendor económico y cultural. Así, la medida de una ciudad, en cuanto a su categoría como tal, se definía si existían en ella una, dos, tres o cuatro órdenes de predicadores menores, carmelitas o agustinos. Esta política de urbanización provino del campo estrictamente monástico. Frailes y monjas formaban un todo con la estructura interior de las ciudades, en una mutua interacción. De los centros urbanos recibían los medios económicos para su subsistencia y a la vez las ciudades recibían de ellos dirección espiritual y cultural "[19].

Aventura que habrá que hacer para la ciudad de México, por supuesto, y también sin perder de vista las ideas de Norbert Elias[20]. Por lo que corresponde a cada una de las instituciones femeninas, estudiar la influencia de los conventos en el comportamiento cotidiano de los habitantes de la ciudad muy probablemente arrojará una serie de referentes de primera importancia, tanto por el dato, como por el conjunto de preguntas que lleven a situar los roles de las oligarquías, de sus formas de vida, de las formas que construyeron para encontrar su continuidad como clase y grupo dominante. Destaca -y nunca estará de más decirlo- que la mayor parte de las instituciones religiosas femeninas estuvieron ocupadas por población europea y criolla. Así, y no sin razón, la historiadora puede plantearse algunos de los siguientes considerandos a partir de una afirmación: "El estudio de las familias interesadas en hacer ingresar a sus hijas en los monasterios nos permite visualizar cómo uno de los problemas a tratar es la relación de los grupos de la élite con la ciudad"[21]. Agregando: "Debemos destacar la continua influencia de los grupos inmigrantes españoles que fundaron y entregaron sus hijas a los conventos como expresión, entre otras cosas, del concierto de intereses locales identificados

[19] .- Loreto López, Rosalva, Los conventos femeninos y la civilidad urbana en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, México, tesis para optar por el grado de Doctor en Historia, El Colegio de México, 1995, p. 7.
[20] .- Véanse en especial dos trabajos de central importancia: Elias, Norbert, El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, Bogota, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1997. Además de: Elias, Norbert, La sociedad cortesana, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1993.
[21] .- Loreto López, Rosalva, 1995, p. 21.

bajo nuevos esquemas culturales"[22]. Así, vienen de inmediato algunas de las siguientes interrogantes ¿Cómo se establece la relación entre la iglesia, para el caso concreto el de los conventos de monjas, con las oligarquías dominantes? ¿Cuáles son los aspectos en que puede tener injerencia en materia urbana un convento femenino? ¿Qué tipo de intereses sociales se dirimían en un convento femenino?, entre otras.

Todos ellos, todo ello enfrentado a qué: a la salvación del alma como regla más alta y más central, pero también, cosa eterna de estos asentamientos, a la presencia de la ciudad como confluencia de intereses políticos no pocas veces en conflicto, de la ciudad como el lugar de los negocios, del punto de partida y origen de pautas de creencias y normas de comportamiento, del lugar de contacto y presencia entre castas y visiones encontradas del mundo, del escenario de aventuras humanas cotidianas, desde las más sublimes hasta las más abyectas, y también, y por qué no, del punto de partida en donde la imaginación es llevada a la descripción de la realidad misma, en y a través de la proyección de deseos, pautas de supervivencia social, sueños, afirmaciones, contradicciones entre el decir y el hacer, que a la larga delimitaron y conformaron a castas, a grupos poderosos y los más ínfimos. En todo ello y como un sujeto tan omnipresente que a veces nos olvidamos de su propia existencia: los objetos diseñados. La construcción material de una época, de sus habitantes, de la vida misma, que acaso se resuma en la ciudad, en una iglesia, en una casa, en un biombo, en una custodia, en un poema.

En los tres casos anteriores, y en la reducción más elemental de los mismos, es posible observar y analizar a la ciudad a través de sus instituciones, los conventos y el cabildo, ya en una situación de emergencia urbana, ya en un conflicto político entre la oligarquía criolla y el Rey, ya en un conjunto de organizaciones que irradian cultura y formas de comportamiento. Pero en todos ellos es también la historia de la institución en su referente urbano más directo e inmediato: su entorno y escenario, la vida que pronto olvida el origen de las cosas para

[22] .- Ibidem., p. 22.

rediseñarlas en su visión del mundo, la creación de un proyecto político, su proyecto, como grupo, como casta, como oligarquía, como individuos que en el mismo tiempo y espacio, en atención a otro tipo de móviles, explican porqué la descripción de un mismo objeto es tan extraordinariamente variada, tan dispersa, y, en común para todos ellos, al fin y al cabo, tan humana.

Fuera ya del marco de referencia colonial, tenemos el trabajo del doctor Rodríguez Kuri. Al igual que en los otros tres casos, el título encierra ya mucho de lo por decir, del sujeto a estudiar en su vinculación con el espacio "ciudad", en el caso la de México: La experiencia olvidada, el ayuntamiento y su referente temporal: 1872-1912[23].

"La historia institucional", como el mismo autor señala, a la que se agregaron otro tanto de cosas que definieron al tema de estudio: "...la institución -entendida como el ámbito de decisiones legítimas sobre un objeto- elabora y despliega para su funcionamiento un conjunto de prescripciones, códigos visuales y verbales que integran o excluyen otros actores y versiones sobre su desempeño pasado, presente y futuro"[24]. De allí, visto como un aporte de importancia central, esta historia institucional, se acerca por mucho a la historia de cosas que son más eternas y universales; con toda razón Rodríguez Kuri afirma: "...el ayuntamiento pudo ser el salón de cabildos, los integrantes del cuerpo, su legislación, el dinero municipal, los servicios que administró, pero fue también un modelo argumental, un conjunto de ideas, unos supuestos desde los que se concibió la ciudad, sus habitantes, sus responsabilidades y sus problemas"[25]. Destacamos de la anterior cita que, dado el caso del ayuntamiento estudiado, se puede adaptar a otros medios, a otros sujetos, a otros espacios temporales como son el virrey y la audiencia, el cabildo y los conventos de monjas, la Compañía de Jesús y la Universidad en cualquier tiempo y escenario lógicamente planteados y por supuesto delimitados.

---

[23] .- Véase: Rodríguez Kuri, Ariel, La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Centro de Estudios Históricos, 1996.
[24] .- Ibidem., p. 13.
[25] .- Ibidem., p. 14.

Así, volviendo a las ideas originales del trabajo, (sujetos y trama urbana, diseño y quehaceres en la misma, ajustados temporalmente al siglo XVII), menudo problema hubiera sido el afinar las visiones de algunos de los siguientes actores dentro del entramado urbano; dice un cronista de la época: "No se mezcla esta Ciudad con los indios; pero cércanla por sus cuatro partes, haciendo barrios por sí, que son los arrabales de dicha ciudad." Y agrega: "Había entonces en México, once templos de clérigos, cuatro conventos dominicos, diez de franciscanos, siete de agustinos, tres del orden militar de la Merced, dos de carmelitas descalzos, cuatro de jesuitas, dos de juaninos, uno de betlemitas, tres de hipolitanos y diez y nueve conventos de monjas; dos colegios de minas. Tenía ya siete hospitales, la iglesia de la Universidad y nueve colegios en los que se educaban anualmente multitud de niños"[26]. Insistimos en que será una tarea por hacer, también en la medida que lo disperso de los papeles de la época lo permitan: actores hubo muchos, por supuesto, determinar su aporte en la construcción de un espacio llamado ciudad, he ahí uno de los legados por hacer.

Pero pese a todo, y luego de varios ensayos, sobrevivieron dos actores que se fueron entremezclando en una complicada relación simbiótica cuyo producto más acabado es precisamente la existencia de esta relación, de la convivencia que los llevó a identificarse, creándose y recreándose, entre otras manifestaciones. La ciudad en sus creadores, la ciudad en el objeto mismo de diseño, en sus formas y características, en sus ilusiones y desdenes, en sus interpretaciones y mitos: una relación en donde difícilmente se puede acotar quién es el sujeto principal y cuál es su contexto; quién influyó más sobre el otro. Una visión de una parte de la sociedad, una visión que lentamente reclamó su diferenciación del otro para contribuir a la constitución de un grupo, de una casta dominante cuyas demandas y formas de sintalidad a la larga llegarán a ser las dominantes en las estructuras sociales coloniales. Esto es, la conformación de la oligarquía criolla que en el

[26] .- Rivera Cambas, Manuel, México pintoresco, artístico y monumental, citado por: Davis, Alexander, El siglo de oro de la Nueva España, México, Editorial Polis, 1945, pp. 135, 136 y 137.

ejercicio del poder reclamó también la existencia y presencia de sus objetos cotidianos para reconocerse como distinta, como digna del papel que asumió en su misión histórica, en todos los ámbitos y todas las formas, comenzando por su propia casa, la de la ciudad que heredaron y sintieron más propia dentro del virreinato, la ciudad de México.

El apuntalamiento de la doble vinculación entre una oligarquía y los objetos diseñados, sus objetos, quizá no hubiese podido ser abordada ni planteada si no mediaran una suerte de estudios recientes en algunos casos, impresiones y reimpresiones en otros, tan distantes en el tiempo como diez o doscientos años, y que tienen y tuvieron como referente directo a la famosa monja jerónima, pero que también incluyeron temas relacionados con algunas particularidades de la ciudad de México, ya en el siglo XVII, ya en otros ámbitos temporales. Por sólo citar a algunos, como en el caso anterior, de quienes forman también el marco de los imprescindibles, aparecen los siguientes esfuerzos: La plaza, el palacio y el convento, de Antonio Rubial[27], Sor Juana: la comparación y la hipérbole, de Margo Glantz[28], Cultura femenina novohispana, de Josefina Muriel[29], Zodiaco Mariano de Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo[30], Reportorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España, de Henrico Martínez[31], Texto y fiesta en la literatura novohispana, de Dalmacio Rodríguez Hernández[32], Don Carlos de

---

[27] .- Rubial García, Antonio, La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1998.

[28] .- Glantz, Margo, Sor Juana: la comparación y la hipérbole, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 2000.

[29] .- Muriel, Josefina, Cultura femenina novohispana, segunda edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994.

[30] .- Florencia, Francisco de, y De Oviedo, Juan Antonio, Zodiaco Mariano, introducción de Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1995.

[31] .- Martínez, Henrico, Repertorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España, México, introducción de Francisco de la Maza, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1991.

[32] .- Rodríguez Hernández, Dalmacio, Texto y fiesta en la literatura novohispana, (1650-1700), prefacio de José Pascual Buxó, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Seminario de Cultura Literaria Novohispana, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, SerieEstudios de Cultura Literaria Novohispana, número 13.

Sigüenza y Góngora, un sabio mexicano del siglo XVII, de Irving Leonard[33], Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial, de Esteban Sánchez de Tagle[34], y, por supuesto, Paraíso Occidental, de Carlos de Sigüenza y Góngora[35], entre otros.

Ante todo esto, devino una serie de preguntas. Unas sobre la ciudad misma, otras sobre los sujetos que brindaron las diversas visiones que de este espacio obtuvimos, en los fondos y archivos, en los libros de viajes y sucesos notables, también en otras fuentes cuyos autores, volviendo la vista hacia la ciudad de México, pocos adjetivos encontraron en su propia lengua para alabarla, para describirla, para divinizarla, tanto en portentos como en fortunas. Como derivación lógica, y no es gratuito que haya sido el siglo XVII un siglo tan dedicado al teatro, vino a colación una serie de interrogantes, acaso muy elementales, pero no por ello menos trascendentes sobre la ciudad misma, sobre ese sujeto y complemento, compañero del espíritu criollo y acaso uno de los cementos más sólidos que tuvo en su cohesión: ¿cuál es la forma del escenario urbano en donde se protagonizaron un sin fin de historias de las cuáles, Sor Juana por ejemplo, nos deja idealizadas algunas cuantas? ¿Realmente fue una ciudad que lindó tanto con los Santos Sacramentos y la devoción a lo Divino, como constantemente nos lo recuerda fray Agustín de Vetancurt? O ¿nunca estuvieron de más las afirmaciones sobre las "grandezas" de la ciudad vistas sobre alguno de sus inquilinos ilustres como lo fueron los antecedentes directos de la actual Catedral? ¿Qué grado de veracidad -comparado con una fotografía, por ejemplo-, podemos desprender o concluir de un biombo, o de alguna litografía de Gómez de Trasmonte? Y acaso más trascendental para el presente trabajo ¿Por qué existe una diferencia tan marcada entre lo dicho por ciertos cronistas y lo visto en algunas

---

[33] .- Leonard, Irving, Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, México, Fondo de Cultura Económica, colección Vida y Pensamiento de México, 1984.

[34] .- Sánchez de Tagle, Esteban, Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento del Distrito Federal, 1997.

[35] .- Sigüenza y Góngora, Carlos de, Paraíso Occidental, prólogo de Margarita Peña, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1995.

pinturas, con lo encontrado, y con un alto número de referencias sobre las descripciones urbanas, en fuentes tales como las Actas de Cabildo y el Fondo Franciscano? ¿Cuáles son las razones de ser que explican por qué, en tanto en unas fuentes nos encontremos ante descripciones que lindan con el paraíso y lo sobrenatural, en otras nos asomemos ante descripciones sólo equiparables a algunas de las condiciones más inmundas, por decir lo más gratuito, de las ciudades a través de la historia y de los tiempos en que esta categoría de clasificación comenzó a ser aplicada?

Todo lo anterior nos fue orientando a un conjunto de hipótesis básicas de trabajo que incluyeron necesariamente a otro actor y a otras circunstancias. Casi como si fuera una novela policial, y hemos dado muestras de ello, comenzó a perfilarse otro invitado no menos importante que quería y necesitaba que las cosas estuvieran descritas en su forma y su circunstancia, como si en esa condición dependiera algo más que la misma forma de los objetos, y estuviese buscando referencias sobre cosas más íntimas y necesarias. Razones para asumir esa actitud el mismo siglo las brindaba: el surgimiento de una nueva clase dominante que necesitaba y buscaba elementos de identidad y que parece encontrarlos en la construcción de iglesias y conventos, formas de lenguaje y expresión, pero también en la invención de cosas más terrenales, tan concretas como pudiesen ser una calle o una carnicería. Las distintas caras de la ciudad, la diaria y cotidiana, fueron enfrentadas con la proyección ideal de la misma clase que las habitaba. Una cosa eran las calles y las plazas, otra muy distinta la descripción que de las mismas quedaron, en escritos y biombos; unos eran los habitantes que hicieron eco de las bondades del clima y del gusto de ser vecinos de la ciudad, otros los indios que iniciaron el motín de 1692, en palabras de Sigüenza y Góngora, o de aquellos que están en los "arrabales", por mención directa de fray Juan de Torquemada. Las dos caras de la ciudad, la real y la ideal, eran las dos caras también del intelectual criollo.

Herencias de los conquistadores, mitificación del indio y su pasado, pero también algo más: la invención de su propio ser en sus propias acciones y sus obras, no siendo la ciudad, ni mucho menos, la excepción de este influjo, de este conjunto de razones, acciones y quizá errores.

Preguntas y planteamientos así lanzados por Norbert Elias en su "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados"[36] se presentaron como centrales, como saco a la medida, como hilos conductores de esta indagación sobre el diseño, su historia, sus razones de ser. "La comunidad suburbana estudiada en el presente libro se caracteriza por una aguda división entre dos grupos de residentes: uno se estableció allí hace bastante tiempo, mientras el otro es de conformación más reciente y sus miembros eran tratados por el grupo ya establecido como marginados"[37].

Agregar los sujetos adecuados, y cambiar las formas de desplazamiento social, racial y temporal, (tal parece que el recién llegado era el indio), y el parecido nos resulta asombroso con el de la ciudad de México en los años del siglo XVII. Y si seguimos buscando parecidos en la conformación de actitudes y conductas, tenemos que: "En todos esos casos el grupo más poderoso se ve a sí mismo como gente "mejor", como dotado de una especie de carisma de grupo, como poseedor de un valor que comparten todos sus miembros mientras otros carecen de él. Es más, en todos esos casos la gente "superior" puede lograr que la gente menos poderosa se sienta como si le faltasen valores, es decir, como si fuese humanamente inferior." Y continua: "¿Cómo ocurre esto? ¿Cómo pueden los miembros de un grupo sostener entre ellos la idea de que no sólo son simplemente más poderosos sino que son personas mejores que los miembros de otro grupo?

---

[36] .- Véase: Elias, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" en: Elias, Norbert, La civilización de los padres y otros ensayos, compilación y presentación de Vera Weiler , México, Grupo Editorial Norma, 1998, pp. 79-138.

[37] .- Elias, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados", op. cit. p. 81.

¿Qué medios emplean para imponer la creencia en su propia superioridad humana frente a los que ostentan un poder inferior?"[38]

El caso analizado por Elias es el de una comunidad llamada Winston Parva, pero el tipo de conclusiones y planteamientos, no está por demás recalcarlos, la forma y manera de abordar los problemas que trata, son fácilmente exportables en tiempo y espacio a otras ciudades y otros conglomerados. Se convierten por su lógica y racionalidad casi en elementos de definición universal, sujetos a las disposiciones y roles de los principales actores sociales, que en nuestro caso han sido ya mencionados. "Aquí se podía observar que la sola "antigüedad" de una formación, con todo lo que esto encierra, es capaz de generar un grado de cohesión grupal, identificación colectiva y mancomunidad de normas, aptos para inducir en unas personas la gratificante euforia ligada con la conciencia de pertenecer a un grupo superior y el concomitante desprecio para otros grupos"[39]. Concluyendo: "Así, la exclusión y la estigmatización de los marginados resultaron ser armas poderosas que eran empleadas por los establecidos para conservar su identidad, para reafirmar su superioridad, para mantener a los otros firmemente en su sitio"[40].

Cosa curiosa: ¿No estaría la conformación de la mentalidad criolla plenamente imbuida de estos problemas, problemas que si bien no identificaba con toda claridad, como ocurre con el inconsciente, sí influían con fuerza en la conformación de sus acciones y pensamientos, de sus decires y formas de recreación, y, en lo más inmediato, en la forma -en síntesis- de ver y construir el mundo, su propio mundo? ¿Cómo se manifestó esta materialización urgente y necesaria en los objetos, tanto en los de uso cotidiano, como en aquellos que cargados de simbolismos se utilizaron en fiestas y ceremonias religiosas?

La identidad y sus elementos, el sujeto en su diferenciación de los otros y la materialidad de los artículos que lo acompañan, forman parte de un conjunto de comportamientos. ¿Acaso no es ello contenido de una construcción más amplia

---

[38] .- Ibidem., p. 82 y 83.
[39] .- Ibidem.,p. 85.
[40] .- Ibidem., p. 86.

que podríamos denominar como Teoría del Diseño y que forma parte de las razones que ahora nos acompañan? El criollo y su ciudad, y en curiosa relación ambivalente, la ciudad y el criollo: los dos mutuamente relacionados, los dos vinculados en la definición de su propia existencia. Pistas entonces, y no creemos frágiles, tenemos para explicar las razones de estas descripciones diferenciadas de un mismo ámbito y objeto: la ciudad de México en el siglo de una criolla que no escapó a estos influjos, Sor Juana Inés de la Cruz.

Así, se ha considerado que el presente trabajo incluya líneas centrales y de articulación las que puedan ofrecer una serie de respuestas sobre las siguientes preguntas: ¿cómo influyó la ciudad de México, material e idealizada, en la formación del espíritu criollo en el siglo XVII? ¿Cómo, con este ejemplo, se puede abordar y construir una Teoría del Diseño? ¿Cómo los sujetos dependen de los artículos diseñados para conformar algo más que una clase social y en ello devenir aspectos tan centrales como el origen de las nacionalidades?

La forma de construir y diseñar una tesis sobre estos tópicos, no es ni universal ni eterna, ni se encuentra sujeta a una única forma de hacer las cosas; variados caminos suponemos habrá para realizarla, en atención a corrientes académicas, escuelas de pensamiento, a modas o estilos, y por supuesto, a las sujeciones propias que la época imponga. Hablamos, para este último particular, de las características que hacen que un siglo se diferencie del otro por algo más que la continuidad numérica, y que -por supuesto- en la conformación de su personalidad, se caractericen problemas y acciones, ilusiones y preocupaciones, que fuera de contexto, encontrarían terreno fácil para lo absurdo o lo impensable. ¿Qué es prudente preguntarle al siglo XVII y qué no? ¿Cuándo podemos invocar elementos certeros en el correr de los años que nos digan cuándo comienza y cuándo termina esta época? Y también, y no menos importante, en la construcción de los sujetos de estudio ¿cuándo podemos encontrar pistas suficientes para determinar que una institución, una clase, una casta, comenzó a ocupar un papel dominante dentro del enramado social que constituyó a una época?

El siglo XVII novohispano impone de suyo un reto por demás importante. Es lugar común decir que corresponde a una de esas etapas oscuras, quizá dignas de olvido, dentro de la construcción de la Historia Nacional. Que en ello ha habido, entre otras razones poderosas, proyecciones de los conflictos de nuestra vida como nación, y que se centran en las determinaciones últimas de quienes escriben la Historia.

Liberales, conservadores, porfiristas, marxistas han pasado lista de presente con singular frecuencia en la historiografía mexicana y han dejado algún soporte para esta idea: escritores lúcidos sin duda, autores de aportes centrales en la comprensión de eso que llamamos México, y que no podemos abordar sin haber construido un primer marco que distinga a una generación de la otra. La Historia es un deber generacional, en correspondencia con dos épocas, la actual y la de estudio, cuyos rasgos indemostrables -son fenómenos irrepetibles- se encuentran suavizados con altas dotaciones de imaginación, como afirma con particular fortuna el historiador George Duby.

En la inocencia nuestra, y con otros prejuicios preguntamos ¿cuándo comienza el siglo XVII? ¿Cómo podemos diferenciarlo temporalmente de los tres siglos que abarcaron el período virreinal? La respuesta determinó la existencia y continuidad en la elaboración histórica del presente escrito, que en lo más elemental se perfiló a través del siguiente esquema: antecedentes, la idealización, la realidad, las explicaciones de uno y otro: pero en medio de todo y jugando un papel central, la ciudad: el objeto diseñado, el Diseño, su creador y su propósito, y el diseñador y su usuario idealizado: el criollo y su proyecto.

El doctor Antonio Rubial en otro de sus trabajos[41], propone la siguiente división, división temporal que de alguna forma retoma la también historiadora María Alba

[41] .- Rubial García, Antonio, La Nueva España, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Tercer Milenio, 1999.

Pastor[42]. Diferenciado por cuatro etapas, la propuesta virreinal parte de un acotamiento que va de los años 1521 a 1560, para la llamada "Era medieval renacentista", de 1560 a 1630, para la "era manierista", de 1630 a 1740 para la "era barroca", quedando de 1740 a 1808 la "era ilustrada"[43]. Los nombres como tales, muestran mucho de los principales influjos que caracterizaron a cada período, pero en especial y para el caso nuestro, muestran claramente además que cada etapa nunca coincide con la cuenta de los siglos. Más apegado a las delimitaciones de la Historia Occidental, como manifiesta Rubial, esta serie de ligaciones nos permiten entrever que también la historia de las ciudades y sus habitantes están sujetas a procesos por demás complejos y no vacíos de diversos matices, en los cuales, los referentes directos fueron un pasado en constante invención. En una sociedad caracterizada, fundada, compenetrada por la existencia de castas, cabe preguntar ¿cómo vieron estas el surgimiento y desarrollo de su espacio, de su propia ciudad, en convivencia con otros grupos raciales, pero ante todo en relación con otros grupos culturales? Hay que recordar, aunque resulte obvio, que una casta es algo más profundo que la simple diferenciación racial.

"En la segunda mitad del siglo XVI las ciudades se consolidaron como centros de intercambio de mercancías y servicios y como capitales políticas, administrativas y religiosas de las distintas regiones. En ellas, los criollos, los mestizos los esclavos negros, los indios desarraigados y los emigrantes españoles crearon una sociedad compleja y plural"[44]. Actores, marcos de referencia cultural, acciones, escritos. Adoptada esta delimitación temporal, no podíamos comenzar sin hacer referencia a tres fuentes que por su origen mostraban el reflejo de esta peculiàr sociedad, posiciones encontradas sobre un mismo objeto: la ciudad. Alonso de Zorita[45],

---

[42] .- Alba Pastor, María, Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Obras de Historia, 1999.

[43] .- Rubial García, Antonio, La Nueva España, p. 3.

[44] .- Ibidem., p. 28.

[45] .- Zorita, Alonso de, Relación de la Nueva España, edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices de Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1999.

Domingo Chimalpáhin[46], Gerónimo de Mendieta[47], uno español, otro indígena, el otro fraile mendicante. Los tres en los límites de transición entre el Renacimiento y el Manierismo, los tres precursores en alguna forma del Barroco. ¿Qué vieron en la ciudad de México? ¿Cómo interpretaron esta a raíz de los principales hitos históricos que caracterizaron la época en la que escribieron? ¿Podemos encontrar elementos que tiendan a explicar la idealización en la que cayeron los cronistas del siglo XVII a través de los ojos de estos autores?

Es un antecedente, pero insistimos e insistiremos, en que es un antecedente necesario. Tiempo y acciones precedieron la existencia de nuestros antiguos vecinos, historias y leyendas que en su momento de vida ya podían contar con estos autores como parte de su bagaje.

¿Fuentes para autores del siglo XVII? Probablemente sí. Indispensables para las relaciones sobre una ciudad que ha trascendido hasta convertirse en un mito, también. Y el mito perdura hasta nuestros días. Octavio Paz ha señalado, en su estudio sobre sor Juana, lo siguiente: "La ciudad de México llegó a ser más grande, más rica y más bella que Madrid"[48]. Probablemente sus fuentes hayan sido los autores criollos que al idealizar la ciudad se construyeron a sí mismos. Finalmente no importa; una escritora como la que estudia merecía de suyo un marco de semejante magnitud. Es la ciudad idealizada, descripción de cronistas contemporáneos de Sor Juana Inés de la Cruz.

Y en ello, qué dicen las diversas voces que acuden ante el Cabildo de la Ciudad de México para reclamar cosas más mundanas, el agua y las derruidas paredes de las carnicerías, los puercos y la leña, las fiestas y los nacimientos. Qué podemos encontrar en el fondo franciscano que tenga que ver con la ciudad, qué en el de la Compañía de Jesús. Probablemente más cercanos a una descripción apegada a los hechos, que la que puede dar, por ejemplo, Sigüenza y Góngora. En estos ramos se

---

[46] .- Chimalpáhin, Domingo, Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan, paleografía y traducción de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1998.
[47] .- Mendieta, Gerónimo, fray, Historia eclesiástica indiana, con algunas advertencias del P. Fray Joan de Domayquia, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945.
[48] .- Paz, Octavio, op. cit. p. 618.

filtran no únicamente las voces de los criollos perdidos en sus disputas y sus fantasías, se filtran también algunos de los problemas más apremiantes de la ciudad, algunas de sus formas de vida, algunas de sus pautas de organización. Es un discurso acotado por otro tipo de impulsos, que en comparación con los de nuestro sabio poblano Miguel Sánchez, casi parecen vergonzosos. Quizá por ello aparezcan siempre entre líneas o hayan quedado en el olvido.

¿Qué se puede concluir? El contraste de fuentes, las distintas descripciones sobre un mismo objeto, pero también el papel y función del diseño en esferas que van mucho más allá de la explicación dada por el origen y razones de las formas físicas de los objetos. Es el diseño sí, pero que va de la mano de la construcción de una personalidad, y no de cualquier personalidad, como ha quedado demostrado en innumerables libros. Es un referente directo e indispensable que en todo ello se venga también construyendo las bases para una Teoría del Diseño.

Miguel Sánchez dijo también sobre la Virgen de Guadalupe: "En la cabeza, corona de doce estrellas. Así lo explico. Esta corona es del sol que la viste, y esta mujer México vive amparada, honrada y favorecida debajo de esta corona; lo que le consagró obediente y ofreció para ella fueron estrellas: en aquestas entiendo a los primeros conquistadores y descendientes suyos"[49]. Por algo lo afirmó, por algo lo mezclo con México por algo aparece siempre la ciudad, los conquistadores como fundadores, los milagros sobre un mismo territorio, los diseñadores y los usuarios de un mismo espacio y tiempo, pero con vivencias y formas de ver la vida diferentes.

Antonio de Robles, otro de los cronistas importantes que conoció el siglo XVII, nos dice en su diario mucho de la importancia que Miguel Sánchez tuvo en la creación de la fundamentada simbiosis entre la Virgen de Guadalupe y la ciudad de México. Cuando muere el poblano comenta: "Compuso un docto libro, que al parecer ha sido medio para que en toda la cristiandad se haya extendido la

[49] .- Sánchez, Miguel, "Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe" en: de la Torre Villar, Ernesto, y, Navarro de Anda, Ramiro, Testimonios históricos guadalupanos, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1982, p. 167.

devoción de esta sacratísima imagen, estando olvidada aún de los vecinos de México hasta que este venerable sacerdote la dio a conocer, pues no había en todo México más que una imagen de esta soberana Señora en el convento de Santo Domingo, y hoy no hay convento ni iglesia donde no se venere, y rarísima la casa y celda de religioso donde no esté su copia..."[50] El libro al que se hace referencia tiene por título "Imagen de Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe. Milagrosamente aparecida en la ciudad de México". ¿Mera coincidencia, o trasfondo de asuntos y preocupaciones más notables?

Brading dice con fortuna, "En el curso de un siglo, la Virgen criolla había salido así de la oscuridad, para rivalizar con las más célebres imágenes marianas de Europa"[50]; su escenario inmediato, su espacio de influencia, sus más devotos creyentes y más entusiastas promotores vivían apenas a una legua de distancia de su casa.

En los siguientes capítulos intentaremos escribir sobre estas cosas, sobre la construcción de un marco de referencia que en el diseño funda la conjugación de un proyecto con la ilusión de la mejor cara de la realidad anhelada.

[50] .- de Robles, Antonio, Diario de sucesos notables (1665-1703), citado por: Brading, David A, Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1991, p. 377.

El cimiento de la historia en la conformación de una idealización del diseño.

Capítulo primero.

So my advice to you is not to take advice
From the dealers who are handing out
Your cards
Take your life into your own hands
Just have faith in who you are
And all your goodness that I´m forced to
Disregard
Because you make it much too hard.

Graham Nash.

"El hombre es los hombres; cada uno de nosotros es distinto. Y sin embargo, todos somos idénticos".

Octavio Paz.

A mediados de los setenta, en una entrevista televisada, el poeta mexicano Octavio Paz mencionó que todas las sociedades que han habitado sobre el mundo se asemejan, entre otras razones, por la de haber escrito poesía. No habrán necesitado todas de trabajar la novela, por ejemplo, o de crear otro tipo de fantasías más elevadas -sin que la poesía no se encuentre en ese nivel-, como lo son la música sinfónica, o la de rock, pero todas, sin excepción, han recurrido a la ordenación de las palabras para manifestar una proyección, su proyección, de lo más grande de su ser, de sus mejores cualidades, de sus más grandes miedos y mejores ambiciones, en suma, de describir a través de las letras parte central de su visión del universo. Paz que fue poeta, acaso uno de los más grandes que en

nuestra lengua dio el siglo XX, no olvidó la condición de ser universal y atemporal que siempre han caracterizado a sus semejantes; ellos realmente han sido arquetipos, seres imprescindibles, resultado de un conjunto de demandas urgentes y necesarias, presentes en cualquier parte donde la raza humana haya habitado, y que con fortuna han existido. Quizá los poetas sean los mejores individuos que nuestra condición pueda ofrecer.

La atención a un reclamo inmediato, usando palabras de Ricardo Garibay, puede también ser una de las explicaciones más principales para que se den estas cosas: la de crear la belleza por medio de las palabras: la belleza junto con nuestros mejores estados de ánimo. De tal manera esta primera cualidad se convirtió en factor necesario, imprescindible, que siempre ha sido demandada con carácter impostergable, y también -aunque indefinible-, ha sido cualidad que ha aglutinado a grupos y castas, sociedades y jerarquías, autoridades e individuos, y ello, con fortuna, en todos los tiempos y en muchas de nuestras aventuras como especie a través del mismo.

Insistimos en que quizá esta cualidad sea una de las más importantes y elevadas que nos una en nuestra propia imagen, y esto con fortuna no podemos quitárnoslo de encima. Teniéndola como característica eterna del ser humano, en la que se presenta esa necesidad expresa de no dejar de vivir, de no dejar pasar la vida, como si la belleza no existiera, en idea deslumbrante del poeta Luis Rius.

Octavio Paz fue poeta, y en alguna forma también, como todo escritor, diseñador. Coincidimos, diseñadores y escritores, entre otras muchas cosas por crear, a través de un proyecto lo que no existe, de perfilar en un boceto lo que se puede realizar, de soñar acaso algunas de las cosas más altas a las que el ser humano pueda aspirar. Arquitecturas, bocetos, ideas sobre ciudades, mensajes, imágenes, herramientas, moradas: la motivación de hacer lo que nunca antes se ha hecho, y en la individualidad, lo que acaso no se puede llegar a repetir. Si partimos de que el paralelismo es fuerte, si esta idea sobre la presencia universal de la poesía pudiese sustentarse con un peso mayor a lo dicho por Paz, cosa de suyo difícil, y

recurriésemos a buscar ejemplos aquí y allá para apuntalarla, habría que preguntarse lo siguiente: si todas las sociedades han hecho poesía, es posible derivar o entrever -y ejemplos muchos habrá- de que todas las sociedades se caractericen también por su vocación por el diseño, por diseñar, por agregar al mundo el reflejo material mismo de las múltiples formas, de las múltiples visiones, de las muchas interpretaciones y creaciones que el espíritu en su devenir han plasmado, y podemos adelantar, seguirán plasmando. Si ello es una tesis, es también, amablemente un aspecto que caracteriza al ser humano: el diseño es un elemento recurrente y eterno que caracteriza de manera definitiva al "Mono gramático" de Paz, al "Homo Ludens" de Johan Huizinga, al Authority and the Individual de Bertrand Russell, a las distintas versiones del mismo estudiadas por Freud y otros tantos, que confluyen en el ser mismo de todos los días y todas las horas, en todos los tiempos.

Aunque el arte se rige bajo otro tipo de reglas, y para ello existe una rama al interior de la filosofía que se encarga de su estudio, una de las preguntas que se asoman con particular fuerza para los alcances del presente trabajo, -en independencia del tiempo histórico- es la de analizar si es posible que hablemos de los elementos básicos que pudiesen sustentar una "primaria" "Teoría del Diseño". De establecer una base mínima sobre la que podamos diferenciar al Diseño, como disciplina en sí y para sí, frente a otras ciencias y disciplinas como lo son la Historia, la Psicología, la Biología, o la Sociología. Más aún de reconocer su carácter interdisciplinario, pero también de aceptar que se encuentra gobernado por un conjunto de reglas que le son características. Proponemos para este apartado hacer una primera indagación sobre su naturaleza, que involucra en conjunto al presente trabajo.

Es el diseño: es el mismo en todas sus manifestaciones discursivas y materiales, en su trascendencia cultural y humana, en su concretización, en su inmediata invocación en el terreno de los juicios, pero el que en su desenvolvimiento poco a poco va mostrando más de la grandeza o miseria de una sociedad, de un grupo o

de un individuo. Es el diseño una de las mejores herramientas que tenemos para comprender los anhelos y aspiraciones de quienes en el tiempo nos precedieron, y su estudio no debe quedar como cosa pasajera y refuerzo de elementos que se asumen como superiores. Es una disciplina concreta que linda con las ciencias de la cultura y con las ciencias exactas, y que en su concreción va siendo muchas y muchas cosas más allá del olor, del color, de la forma y el peso; posee una manifestación dual y es de allí que se deriva uno de sus problemas más inmediatos de comprensión. Es una "técnica", pero es también una manifestación de aspectos que corresponden a las ciencias de la cultura, utilizando la celebre analogía de Ernst Cassirer.

En las preguntas más elementales, surge la necesidad de presentar un mínimo esbozo, que aunque no resueltas en forma contundente, y pudiendo ser cada una de ellas motivo de muchas y muchas páginas, sí, en tanto, permiten perfilar un acercamiento mínimo de argumentos que no podemos olvidar dentro del desarrollo del presente texto: ¿qué es el diseño?, ¿cuál su ámbito de competencia? ¿cuáles son sus quehaceres particulares? ¿qué identifica y qué diferencia a los diseñadores de otras ramas del saber? ¿con quiénes nos podemos identificar y con quiénes no? ¿en qué, y en qué no? Vamos, ¿podemos hablar sobre una personalidad propia para el diseño que nos marque, con sellos tan indelebles, como los del agua o los del fuego? Si podemos responder a todo ello, en esta suma de características imprescindibles y de definiciones básicas de personalidad, podremos enfrentar, permanentemente aquello que se presenta en las cosas especiales que creamos día a día, y que en alguna forma son, probablemente, una de las expresiones más claras para que una sociedad puede mostrarse a sí misma, como ante el universo y ante otros que les son distintos.

Propósito a enmendar parcialmente en las siguientes páginas, páginas indispensables para destacar ese objeto diseñado que fue la Ciudad de México en algunos de sus momentos del siglo XVII, necesarias además para circunscribir la presente tesis como un trabajo en diseño y no en historia, aunque entre ambas

existe una extremada relación en algunos de sus propósitos y fines como habremos de anotar. Pero no obstante, las dos presentan componentes esenciales que las hacen distintas y los cuales de alguna manera pretendemos sintetizar. A lo anterior se agrega otro propósito implícito y necesario: entender el diseño es también entender algunas de las razones de por qué en la Nueva España del siglo XVII se propiciaron las obras que se construyeron, de por qué sus principales cronistas escribieron en la forma en que lo hicieron y no en otra, atendiendo y centrando algunos elementos, y olvidando deliberadamente otros. Es adentrarse en ese problema de por qué las calles son limpias, claras y cálidas, del por qué de los portentosos discursos religiosos son tan válidos y tangibles como lo puede ser una escalera, una casa o un convento, o de por qué las monjas rinden su vida en el enorme orgullo de ser las esposas del Señor.

Fue una destacada forma de enfrentar la vida que tuvo un componente material imprescindible y deslumbrante, que originado en una dosis de idealización extrema, característica de una clase y de su propio proyecto que alimentado, por las herencias europeas y prehispánicas presentes en el virreinato, se convirtió en un deseoso motor de inobjetables y decorosas acciones: ser distintos, sin olvidar la paternidad española, ser distintos reconociendo la herencia indígena, ser distintos denostando a quienes fueron distintos de ellos. Para el común denominador de los habitantes del siglo XVII la vida se encontraba en otra parte, más allá de la vida misma, que en forma tan deliberadamente imaginada como es el pasado, presentó lo mejor de sí en la ilusión de un juicio futuro. Modo de vida que de inmediato lo diferenció del otro proyecto de modernidad, el inglés por denominarlo en alguna forma, en donde la ganancia y el trabajo tuvieron un acotamiento categórico. El discurso, maceradamente labrado por los criollos en el siglo XVII novohispano, cristalizará en una de las ramas más sólidas de lo que ahora continuamos siendo como país y como nación. Este discurso implicó una delicada delimitación de los elementos a destacar de los que había que olvidar deliberadamente: qué trasciende y qué se olvida, qué queremos decir de nosotros mismos y qué no. A través de sus

mejores plumas y en su tiempo imaginamos la siguiente pregunta: qué queremos decirnos a nosotros mismos, qué juicio nos es urgente, qué pretendemos enfrentar y anteponer ante los otros.

Podría uno decir que fue un mero accidente, y como tal tendría una disculpa, pero el olvido de cosas tan delicadas como las narradas por los personajes de quienes nos ocuparemos, debió de obedecer a otras razones. La materialidad de la ciudad y su transformación en un discurso devienen en cimentar una aventura mínima de explicación que nos permita entrever por qué existe un contraste entre las fuentes presentadas por la vida cotidiana en su mejor expresión, cuyo texto más inmediato se encuentra presente en las Actas del Cabildo, con las noticias que nos brindan algunos de los atentos y grandes pensadores que conoció el siglo XVII, entre ellos los escritores Sor Juana Inés de la Cruz, don Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco de Florencia y Agustín de Vetancurt, a los que se sumaron los "redactores" de diarios notables, como Antonio de Robles y Gregorio Martín de Guijo, sin olvidar, por supuesto, a los imprescindibles viajeros, estirpe tan indispensable y universal como los poetas y los diseñadores mismos. Es la historia, pero también es una peculiar forma de ver al diseño.

Pudiésemos también, si estas razones fuesen todavía insuficientes, insistir y argumentar que si bien en los últimos años se han creado teorías varias sobre diferentes materias y disciplinas, toca ya al "Diseño", y por qué no, tener la propia. Es lo menos que podemos esperar dadas nuestras especiales circunstancias. Generar los primeros pasos para la construcción de un eslabón y fundamentar un cimiento que le permita abordar otras fronteras y otra serie de problemas, poder ofrecer respuestas a las preguntas planteadas sobre la definición de su identidad, sus razones de ser, sus propias peculiaridades, su proyecto y perfil, son indispensables para nuestras disciplinas comunes, en lo inmediato al Diseño Gráfico, al Industrial y a la Arquitectura. Y con ello también generar otros cuestionamientos que lleven al Diseño más allá en la elaboración de su desarrollo, de su destino, de su misión, siempre apegados a su condición inherente, esencial,

imprescindible, de permanencia a la sociedad en donde es creada y desarrollada. Es el Diseño, pero es también la existencia intangible de algo más, que queda como muestra en un pequeño botón.

En la India, Paz observó a propósito de la arquitectura islámica en oposición a la hindú, la siguiente síntesis: "La simplicidad y la armonía de sus formas satisfacen una de las necesidades más profundas de nuestro espíritu: el anhelo de orden, el amor a la proporción. Al mismo tiempo, exaltan a nuestra fantasía. Esos monumentos y esos jardines nos incitan a soñar y a volar. Son alfombras mágicas"[1].

Es la India bien es cierto, pero acaso, y es parte de nuestros temas por meditar, ¿ello no es por demás también un anhelo universal? ¿No ha estado presente en Teotihuacan, como en los conventos religiosos del siglo XVI, como en Brasilia o en la ciudad de México en el siglo XVII? "Orden y amor", características presentes en el diseño desde tiempos remotos, desde el momento en que el Diseño se hizo presente como componente humana.

Las siguientes páginas son el derivado lógico de un proyecto que quizá bien pudo haber prescindido del presente apartado, si es que en las ambiciones del historiador nos hubiésemos brindado, pero por las razones expuestas, exigía un desarrollo mínimo del Diseño por el Diseño mismo. Muchas de las explicaciones que conlleva encuentran un parámetro último de referencia en la proyección material en un siglo que fue por demás ilustrativo en el desarrollo de las fuerzas de las cosas, de los objetos, de los discursos, de los proyectos. La historia y el diseño, semejanzas y diferencias, amores y desamores. Pero más: la manifestación dual, humana y técnica del Diseño como apoyo para poder llegar a otro tipo de percepciones y conclusiones.

---

[1] .- Paz, Octavio, Vislumbres de la India, décima reimpresión, México, Editorial Seix Barral, Colección Biblioteca Lbreve, 2000, p. 24.

El Diseño.

Dice Berman al referirse a la modernidad, a los peligros contradictorios que conlleva, a las esperanzas e ilusiones que desencadena, a las construcciones que va creando, en un libro tan sólido como el aire mismo, tan fuerte que soporta una inmensidad de variadas y afortunadas lecturas, lo siguiente : "Si avanzamos unos cien años y tratamos de identificar los ritmos y tonos distintivos de la modernidad del siglo XIX, lo primero que advertimos es el nuevo paisaje sumamente desarrollado, diferenciado y dinámico en el que tiene lugar la experiencia moderna. Es un paisaje de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios, telegramas, telégrafos, teléfonos y otros medios de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia; de Estados nacionales y acumulaciones multinacionales de capital cada vez más fuertes; de movimientos sociales de masas que luchan contra esa modernización desde abajo; de un mercado mundial siempre en expansión que lo abarca todo, capaz del crecimiento más espectacular, capaz de un despilfarro y una devastación espantosos, capaz de todo salvo de ofrecer solidez y estabilidad"[2]. Todo lo ofrece, menos la seguridad del mañana, menos un mundo en donde los objetos no ocupen siempre un papel creciente, y la más de las veces, imprescindible, no sólo por su uso, sino también por algo más.

Destaca prontamente, que uno de los actores más visibles de la modernidad se materializa en los objetos diseñados, motivados por la siempre referida acumulación de capital, que en un proceso de expansión inicial, presenta tal vez una de sus caras más inmediatas y más impresionantes, en las maravillosas novedades donde se desenvuelve: máquinas de vapor, fábricas, las grandes ciudades, el desarrollo de los medios de comunicación, la música grabada.

---

[2] .- Berman, Marshall, Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad, traducción de Andrea Morales Vidal, séptima edición, México, Siglo Veintiuno Editores, Colección Teoría, 1994, pp. 4 y 5.

Grandes escenarios comenzaron a manifestarse: la modernidad y la expansión de los mercados, la modernidad y de inmediato la diferenciación entre sociedades desarrolladas, por poseer de estas cosas y artefactos, frente a quienes por negación, al carecer de ellos, carecen del sentido mismo de lo nuevo, de lo moderno, de lo que quizá, en una lucha ideológica, los haga mejor, y delimite en consecuencia, en qué parte de los proyectos de modernidad se encuentre uno ubicado, que son dos en simple oposición: en ella o fuera de ella.

Civilización o barbarie: dos ilusiones, para el naciente capitalismo presentes dentro de su contradictoria existencia cuya expresión inmediata es el signo característico de la época: la solidez y la estabilidad. Figura anhelada, suprema, el ideal pronto a ser satisfecho, espejismo que mueve y renueva constantemente a Occidente, y quizá por estas razones, se transforma sin desearlo en uno de sus más esenciales delimitantes de comportamiento, que posee una manifestación casi delirante, en el ofrecimiento de lo novedoso, nuevo no más por que sí, que se encuentra en el porvenir idealizado, en un futuro anhelado, en una respuesta tácita y enfática a ese perenne valle de lágrimas en el que vivimos.

Las bases culturales de la nueva sociedad capitalista tuvieron como origen la definición y establecimiento de estos comportamientos y de estos logros, la creencia en la ciencia, la ciega confianza en el progreso, el asirse a la intangible y discriminadora "modernidad", argumentos que con el paso del tiempo formarán parte del terreno de lo establecido, lo deseado, y por ende, lo inobjetable. ¿Quién puede dudar de los alcances y frutos que puede brindar el progreso? ¿Acaso no es uno de los sueños más macizos que como nación hemos construido a lo largo de nuestra existencia? ¿No fue parte del gran sustento en que vivió y se desarrollo el porfiriato y el salinismo? ¿No los positivistas nos obsequiaron con brillantes libros, entre ellos la Idea del Progreso del inglés John Bury, para enrolarnos en este hábito tan aparentemente saludable[3]? Pero además de la actitud cultural, ¿cuál es el

[3] .- Véase: Bury, John, La idea del progreso, traducción de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Madrid, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, número 323, 1971.

reflejo que produce en nosotros la tenencia o carencia de estos objetos diseñados, qué implica en términos personales el ser desplazado de los grandes logros del progreso, y cómo determinar así algunos rasgos de nuestra conducta individual?

Véanse por ejemplo tres ilustrativos casos, los de los escritores Ray Bradbury, norteamericano, y el de los ingleses Herbert George Wells, y Daniel Defoe, a los que bien podríamos agregar los de Mark Twain y Charles Dickens, y en el caso más inmediato como referencia para nuestro país, los de DH Lawrence, y el de aquel extraordinario borracho y magnífico escritor que fue Malcon Lowry, entre muchos otros. Pero en tanto, y ubicándonos en los tres primeros a través de algunos de sus más conocidos libros, como son -respectivamente- las Crónicas marcianas, La máquina del tiempo, y Robinson Crusoe, es posible vislumbrar los efectos y posiciones que vienen desempeñando los efectos más inmediatos y visibles del progreso en quienes son distintos, en quienes critican la deshumanización que conllevan, y, finalmente, en quienes se ven en ausencia directa de los mismos. Actores de la modernidad, determinan mucho del comportamiento de quienes los fabricaron, o bien prescindieron de ellos.

El relato de la exploración, colonización y destrucción de la civilización marciana por parte de los terrícolas, es el contenido, sintetizado en forma burda y grosera, de la novela de Bradbury. Una primera expedición enviada a ese planeta en 1999, termina, luego de establecer contacto con algunos de los habitantes del planeta rojo, en lo que aparentemente es un fracaso. Pero no lo es tanto; han filtrado, a través de canciones aparentemente inocentes, dejadas aquí y allá en niños y mujeres, un sentimiento de asombro e inconsciente prohibición, que en muchos sentidos es espléndido; algunos de repente se encuentran tarareando letras que dicen, "Brinda por mi con tus ojos y yo te prometeré con los míos" o "Avanza en su belleza como la noche de regiones sin nubes y cielos estrellados; y todo lo mejor de lo oscuro y lo brillante se une en su rostro y sus ojos...".

El horror y el miedo pronto aparecieron en los desconcertados marcianos, ¿cómo poder defenderse ante una arma de tal tamaño? ¿cómo hacerlo cuando la belleza es

dosificada en la forma en que se comienza a presentar? Los estragos primeros pronto se manifestaron: la discriminación entre adultos y niños, entre hombres y mujeres, entre los aficionados a la música y los que no. Duro golpe, ¿acaso estas cosas no están presentes también en la Odisea?: anuncio terrible de una pronta destrucción. Miedo y angustia, pero también, necesidad de una explicación emergente ante quienes no son como nosotros, que pueda ir desde el tratamiento de los astronautas como enfermos mentales -hay que imaginar: ¡dicen que vienen de otro planeta!-, incomprensión de la terrible devastación que pronto se les vendrá encima, o todo lo anterior junto, caracterizaron los roles tanto de marcianos como de terrícolas en la segunda expedición, anuncio también de la poderosa batalla que se avecina en la tercera. No fue la guerra a través de armas sofisticadas como aparecen en "Viaje a las Estrellas" o la "Guerra de las Galaxias", sino algo más delicado y sutil, y no por ello menos poderoso, capaz de desmoronar a los corazones más sólidos. Cabe preguntar aquí, ¿no nos recuerda en algo -país el nuestro que sabe de dominaciones- la Conquista sufrida por los mexicas entre 1519 y 1521, guerra religiosa que luego se convirtió en militar y dio lugar a tres siglos de humillaciones y rencores? ¿No nos recuerda las explicaciones que entre los mexicas y españoles se hicieron, luego de destilar su bagaje cultural, para atender quién era uno y quién el otro? ¿No puede quizá surgir en una atrevida síntesis una mezcla que pronto demande la atención, el poder, el proyecto que todo grupo en proceso de configuración exige a los demás y así mismo?

En la tercera expedición las armas que utilizan en su defensa los marcianos, quizá sean más poderosas que una bomba, o una pistola: son los recuerdos. Analistas de la mente, pronto hicieron de la aparición repentina del hermano o el padre muerto hace años, la mujer idealizada, y el reconocimiento del pueblo desaparecido en donde se vivió la infancia, un elemento de confianza pronta a convertirse en inseguridad; así, en un tímido ensayo de comprensión, ante el primer contacto, llegaron a cosas cercanas a las que alguna vez, seguramente, enfrentó Cristóbal Colón; dice un astronauta a otro: "Y díganme si es lógico que los marcianos

tengan: primero, ventanas con vidrios emplomados; segundo, cúpulas; tercero, columpios en el porche; cuarto, un instrumento que parece un piano y que probablemente es un piano; y quinto, si miran ustedes detenidamente por la lente telescópica, ¿es lógico que un compositor marciano haya compuesto una pieza de música titulada, aunque parezca mentira, Hermoso Ohio? Esto querría decir que existe un río Ohio en Marte"[4].

Signos de identidad y labor inmediata de reconocimiento: salvo el río, todo es producto de la cultura social del hombre, de aquel que se sueña y manifiesta a través de sus materialidades diseñadas, a veces tan íntimas como algunos de nuestros más secretos pensamientos, a veces tan dignas de orgullo, ternura y renovada memoria como las relatadas por Garibay a propósito de la construcción de la presa Chicoasen, en Chiapas[5].

En la tercera, la desolación, la muerte y el comienzo de la apropiación del espacio y la cultura se manifiestan en una forma que pudiésemos decir "moderna", en una manera antes no concebida. La civilización marciana, a semejanza de los indios nuestros, desapareció en buena medida por contagio de enfermedades imprevistas como lo fue la varicela.

Los primeros pasos de dominación del territorio por parte de los terrícolas se dan a través de la basura, desecho que en no pocas ocasiones ha pasado por un diseñador, y que es una de nuestras tantas facetas, esta si se quiere negativa. La escena es elocuente, y a falta de otras cosas, casi comprensible, renovable en muchas partes; uno de los astronautas, "se acercó a la orilla del canal marciano. Llevaba seis botellas vacías y las fue tirando una a una a las profundas aguas azules del canal. Las botellas se hundieron en el agua con un sonido hueco y ahogado"[6].

---

[4] .- Bradbury, Ray, Crónicas marcianas, traducción de Francisco Abelenda, prólogo de Jorge Luis Borges, décima reimpresión, México, Ediciones Minotauro, 1993, p. 55.
[5] .- Véase: Garibay, Ricardo, Chicoasén, México, Secretaria de Educación Pública y Ediciones Gernika, 1985.
[6] .- Bradbury, Ray, op. cit. p. 77.

En un destello de sensibilidad, humildad y fascinación por el pasado ajeno, otro astronauta medita, probablemente con el mismo sentimiento que en su momento alimentó a fray Bernardino de Sahagún, a Humboldt, a Motolinía, a Torquemada, y a muchos más. La historia y sus productos materiales no pueden ser tratados como si fueran un simple despojo.

Este astronauta en conversación con su capitán, comienza a hacer semejante lo diferente, y en una inmediata reacción, se acerca a un sentimiento, mezclado con algo de vergüenza que también alcanza la jerarquía de universal y atemporal: "Creo en las obras, y hay muchas obras en Marte. Hay calles y casas, y me imagino que también habrá libros, y canales mayores que éste, y relojes, y cuadras, si no para caballos quizá para animales domésticos de doce patas, ¿quién sabe? En todas partes veo cosas usadas. Cosas que fueron utilizadas durante siglos. Si usted me pregunta si creo en el espíritu de las cosas usadas, le diré que sí. Todas las cosas que hoy nos rodean sirvieron algún día para algo. Nunca podremos utilizarlas sin sentirnos incómodos. Y esas montañas, por ejemplo, tienen nombres ... Nunca nos serán familiares; las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar estas montañas las conocía por sus antiguos nombres. Los nombres con que bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como el agua sobre un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza." Y por sí no fuera tristemente cierto, todavía alcanza a concluir, "Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenemos un talento especial para arruinar todo lo noble, todo lo hermoso. ¿No pusimos quioscos de salchichas calientes en el templo egipcio de Karnak, solo porque quedaba a trasmano y el negocio no podía dar grandes utilidades?"[7]

Como colofón: cambio de nombres, apropiación de realidades y mentalidades. Conquista espiritual, conquista musical, colonización de lo imaginario, la lenta

[7] .- Ibidem., pp. 78 y 79.

apropiación del mundo todo va teniendo un paulatino e incesante oleaje de cosas novedosas en donde se viene escribiendo mucho de la evolución que, cobijada bajo la "acumulación de capital", se hace tangible en los objetos diarios, en el diseño y rediseño de las cosas donde vivimos. Y luego, y nos es cercano... Dice Alfonso Reyes, y cita muy a propósito puesta en el libro de Lafaye: "Todas esas voces oscuras, de abuelos indios, que lloran en nuestro corazón, no han tenido desahogo".

H G Wells, famoso autor de obras de ciencia ficción, junto con Julio Verne y algunos otros, comenzaron a ver otro tipo de problemas que el desarrollo de las sociedades altamente industrializadas traían consigo. Bien y venga el desarrollo industrial a niveles nunca imaginados, podríamos declarar, no perdamos la posibilidad de soñar en otro tipo de vivencias: un submarino, una máquina voladora, una máquina del tiempo, la posibilidad de ir a la Luna, crear la vida misma, recorrer el mundo en un tiempo nunca antes realizado, todo ello y más ofreció el siglo XIX, y una parte importante se cristalizó en el XX. Pero, ¿qué hay del ser humano? ¿qué hay de los mejores valores que nuestra especie ha generado a lo largo del tiempo? Wells encuentra en ello el móvil central para escribir libros notables, imprescindibles para entender e interpretar los múltiples misterios del diseño; las reacciones humanas ante monstruos por él generados, de todo tipo y casi sabor, que en su vertiente más radical, en Frankenstein, amenazan con devorar a sus propios creadores y a sus propios usuarios.

El viajero a través del Tiempo. Cosa de envidia, de admiración disfrazada. Ser testigo de los hechos capitales del pasado, ser, como en las novelas policiales, descubridor de los desenlaces múltiples que las acciones humanas puedan generar. O quizá, alimentado por afanes más nobles, poder alterar lo ya hecho y así construir un mejor planeta y una mejor sociedad. Y luego las descripciones del futuro: ciudades subterráneas, grandes jardines, dotación múltiple de todos los servicios, ausencia de contaminación y desechos nocivos, el disfrute del tiempo para el cultivo del gigantesco egoísmo que es poder estar siempre en lo que más

gustamos, sin tráfico, sin problemas mezquinos, sin interpretaciones y racionalizaciones absurdas. Una civilización, platicada por el viajero, que en el futuro encontrará un doble comportamiento. La dicha en el día, la carnicería en la noche: el hombre, que a pesar de todas sus hazañas técnicas, no deja de ser verdugo de sí mismo.

En La máquina del tiempo, las formas descriptivas que usa Wells van descubriendo diversos misterios en forma dosificada. Tenemos primero a los civilizados moradores de las ciudades subterráneas. ¡Qué calidad de ingenieros!, qué grandes tipos han de ser en habilidades inteligentes para poder sustentar viviendas, fábricas, vías de comunicación bajo el nivel del suelo. Pero el temor constante del escritor inglés aparece en cada línea: es el miedo a que el desarrollo de la civilización conlleve casi inevitablemente la carencia total de afectos y valores.

Los maravillosos triunfos técnicos no son capaces de sortear otro tipo de pautas de conducta. Estos seres emergen todas las noches para devorar a los niños, compañeros del viajero quienes felizmente retozan día con día en una serie de juegos que jamás terminan, en un feliz contexto que deviene en mezquindad.

No es tan disparatada la idea de Wells; en alguna forma, esta pereza y desinterés también estuvo presente entre ciertos estratos de la población que estuvo sujeta a los ensayos "socialistas" del siglo XX. Como si se pudiese afirmar: los habitantes del futuro al tenerlo todo, adolecieron de iniciativa, pero también de otros alimentos espirituales acaso más importantes. La incuria es generalizada y es vil. Narra Wells, "Ese día, también, me hice de una amiga... en cierto modo. Sucedió que, cuando estaba yo contemplando a algunas de aquellas gentecillas bañándose en un bajío, una de ellas sufrió un calambre, y empezó a ser arrastrada por el agua. La corriente principal era más bien rápida, aunque no demasiado fuerte para un nadador regular. Les daré a ustedes una idea, por tanto, de la extraña imperfección de aquellas criaturas, cuando les diga que ninguna hizo el más leve gesto para intentar salvar al pequeño ser que gritando débilmente se

estaba ahogando ante sus ojos. Cuando me di cuenta de ello, me despojé rápidamente de la ropa, y vadeando el agua por un sitio más bajo, agarré aquella cosa menuda, y la puse a salvo en la orilla"[8]. El ejemplo es extremo, pero por desgracia no nos es ajeno.

La discusión ha sido recurrente, y además de la anécdota, se presenta en la siguiente perspectiva: ¿el desarrollo tecnológico, la industrialización, los objetos mismos harán del ser humano un mejor ser? Wells adelanta que no. No son únicamente los valores, es también la confusión entre fines y medios, lamentable inversión en la que nos tocó navegar en los pasados cien años, dando a los objetos un lugar sobradamente relevante.

Sus libros siempre oscilan entre el enfrentamiento entre posiciones sorprendentes en tanto al desarrollo tecnológico, y carentes, en todo sentido, de los más elementales valores de misericordia, ternura, generosidad, compasión y comprensión; casi como si estuvieran de alguna manera prohibidos, o fuesen absurdos, o, peor aún, fuesen vergonzosos.

Un hombre que se hace invisible y que lejos de procurar el bienestar para sus semejantes inicia una suerte de travesuras y daños, equiparables a los que haría un chico en la ausencia de su juguete más principal: grandes físicos, enormes en lo tecnológico, mellados terriblemente en lo humano y en lo emocional. La guerra de los mundos, la muestra de que las civilizaciones más desarrolladas técnicamente pueden ser terriblemente rapaces ante la vida; al igual que en La isla del doctor Moreau, lamentable espectáculo al que puede conducir la inteligencia, y de alguna forma, aunque no de Wells, también encontramos dicha sensación en las famosas 20 000 leguas de viaje submarino, del francés Julio Verne.

Ante una dubitativa confianza en el progreso, Wells no deja de sentir cierta esperanza en la perduración de los principales valores que hacen de la humanidad digna de tal nombre. En el epílogo de la Máquina del tiempo coloca la siguiente

[8] .- Wells, Herbert, George, La máquina del tiempo, traducción de Nellie Mansó de Zúñiga, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Todolibro, número 47, 1981, p. 76.

reflexión a través de uno de sus personajes, testigo indirecto de la sorprendente hazaña: "Él, lo sé -porque la cuestión había sido discutida entre nosotros mucho antes de ser construida la Máquina del Tiempo-, pensaba, aunque poco alegremente acerca del Progreso de la Humanidad, y veía tan sólo en el creciente acopio de civilización una necia acumulación que debía inevitablemente venirse abajo al final y destrozar a sus artífices. Si esto es así, no nos queda sino vivir como si no lo fuera. Pero, para mí, el porvenir aparece aún oscuro y vacío; es una gran ignorancia, iluminada en algunos sitios casuales por el recuerdo de su relato. Y tengo, para consuelo mío, (la niña le regaló unas flores al salvarle la vida) dos extrañas flores blancas -encogidas ahora, ennegrecidas, aplastadas y frágiles- para atestiguar que cuando la inteligencia y la fuerza hayan desaparecido, la gratitud y una mutua ternura vivirán aún en el corazón del hombre"[9].

En un tercer nivel, la oposición radical con la supermodernidad materializada la presenta precisamente aquel maravilloso personaje que de repente se enfrenta a la carencia de todos los beneficios de la cultura, luego de haber sido formado en la sociedad más poderosa que al momento conocía el planeta: Robinson Crusoe. Viajar, explorar el mundo que apenas recién era descubierto por la humanidad y luego, de repente, quedarse en uno de sus escollos.

No es gratuita la sorpresa. Resulta curioso, pero es apenas cuestión de unos pocos siglos en que comenzamos a percibir como humanidad, el hábitat en donde nos encontramos inmersos. Muchos siglos lo hemos habitado, pero recién comenzamos a percibirlo en toda su inmensidad: una de las facetas que presentó la "modernidad" para el siglo XVII estribó precisamente en ese reconocimiento del mundo en su extensión y anchura, y luego, casi como si fuera proceso de ocupación jesuita, procedió a poblarlo, someterlo, explotarlo y dominarlo. Una base segura derivaba en la otra.

Un naufragio, la isla desierta; de la populosa ciudad de Londres a la nada literalmente, en medio del océano. Difícilmente hubiese podido ser concebible un

[9] .- Ibidem., pp. 157 y 158.

escenario más dramático para un inglés en esos años: fue la percepción de todo el valor de la civilización y lo terrible de la naturaleza desenfrenada en un solo día: el 30 de septiembre de 1659. Sobrevivir se convirtió en la urgencia inmediata, pero no obstante esta situación, la huella del imperio ya había marcado a Crusoe casi como la cal a los huesos. Llevar un diario, la cuenta exacta de los días, fue una de sus primeras preocupaciones; luego los objetos que le podrían ayudar a sobrevivir.

Sus juicios son por demás categóricos y casi sobrecogedores. En la ausencia de utensilios, reflexiona: "Esto vino a demostrarme que necesitaba muchas cosas fuera de las que había acumulado; así como tinta, debo citar la falta que me hacían una azada, pico y pala para roturar la tierra, y también agujas, alfileres e hilo; en cuanto al lienzo, pronto me pasé fácilmente sin él."

"Tal falta de utensilios tornaba fatigosa toda tarea que emprendía, y transcurrió casi un año antes de que hubiera terminado mi empalizada y las demás obras"[10]. De repente el hombre civilizado es puesto en las mismas condiciones en que vivió nuestra raza en sus orígenes, pero con el agravante además de haber conocido la civilización y de repente encontrarse solo, en lo más enfático de esta palabra. La evaluación que hace de su situación muestra mucho del referente cultural en el que se encuentra inmerso, referente lastimosamente añorado por su situación, y resuelto en la reproducción de modelos sumamente inmediatos. En su diario anota lo bueno y lo malo, consuelos y desgracias, apremiantes nostalgias por aquellas cosas antes tan comunes: entre las primeras, las generosas, cuenta que no murió como el resto de la tripulación, que se encuentra en un clima cálido y en ausencia de animales feroces; en sus nostalgias, y es en donde se palpa con mayor claridad su extrañamiento y entrañamiento al imperio, donde los derroteros por él delimitados se hacen más evidentes: "Vivo separado de la humanidad, solitario y desterrado de toda sociedad. No tengo ropa para cubrirme. Carezco de toda

[10] .- Defoe, Daniel, Robinson Crusoe, traducción de Julio Cortázar, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Club Joven, número 6, 1981, p. 68.

defensa contra los animales y los hombres. No tengo a nadie con quien hablar, a nadie que me consuele"[11]. Se encuentra prácticamente, desamparado.

Años después una vez rescatado, hombres varios quedan en la isla como castigo ante un frustrado motín. Algunos de ellos imploran la muerte inmediata antes que enfrentar la solidez de la naturaleza despiadada. Por lo contrario, el experimentado Robinson Crusoe regresa a Inglaterra, no sin antes dejar una serie de sabios consejos, un poco de pólvora, granos y una vivienda. El ciclo iniciado y marcado por Colón en 1492 se ha vuelto a repetir. Con cierta tristeza, surge un suspiro, "Así deje mi isla, el 9 de diciembre, según el calendario del buque, y en el año de 1686, luego de haber estado en ella por espacio de veintiocho años, dos meses y diecinueve días, ... Al fin de un largo viaje arribé a Inglaterra el 11 de junio de 1687, después de treinta y cinco años de ausencia"[12].

Con dinero, con Viernes, amable esclavo y compañero de aventuras prontamente sometido, viudo, se propone en la segunda parte de sus aventuras, regresar a su añorada isla: definitivamente no se halló en Inglaterra, pero vuelve ahora con los instrumentos imprescindibles para iniciar un proyecto de colonización más acorde con los dictados de la época. Entre sus bastimentos, de los que deja una larga nota, se encuentran: telas, guantes, zapatos, sombreros, camas, vajillas, ollas, cacharros, calderos, anzuelos, cerrojos, armas, balas, pólvora a cual más, espadas, machetes, cañones. Todo lo que no le fue imprescindible en la primera ocasión, en su regreso apareció con una urgencia por demás categórica. Era la vuelta, en calidad de colonizador, de civilizador. De nuevo a ejercer la conquista espiritual, la musical, la del imaginario; Crusoe impone la material, siguiendo el notable ejemplo que dejó en su segundo viaje a América Cristóbal Colón. Más importante que el primero, Colón define en éste algunas de las características de conquista y sometimiento que fueron recurrentes en la penetración europea sobre aquellas zonas sobre las que se fue expandiendo.

---

[11] .- Ibidem., pp. 68 y 69.
[12] .- Ibidem., p. 282.

La colonización se cierra, y se concreta cuando se establecen dos parámetros claramente definidos: el amo y el esclavo, el civilizador, y el sujeto a ser civilizado. Claro es ver a quién correspondió en la historia inmediata ocupar uno y otro papel: Europa por un lado, frente a América, África, Asia, Oceanía, por el otro. Una sólida armazón, un característico comportamiento derivaron su acción en esos siglos: "Los españoles les enseñaron a plantar el grano y a hacer pan, el modo de criar cabras y ordeñarlas; de haber tenido mujeres consigo, pronto aquel grupo se hubiera convertido en un verdadero pueblo"[13]. Pero también los españoles les enseñaron otras cosas de las que hemos sido testigos y herederos.

La civilización también deviene en formas peculiares de sometimiento que, quienes formamos la parte desafortunada del "encuentro", debiésemos conocer sobradamente. El ejemplo, millones de veces repetido, se continuó: "La metralla de los cañones debió sin duda matar y herir a muchos, pero no llegamos a averiguarlo con certidumbre, porque escaparon a tal velocidad que tres horas más tarde apenas si divisábamos unas tres canoas retrasadas, y del resto no tuvimos más noticias, porque levantándose viento esa misma tarde levamos el ancla y seguimos viaje hacia Brasil".

"Cierto que conservamos un prisionero a bordo, pero el salvaje era tan hosco que se negaba a hablar o a comer, tanto que creíamos estaba dispuesto a dejarse morir de hambre. Hallé, sin embargo, la manera de disuadirlo, pues ordené que lo bajaran a la chalupa y le hicieran entender que si no hablaba volvería a ser arrojado al mar"[14]. Todo un proceso que muchas veces los objetos facilitan, como si los mismos se encontraran sujetos al discurso y a la posición más dominante, y adquirieran cierto goce como resultado: les gusta estar allí. ¿Característica de los mismos o imposición a la que se ven sometidos?

Una última muestra nos la ofrece Cristóbal Colón, valioso personaje buscador de oro y especies que en 1492 descubre América. Todos rememoramos el viaje

---

[13] .- Defoe, Daniel, Nuevas aventuras de Robinson Crusoe, traducción de Julio Cortázar, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Club Joven, número 74, 1982, p. 99.
[14] .- Ibidem., p. 161.

realizado en la Niña, la Pinta, la Santa María. Once de octubre por la noche, la visión de los fuegos nocturnos, el contacto al día siguiente con el buen salvaje. Linda cosa, que se convirtió en lamentable cuando en 1493, en su segunda visita, arriba con diecisiete barcos, con un proyecto de colonización que, como base, dependía del sometimiento de los antiguos y felices pobladores. Fue la construcción del primer asentamiento permanente de europeos en América, y las cosas no han cambiado mucho desde entonces: del descubrimiento a la feroz colonización.

Dotados de múltiples provisiones, trajeron pronto caballos, vacas, granos, telas. Los españoles olvidaron las especies y se centraron en la búsqueda de oro, avaricia que fue lamentable para los antes contentos habitantes. El concepto de trabajo fue impuesto, la esclavitud devino con él.

Fue en el nombre de la civilización, y la civilización en sus afanes expansionistas es capaz de destruir cuanto le sea posible en el nombre de su propio reino. América, China, la India, África. Sus objetos, sólidos aliados, aparecen como instrumentos de apoyo que en los últimos años han llegado al nivel de veneración, veneración que no pretendemos, bajo ninguna circunstancia, alterar.

Citados por Berman, los futuristas reproducen muy bien las contradicciones que caracterizan al proyecto de modernidad, sus alcances y ensoñaciones, y sin proponérselo, comienzan a abonar en algunas de las preocupaciones más principales que oscilan entre la tenencia y no tenencia de objetos. "Compañeros, os decimos ahora que el triunfante progreso de la ciencia hace que los cambios en la humanidad sean inevitables, cambios que están abriendo un abismo entre los dóciles esclavos de la tradición y nosotros, los modernos libres que confiamos en el esplendor radiante de nuestro futuro"[15]. Esclavitud y modernidad, tradición e innovación, la contemplación e idealización del futuro, contrapeso de aquel pasado deleznable ante la ilusión anhelada, en cuyos rostros aparecerá la rápida

[15] .- Boccioni, Humberto, et al, "Manifesto of the futurist painters", citado por: Berman, Marshall, op. cit. p. 11.

apropiación de los objetos diseñados, la veloz identificación con las máquinas, la construcción en suma, aparentemente, de un hombre mejor.

Para poner un énfasis mayor en estas ideas, aparece en palabras del psicólogo social Alex Inkeles, el siguiente mar de atributos que las sociedades pueden apropiarse a partir de los objetos por ellos construidos: "Una fábrica guiada por una política de gestión y de personal moderna dará a sus trabajadores un ejemplo de conducta racional, equilibrio emocional, comunicación abierta y respeto a las opiniones, los sentimientos y la dignidad del trabajador, que puede ser un ejemplo poderoso de las prácticas y los principios de la vida moderna"[16].

Aparentemente es la suma de una suerte de argumentos inapelables, pero en ellos existen ya un par de notables contradicciones que en la ausencia de seguridad y de solidez, demarcarán por mucho el tránsito de la historia humana durante el siglo XX: primero, la enajenación del hombre por el objeto que él mismo crea, y, segundo, la confusión e inversión de los medios con los fines, a niveles tales que casi se da la entronización del medio por el medio mismo, lo cual, fuera ya del contexto propio de la Filosofía Ilustrada, linda necesariamente con lo absurdo. Ejemplos varios pueden ser mencionados, y en lo más inmediato, se encuentran aquellos que derivados de las políticas económicas nacionales, olvidan el proyecto de país propuesto, para imponer, independientemente de su costo, los objetivos que pretenden alcanzar la "salud" financiera por medio del aumento de los ingresos gubernamentales -sin importar el costo de los mismos-, el pago de la deuda, el control de la inflación, a costa de la salud, esta sí, de la población en su conjunto. O, en el caso de los automóviles, para ponerlo también en términos más cercanos, en que lejos estaremos ya del cumplimiento que define su nombre, para ser cambiados por una suerte de cualidades en que el de servir como medio de transportación aparece como un accesorio secundario.

En tanto, y como característica que se acentúo en el siglo XX por distintos frentes y razones fueron apareciendo evidencias varias de que mucho de lo que determinó

[16] .- Inkeles, Alex, "The modernization of man", citado por: Berman, Marshall, op. cit. pp. 14 y 15.

a la persona cotidianamente se encuentra relacionado con sus posesiones. Al referirse a él, Herbert Marcuse en El hombre unidimensional y por Berman en su Todo lo sólido, se agregaron otros elementos que reforzaron las observaciones hechas en esta dirección, marcadamente en la época de cristalización suprema de las mercancías: "Las masas no tienen "yo", ni "ello", sus almas están vacías de tensión interior o dinamismo: sus ideas, necesidades y hasta sus sueños "no son suyos"; su vida interior está "totalmente administrada", programada para producir exactamente aquellos deseos que el sistema social puede satisfacer, y nada más. Las personas se reconocen en sus mercancías; encuentran su alma en su automóvil, en su equipo de alta fidelidad, en su casa a varios niveles, en el equipamiento de su cocina"[17]. Hay que imaginar el efecto correlativo que conlleva precisamente su ausencia, un concepto que va más allá de la miseria, y con ello, insistimos, aunque exagerado y magnificado por el capitalismo, no ha dejado de estar presente a lo largo de la historia humana.

Colocado en un extremo sumamente burdo en la actualidad, esta última idea no dista mucho de las que expresara Max Weber para entender la vida cortesana y algunas de sus motivaciones y proyecciones más inmediatas en la baja Edad Media. La relación del señor feudal con sus objetos y la función superior que vienen alcanzando, se encontraban más allá de su uso mismo; su fin perteneció a otras esferas: "El *lujo* en el sentido del rechazo de la orientación racional del uso no es, para el estrato de los señores feudales, *superfluo*, sino uno de los medios de su autoafirmación social"[18]. Es una urgencia naturalmente, pero también una necesidad sumamente apremiante, que en la etapa moderna no deja, como señala Marcuse, de perder el contenido con que se presentó en el medievo: la proyección de la autoafirmación social de un grupo, un individuo, una clase, frente a quienes, por diferencia, encontramos en algún otro de los niveles de la relación dominado-dominante, que históricamente también han contribuido a que existan marcadas

[17] .- Marcuse, Herbert, "El hombre unidimensional", citado por Berman, Marshall, op. cit. p. 16.
[18] .- Weber, Max, "Economía y sociedad", citado por Elias, Norbert, La sociedad cortesana, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1993, p. 56.

diferencias entre las guerras de conquista y las de exterminio, entre los conquistadores y los conquistados, entre los poseedores y los desposeídos.

Podemos adelantar que ello parece eterno y universal, cosa que no es ningún consuelo como lo muestra Paz en el caso de la India, o como lo dejaron plasmado los distintos soldados cronistas que, testigos y actores en la Conquista de México, escribieron brillantes páginas, donde la aparente superioridad tecnológica del europeo jugó un papel determinante en las orientaciones últimas que presentó en este "encuentro": el conocimiento de la pólvora, el uso de cañones, la domesticación de ciertos animales, en especial el caballo, elementos todos que contribuyeron a diferenciar claramente los roles que estuvieron presentes a lo largo de los tres siglos coloniales, delimitando con fuerza la no tan tenue línea entre conquistadores y conquistados. Veremos que el virreinato los colocará, por sus marcadas diferencias raciales, en un extremo exagerado.

Uno más cercano para los propósitos del trabajo que ahora nos ocupa, estuvo presente en el caso de la sociedad cortesana que habitó, vivió y demandó, en comportamiento y costumbres, cosas semejantes, relaciones parecidas, objetos específicos en el siglo XVII en la ciudad de México. Fue el lujo junto con sus objetos, pero también fue algo más.

Siguiendo la lista de las muchas manifestaciones que posee el diseño de los objetos y de la que por añadidura pudiésemos desprender como ley universal, se encuentra aplicable esta a la sociedad moderna. En ella aparece con solidez una de sus variantes: la críticas, la crítica que deviene en la creación de nuevos estilos, más profunda si se quiere por lo cercano que en el tiempo nos encontramos de ella, y que en una de sus facetas se sustenta precisamente por la construcción de una demanda que establece la "vuelta al pasado" y la conservación del patrimonio construido: ¿acaso una contradicción o un agotamiento?, el diseño se convierte en un referente central en la construcción de la personalidad social. Evitar o reducir la enajenación, no en su sentido como venta sino como despersonalización, la elaboración de un acto de fundación y renovación del aquí y ahora en su

proyección futura hacia un mañana más libre de estas ataduras, parece ser una de sus bases. No es gratuito, por tanto, que Berman cierre la introducción de su libro afirmando: "Apropiarse de las modernidades de ayer puede ser a la vez una crítica de las modernidades de hoy y un acto de fe en las modernidades -y en los hombres y mujeres modernos- de mañana y de pasado mañana"[19].

Dos primeras conclusiones se comienzan a dibujar derivadas de lo que hemos escrito. La primera es clara y quizá por evidente muchas veces la olvidamos o la confundimos con cosas aparentemente más relevantes: la de que jamás se "diseña", jamás se proyecta, jamás se crea la realización material del mundo como una acto de casualidad y que responde a una inquietud social meramente impulsiva. Detrás del "diseño" existe una de las facetas más claras sobre las proyecciones y demandas de realización ontológica existentes por parte de quienes (grupo, casta, clase o individuo) se encuentran procurando que las cosas sean, en lo inmediato, de una forma y no de otra. La segunda, el "diseño" es ante todo la confluencia de discursos encontrados, de conflictos sociales, escritos y realizados con propósitos que van mucho más allá del uso que los objetos mismos puedan y deban poseer.

Otro pensador notable nos brinda soportes ante lo dicho y nos ofrece más pistas para determinar el desarrollo y la existencia de una Teoría del Diseño que sea distinta -aunque emparentada- con los métodos de la historia: Peter Gay. Alemán, nace en 1923, emigra a los Estados Unidos en 1941, y se caracteriza por haber escrito libros en donde la Historia, la Psicología y la Filosofía aparecen como disciplinas hermanas, no necesariamente delimitadas por una cerrada frontera, y cuyas ideas hacen pensar que la reagrupación del conocimiento, como acaso pretendió lo mejor de la "Filosofía Burguesa" es una meta que se encuentra todavía por realizar y alcanzar. Excelente escritor, destaca por su monumental biografía sobre Freud[20], trabajo fundamental, y por la serie de libros titulados "La

---

[19] .- Berman, Marshall, op. cit. p. 27.

[20] .- Véase Gay, Peter, Freud. Una vida de nuestro tiempo, traducción de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Ediciones Piadós, Colección Testimonios, 1996.

experiencia burguesa"[21] . En su imprescindible legado, ofrece pistas que bien pueden seguir apuntalando ese muro de difícil construcción que es el diseño. Empecemos con ello.

Dentro de las innumerables críticas que ha recibido la teoría marxista, destaca en especial una, que por las pruebas presentadas, es probablemente una de las mejor elaboradas. Dicen los críticos que el marxismo posee de origen una vocación marcadamente "voluntarista", esto es, trata de presentar reiteradamente tanto en la historia como en la economía, bases centrales para su construcción. Busca aquellos elementos y hechos relevantes de la realidad que contribuyen a apuntalar las ideas de origen, esto es, pretende como actitud de trabajo básica el seguimiento de un conjunto de pistas que convaliden las tesis universales que soportan al referido esquema, cosa que valga adelantar no es exclusiva del marxismo. Muchas de las mejores elaboraciones del pensamiento humano se caracterizan por ello, siendo al parecer un atributo propio de nuestra especie. Ejemplos miles se pueden ubicar, aquí y allá como los "milagros", como las populares proyecciones de los setenta del siglo XX sobre el "agotamiento de los recursos naturales", como el "fin de la historia", y otras tantas más, encontrándose presentes en los escritores del siglo XVII de quienes nos habremos de ocupar. El voluntarismo posee de origen un problema que es el freudiano "principio de la realidad". Maldita cosa que a veces es invencible, y que orienta cabalmente el sentido de la palabra "imposible". Pero he aquí que encontramos una de las reglas que precisamente no posee el diseño. Podrá generar un sin fin de proyectos, pero al menos uno de ellos se convierte en la audaz reflexión de lo realizable, en la manifestación de la construcción de lo no creado ni realizado dentro del universo. Un fin y no el azar, la voluntad, concretizada directamente en un objeto cuya naturaleza, amén de su uso, se encuentra sólidamente preñada de la personalidad de quien lo fabrica, de la personalidad de quien lo utiliza, de los momentos sociales emergentes, de

[21] .- Véase Gay, Peter, La experiencia burguesa. De Victoria a Freud, la educación de los sentidos, tomo I, traducción de Evangelina Niño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1992.

autoafirmación, de grandeza y todos juntos de quienes lo viven, de quienes lo elaboran.

A las seguras reglas del voluntarismo se agregan las del término, popular en ecología, que es el "comensalismo". No entendemos las razones de por qué el Diseño ha sido colocado más en esta esfera que en otras. Siempre, y quizá le sea distintivo, lo tenemos compartiendo roles o disfrazándose bajo otro tipo de moradas: llámese arqueología, "cultura material", historia de la "arquitectura", "vida material", y sus explicaciones se ajustan, por mencionar a una, al llamado "desarrollo de las fuerzas productivas". Pero siempre, a pesar de su trascendencia, nos es presentada como una disciplina notablemente subordinada, prácticamente en todo. Por ejemplo, sus periodos de estudio se ajustan en lo inmediato a los marcados por los contenidos de la Historia, sus muestras y realizaciones parece que apuntalan la definición de los horizontes para el estudio de cosas mayores como el "clásico tardío", "el manierismo", "la baja Edad Media", "el barroco"; su vitalidad, no obstante, le ha impedido crear un marco "arqueológico" propio, en términos de Foucault, cosa que quizá de suyo ha sido uno de los tantos impedimentos que obstaculizan la creación de una Teoría de sí misma. Quizá esta teoría sería también "voluntarista", pero tendría un marco de referencia que comience a caracterizarlo como propio, como independiente, como universal, como referida a cosas más acotadas y concretas, y que no devengan en estudios dispersos que bien puede hacer un historiador, un lector de papeles coloniales, un arquitecto, o simplemente un coleccionista de datos.

Pongamos un caso brillante y digno de ser seguido para nuestras utilidades inmediatas. Peter Gay en su estudio sobre las experiencias de la sociedad burguesa adelanta un concepto que sobre "cultura" bien puede ser proyectado hacia el "Diseño". Dice el escritor alemán: "La cultura es más compleja, más discontinua y más asombrosa de lo que han reconocido los estudiosos de la moderna civilización occidental. El flujo y reflujo de la causa y el efecto, en especial cuando incluimos sus dimensiones inconscientes, es refractario a la búsqueda histórica de un

mapa"[22]. No es la definición exacta que pudiese dar el diccionario, y enhorabuena, pero gracias a ello tenemos las posibilidades para hacer una serie de juegos que nos permitan llevar al diseño a un plano superior que pueda ir más allá de la simple manifestación cultural de un pueblo. Así, si cambiamos "cultura" por "diseño" en lo escrito por Gay, comenzaremos a perfilar otra de las aristas de esta idea imprescindible que nos ocupa. Esto es, partimos de que el "Diseño" es también una manifestación cultural por supuesto, sujeta, como toda obra humana, a las condiciones que el mismo hombre posee, conscientes e inconscientes. Continua y discontinua, asombrosa, desde las simples cosas cantadas como aquella de "Si me ves que estoy llorando, es que a solas voy sacando la nostalgia que ahora vive en mí...", hasta estas otras que refiere con notable agudeza Sor Juana Inés de la Cruz "Óyeme con los ojos, / ya que están tan distantes los oídos..." Amor, agresión, conflictos, ambiciones, discriminaciones, odios, temores, urgencias y necesidades, ternuras, elementos constitutivos de la especie humana desde que adquirió tal nombre, desfilarán, se manifestarán, se encontrarán presentes siempre, tanto ayer, como hoy, como mañana en lo que diseñamos. Son quizás, en las variantes de algunas de sus terribles dosis, donde podamos encontrar la explicación en última instancia de las diferencias que, en el genero "casa", se presentan en todo el mundo y en todas las culturas: esto es "más complejo, más asombroso, más discontinuo de lo que se ha reconocido", y hay argumentos miles que así lo muestran.

Adelanta también Peter Gay: "Abarcar la experiencia histórica en todas sus dimensiones requiere unir actitudes históricas y técnicas tradicionales con el esquema psicoanálitico de la naturaleza y la evolución humanas, cada una inspirando y criticando la otra"[23]. Las "dimensiones" del diseño, al ser producto humano, deben encontrarse también en la misma línea, y demandan como método de proyección, creación e investigación, las referencias a las que se refiere Gay. A

[22] .- Gay, Peter, La experiencia burguesa, op. cit. p. 12.
[23] .- Ibidem., p. 15.

través del psicoanálisis de los objetos, podremos comprender más de la naturaleza de quienes los fabricaron y vivieron, y con ello tener un elemento que si se quiere gobernado por la historia, pueda ofrecer otras perspectivas de indagación no previstas aún. Es la historia del diseño, pero mejor es el Diseño en la Historia.

Así como la Historia ha generado sus propios caminos a pesar de las distintas corrientes que confluyen en este concepto, al igual que lo padecido y luchado por la Biología o la Química para convertirse en ciencias, y así como se han creado las grandes ramas que en otro nivel caracterizan a la Filosofía, es casi ya inmediato y necesario comenzar a definir el perfil del Diseño como un ente propio, delimitado, específico, que en lo más elemental lo diferencie de sus necesarios e imprescindibles semejantes, de sus voluntariosos o desafortunados parentescos, que en suma, comience a adquirir y a centrar aquellas cualidades propias que puedan hacer del Diseño algo peculiar, que no parezca una rama de las "ciencias sociales" o de las "ingenierías" o de algún otro personaje al que se le quiera insertar

Agrega Gay, apuntando nuevos elementos que nos pueden ser de utilidad; sobre el método que persigue en sus quehaceres históricos, nos dice: "Ciertamente los historiadores nunca pueden duplicar, ni en su gabinete ni en sus archivos, la situación psicoanalítica hermética, regresiva, elaborada para facilitar la comunicación de lo inconsciente con lo consciente. No obstante, el historiador puede aproximársele, al menos en alguna medida. Puede interpretar sueños, en especial si el soñador los ha situado en una estructura asociativa; puede interpretar la sucesión de temas en un diario íntimo como si fuera la corriente de asociaciones libres; puede interpretar los documentos públicos como la condensación de deseos y como el ejercicio de la negación; puede provocar subyacentes fantasías inconscientes a partir de las preocupaciones que imbuían las novelas populares o

las obras de arte admiradas"[24]. Cosa de método, pero elemento deslumbrante por las implicaciones que potencialmente puede desencadenar para nuestra teoría.

Todo ello deviene a colación por tres cuestionamientos que en el desarrollo del Diseño en la Historia se presentan, que son: primero ¿es posible reproducir los elementos sociales, culturales y humanos que permitieron y posibilitaron la cristalización en un determinado momento, de un proyecto y su realización concreta en un objeto material? Segundo, ¿son estas las únicas explicaciones que podemos ofrecer para interpretar la naturaleza y peculiaridades de los objetos diseñados? Tercero, ¿podemos esperar, con los síntomas que ofrecen los momentos históricos y psicológicos, que en el diseño quepa una veta, aunque sea de manera mínima, que como ente, como ser, pueda influir en el desarrollo de su propio proceso, en tanto su condición de sujeto? En relación con la primera pregunta, y por lo que sostiene Gay, la respuesta inmediata sería no; pero sí podemos generar, como alternativa o como consuelo, una serie de inferencias que apunten hacia una explicación básica de la naturaleza de las cosas elaboradas por el hombre, plasmadas concretamente, como otras tantas, que aunque sólo hayan constituido los escritos y decires de un siglo, reflejen de mejor manera los contenidos -incluso los materiales- de una época característica. En las otras dos encontramos un estímulo para enfrentar el reto sobre la construcción de una Teoría del Diseño, y adelantamos como respuesta, que sí, que es múltiple la naturaleza del diseño, y afirmamos, como resultado, que también el Diseño puede presentar este peculiar sentido, el de ser un sujeto regido por su propia naturaleza, aliado de un grupo en una guerra de discursos, tan rica y diversa como lo son los actores sociales que le brindan existencia.

Este desdoblamientos puede ser, en no pocas ocasiones, resultado de la creación y recreación de un discurso, que en mucho es la afortunada idealización de lo que nunca existió. A la larga, casi como mito, será más válido y sólido en algunos casos que lo que realmente existió, tanto por los actores que crearon el proyecto,

---

[24] .- Idem.

como por aquellos que, siguiendo algunas de las pistas que se conservan, intentan en alguna forma averiguar la historia, aunque de suyo se ignore la verdad. No sin razón afirma Bloch: "La historia, sin embrago, tiene indudablemente sus propios placeres estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Ello se debe a que el espectáculo de las actividades humanas, que forma su objeto particular, está hecho, más que otro cualquiera, para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño"[25].

Sobre si la historia es la disciplina más principal que nos pueda proporcionar herramientas para interpretar la naturaleza y peculiaridades de los objetos en su devenir en el tiempo, cabe hacer una serie de observaciones mínimas. Primero para ubicar el quehacer del historiador y, con base en ello, se pueda construir una delgada línea de demarcación, que perfile mínimamente el trabajo del diseñador en relación con otras disciplinas, en especial cuando se trate del diseño en su temporal devenir.

Marc Bloch, el escritor ya citado, a pregunta sin duda mal intencionada, escribe un notable libro sobre los métodos de investigación propios de su disciplina, y por ende de los derivados de su propia legitimidad, horrible cosa: "Papá, explícame para qué sirve la historia"[26].

La pregunta encierra además una suerte de implicaciones que bien podrán contrastar con las que ahora nos ocupan, que en su equivalente más inmediato se transformará en cosa también temeraria, "Papá (o Mamá, para el caso), explícame para qué sirve el diseño". En las semejanzas más urgentes, al igual què la historia, el diseño acaso ¿se propone también que los hombres vivan mejor?.

La pregunta no es casual, es resultado de las adelantadas respuestas al hijo del amigo de Bloch, y éste se atreve a decir que sí, que con la historia deviene el fin de ser mejores. Que sí, que al igual que el diseño presupone esta inmediata

---

[25] .- Bloch, Marc, Introducción a la historia, traducción de Pablo González Casanova y Max Aub, quinta reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, número 64, 1970, p. 12.
[26] .- Ibidem., p. 9.

complacencia de la que derivan otras cosas también equivalentes, una de ellas preocupante: ¿el diseño ha tenido momentos de desarrollo que la ubiquen en un estado de madurez manifiesta esta por sus elementos de carácter técnico, o padece de elementos "infantiles", como es que dicen en que se encuentran la mayoría de las disciplinas que están relacionadas con el espíritu humano de las cuales el diseño, por su propia condición, también presenta? A qué dudarlo, esta disciplina posee características de ambas, y si es así, en tanto ¿qué es? Curioso ser que encuentra sus apetitos de mundo retrayéndose hacia sus elementos más básicos, de los cuales deriva su necesidad de cambio, cambio que resuelve en forma por demás categórica en el atrevimiento constante de plantearse elementos por realizar, cosas nunca antes hechas, desde un edificio, hasta un cromo, desde un tornillo hasta un avión.

Bloch, junto con todos los historiadores, precisan prontamente de definir un problema delicado: señalar el período y la rama sobre la que pretende aplicar sus conocimientos y herramientas. Ante lo complejo y totalitaria que es la realidad misma, casi como si fuera un cirujano, el historiador tiene que plantearse la selección de una temática y delimitar un conjunto de periodizaciones, que por los contenidos que maneja, puedan centrar su objeto de interés en esa peculiaridad específica que es el hombre, bajo las diversas manifestaciones que presenta. De no hacerlo se ahogaría en la totalidad del tiempo, y su labor, sin sentido ni orientación, aunque laboriosa, nos recordaría más a Sísifo que a Clío. Elemento de casi todos los libros de Historia, que desde el mismo título señalan el objeto de estudio y el marco temporal dentro del que se encuentran comprendidos, se diferencian de otros, que aunque de historia, se hayan cumpliendo otros cometidos. Descartando a aquellos que pueden ser referidos como"fuentes primarias", aparecen algunos de los que en la introducción hemos citado, y cuyas características no escapan a los que en su momento pretendió y definió Bloch, sean como ejemplos : Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867, de David A. Brading, La vida entre el judaísmo y el cristianismo en la Nueva

España 1580-1606, de Eva Alexandra Uchmany, o, La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España, de Antonio Rubial García, y, por supuesto, La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912, de Ariel Rodríguez Kuri.

Los libros de diseño, por su contenido y problemática, no se llaman así. Tienen nombres más peculiares, en donde la Historia aparece como un importante auxiliar, que no sólo se encuentra en el Diseño; sobra decir las deudas que la Sociología, la Literatura o la Antropología tienen con esta disciplina, pero, amén de insistir, no deben ser confundidas con el Diseño. Son proyectos que se soportan y que se auxilian, bien es cierto, pero no son lo mismo, ni por objetivos ni por metodología. Su referencia es el tiempo: uno pensado hacia el futuro, hacia la construcción de un proyecto que refleje niveles diversos de identidad, en los que pueden confluir un individuo, una casta, una clase o la sociedad toda, idealizado o no, y el otro, aunque puede ser también soporte de lo anterior, se centra en la construcción de lo que ya fue, que quizá se proyecte hacia lo que será, pero su referencia directa se encuentra en otra parte. Dirá Carlos Fuentes en la Geografía de la novela: "El escritor y el artista no saben: imaginan. Su aventura consiste en decir lo que ignoran. La imaginación es el nombre del conocimiento en literatura". El diseñador se encuentra, aunque no del todo demarcado, más cercano a estas cosas, que de la erudición, que es más el terreno de los historiadores, aunque también tengamos algo de esta cualidad.

Complementa lo anterior una idea de Johan Huizinga, historiador: "Conocer la historia de un país significa, en cada caso concreto, tener en la cabeza tantas ideas vivas acerca de ella, estar tan saturado de saber acerca de su pasado, que el espíritu sea sensible a las nuevas ideas, que reaccione críticamente a ellas y sea capaz de recibirlas, de asimilárselas entre las ideas propias, ya existentes"[27]. Destaca el saber

[27] .- Huizinga, Johan, El concepto de la historia y otros ensayos, traducción de Wenceslao Roces, segunda reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1980, p. 14.

enciclopédico sobre lo que ya aconteció cosa por demás indispensable, en tanto que el diseñador sigue pensando en lo que no existe, y, casi de la mano del artista, configura lo que ignora y en ello encuentra su grandeza. Cualidad del historiador, cualidad del diseñador: a ambos los hermana en sólida alianza la imaginación.

En una pequeña trampa, insistimos, es en términos temporales donde encontraremos uno de los mejores sustentos de demarcación que pueda haber entre las dos disciplinas. El diseño proyecta, en lo que no existe, lo que puede existir; la historia no. Aunque sujeto el diseño por lo que tiene de humano a los torbellinos propios de las ciencias de la cultura, su otra faceta, la de carácter técnico, insistimos por denominarla de alguna manera, le impone otro tipo de condiciones más definidas que se materializan en objetos concretos, en la construcción de lo que nunca ha existido, en los orgullos y vergüenzas de una ciudad, un país, un período histórico, con todos los pormenores humanos que se puedan derivar. Ambas en el tiempo existen, ambas en el tiempo se agotan. Sea la siguiente otra línea de diferenciación.

Un grado de abstracción sí, un desenvolvimiento en el tiempo también, pero además es un riesgo característico de nuestra cultura que se manifiesta constantemente: muchas de nuestras manifestaciones son ante todo de carácter religioso, con las que se puede correr el peligro de que el "estudio de la actividad humana amenace el mismo error: confundir una filiación con una explicación"[28]. Lo mismo que en el marxismo, como hemos anotado, al igual que en la notable defensa que de sí mismo hace Cortés en sus Cartas de Relación, lo mismo que en algunos de los principales cronistas que escribieron sobre la ciudad de México en el siglo XVII, a pesar de su notable saber y valía, tal parece que la tentación es grande y eterna: confundir "una filiación, con una explicación".

Habría que preguntarse ahora, hasta qué punto no es propio de los objetos diseñados el caer también en este conjunto de tentaciones, rebasando por mucho la concepción misma en la que fueron construidos, para caer en simbolismos, que por

[28] .- Bloch, Marc, op. cit., p. 30.

ejemplo, hicieron de la ciudad de México, además de lugar de morada, un lugar con una extraordinaria vocación por manifestaciones de carácter religioso. Una casa es una casa y la explicación más inmediata puede ser encontrada en un diccionario, pero su función no termina allí. En una sociedad tan sólidamente estratificada como lo fue la novohispana en el siglo XVII, una suerte de valores y reconocimientos sociales se alcanzaron a entrever en forma categórica: "Todas las familias terratenientes conformaban un mismo estamento, es decir compartían privilegios y sentimientos de pertenencia a una élite; en ellas también estaban fuertemente arraigado el sentimiento el sentido del honor, la pureza de sangre (esto es que no tenían entre sus ancestros a judíos, musulmanes o idólatras), la hidalguía y la idea de que eran dignos de su posición gracias a los méritos obtenidos por sus antepasados, ya sea a causa de sus hazañas guerreras o por los servicios prestados al rey y a Dios"[29]. La casa del criollo tendría que reflejar, al igual que su ciudad, muchas de estas maneras intangibles y convertirlas en símbolos materiales, visibles para todo el mundo, en especial para ellos mismos. "Todo título llevaba consigo un tipo de vida que avalara sus pretensiones nobiliarias y su imagen pública y que se manifestaba en la ropa a la moda, en las joyas, en los esclavos y los carruajes, así como en los rituales y en los códigos caballerescos manifestados en las formas de trato social, en los escudos de armas, en los desfiles festivos, en las batidas de caza, en las fiestas palaciegas, en las danzas cortesanas y en los cortejos amorosos. Entre todos estos signos del estatus nobiliario, sin duda uno de los más representativos era la posesión de un palacio en la ciudad y de una casa de campo con huerta en las afueras (San Agustín de las Cuevas de Tlalpan, San Ángel o Tacubaya) y de todos los objetos suntuarios que formaban parte de sus mobiliarios (los muebles finos, los tapices, las pinturas, los objetos lujosos de China y Europa)"[30]. Corremos el peligro de caer en una filiación,

[29] .- Antonio Rubial García, "La nobleza novohispana y sus palacios", en: Rubial, Antonio, Fernández, Martha, Curiel, Gustavo, et. al. Casas señoriales del Banco Nacional de México, México, Fomento Cultural Banamex, A:C:, 1999, p. 54.
[30] .- Idem.

el discurso criollo por ejemplo y como veremos, antes que en una explicación última y definitiva sobre las cosas. Hemingway, como hemos referido, lo ha advertido ya.

En tanto, de los objetos diseñados los encontramos sometidos al terreno de los discursos, y al ambiente social que los formula; sus presentaciones obedecen a los marcos definidos por tal naturaleza, manifestándose esta desde las primeras concretizaciones de los "paleocristianos", hasta los manieristas; desde el siglo barroco en que vivió Sor Juana Inés de la Cruz, hasta Oscar Niemeyer y Le Corbusier.

En un acercamiento, que es una explicación de la coincidencia que existe entre historia y diseño, deviene la siguiente idea de Bloch: "...un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres"[31].

Pero ahora, ¿en qué se asemeja o en qué se diferencia lo anterior con los propósitos del diseño? Más aún, ¿cabría hacer una continuación de la afirmación árabe y decir, "que el diseño se parece más a su tiempo que a sus padres"?

La idea expresa de este trabajo es mostrar que sí es posible extraditar hacia el diseño estas cosas, hacia sus escritos, hacia su notable transparencia e identificación con uno de los momentos más grandes de autoafirmación que tuvo la conciencia criolla, y cuyo desdoblamiento, con donosura, se manifestó también en el objeto diseñado inmediato que fue su ciudad. Sí, del Diseño cabe afirmar, parafraseando lo anterior, "El diseño sí se parece más a su tiempo que a sus padres".

Jean Piaget propone dividir los estudios relacionados con los hombres en cuatro grupos, que son: ciencias nomotéticas, aquellas que se proponen descubrir leyes y que en el campo tradicional de lo que llamamos las "ciencias sociales" encontrarían

[31] .- Bloch, March, op. cit., pp. 31 y 32.

su rama más socorrida; las ciencias históricas, que estudian la evolución en el tiempo de todas las manifestaciones sociales; las ciencias jurídicas y las ciencias filosóficas. Adelanta: "es necesario señalar ... toda una corriente contemporánea que busca hacer de la historia una ciencia basada en la cuantificación y las estructuras..., punto de vista seguramente fecundo, mas que consiste actualmente en hacer de la historia la dimensión diacrónica de la sociología o de la economía, lo que, en el futuro, podría atribuir a las disciplinas históricas el nivel de una especie de síntesis relativa a las dimensiones dialécticas de todas las ciencias humanas"[32].

Bajo esta propuesta de Piaget conviene advertir un aspecto importante: es con el diseño donde se adquiere con más notoriedad la capacidad de poder transitar a través de su propio esquema. En el Diseño se hacen leyes, su manifestación "técnica" así lo demanda, plantea modas, su carácter innovador lo obliga también, pero, a diferencia de otros esfuerzos como el de la propuesta histórica, su flexibilidad y adaptabilidad consiste en que nunca ha sido problematizado dentro de los referentes científicos últimos. Ni Piaget, ni ningún otro "teórico" supieron discriminarla al interior de un campo definido. Esta ausencia no quiere decir abandono, y, mas bien se convierte en un proyecto que muestra la posibilidad de que, junto con la historia, lleve a cabo este ejercicio de síntesis propuesto por la filosofía clásica alemana, apuntado por Piaget y necesario como marco de referencia para los distintos trabajos que en el Diseño y por el Diseño nos encontremos haciendo.

Podrá haber objeciones. Una de ellas es la vuelta a la realidad freudiana de esta teoría que podrá ser por demás enfática: ¿qué debe contener y contemplar? ¿deberá seguir ajustándose a este ideal presentado por el positivismo clásico de que únicamente las teorías pertenecen a ramas muy específicas de las ciencias exactas? ¿o podrá además cuestionar y replantear la racionalidad del espíritu hegeliano y por ende el occidental? Pero, de ser así esto último, cabría en nuestro auxilio la

[32] .- Piaget, Jaen, "Epistemología de las ciencias del hombre", citado por Cardoso, Ciro, y, Pérez, Brignoli, Héctor, Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social, México, Editorial Grijalbo, Colección Enlace / Historia, 1986. pp. 41 y 42.

lamentable idea que caracterizó al siglo XX: ¿cuándo no la ha estado? Ernst Cassirer en un deslumbrante libro plantea el problema: "En los últimos treinta años, en el período entre la primera guerra mundial y la segunda, no sólo hemos pasado una grave crisis en nuestra vida política y social, sino que también hemos tenido que enfrentarnos a nuevos problemas teóricos. Hemos experimentado un cambio radical en las formas del pensamiento político. Surgieron nuevas cuestiones y se dieron nuevas respuestas. Problemas que fueron desconocidos para los pensadores políticos del siglo XVIII y del XIX se han presentado súbitamente en primer plano. Tal vez el carácter más importante, y el más alarmante, que ofrece este desarrollo del pensamiento político moderno sea la aparición de un nuevo poder: el poder del pensamiento mítico. La preponderancia del pensamiento mítico sobre el racional en algunos de nuestros sistemas políticos es manifiesta"[33].

Es ahora el mito del diseño en su panorama: la proeza de poder llegar a un estado de desarrollo tecnológico como en el que nos encontramos en la actualidad, frente al uso último de las cosas que diseñamos. Ni la felicidad devino de la tecnología, ni la construcción del mejor de los mundos posibles de su uso, como se anheló en el siglo XVIII.

¿Habría otro tipo de manifestaciones materiales que no necesariamente tengan que pasar por la "acumulación de capital" para poder existir? Nosotros creemos que sí y que el siglo XVII y la modernidad alterna en él planteado fueron una clara y contundente muestra de que los objetos pueden formar parte central en la construcción de figuras alternas, más tipificadas dentro del pensamiento "mítico" que del racional, y que en ello ocupan una serie de manifestaciones acaso más grandes y más nobles que las presentes en la repetición infinita de la máquina misma.

En el siglo XVII no importó si hubo problemas o no, bastaba la invocación, la de un santo, la celebración de una procesión, la construcción de una imagen

---

[33] .- Cassirer, Ernst, El mito del estado, tercera reimpresión, traducción de Eduardo Nicol, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, número 90, 1974, p. 7.

idealizada de la ciudad para que todo se resolviera y de mejor manera que en la modernidad alterna. Para el siglo XVII cupo una cosa por demás maravillosa: los problemas no existieron porque no se veían.

Dice Berman a propósito de San Petersburgo. "La ciudad estaba destinada a escenificar para el pueblo ruso tanto las exigencias como la aventura de la modernización desde arriba. ¿Qué hacer? escenificada, por primera vez en la historia rusa, el sueño opuesto de la modernización desde abajo. Chernichevski era consciente de las insuficiencias de su libro como drama y como sueño. Sin embargo, al desaparecer en el vacío de Siberia, dejó un notable desafío para sus supervivientes, en literatura y en política: desarrollar el sueño y hacerlo más real"[34].

A diferencia de lo anotado por el escritor ruso, los criollos no desaparecieron a pesar de su incómoda vecindad con los peninsulares y con otras castas a las que admiraban, y seguían, siempre y cuando no estuvieran presentes. Como diseñadores, pensaron en su ciudad y fincaron en ella una modernidad alterna que antes que la acumulación capitalista tuvo su expresión más manifiesta en su proyecto de autoafirmación. Síntesis es el diseño de ello, síntesis ha sido, junto con la Historia, de todos los procesos humanos.

[34] .- Berman, Marshall, op. cit., p. 225.

Entre tanta muchedumbre, sin hallar seguro blanco.

Capitulo dos.

"Por ningún derecho es lícito quitar a nadie lo que es suyo."

Jerónimo de Mendieta. OFM.

"Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos".

Miguel de Cervantes Saavedra.

"But now, now I've lost everything,
I give to you my soul.
The meaning of all that I believed before
Escapes me in this world of none,
I miss you more".

Tony Banks, Genesis.

Jerónimo de Mendieta, Gerónimo de Mendieta. De las dos formas escrito, siempre se encuentra referido el mismo central e imprescindible personaje. Fraile franciscano, nace en 1525, en la ciudad de Vitoria en las provincias vascas, tomando el hábito hacia 1540 en Bilbao. En 1553 se alistó para un viaje central en su vida así como en la de sus hermanos de orden, en especial los de la provincia del Santo Evangelio de la Nueva España. Su biografía se fundirá notablemente con la de su provincia, siendo sus escritos fiel reflejo de ello. Recordado es en lo más principal por haber sido el notable autor de la Historia Eclesiástica Indiana, obra destacada dentro de la historiografía tanto mexicana, como franciscana.

Mendieta arribó al virreinato en 1554, mismo año en que otro personaje de relevancia se presentó a ocupar el cargo de Arzobispo de México, el dominico fray Alonso de Montúfar; pero además año que celebró el treinta aniversario de la llegada de los "doce", empresa múltiplemente recordada, y que de alguna forma marcó en forma más categórica los inicios de la evangelización, del difícil tránsito de mesoamérica hacia la creación de una complicada dependencia de la corona española. Mendieta, al igual que otros compañeros suyos, pronto se encontró recorriendo las principales casas fundadas dentro de la naciente provincia [1]. Lo encontramos en Xochimilco, Tlaxcala, Toluca, Calimaya. "Para 1562 Mendieta llevaba ocho años en la Nueva España y su experiencia misional le había mostrado las condiciones inhumanas en las que vivían los indios y los conflictos que enfrentaban los frailes con encomenderos, clérigos seculares y autoridades

---

[1] Existen diversos estudios que tratan sobre la vida y obra de Jerónimo de Mendieta y de la orden franciscana en la Nueva España. Enumerarlos sería un tanto ocioso, amén de que bibliografías varias se han compilado a propósito de tal tema. Pero, amén de las fuentes primarias, nunca estará por demás señalar algunos de los estudios más utilizados para el presente apartado:

Rubial, Antonio, La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana, estudio introductorio de Pedro Ángeles Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colección Seminarios, 1996.

Frost, Elsa Cecilia, Este nuevo orbe, presentación de Ramón Xirau, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Serie Nuestra América, número 52, 1996.

Phelan, John Leddy, El reino milenario de los franciscanos en la Nueva España, traducción de Josefina Vázquez de Knauth, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.

Gómez Canedo, Lino, Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica, segunda edición, México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa, número 65, 1988.

Assadourian Sempat, Carlos, "Memoriales de fray Gerónimo de Mendieta" en: Historia mexicana, México, El Colegio de México, volumen XXXVII, enero-marzo de 1998, número 3.

Baudot, George, La pugna franciscana por México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, colección Los Noventas, número 36, 1990.

Baudot, George, Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569), Madrid, Espasa Calpe, colección Espasa Universitaria, 1983.

Kobayashi, José María, La educación como conquista. Empresa franciscana en México, México, El Colegio de México, 1974.

Antonio Rubial García, "Estudio preliminar. Fray Gerónimo de Mendieta: tiempo, vida, obra y pensamiento", en: Mendieta, Gerónimo de, fray, Historia eclesiástica indiana, noticias del autor y de la obra Joaquín García Icazbalceta, estudio preliminar Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1997.

Revueltas Valle, José, "El proyecto de la ciudad de México en la crónica religiosa franciscana", en: Hábitat y Diseño. Boletín del grupo de investigación, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, año I, número 1, 1999, pp. 16-31.

Elsa Cecilia Frost, "El milenarismo franciscano en México y el profeta Daniel", en: Iglesia y religiosidad. Lecturas de Historia Mexicana, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, número cinco, 1992. pp. 53-78.

Ricard, Robert, La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572, traducción de Ángel María Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1986.

civiles"[2]. Misionero, y en otra vertiente defensor también de los indios, escritor de buen estilo, con una arquitectura impecable en cada uno de los capítulos de su Historia, tiene la fortuna de convivir con fray Toribio de Benavente, fray Bernardino de Sahagún, fray Juan de Torquemada y, probablemente con fray Alonso Cabello; fue testigo de los diferentes embates que la labor franciscana sufrió de manos del clero secular, de enfrentar los conflictos internos que su propia orden generó, le tocó en suerte, quizá como reflejo grupal de sus cualidades como escritor, ser cronista e historiador de los mendicantes en la Nueva España, defensor político de setenta y cinco años de labor evangelizadora, labor que en muchos sentidos fue particularmente audaz.

No habiéndolo pretendido, cayó en una trampa de corte atemporal, que observa Vargas Llosa y que bien hubieran podido sustentar la labor de muchísimos escritores. "Las palabras son actos. A través de la escritura uno participa en la vida. Escribir no es un ejercicio gratuito, no es una gimnasia intelectual, no, es una acción que desencadena efectos históricos, que tienen reverberaciones sobre todas las manifestaciones de la vida, por lo tanto, es una actividad profunda, esencialmente social"[3].

Político y fervoroso creyente de la labor de su orden, no obstante falten varios años para que sea emprendida la aventura de la Historia Eclesiástica, Mendieta tuvo que sufrir y observar con aguda atención el desarrollo del virreinato a través de sus propias experiencias, y de las escuchadas de labios de quienes lo antecedieron en esta parte del mundo. Mendieta afilará todo un conjunto de ideas, circunstancias y experiencias, que incluirán su percepción sobre los mexicas y su ciudad, sobre la historia de Europa y del mundo todo, sobre la encomiable labor de su orden. Todo junto mostrará un dibujo que transitó historiográficamente desde

---

[2] .- Rubial, Antonio, La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana, estudio introductorio de Pedro Ángeles Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colección Seminarios, 1996.

[3] .- Vargas Llosa, Mario, Literatura y política, presentación de Rafael Rangel Sostmann, prólogo de Raymond L. Williams, México, Instituto de Estudios Superiores y Tecnológicos de Monterrey, Ariel, Cátedra Alfonso Reyes, 2001, p. 49.

Motolinía, pasando por Mendieta y de alguna manera, continuado y concluido por Torquemada. Es la petición sobre la crónica de la provincia, misión que le es encargada en 1573 por el general de los franciscanos fray Cristóbal de Cheffontaines, lo que motivó la redacción inmediata de la Historia, pero existió también otro, acaso más trascendente que el de la simple obediencia; junto al cumplimiento, apareció un compromiso de fe: "Dios mismo había escogido a estos indígenas, a pesar de ser pueblo desechado y considerado como la escoria de la humanidad, para mostrar su grandeza y para anteponerlos a los europeos luteranos"[4].

La pugna en contra del protestantismo en lo inmediato, la conversión de los indígenas recién sometidos por las armas en lo obligatorio, la contienda en contra de los principales poderes eclesiásticos en su tiempo, todo junto amenazaba con destruir el sólido edificio que luego de muchos esfuerzos habían construido los descendientes del nacido en Asís. Su respuesta política en el tiempo también fue una respuesta histórica. "La obra de Mendieta se nos presenta más como un lamento por la edad dorada perdida que como una propuesta de una sociedad utópica. Él mismo se compara con Jeremías que llora sobre esa Jerusalén destruida que es la Iglesia indiana. En todo caso, la utopía que él propone es la que ya pasó, la que estaba inmersa en el ideario de san Francisco de Asís, aquella que predicaba un cristianismo interior, libre de ceremonias excesivas, aquella empapada en la vivencia de la pobreza absoluta y en el regreso al ideal evangélico primitivo, por medio de la imitación de Cristo, sus apóstoles y sus santos. Mendieta cree en una reforma, pero con base en los principios dados por el fundador de su orden y ratificados por los primeros misioneros de la Nueva España. En este sentido, nuestro cronista es más un historiador que un profeta; su pensamiento, a diferencia del de los milenaristas, está puesto en el pasado y no en el futuro. Para este

[4] .- Antonio Rubial García, "Estudio preliminar..." op. cit. p. 39.

franciscano desencantado del mundo, el porvenir parece bastante negro y, en todo caso, incierto"[5].

No un profeta, pero sí un historiador. Un historiador, pero dados los influjos en el virreinato a finales del siglo XVI, también un político, quizá el último anterior a la construcción de un discurso que en el devenir será el de la casta hegemónica por excelencia, el criollo. "El conocimiento que tenía de los seres humanos y las vivencias de un mundo en descomposición lo habían convertido en un hombre realista, alejado tanto de los idealismos futuristas de un milenarismo imposible como de los sueños de un pasado que nunca había sido perfecto. Sin embargo, en ese pasado, que era lo único que el hombre podía conocer, estaban los modelos y las enseñanzas que servirían para reformar las costumbres y los abusos de una época caótica"[6]. Como veremos más adelante, fray Juan de Torquemada se encuentra por algunos de sus escritos y opiniones, inserto más en el devenir característico del siglo XVII, en especial por las descripciones referidas a la ciudad de México, opiniones que en el discurso de Mendieta estarán más perfiladas hacia su nostálgica argumentación en favor del proyecto franciscano.

Fray Toribio de Benavente escribió sobre diez plagas que azotaron al futuro virreinato una vez llegado Hernán Cortés. Muertes: por enfermedades y epidemias; hambre, estancieros y negros, tributos y condiciones de explotación no conocidas por los indígenas en las minas, y, la séptima digna de memoria por los asuntos que venimos tratando, fue la construcción de la ciudad de México. Dice Motolinía, en una famosa referencia, "...en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén en tiempo de Salomón, porque era tanta la gente que andaba en las obras, y venían con materiales y a traer tributos y mantenimientos a los españoles y para los que trabajaban en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas; y en las obras, a unos tomaban las vigas y otros caían de alto; sobre otros

[5] .- Ibidem., pp. 40 y 41.
[6] .- Ibidem., p. 45.

caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras y la costumbre de las obras, es que los indios las hacen a su costa, buscando materiales y pagando los pedreros o canteros y los carpinteros, y si no traen que comer, ayunan"[7]. Y agrega, "...Hacerse la gran ciudad de Tenuchtitlan- México tres partes, qué otra cosa sino reinar en ella aquellas tres cosas que San Juan dice en su Canónica. La una parte es la codicia de la carne; la segunda, codicia de los ojos; la tercera, soberbia de la vida; que no faltó soberbia levantar tales edificios que para los hacer hobiesen de derribar las casas y pueblos de los indios gentiles, como a la letra acaeció deshacer muchos edificios y algunos llegar de bien lejos los materiales a México para otros"[8]. En La historia de los indios de la Nueva España, Motolinía incluyó una pequeña variante, "...que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio"[9]. De los "principales reinos del demonio" que, en su traslado hacia la Nueva Jerusalén, obró en buena medida el trabajo realizado por los mendicantes, cosa ella de admiración y fortuna no reconocidas. Del historiador, en Mendieta cabe que quepa además el móvil de anhelar una humana admiración para la labor de su orden.

En la historia de Jerónimo de Mendieta, no se deja de advertir el gusto y cariño por los éxitos de sus compañeros de orden, en especial de los "doce", primera expedición religiosa que arribó al virreinato en mayo de 1524, en la difícil y ardua apertura de nuevas áreas de expansión religiosa y en los pequeños milagros de la vida cotidiana, enmarcados en la constante aceptación del Dios cristiano.

La hazaña evangelizadora se convirtió pronto en el mejor argumento para disponer del presente y futuro de los indios, de su distribución espacial, de su repartimiento y de sus formas de vida, hábitos y costumbres, tanto en las cabeceras de doctrina, como en la misma ciudad de México. Obviamente Mendieta se

---

[7] .- fray Toribio de Motolinía, El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra extraviada de fray Toribio, trabajo realizado bajo la dirección de Edmundo O'Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Quinto Centenario, 1989. p. 49.

[8] .- Ibidem., p. 50.

[9] .- fray Toribio de Motolinía, Historia de los indios de la Nueva España, estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman, cuarta edición, México, Editorial Porrúa, colección Sepan Cuantos, número 129, 1984, p. 16.

encontró escribiendo en un escenario notablemente distinto al que en su momento enfrentó su compañero de orden, fray Juan de Torquemada. La ciudad sufre una notable transformación: de las siete plagas pasó a la ilusión de la clase hegemónica.

Un discurso casi a gritos es el que escribió Mendieta, gritos que al parecer ya no interpelaron a nadie. Con sobrada razón anota Gabriela Urquiza: "Fray Jerónimo, al hablar de pobreza, de humildad y de respeto a clérigos y gobernantes en un momento en que por fin se empezaba a estabilizar el panorama social y económico de la colonia, en que ya había un grupo importante de criollos y mestizos y que cada uno miraba por sus intereses a ejemplo de los peninsulares, tenía pocas probabilidades de ser escuchado"[10]. La situación inmediata tras la conquista se había modificado considerablemente. De los conquistadores quedaban algunos herederos, las nuevas autoridades trataban de definir su campo de jurisdicción, los grupos económicos emergentes demandaban su espacio en los centros mineros, en la ciudad de México, como en los terrenos de las haciendas y estancias. Lentamente quedaba construido el escenario para las disputas que caracterizaron las opiniones y discursos que en el siglo XVII verían cabalgar con dominante imposición a la nobleza criolla.

No eran tiempos para el desarrollo de una evangelización sin problemas, más allá de bautismos y confesiones, matrimonios y defunciones, sin mayores enfrentamientos con otros grupos de origen europeo que no fuesen los mismos encomenderos. Las ciudades, en especial la de México, se convirtieron pronto en un cúmulo sin fin de intereses superpuestos. Vuelta al origen, vuelta a las bases, vuelta a las tesis que les permitieron establecer un control casi ilimitado sobre los indios, control menguado con la llegada masiva de seculares, con la corrección de sus métodos evangelizadores, con la secularización de conventos, política que se verá en el siglo XVII plasmada con particular énfasis.

---

[10] .- Urquiza, Gabriela, Convento Huexotla. Reflejo de la rústica franciscana, México, Plaza y Valdés, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p. 50.

En tanto, Mendieta qué argumentos utilizaba en forma recurrente. Phelan nos los ofrece en forma y fondo: "De acuerdo con Mendieta, la raza española bajo la dirección de sus "benditos reyes" había sido escogida para llevar a cabo la conversión final de los judíos, musulmanes y gentiles (quienes, con los cristianos, constituyen todas las razas de la humanidad), acontecimiento que anuncia el próximo fin del mundo"[11].

Para reforzar su concepción, decires y deseos, no escatima traer de la Biblia todo aquel argumento necesario que le sirva para sustentar tan sólida defensa: "Mendieta considera a los reyes españoles como los más grandes príncipes del Nuevo Testamento, porque en su mente, el rey de España es el Prometido, el Mesías-Soberano Universal destinado a convertir a toda la humanidad en vísperas del juicio final"[12]. Argumentos que, derivados de una particular forma de interpretar la Biblia en los siglos XV y XVI no deben de extrañarnos, más aún, podemos esperar que estos sean llevados hasta sus últimas consecuencias: el máximo conocimiento que era posible alcanzar se encontraba en las Sagradas Escrituras, de su interpretación devenía la comprensión del mundo todo.

Así, por ejemplo, no resulta descabellado que Hernán Cortés quien procuró la llegada de los frailes franciscanos al virreinato, quien se arrodilló delante de los "doce" en el momento de recibirlos, por quien se enfrentan una serie de conflictos con la primera Audiencia, alcance la equiparación con Moisés. "La elección hecha por Mendieta de la imagen mosaica está de acuerdo con su predilección por las metáforas del Antiguo Testamento, en donde él encontró a menudo la clase de imágenes compatibles con su visión mística y teocrática de la historia del Nuevo Mundo. Cortés no era mesiánico, ya que en la escatología medieval el papel del Mesías usualmente se reservaba para alguien de rango real o sacerdotal. Cortés era un tipo de dux populi. Moisés, al contrario, había sido considerado como el prototipo mesiánico tradicional en el Viejo Testamento. Casi por definición

---

[11] .- Phelan, John, El reino milenario de los franciscanos, op. cit. p. 23.
[12] .- Ibidem., p. 25.

únicamente los frailes y reyes de España eran elegibles para la más alta dignidad de Mesías. Mendieta pertenecía a una tradición que tomó sus jerarquías muy en serio. Al asignar a Cortés el rango de un Moisés, le estaba concediendo el más alto puesto que en la jerarquía terrestre podía otorgarse a quien no usaba ni sotana ni diadema real"[13].

Si ello era para Cortés, los indígenas, sus dioses, su pasado y sus costumbres, sin olvidar su ciudad, el mundo mismo podía ser reinterpretados, redefinidos y renombrados. En el afán del mito y sus constantes retornos, las reinterpretaciones podían llegar a niveles fabulosos o indispensables, partiendo del momento en que estos se desarrollasen. Así, en el célebre saludo que hace Hernán Cortés al recibir a fray Martín de Valencia y su grupo, en compañía de sus principales capitanes y la nobleza indígena, Phelan entiende a través de Mendieta que se da la siguiente reinterpretación: "El doctor Kantorowicz ha probado que la entrada de Cristo a Jerusalén el Domingo de Ramos, era el acostumbrado advenimiento de un rey a una ciudad o monasterio, como se celebraba en la liturgia. El tránsito del alma de este mundo y su llegada a las puertas del cielo se consideraba análoga a la jornada de un rey y su recepción a las puertas de la ciudad. La llegada del alma después de su larga jornada era la representación de una entrada triunfal en la Jerusalén celestial. Tanto el rey como la ciudad se transformaban al acercarse el uno a la otra. Cada una de las ciudades terrenas se convertían en otra Jerusalén a la llegada de los ungidos, y el rey en su entrada se parecía más y más a Cristo. Algunas veces la venida del rey era aclamada como el principio de una nueva edad dorada, otras la nota mesiánica sería sonada y el rey era anunciado como el esperado, como el Mesías". Concluyendo: "Con el acercamiento de los doce frailes a la capital, México se convertía en la nueva Jerusalén y los frailes en hombres apostólicos"[14].

Bendecida en su origen, la ciudad de México recibirá como homenaje largos y sólidos discursos en el siglo XVII, donde el proceso de auto afirmación criollo

---

[13].- Ibidem., p. 52.
[14].- Ibidem., p. 56.

dispondrá de estos para enfrentar a sus necesarios distintos, y aglutinar a sus iguales. Hablar de la ciudad de México, como veremos, será hablar de las fibras más sensibles de la sintalidad criolla, conformando con creces visiones urbanas que lindaron con lo fantástico. Su origen, sigue estando en las ideas varias que retomará fray Juan de Torquemada directamente de fray Jerónimo de Mendieta.

Los frailes franciscanos procuraron tener en la geografía de la ciudad de México un conjunto de conventos y visitas que les permitiesen obedecer a pie juntillas los mandamientos evangelizadores y divinos. "La voluntad de Dios cerca del cuidado que con esta gente se debe tener, es que primero y principalmente se procure que sean buenos y verdaderos cristianos, porque puedan alcanzar la bienaventuranza del cielo, para lo cual él crió a los hombres, y cuanto es en sí, quiere y es su voluntad que todos se salven, y que en este caso unos a otros se ayuden en lo posible, en que más que en otra cosa consisten el cumplimiento del amor del prójimo que tenemos de precepto, cuanto más quien tiene especial obligación de poner más diligencia que otros, como por la bula referida parece, en que manda el Papa a los reyes de Castilla, en virtud de santa obediencia, que tengan cargo de enviar para el ministerio y doctrina de estos indios, varones aprobados, temerosos de Dios, doctos y experimentados, poniendo en ello la debida diligencia"[15].

Sí, pero el esfuerzo trajo consigo la toma de posiciones físicas que a la larga se concentrarían en las fronteras de visitas, o en las cabeceras de barrios, como ocurrió en la ciudad de México. La posición política de Mendieta tuvo también por detrás el marcado retroceso que tuvieron en una ciudad a la que tanto cargaron de milagros e interpretaciones varias. De la Edad de Oro a la de la Plata, y de allí al siglo de la Compañía de Jesús.

[15].- fray Jerónimo de Mendieta, Historia Eclesiástica Indiana, en cuatro tomos, noticias del autor por Joaquín García Icazbalceta, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945, tomo uno, p. 29

Charles Gibson[16] señala que a fin de cuentas, el gobierno civil no tuvo en consideración mayormente la división territorial previamente existente de los mexicas, cosa que no ocurrió así con la administración espacial de las iglesias misionales. La razón para ello es más bíblica, como vimos, que de administración del espacio. Había que estar cerca de quienes eran los pequeños "niños" para los cuales se contemplaba la realización de toda esta magnífica labor, pero de un lúcido momento, se cayó en la constante negociación de posiciones que se fueron perdiendo. La ciudad quedó bajo la división de cuatro barrios, (Santa María, San Sebastián, San Pablo y San Juan) y en ellos la labor franciscana fue de primera importancia, en especial antes de que llegaran los miembros de las otras ordenes. Años más tarde las disputas políticas derivaron en problemas espaciales. "La dependencia eclesiástica que había comenzado hacia fines del siglo XVI, se quebrantó igualmente. La primera cuestión crítica surgió en los años de 1560 y 1570, cuando del status de San José y las cuatro iglesias de barrio se convirtieron en tema de una disputa entre los franciscanos y el clero secular. El arzobispo Alonso de Montúfar afirmó que el interés del clero secular era que las cuatro divisiones fuesen parroquias separadas, y el de los franciscanos, que las cuatro parroquias se convirtiesen en una"[17]. Antecedente de disputas varias que definirán a la ciudad en lo futuro, quedando como interrogantes la definición de un espacio común al que llamarían ciudad, la de cómo generar un consenso sobre la imagen de la misma ciudad, cuando prevalecieron todas estas circunstancias y estos juegos de visiones idílicas y disputas variadas.

Los cambios fueron contundentes y contrarios en su mayoría para los franciscanos. "San Pablo fue transferida a los seculares y después a los agustinos. San Sebastián fue entregada primero a los carmelitas y más tarde a los agustinos en 1607. Santa María de la Redonda fue asignada a los franciscanos como cabecera de

---

16.- Véase Gibson, Charles, Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810), novena edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI editores, colección Nuestra América número 15, 1986. En especial el capítulo trece titulado "La ciudad".

17 .- Ibidem., p. 384.

doctrina distinta. De ahí que a principios del siglo XVII sólo San Juan quedara como visita de San José"[18].

Gibson señala que este proceso también incluyó al gobierno indígena, el cual lentamente quedó desplazado. "A finales del siglo XVI, el gobierno indígena había perdido casi toda su autoridad original sobre el comercio y otras áreas de la vida económica dentro de la ciudad. La reglamentación y abastecimiento de los mercados correspondía ahora totalmente a los españoles, así como el control sobre las economías indígenas y blanca y sobre los intercambios medios que afectaban a ambas. Un cambio importante en el comercio indígena urbano, durante el siglo XVI, fue la decadencia del mercado de Tlatelolco y la concentración de los principales intercambios en Tenochtitlán"[19].

La Conquista tiene fechas definidas y acotadas: 1519-1521; el proceso de sometimiento y supervivencia indígena, no. En muchas áreas, en manifestaciones múltiples se fue dando el lento sometimiento ejercido por la nueva clase dominante, sobre la otra, sobre la que alguna vez fue plenamente dueña de su ciudad.

A preguntas que pudiesen ser elementales, y dadas las experiencias que trajeron consigo las reformas urbanas del siglo XVIII, reformas que por su peso inmediatamente debiesen orientar a un actor o a algún sujeto sobre las diversas políticas "públicas", es casi imposible encontrar una respuesta que medianamente las pudiese clarificar, o en lo elemental, definir una "matriz de corresponsabilidades": quién gobierna la ciudad, quién administra las calles, quién se beneficia de las principales obras urbanas, cómo se distribuyen los sòlares, ¿es el centro de la ciudad el único lugar de donde se irradian los factores principales que determinan los diferenciales en la renta del suelo? ¿influye en ellos la distribución o no del agua?

---

[18] .- Idem.
[19] .- Ibid., p. 404.

Mil grupos e intereses encuentran albergue en esta ciudad. Lo que sorprende también es que en el siglo XVII se construya un marco de coincidencia que haga que todas estas cosas converjan en un solo punto, esto es, la construcción de la identidad criolla.

Las preocupaciones de Alonso de Zorita y de Domingo Chimalpáhin surgieron de un inmediato proceso de transformación acelerada del virreinato. Los cambios y asentamientos de los grupos de poder y de interés fueron extraordinariamente marcados, y a una velocidad que los hacía ingobernables. Ni en los primeros conquistadores cupo el tener cabal control sobre el territorio y sus habitantes, ni en la primera Audiencia, ni en muchas de las diversas regiones; ya algo se comenzó a corregir con los primeros virreyes, en especial con Antonio de Mendoza. Pero la dinámica promovida, ante la ausencia de un poder sólido, vista en todos los linderos del virreinato, permitió el surgimiento de grupos varios en todas las áreas, sean estos constituidos por religiosos, en las ciudades, entre los encomenderos, en zonas rurales, entre soldados y funcionarios varios de la corona: fue, literalmente, la feria de Maritornes.

Chimalpáhin nació en 1579. El simple año indica ya, y con mucho el momento y preocupaciones en que se desarrollaría su vida: crisis y recomposición social, como lo calificó María Alba Pastor. Descendiente de la nobleza indígena, se trasladó pronto a la ciudad de México en donde recibió una educación esmerada que le permitió servir en la casa de San Antonio Abad. Escritor de historias varias, sus papeles fueron recogidos por un viejo amigo, Carlos de Sigüenza y Góngora. Chimalpáhin murió a mediados del siglo XVII[20].

Motivado por un afán de indagación sobre la memoria y conocimiento de sus antepasados no duda en afirmar: "Y, a fin de que no se pierdan ni se olviden, una vez más yo ahora los verifico, los renuevo y los pongo por escrito, una vez más yo los ordeno de acuerdo a como antiguamente se vivió y a como fueron las cosas en

[20] .- Véase Chimalpáhin, Domingo, Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan, peleografía y traducción Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1998.

este segundo tlayácatl, en la ciudad de Tzacualtitlan Tenanco Chiconcóhuac Amaquemecan, que está en una de las cuatro regiones principales de la provincia de Chalco. Por aquí podrán ver y enterarse los tepilhuan que viven en el tiempo presente, y asimismo los que después vengan a vivir y no sepan cuál es la antigua relación e historia de la ciudad; así aparecerá y se referirá la antigua relación de la ciudad en el libro sobre la antigua vida"[21].

Derechos sobre gobernación de los pueblos, el historiador que fue deja entrever un problema peculiar para el tiempo, que en forma sintética pudiese quedar definido en la siguiente manera: si somos descendientes de nobles, por qué es que perdimos tal categoría y nos encontramos lindando con la de cualquier tameme. Por qué tenemos que indagar en la historia los justificantes varios para pertenecer al gobierno español. Agrega además: "Bien que carece de vasallos, es noble, y presta servicio, a su cuidado está el templo de la Santa Iglesia muy respetada y digna, sabia, de Nuestro Padre san Antonio Abad, de esta noble grandiosa población ciudad de México Tenuchtitlan, en que esforzándose presta sus servicios desde hace 26 años en que tiene a su cargo el templo de la Santa Iglesia, estando ahora en el año de 1620"[22]. Chimalpáhin contribuyó a la evangelización.

Enrique Florescano dice de Chimalpáhin y de Fernando Alvarado Tezozómoc, historiador que deviene de circunstancias semejantes: "...tuvieron acceso a las antiguas pictografías no escribieron estos textos, simplemente los recibieron en herencia"[23]. Legitimaron los derechos de los herederos de las clase gobernante indígena a los cargos de la administración colonial. Como hemos visto, estos cargos quedaron pulverizados en las disputas sociales, de los cuales, en múltiples reflejos, se encuentra la estructura urbana.

---

[21] .- Véase Chimalpáhin,Domingo, citado por Rafael Tena, op. cit. p. 15.

[22] .- Chimalpáhin, Francisco de San Antón Muñón, Relaciones originales de Chalco Amaquemecan, paleografía, traducción y glosa de Silvia Rendón, prefacio de Angel María Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, 1982. p. 20.

[23] .- Florescano, Enrique, Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica -1821, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, colección Contrapuntos, 1987, p. 170.

Un descendiente de la nobleza indígena, una visión peculiar del mundo. Otro, un fraile de importancia dentro de la provincia del Santo Evangelio, un tercero, el visitador Alonso de Zorita. La misma realidad bajo tres ópticas, que en el siglo XVII serán múltiples y variadas, que harán ver a la ciudad, en sus descripciones, como anhelo de su propia y misma idealización.

Alonso de Zorita, nacido en 1512 en Córdoba, se asemeja a Chimalpáhin en que ambos, a su manera, son descendientes de grupos nobles. Estudiante universitario de Salamanca, conoció de escolástica, del pasado grecolatino, y de una concepción lo suficientemente "liberal" como para aceptar aprendizajes varios de diversas culturas. Por motivos profesionales Zorita estuvo en Santo Domingo, en Nueva Granada y Guatemala, itinerario que lo llevó a la Audiencia de la Nueva España, donde también fue miembro de la Universidad. Humanista cabal en sus últimos años, recibió misiones varias para impedir la explotación de los indios, habiendo enfrentado a los varios grupos poderosos para lograr tal fin.

En medio de circunstancias difíciles en las que el virrey Velasco convivió con la Audiencia motivadas por el número de oidores, Zorita en la Nueva España fue partidario de las políticas del virrey, situación que trajo consigo la pronta reacción de otros grupos principales dentro del virreinato: se sentían decepcionados. Ellos, quienes dejando y apostándolo todo habían logrado la conquista, quienes habían pacificado y fundado el virreinato, tenían que compartir poder y decisiones con "arribistas", además de verse limitados en sus "prebendas", por varios de los recién llegados de España. Por ejemplo: "Zorita condenaba la encomienda y criticaba el hecho de que, desde que el tributo se había fijado con base en la cantidad de indios, los encomenderos incluyeran a los discapacitados y a los niños en sus cuentas para poder elevar el monto exigible"[24].

[24].-Wiebke Ahrndt, "Alonso de Zorita: un funcionario colonial de la corona española", en: Zorita, Alonso de, Relación de la Nueva España, edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt, José Mariano Leyva, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1999. p. 25.

Pero a todos estos problemas se agregaba uno que fue definitorio: "...el gobierno de Felipe II se caracterizó por un creciente interés en el beneficio de la hacienda real y en un alejamiento de las políticas seguidas por el Consejo de Indias hasta ese momento, que habían permitido una ligera participación de los súbditos indígenas y la garantía de ciertos derechos"[25]. Y así, "Dentro de este esquema político las órdenes religiosas estorbaban a la Corona porque funcionaban como un poder alterno, especialmente por su tradicional defensa de la población indígena y por el control que tenían sobre ella".[26]

Zorita, Mendieta y Chimalpáhin mostraron en sus escritos los momentos varios de transición en los cuales va estar inmersa la ciudad de México. No fue ni por mucho una transición fácil y sin conflictos. Así como fray Alonso Cabello, quien probablemente de haber nacido cincuenta años antes hubiera quedado como uno de los grandes pensadores franciscanos, así como el desmantelamiento paulatino de la ciudad indígena de México tomará todavía muchas décadas, así estos tres autores apuntan sobre un siglo que por mucho será extraordinariamente complicado: el siglo XVII. En el mar de ideas, las disputas por el territorio físico de la ciudad, por los proyectos varios sobre la misma, por lo inacabado que pudiese ser cualquier ejercicio de reconstrucción histórica. Si a ello agregamos el peso de siglos de historia, tanto indígena como española, la celebración de fiestas y procesiones, la búsqueda de identidad de los grupos más principales que en el virreinato existieron, las familias y su orden, los santos y sus biografías, y los problemas cotidianos de la misma ciudad, tenemos un siglo en que no hubo un día en que no pudiésemos encontrar rastros sobre cosas mayores. La Nueva España en el siglo XVII, la Nueva España en el siglo de Sor Juana, la ciudad de México como centro irradiador de cultura y formas de ser.

Dice Sor Juana Inés de la Cruz: "Prolija memoria, / permite siquiera / que por un instante / sosieguen mis penas." El siglo contradictorio que fue el XVII queda

---

[25] .- Ethelia Ruiz Medrano, "Proyecto político de Alonso de Zorita, oidor en México", en: Zorita, Alonso, op. cit. p. 65.
[26] .- Idem.

plasmado con fortuna en este pequeño poema. En sus variantes, de las cuales quisimos hacer un rápido antecedente, quedan cosas que no pudieron ni por mucho ser sosegadas. Algunas de las pruebas las tendremos más adelante.

El principio de la realidad: los elementos discursivos en la construcción de un escenario urbano.

Capitulo tercero.

Los visuales rayos, entretanto,
como hayan en tu nieve resistencia
lo que salió vapor, se vuelve llanto.
Sor Juana Inés de la Cruz.

Now Roan no more tears
Set to work his strength
So transformed him
Realising a form out of stone, his work
So absorbed him
Could she hear him?
Could she see him?
All aglow was his room dazed in this light
He would touch her
He would hold her
Laughing as they danced
Highest colours touching others.
Jon Anderson, Steve Howe, Alan White. Yes.

Fray Juan de Torquemada, español, cuya vida fue probablemente del año de 1562 al de 1624, ingresa a la orden de San Francisco en la ciudad de México en el de 1579. Al igual que otro de sus hermanos de hábito, el no menos célebre fray Alonso de Molina, Torquemada llegó de niño al territorio de la Nueva España, lugar en donde, salvo algunas pequeñas excepciones, pasó toda su vida. Testigo de dos mundos, Europa y América, conocerá de oídas además, como lo muestran muchas

de las páginas de su inmensa obra, un tercero, el dedicado al pasado indígena que en aquellos días no resultaba tan lejano y que era mucho más presente de lo que en algunos círculos se podrían imaginar. Aunque inmediato, este último posee ya elementos de reinterpretación que lo orillan -dentro de sus procesos de reinterpretación- a tener rasgos que lindan, en algunos matices, con lo intangible y la fantasía, con la necesaria reconstrucción de un antes, en las vivencias diarias del aquí y ahora, en el entendimiento del otro y del tiempo, y con ello también de uno mismo. Características todas ellas que se encuentran contribuyendo a que este pasado forme parte de una leyenda y un mito, al que se agregarán las poderosas hazañas de los primeros franciscanos que vinieron, mito extensible a sus maravillosas vidas, y sus notables obras. Tuvo Torquemada la fortuna de convivir con el historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente importante de la "nobleza" indígena, y de conocer y seguramente conversar, en distintas ocasiones, con otros dos personajes célebres en la historia de la Orden de Frailes Mendicantes, y por supuesto del virreinato novohispano: el investigador fray Bernardino de Sahagún y el historiador fray Gerónimo de Mendieta. De todo esto y de mucho más se fueron nutriendo las páginas de la Monarquía Indiana, los veintiún libros de los que consta.

La historia de la vida de Torquemada y de sus circunstancias parecían encaminarle desde etapas muy tempranas, a ocupar un papel relevante en la construcción de un país que a la larga sentirán -no sólo él, sino también muchos otros- y no sin tapujos, como suyo. Características adivinamos que constituyeron una de las caras de una generación, que rebasó por mucho la erudición mostrada en los libros de historia, y pretendió alcanzar también otras esferas y otras circunstancias, de las cuales la ciudad, en sus discursos y proyectos, formó también parte importante.

Por los años en que vivió este joven franciscano, en especial cuando tomó el hábito en 1579, seguramente alguna referencia tuvo de otro personaje, español también, perteneciente a su misma orden, curiosa coincidencia, pero cuyas obras e

inquietudes intelectuales no tuvieron ni la misma fortuna, ni la misma gloria, ni el mismo reconocimiento que el célebre autor de La Monarquía Indiana, o la de algunos de sus distinguidos y bien queridos amigos y maestros. En cambio, este otro español, probablemente descendiente de judíos, habló, describió y sufrió las múltiples penalidades que el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición imponía a quienes en tiempo y espacio se atrevían a pensar en cosas quizá de "mal gusto", "fuera de lugar", o a tener ideas que estuvieran más allá de una estructurada ortodoxia, que para la época y el momento, dejaron sentir con fuerza y acataron en la misma dirección, los influjos y aires del Concilio de Trento; hacemos referencia de fray Alonso Cabello. Acusado por ser "erasmista" en un tiempo en que Erasmo de Rotterdam había dejado de ser un pensador influyente dentro del reino, lector de latín, escritor de valía a pesar de su juventud, como lo muestra el sermón que ofrece en Huejotzingo en la Navidad probablemente de 1577[1], fray Alonso Cabello, cometió otro grave "error" a los ojos de sus contemporáneos, y por ello recibió como castigo el rechazo de los miembros de su misma orden: fue acusado por tener y presumiblemente leer "libros prohibidos", delito que en su tiempo no fue de poca monta. Presumiblemente culpable lo es también por otra razón, quizá más poderosa: es contrario, en actitud y comportamiento, a la construcción de esta Historia Ejemplar que de su orden se encuentran redactando personajes tan célebres como Gerónimo de Mendieta, o de la que ya se han dado muestras en algunas otras sobradamente célebres, como la de fray Toribio de Benavente, Motolinía, o en la ya existente en algunas de las páginas "no censurables" de fray Bernardino de Sahagún. Casi como dogma y marcadamente como propósito: el modelo de la orden franciscana como ejemplo y el ejemplo como forma sumaria de evangelización.

[1].- Véase: Proceso contra fray Alonso Cabello, fraile profeso, subdíacono de la Orden de San Francisco, natural de Sevilla, procesado por este Santo Oficio. 1578, Ramo Inquisición, Volumen 88, expediente uno, fojas 449, Archivo General de la Nación, México, foja 15 y ss.

Fray Alonso Cabello fue por tanto una pequeña espina que apuntó hacia una dirección impensable, aunque de suyo no fuese su propósito: la de que las "edades doradas" de los mejores franciscanos, sus compañeros, sólo podían existir en la imaginación misma de los cronistas y escritores de más renombre, que sin duda las vivieron y cuya obra se ha aplaudido durante generaciones, pero que en los últimos veinte años del siglo XVI, se encuentra cuestionada por la realidad misma. Acaso la más principal en lo inmediato, la de que los indios no se convirtieran al cristianismo con la velocidad y devoción que en sus propios escritos delinearon. Así, sus respuestas tendieron a encuadrarse más en los deseos de que las cosas realmente hubieran sido así y no como realmente pasaron, que la Nueva España, en el marco de la ciudad de México, hubiese sido la Nueva Jerusalén, y no sede de inundaciones y epidemias, del maltrato a los indios, de un descenso poblacional que cerca estuvo de aniquilar a los "naturales", o de muchas quejas, que en su momento recibió el Rey por el maltrato del que eran objeto los antiguos pobladores. Realmente había sido una hazaña las labores hechas para la creación de la Provincia del Santo Evangelio, y ante ello se tenía que dar la sujeción de los relatos y de los hechos en el nombre de los discípulos de San Francisco.

Tal parece, y es parte de las preocupaciones en la construcción de la Historia de la Orden de Frailes Mendicantes en la Nueva España, que no había, ni podía haber lugar, para que entre sus mismos miembros se pudiesen dar malos entendidos o disputas y también discrepancias, como producto de enfrentamientos entre las formas de pensar y de acogerse a una única religión: las demandas impuestas eran muchas y su deber era actuar de conjunto y sin divisiones. En una época en que el debate sobre el libre albedrío había alcanzado las alturas que en el viejo continente se conocieron, y una vez establecidos los postulados del Concilio de Trento, no era posible, ni imaginable, ni por supuesto deseable que en un territorio tan distante, ante una tarea tan ingente como la que habían inaugurado fray Martín de Valencia y fray Pedro de Gante, entre otros, se pudiesen dar una suerte de divergencias y rompimientos ante lo establecido y ya definido, ante la magna obra de poco más

de cincuenta años. Una Orden que trató de presentarse como ejemplar y que lo logró con creces, no podía romper con la armonía que su propio proyecto le demandaba.

No es sorprendente, por tanto, encontrar y conocer un conjunto quejas y acusaciones en los papeles que los franciscanos enviaron al Emperador, a qué dudarlo, y quizá una de las pruebas más claras sea la célebre carta de Motolinía fechada el dos de enero de 1555, pero estas quejas curiosamente se encontraban dirigidas con todas sus baterías hacia personajes como el aguerrido fray Bartolomé de las Casas, o años más tarde, ya en la pluma de fray Juan de Torquemada, hacia las imprecisiones que presentaron los historiadores Francisco López de Gómara, y el padre José de Acosta. El ejemplo, la construcción de una ilusión, la fundación del virreinato y la forma de construir su historia.

Jamás, por ejemplo, Mendieta -entre otros- se interroga, en los múltiples papeles y crónicas que escribió, sobre cómo se llevaron los frailes franciscanos entre sí. Partimos y se da por entendido que en espíritus tan altos, los conflictos más terrenales, las falsas acusaciones, las envidias, la soberbia, la injuria son cosas superadas. Queda mejor, y parece que macizas razones hubo para ello, escribir, y por cierto con mucha elegancia, sobre el amor y la mutua comprensión que entre indios y frailes siempre hubo, a qué dudarlo, como consta también en pinturas de porterías y retablos. Es impensable -en la misma línea discursiva- que en individuos que vienen desde lugares tan distantes atraídos por su vocación, que siendo algunos de ellos de los mejores pensadores que en su momento Europa poseyó, personajes que vinieran a emprender una labor tan digna de encomio, que dejaron la vida en el nombre de su propia creencia, espíritu este que es transmitido y heredado a sus hermanos, descendientes y continuadores de labor, es poco deseable por supuesto, que entre ellos pudiesen cometerse acusaciones, o alteraciones a la "verdad", y a atreverse a tomar por otro camino que el qué históricamente se habían impuesto: una alta censura muy probablemente existió para lavar la historia en casa, valga la expresión, como si no quisieran que los

problemas rebasaran la portería de San José de los Naturales, pero quizá hubo algo más, que al momento apenas se comienza a entrever como una semilla.

Frente a los escarceos e ires y venires del virreinato, siempre será mejor visto por tanto, y mejor leído como consecuencia, el melifluo relato que nos dejó Mendieta, por ejemplo, una vez que los célebres "doce" llegaron a Tlaxcala, en su momento hacía apenas unos años: " Alabaron a Dios con grandísimo gozo por ver la copiosísima mies que les ponía por delante. Y ya que no les podían hablar por falta de su lengua, por señas (como mudos) les iban señalando el cielo, queriéndoles dar a entender que ellos venían a enseñarles los tesoros y grandezas que allá en lo alto había. Los indios se andaban tras ellos (como los muchachos suelen seguir a los que causan novedad) y maravilláronse de verlos con tan desarrapado traje, tan diferente de la bizarría y gallardía que en los soldados españoles antes habían visto. Y decían unos a otros: ¿Qué hombres son estos tan pobres? ¿qué manera de ropa es esta que traen? No son estos como los otros cristianos de Castilla"[2].

No, seguramente que no eran hombres así, cabe contestarle; parece, y han pasado con esta imagen a la historia, que formaron parte de otra rama que se encontraba en el momento cimero de una misión por demás altísima, y cuya herencia no preveía que pudiese haber descarrilamientos o que se presentasen comportamientos más terrenales y menos apegados a lo ejemplar: existen elementos para afirmar que la disciplina fue sobradamente estricta al interior de la orden. Años después, en los escritos y pensamientos de Gerónimo de Mendieta no podía haber lugar ni memoria en la transición hacia el siglo XVII, para otro tipo de acciones, que en el encubrimiento, la acusación, o el engaño encontrarán motivos también muy propios de la condición humana sin duda alguna, pero que lejos se encontraban de los portentos realizados por los "doce" o por frailes tan ilustres como Sebastián de Aparicio o Andrés de Castro. Lo reprobable se mostraba en algunas de las acciones que aparecen en el Proceso en contra de fray Alonso

[2].- Mendieta, Gerónimo de, fray, Historia Eclesiástica Indiana, Notas del autor y de la obra de Joaquín García Icazbalceta, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945, Tomo II, p. 52.

Cabello: "...en su audiencia de la mañana, compareció sin ser llamado y juró en forma de decir verdad, un fraile que dijo llamarse fray Miguel de Zarate, de la orden de San Francisco, de edad de cuarenta años poco más o menos, y dijo que por descargo de su conciencia, viene a decir y manifestar que en su convento de México, está preso en la cárcel, por mandato de este Santo Oficio, fray Alonso Cabello, en cuya sentencia se le mandó que no tuviese ni se le diese libro ninguno, sino fuese Biblia y Breviarios, y de tres días a esta parte, ha oído decir a fray Marcos de San José que el dicho fray Alonso Cabello estaba cargado de libros de Erasmo porque se lo había dicho a él fray Baltasar Osorio de Guzmán, que está preso en la dicha cárcel en compañía del dicho fray Alonso Cabello..."[3]. Tres personajes y un acusado. Fray Miguel de Zarate que fue a la Inquisición a declarar lo que oyó decir a fray Marcos de San José, porque a su vez se lo dijo fray Baltasar Osorio de Guzmán, y el acusador se lava las manos, a través de tres interlocutores, para quedar libre de toda culpa y así lavar su conciencia.

Al fin y al cabo, 1579 es un año muy tardío para seguir creyendo en la posibilidad de la creación de una Nueva Jerusalén entre frailes e indios, el pasado es el porvenir, pero también es un año muy temprano para pensar en la invención de otras cosas como lo es una nueva nación. Podría haber lugar para que se dieran este tipo de encubrimientos y acusaciones, pero mejor dejándolas en el olvido, arrinconándolas en el archivo de la Inquisición. No era necesario que existieran ya tantos prohombres, ni tantas buenas intenciones: ni fray Marcos de San José, ni fray Baltasar Osorio de Guzmán, ni fray Miguel de Zárate, ni por supuesto fray Alonso Cabello son recordados como principales dentro de la historia franciscana en la Nueva España.

Comienza así a configurarse uno de los variados elementos que caracterizaron al siglo XVII. Como también quedó mostrado entre los agustinos a propósito del

[3] - Proceso contra fray Alonso Cabello, foja tres.

problema de la alternancia[4], tenemos indicios de que los conflictos al interior de las órdenes constituyeron uno de los puntos oscuros que junto con las pugnas entre criollos y peninsulares, la difícil relación que en distintos momentos establecieron virreyes y arzobispos, los sonados escándalos, o la presencia de personajes de leyenda como la monja Alférez, en lo principal, sólo fueron la punta del iceberg de un conjunto de posiciones encontradas. No es gratuito, y es apenas un atisbo de explicación, que en un siglo en donde dos de las preocupaciones más principales fueron, por un lado la salvación del alma, y por el otro, la construcción de un discurso que integrara a los miembros de quienes invocaron su herencia y origen de sus pertenencias por lazaos consanguíneos, y se dijeran así mismo ser descendientes de conquistadores, esto es los criollos, que se procurase dejar para mejores momentos (y el olvido es un buen momento) estas cosas, en lo que podríamos considerar la historia -por denominarla de alguna forma- oficial, no sólo franciscana, si no de toda la casta en su conjunto. El ejemplo ante todo, la construcción de múltiples y variadas hagiografías, dejar un testimonio en el cual se destaque la aceptación cabal e integra de la evangelización como la gran tarea a cuestas, el hacer un reiterativo énfasis en que ningún obstáculo, ni ningún sacrificio fue lo suficientemente fuerte como para evitar esta acción, que desde 1523, realizan los mendicantes en el virreinato novohispano.

Ejes son ellos centrales en la redacción tanto de la Monarquía Indiana, como de la Historia Eclesiástica Indiana, como a la larga también lo fue, en la ilusoria visión que de sí mismo fueron construyendo quienes mayoritariamente detentaron el poder, esto es la oligarquía criolla. Así las cosas, qué lugar podría tener fray Alonso Cabello, a pesar de sus dotes intelectuales, de su amplia cultura, de su apetito por el saber, y de su no poco talento en la construcción de un discurso que necesariamente lo dejaba fuera.

[4] .- Véase: Rubial García, Antonio, Una monarquía criolla. La provincia agustina de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

Si bien es una época en la cual se comenzaron también a presentar los conflictos al interior de las órdenes como hemos mencionado, esencialmente constituidos por los roces entre tres bandos -para el caso de los franciscanos, por ejemplo- ellos, si bien presentaron una serie de elementos raciales, también estuvieron presentes otros distintos, que ya marcaban una incipiente división que incluyó de manera determinante el lugar de profesión, de toma de hábito. Los bandos fueron, a grandes rasgos, los siguientes: gachupines, que incluyó a aquellos nacidos en España y que además hicieron sus votos en la sede del reino; el otro fue el de los nacidos en España, pero que profesaron en la Provincia del Santo Evangelio, y, el último, por supuesto el de los desplazados, los criollos, los nacidos en la Nueva España y que además ingresaban a la Orden en la Nueva España. España y la Nueva España en la presencia de un conflicto velado, no declarado, pero sí determinante y fundamental. Mal por los cuatro costados para fray Alonso Cabello que seguramente formó parte de estas discusiones, y fue víctima de las mismas, pero quizá -y esto es más probable- es que Cabello escapaba ya a una serie de esfuerzos que se encontraban centrados en la reconstrucción de la Historia inmediata, tanto por parte de los indígenas, como de españoles y criollos. Sus postulados erasmistas se encontraron fuera de contexto, Erasmo mismo había sido suprimido. A fray Alonso Cabello, lamentablemente, se le podía aplicar aquello de que el olvido es algo así como el basurero de la historia, y para este caso, de una peculiar historia.

Cabe preguntar ahora y a hacer la correspondiente comparación: si así como fue olvidado fray Alonso Cabello por erasmista, por ser un lector de "libros prohibidos", por ser sujeto de acusaciones varias ante el Tribunal del Santo Oficio, por rebelde y por no ser el prototipo del fraile que las crónicas dibujaron, no podrían quedar, dentro de la misma estructura de acción y pensamiento, lugares y espacios físicos de la ciudad de México que resultaba mejor ponerlos fuera de los escritos, arrinconarlos por incómodos, no mencionarlos, y con ello condenarlos a su desaparición. Partamos de que sí, de que la historia ejemplar tocó también a la

ciudad, de que las castas se reconocieron también por el lugar que ocuparon en el espacio, y que algunas de ellas, quizá las más numerosas, con decir que se encontraban en los "arrabales", quedaban y quedaron de hecho fuera de las grandes y mejores descripciones criollas que en el siglo XVII podemos tener de la ciudad de México. Estorbaban de seguro, y una de las mejores formas que encontraron para quitar el estorbo, como suele ocurrir con frecuencia y en especial con lo que nos es desagradable, fue el de ignorarlos: al igual que fray Alonso Cabello, o fray Maturino Gilberti, este último por unos diálogos de doctrina cristiana en lengua tarasca, o el de Sor Elena de la Cruz, intelectual de consideración en el siglo XVI. Olvidarlos, dejarlos en un lugar aparentemente más cómodo, ponerlos en el archivo que obra en manos de la Inquisición.

No incluirlos en el discurso dominante implicó de suyo la vuelta a las consideraciones que Norbert Elias planteó para el caso de Winston Parva, (sobre la superioridad de los antiguos pobladores sobre los nuevos y las raíces y explicaciones en qué uno y otro sustentaban esta explicación) pero ahora, un tanto invertido, trasladados a la ciudad de México en el siglo XVII. No era la omisión de poblaciones, objetos o lugares por simple descuido o por consideraciones de gusto, sino que era un ejercicio mayor y más acabado: la depuración que de la misma realidad se hacía con el fin de construir algo que a la larga será más perdurable, y que se resume en una palabra, la palabra identidad. La identidad del grupo dominante, la creación de un discurso que apuntalará estos considerandos, pero que además fuera el punto de partida de la demarcación y el arsenal ideológico para enfrentar a otros grupos y sujetos, pero también a la historia misma. El resultado no se podía hacer esperar: la distinción básica entre los miembros de la oligarquía que se consideraron así mismos como mejores y más poderosos, como iguales entre sí, frente a otros que no lo eran, que eran distintos, dignos de desprecio, de olvido y más aún, dignos de ser explotados. Explicación que con mayor razón comenzaba a surgir cuando se popularizaron un conjunto de interpretaciones, que a cincuenta o sesenta años de realizada la Conquista, se

manifestaban no sólo en papeles y libros, sino también en objetos diseñados como lo fueron los biombos y muchos cuadros y portales de iglesias, en donde el gran héroe que fue Hernán Cortés, la gran hazaña que fue la conquista de México, el gran derrotado que fue el indio común, que fue el gran desplazado por tanto de su ciudad, de su historia, de sus mitos, de sus dioses, de sus zonas sagradas, empezaban todos en conjunto a explicar con mayor fuerza y credibilidad el pasado inmediato y las relaciones presentes.

Ya en la vuelta de los días, viene a colación una serie de preguntas que incluyen a los diseñadores y a los objetos que diseñan. ¿Qué fue primero, el discurso o el objeto? Y en otra que es acaso más pertinente: ¿no son las dos, presentaciones y facetas de un mismo motor cuyo impulso habrá que buscar en los esfuerzos criollos por crearse a sí mismos un discurso ontológico, un discurso de identidad?

La generación de este cimiento, la conformación de una sintalidad criolla, marcó y delineó muchos de los aspectos que nos recuerda y dice, entre otros, fray Juan de Torquemada, y que como ha quedado dicho, parecen ser uno de los elementos más recurrentes en los escritos de la época. En tanto nos introducen en sus escritos, los varios mitos, fantasías e historias que la oligarquía dominante generó, destaca en este sentido y en un lugar importante la ciudad de México, precisamente como una pieza central en esta dirección, y la cual tendremos como primer marco de referencia. Es el habitante idealizado, pero también lo es el fruto de las cosas que ha realizado. Así, y no sin razón, nuestro franciscano no presenta ninguna reserva cuando declara: "...y grandeza de esta ciudad de México, así en el tiempo de su gentilidad como en este presente que la habitan y moran españoles, quiera el lector notarme de apasionado por ella, pareciéndole que lo estoy en contar sus grandezas que aunque es verdad que una de las tres cosas que ha de ser defendida (como lo notan todos los antiguos, prudentes y sabios y fue la mayor de los hombres) es la patria (gloria del elocuentísimo Cicerón que fue morir diciendo: finalmente muero por mi patria, tantas veces por mí defendida), aunque no lo es mía, ésta al menos téngola por propia, por haberme criado en ella y así digo que no ha sido mi

intención encarecer patrañas sino decir verdades muy conocidas y en realidad de verdad digo que antes he quedado corto en contarlas que demasiado en encarecerlas"[5].

Su nueva patria, su nuevo rostro, y, junto al de su orden, la necesidad de que este mostrara en sus discursos y palabras las enormes bondades de quienes en la evangelización y la Conquista, lograron rescatar con creces, además del alma de muchos naturales, razón por demás digna de memoria, un espacio, una ciudad y una leyenda, derrotando a quienes señoreaban con toda libertad el otrora reino del Demonio. Verdadera y digna proeza, punto de partida de cualquier discurso mítico.

De la acción militar, a la labor religiosa, a la construcción de un conjunto de elementos físicos y simbólicos más propicios para la expansión de la cristiandad. Fue el ofrecimiento de un rostro amable para la Conquista, la demostración de que los sustentos para hablar de una "leyenda negra" que el padre las Casas insistía había traído España, carecían de bases. Labores fundamentales integrantes de una visión cercana a la fantasía pudiesen ser, pero no obstante resultan frases e ideas que a la larga son cimientos tan sólidos como la realidad misma: la historia y la narrativa al fin y al cabo se parecen mucho, dice Julio Cortázar en el Libro de Manuel. En el camino y en el paso del tiempo se fueron creando los testimonios y la grandeza de España, pero también la valía de quienes pretendieron adoptar al virreinato como patria propia. Que no llame a sorpresa lo que siguió abonando Torquemada a propósito de la ciudad de México: "...y la memoria de que en otro tiempo lo fue de otras gentes y naciones, y en sus arrabales indios que pueden decir que son descendientes de aquellos que la poblaron, señorearon, sustentaron y engrandecieron; y aún entre los que han quedado no hay rastro ni señal de edificio ni otra particularidad que en su gentilidad tuviesen, con ser los sitios que ahora

---

[5] .- Torquemada, Juan de fray, Los veinte y un libros rituales y Monarquía indiana, edición preparada bajo la coordinación de Miguel León Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975. Tomo uno, p. 418.

tienen los mismos que en su gentilidad eran parte de la ciudad..."[6]. Para agregar, "por manera que si ahora por ordenación de Dios resucitaran los nuestros y aun los naturales que en sus primeros tiempos la vieron (digo en los de su conquista) no pudieran decir, con verdad, que era aquélla su ciudad, aunque conocieran su sitio"[7]. Y, en clara demarcación de lugares y castas, de una formulación ideológica que tuvo su referente en el espacio: "No se mezcla esta ciudad con los indios, pero cércanla por sus cuatro partes haciendo barrios por sí, que son los arrabales de la ciudad"[8]. Que no se mezcle y es claro el propósito de ello, ya que la ciudad tiene tiempos y habitantes, el suyo ya fue, el del criollo esta por venir; al momento se encuentra en proceso de grandilocuente creación.

En tanto esto ocurría allende a la ciudad, en ella, en sus plazas, en el centro, se podían ver otro tipo de escenarios, rostros y, por supuesto, actores. "Sus calles son muy hermosas y tan anchas que pueden pasar por ellas tres carretas juntas o nueve y diez hombres a caballo sin impedirse los unos a los otros, y en esto excede a la primera por ser todas angostas. Es en edificios (generalmente) de las mejores y más aventajadas del universo; todas las casas de cal y canto, grandes, altas y con muchas ventanas rasgadas, y balcones y rejas de hierro con grandes primores. Y estos edificios tan lindos y parejos hacen las calles muy lindas y labradas; no tienen vuelta ni revueltas (como por la mayor parte lo son las de las ciudades de España); pero son muy largas y derechas y, como comienzan al principio, así acaban; corren las unas de oriente a poniente y las otras, de norte a sur, cruzando unas por otras por muy concertado orden y haciendo las cuadras iguales"[9]. Todo es perfecto, todo es brillante, todo forma parte del canto a sí mismos.

Por si todo ello no fuera suficiente, y lo que es notable es que no sólo fue Torquemada el único testigo que escribe sobre la ciudad en este tenor, la nostalgia hace presencia como sentimiento, cuando, por ejemplo, nuestro antiguo vecino

---

[6] .- Ibidem., p. 408.
[7] .- Ibidem., pp. 408 y 409.
[8] .- Ibidem., p. 409.
[9] .- Idem.

describe un espacio de la ciudad que seguramente le fue familiar, cercano a su residencia, el convento grande de San Francisco de la ciudad de México. "...hay en este sitio, antes de llegar al dicho mercado (se refiere al de San Hipólito), viniendo de la plaza, una alameda y bosque de mucha arboleda por sus calles, muy concertada que el virrey don Luis de Velasco, el segundo, plantó para recreación de la ciudad la primera vez que gobernó esta Nueva España; en medio de la cual está una muy linda y graciosa pila y otras que por los cuadros de la dicha alameda la rodean y cercan"[10].

A tan digno espacio, correspondió necesariamente, habitantes que lo complementaron, con grandes cualidades, por supuesto lejos de quienes vivían en los "arrabales", al fin y al cabo allá ellos y sus cosas. Pero para los primeros, los nuevos conquistadores, la Alameda se convirtió en un hito importante en sus vidas, lugar de reunión, lugar de expansión de la vida cortesana, de amoríos y poemas, lugar en suma de otro tipo de vivencias que desgraciadamente los archivos no preservan: no podía haber sido de otra manera. En honor a ellos, y en honor a su propia imagen, probablemente Torquemada escribió: "Si las cosas dichas hacen hermosa y linda esta ciudad, no es de menor hermosura (sino lo que más hermosea y alinda) decir lo mucho que la ilustra la gente noble, la cual es tanta en número que se aventaja a otras mayores que ella de las que hay en el mundo; porque apenas se hallará calle donde no hay casas de caballeros y gente principal y no una ni dos ni cuatro solas, pero muchas"[11]. Concluyendo y agregando mayores noticias sobre esta patria suya: "Una excelencia tiene esta grandiosísima ciudad sobre todas las del mundo y es, que entre semana, ya que se parezca a las otras en la diferencia de los hombres, el domingo y día de fiesta, no se halla entre ellos distinción; porque tan ilustre parece el oficial como el que no lo es por nobleza y sangre y tan bien vestido sale de su casa el uno como el otro, y no me alargaré en decir que algunos mejor que otros por razón de que el oficial gana su oficio el

[10] .- Ibidem., p. 410.
[11] .- Ibidem., p. 411.

vestido que se pone, conque se honra, y el noble muchas veces no puede más que sustentar con pobreza la nobleza de sus padres, y aunque en alguna manera se podía llamar esto desorden, en una tan honrada república bien concertada, parece que no lo es, pues se permite y yo no lo refiero sino para decir la generalidad de la abundancia de esta ciudad sobre todas las demás..."[12].

Hermoso discurso y bello retrato en verdad. Pero entre mito y realidad, ¿qué hay de la vida diaria de la ciudad? ¿Qué hay de aquellas voces no tan celebres que en sus problemas cotidianos se dirigen al Cabildo de la Ciudad, mostrándonos una ciudad y un escenario que en poco o nada se parecen a lo expresado por Torquemada?. ¿Se podrá acaso dibujar en estas fuentes algo de lo que anima al espíritu del franciscano, a este espíritu sobre una ciudad ejemplar? ¿Qué podemos desprender de las Actas del Cabildo en cuanto a la visión que de la ciudad nos brindan los distintos habitantes de la misma? Y, en una pregunta central para los propósitos de este trabajo, ¿habrá una divergencia muy marcada entre las descripciones que del mismo espacio nos brindan estos personajes no tan celebres, pero en su mayoría criollos al fin, con la que dan Torquemada, Vetancurt, Sigüenza y Góngora, Florencia o la misma Sor Juana? Hagamos hablar a las actas, y contrastemos los decires de unos y otros, lo que cada uno tuvo que señalar sobre la descripción de un mismo espacio, sobre un mismo objeto diseñado, pero cuyas construcciones discursivas, podemos adelantar, nos parecen que no serán las mismas. Casi esperaríamos que en sus palabras estuviésemos encontrando vestigios acerca de dos espacios, de dos ciudades, o de dos épocas distintas, pero con los mismos vecinos. El Cabildo de la Ciudad probablemente presentó y reflejó mucho del discurso criollo, seguramente en sus quehaceres y conflictos con el Rey y el Virrey, por ejemplo, contribuyó a la elaboración de un espíritu que tomó muchos años en gestarse, pero que por sus tareas y obligaciones más inmediatas, no necesariamente tuvo que ver reflejado este propósito en aspectos más terrenales. Veamos en las siguientes páginas una aproximación descriptiva de

[12] .- Ibidem., p. 412.

cómo fue la ciudad en cosas más cotidianas, aunque varias de ellas sean milagrosas, pero que fueron más reconocibles para sus habitantes y vecinos nuestros de aquel entonces, y con ello intentemos elaborar un retrato en que dejemos que sean los mismos testigos de la época quienes hablen, nos digan e ilustren, de alguna manera, sobre cómo fue su ciudad y de alguna manera su vida propia.

Enero de 1613, los primeros días del mes. El Cabildo de la Ciudad se encuentra reunido, como en todos los años por esas fechas para ejecutar una tarea por demás importante en la vida de la institución, que aunque honrosamente se hagan llamar a sí misma La Ciudad, no deja de ser un aparato más, un gremio característico si es que así se le quiere ver, aunque sin las gracias laborales características de estos últimos, y que cohabita con los diversas y variadas corporaciones que en un mismo espacio existieron en México. Al igual que la Audiencia, que el Arzobispado, las cofradías, las órdenes religiosas, los mercaderes, o la Inquisición, todos fueron vecinos en un mismo tiempo y algunos de la misma calle. A la amabilidad y cortesía que impone una situación de tal jerarquía y más en esos años, se le agregaron las ríspidas circunstancias que el contacto entre grupos y castas trajo consigo y peor aún, si los actores se sentían cobijados por alguna institución o pertenecían a varias de ellas.

El frío primero de enero, martes por la mañana, se encuentra en debate por el Cabildo en pleno, cosa que generalmente no ocurrirá en otras épocas del año caracterizadas por la ausencia de sus miembros, la designación de aproximadamente cincuenta cargos y sus respectivos sueldos, que tienen que ver directamente con la estructura "administrativa", valga la palabra, de la citada asociación.

Las condiciones climáticas no fueron óbice para impedir la presencia del oidor Pedro de Otalaya, miembro de la Real Audiencia de México, quien con su presencia realza la importancia de tan trascendente acto, del que se encuentra perfectamente enterado el virrey, Diego Fernández de Córdova, marqués de

Guadalcázar, cuyos destinos estuvieron vinculados con su cargo del año de 1612 al de 1621, y que para el momento no había cumplido tres meses en su nuevo puesto. Sucesor indirecto de un virrey desafortunado, el célebre fray García Guerra, y quizá todavía con nostalgia por España, por lo que encontramos, podemos suponer que el marqués quizá estaba más atento a otro tipo de cosas.

Luego de dar a conocer en la importante sesión una de las recomendaciones dictadas por algo más fuerte que la prudencia y que directamente provenía de la Corona, recomendación esta que sugería, de la manera más amable, que la elección de cargos para el año que comenzaba se abstuviese de tener, como principal elemento de juicio, los lazos consanguíneos que pudiese haber entre los propios integrantes del Cabildo, característica ella que se había convertido en costumbre, fue oída con la atención propia, pero esta no tuvo la suficiente fuerza, al igual que la sugerencia, para enfrentar a los sólidos intereses ya creados, motivo por el cual la Ciudad en pleno no presto oídos y por obvias razones, se procedió a pasar lista y enseguida, comenzó la primera de una serie de sesiones encaminadas a dotar de los respectivos cargos a la ciudad toda, y con ella a sus notables responsables: del Posito, del Alarife de la ciudad, del de Agua, del Alcalde de la Alhóndiga, del Boticario, del Medidor del maíz, entre otros. Presentes estuvieron, también, el Corregidor, regidores, alguaciles, el contador y una serie de eventos y problemas de urgente resolución, en los cuales si bien es claro aparecieron actos de renovación simbólica como lo fueron la designación del alférez para el día y víspera de la fiesta de San Hipólito, fiesta de suyo muy importante ya que recordaba cuando Cortés tomó preso a Cuauhtémoc, y con ello cerró un capítulo central por muchas razones en la historia de la ciudad de México, hubo también las inesperadas y muy felices noticias. El dos de enero, el Acta resalta lo siguiente: "Este día, habiendo la ciudad tenido noticia de que la noche antes había Dios alumbrado con bien de una hija, a nuestra señora la marquesa de Guadalcázar, en conformidad se acordó que para demostración del regocijo y del gusto que esta Ciudad tiene de este buen suceso, y de que es la primera hija del virrey que nace en

estas indias, de conformidad acordó que esta noche se hagan luminarias en estas casas de cabildo, y en las plazas fronteras de ella, así que se da orden al mayordomo para que gaste lo que fuere menester en leña, piras y cohetes"[13]. Agregando a pie juntillas: "que haya luminarias y máscaras y encamisadas por el parto. Así mismo, suplica la ciudad al señor corregidor que haya luminarias generales en toda la ciudad y que de licencia para que haya máscara general y encaminada esta noche y mañana en la noche y se pregone"[14]. La hija del virrey y, por su naturaleza, el nacimiento de una niña que, además de los lazos y las "buenas"relaciones de poder que se supone deberían de existir entre algunos de los actores más principales del virreinato, presupuso por su condición, otro elemento notable: la de ser una niña criolla. Alabado el papá, celebrada la hija y su madre. La vida cortesana en una de sus mejores muestras en todo un mes en que la confusión de la realidad con la fantasía estuvo felizmente presente.

Algunos años después, en la comedia "Los empeños de una casa", Sor Juana, en otras circunstancias, escribió unas líneas que vendrían bien para celebrar este feliz natalicio: "Decirte que nací hermosa / presumo que es excusado, / pues lo atestiguan tus ojos / y lo prueban mis trabajos."

Que se gaste lo que fuese menester, que se derrochen recursos en fiestas, y que se dejen otra suerte de pendientes para mejores días, parecen formar parte del comportamiento del Cabildo criollo. Regido por sus propias reglas e intereses, definidas las distintas jerarquías de gastos, en los cuales las fiestas ocupan un papel central, no es de extrañar que pocos días después se tengan dos noticias que, dada la materia de trabajo del Cabildo, aparentemente hubieran podido contradecir el haber preterido a la bebita del virrey, sobre sus casa y funciones. El 18 de enero de 1613, tenemos la siguiente referencia en el acta correspondiente: "Este día el señor regidor Luis Pacheco Mejía, obrero mayor de propios, dijo que hace saber a esta ciudad como la casa en que vive el licenciado..., que es de esta

[13] .- Cabildo de la Ciudad de México, 2 de enero de 1613.
[14] .- Idem.

ciudad, se está cayendo toda y conviene se remedie, y así da aviso a esta ciudad para que ordene lo que convenga "[15], presentándose, poco más tarde, el viernes primero de febrero, la siguiente mención: "Este día el señor alguacil mayor dijo que tiene noticia que se ha proveído por el señor visorrey y juez, contra los que matan carneros en esta ciudad, lo cual es en prejuicio de la preeminencia de ella, y del uso de los regidores los cuales siempre los han ejercido semejantes casos como fieles ejecutores..."[16].

Casas importantes para el Cabildo en mal estado, conflictos que se repiten constantemente entre la población y ciertas autoridades, pero tomar dinero de aquí y allá para honrar a la bebita y al papá parece encontrarse y forma parte de las cosas más fundamentales en su manera de obrar y decidir: el Cabildo y sus oficios. En tanto el dejar hacer de quienes matan carneros en la calle o hacen vagar puercos por las noches, o de quienes, en otra esfera, en los empedrados ven un factor de enriquecimiento reiterativo. La Ciudad en tanto, por sus escritos se encuentra más preocupada de otras cosas, de las cuales el Rey mismo les hace eco; en la referida sesión del primer día de febrero aparece la siguiente aprobación: "El testimonio de la Real Cédula en que su majestad hace merced a esta ciudad de que sus regidores saquen el estandarte Real por turno el día del glorioso mártir San Hipólito, para que se contradiga el haberse de vender el oficio de Alférez o hacer merced de él a otra persona, y este testimonio acordó la ciudad que se pida y se saque y envié asiento al señor don Francisco Torres..."[17] . Gran noticia, para Francisco Torres ese año, por el mencionado evento, sería sobradamente importante y en su vida inolvidable. Tal parece que preocupan a los miembros del Cabildo más los aspectos relacionados con las relaciones públicas, las "páginas de sociales" y los vínculos con las autoridades reales, que los propios de las materias que con el nombre que orgullosamente toman como estandarte se pudiese esperar que los ocupara: la Ciudad. Sus intereses y acciones, probablemente deformación de esta

[15] .- Cabildo de la Ciudad de México, 18 de enero de 1613.
[16] .- Cabildo de la Ciudad de México, 1 de febrero de 1613.
[17] .- Idem.

institución dentro del marco que impone el virreinato novohispano y el siglo XVII, distan mucho de los delineados por instituciones semejantes en España. Como si esta rama barroca que caracterizó a la Nueva España hubiese también alcanzado a sus instituciones, a sus reiteradas procesiones, a sus formas de decir y hacer, al siglo barroco en su conjunto. Habremos de hacer mayores referencias sobre el particular.

Valgan antes de ello otros dos ejemplos. El dos de junio de 1635, se citó a reunión de Cabildo, para tratar, entre otros asuntos, sobre una carta enviada por el virrey, a saber Don Rodrigo Pacheco Osorio, marqués de Cerralvo, en sus últimos meses al frente de su cargo, sobre un problema que presumiblemente era competencia del Cabildo. El Corregidor, general Fernando de Soussa precedió la reunión ante siete regidores, y atento, siguió los pormenores de la misiva. Además de entender la preocupación de su excelencia en cuanto a evitar la embriaguez de los indios, ("en servicio de Dios y de su Majestad, bien y conservación destos miserables vasallos suyos...") destaca cómo el cabildo atendió otro problema planteado por el marqués, del cual, en elegante forma, procedieron a darle cauce: "Vídose una petición de Juan de Alcocer, administrador de la Casa de la Moneda, en que presentó un mandamiento de la Casa a su excelencia en que manda que nadie salga a las calzadas a quitar la leña que viene para la afinación y fundición de la plata, y que la ciudad informe si esta leña es comprendida en las ordenanzas. Y se informó lo siguiente: en conformidad del mandamiento de la excelencia, desta parte se vieron las ordenanzas y posturas hechas en todo genero de leña, y no se halla que la gruesa para la afinación de la plata que se trae a esta ciudad tenga postura, ni sea comprendida en dichas ordenanzas, vuesa excelencia proveerá lo que fuera servido"[18]. Tal parece que nadie a la larga es responsable de nada; no se puede ser en tanto no se afecten los intereses, ni los decires de quienes están construyendo una imagen muy distinta de sí mismos, a reserva de que se caiga casi en el insulto. Pero no obstante, nos resulta difícil pensar que esta sea la razón

[18] .- Cabildo de la Ciudad de México, 2 de junio de 1635.

última para comenzar a explicar por qué les interesa más el paseo del pendón del 13 de agosto, por ejemplo, que los asuntos propios sobre lo que pasa en su ámbito espacial de responsabilidad. Conviene recordar aquello de la salvación del alma sí, pero también, y de manera más señalada, el ejercicio creciente de integración criolla.

Veinte días después aparece otro reclamo, ahora de parte de un gremio que fue lo suficientemente poderoso tanto por su función, como por su origen racial, cualidades marcadamente significativas en la época, como para llamar la atención sobre su molestia particular: "Vídose un memorial presentado ante su excelencia por los barberos españoles, sobre que se prohíba la exorbitancia de los chinos barberos, e inconvenientes que se siguen de ellos a esta república, y (se) dé decreto de su excelencia para que esta ciudad informe, y se acordó se haga en esta forma. Excelentísimo señor. Todo lo que refiere este memorial consta a esta ciudad es cierto, y verdadero, de que tiene entera noticia, porque el exceso de los chinos es muy grande, y en perjuicio de esta república y de los españoles, que con tanto cuidado han acudido en las enfermedades presentes, y han muerto algunos en la asistencia en ellas, y supuesto que estos chinos no son de ningún provecho, sirviéndose vuesa excelencia, se debe moderar el número de las tiendas de chinos a doce, y que estas sean de chinos libres y no de esclavos, y no pueden agregarse a ellos los otros, y tengan sus tiendas en los arrabales de esta ciudad, como se usa en España, quitándoles las que tienen en la plaza y sus cercanías, pues no es justo que habiendo nuestros españoles de satisfacción, les prefieran para solo hacer barbas a gente común, por lo que la gente de la república, crezca llama sino los españoles, y estos chinos, como no tienen obligaciones, den precios crecidos por el arrendamiento de las casas con que los prefieren, a lo que se añade no haber aprendices españoles, viendo el poco útil que de ellos tienen mediante la exorbitancia de los chinos. Vuesa excelencia proveerá lo que fuere servido"[19].

[19] .- Cabildo de la Ciudad de México, 22 de junio de 1635.

Otra vez, como si fuese una palabra de moda, aparecen los arrabales, al igual que en fray Juan de Torquemada, y que en otros escritores; la recomendación: lo mismo que en España, y en otras tantas partes del mundo y del tiempo: lo desagradable se convierte en materia aparte, para qué incluirlo, y más si son chinos frente a criollos o indios frente a la nueva casta: como resultado, y amable sugerencia, es mejor que queden ellos fuera de la ciudad, al igual que los antiguos dueños del espacio, en el mismo nivel que los sometidos y los conquistados: son los desplazados de la historia y de la ciudad, que para este caso se convierten en meros sinónimos.

En tanto se dictan estas relaciones, el Cabildo de la Ciudad, al igual que la ciudad misma, van completando una serie de ciclos temporales. En el año de 1635, el virreinato celebró los 114 años de consumida la Conquista, pero también un conjunto de eventos en donde los ayuntamientos han ido aparejados de la mano "civilizadora" europea, y son, al igual que la Universidad o las órdenes religiosas, terrenos de disputas económicas y políticas, cuya visualización más concreta se materializa en las castas: en ellas el conflicto entre españoles y criollos adquirió los rasgos polivalentes que caracterizaron a estos años, siendo el de la ciudad de México y su Cabildo, entre otros, declarada vanguardia en los enfrentamientos con la Monarquía y con sus representantes.

Importante es ello, porque en estas cosas nunca estará por de más recordar el papel que los ayuntamientos tuvieron dentro de la conquista de México, y en el discurrir de la historia del virreinato. Fueron también uno de los terrenos en donde, más tarde, se desencadenarán las baterías en contra de los descendientes de conquistadores, o, como se observa en ocasión del asunto sobre la Armada de Barlovento, escenario para que los criollos novohispanos demandaran, dentro de un derroche de argumentos jurídicos, una larga lista de beneficios extraordinarios ante el Rey. Una de las armas de civilidad española se volteaba así en contra de sus creadores: la ciudad por sus intereses y por quienes representaba, era notable antípoda de la monarquía.

En los años de la Conquista no es posible dejar en el olvido a dos cabildos que fueron celebres y en donde la mano y el brillo de Hernán Cortés alcanzó sus mejores alturas: el de la Villa Rica de la Veracruz, y el de Segura de la Frontera, cuyo nombre este último respetó su pasado indígena: Tepeaca. Lugar significativo, entre otras razones, lo fue también por ser escenario de una matanza, al igual que en Cholula y en Tenochtitlán, pero también porque es donde Cortés remitió la segunda de sus cartas de relación.

Lamentablemente, en cuanto a Actas de Cabildo toca, por ser fuente de primera mano para la reconstrucción de la historia de la ciudad, y por supuesto también para la de esta institución, una parte importante de ellas se perdió durante el tumulto de junio de 1692, siendo Carlos de Sigüenza y Góngora responsable de que no desaparecieran en su totalidad. En el humor de esos días, el sabio criollo escribió: "Los que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta que Dios crió"[20]. Enojos de don Carlos por los documentos perdidos además de las actas sí, proyección de un discurso popular en la época y entre sus iguales, muy probablemente también.

Pero afortunadamente se conservaron las actas comprendidas entre los años de 1600 a 1630, y las que abarcaron a los de 1635 a 1643. De allí, por lo que al siglo XVII toca, no tenemos estos documentos hasta ya una etapa muy tardía, que va del año de 1692 al fin de siglo. Períodos importantes, fuentes irreparables para la historia de la ciudad desgraciadamente se quedaron sin esta información, en especial los que conformaron el período de lo que Boyer denomina como la Gran Inundación, (1629-1635), o en otros aspectos, prácticamente todos los correspondientes a las vidas de Sor Juana y de Sigüenza y Góngora, al del período del virrey Palafox, o al del actos de fe de abril de 1649. También los que fueron del arranque del período barroco, más aún, en los años de reconstrucción de la ciudad.

---

[20] .- Carlos de Sigüenza y Góngora, citado por: Leonard, Irving A., Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, colec. Vida y pensamiento de México, 1984. p. 129.

No obstante, las actas siguen diciendo mucho a propósito de la vida de la ciudad, de una vida que en algunos casos se asomaba a cosas más inmediatas, como hemos visto, y dejaban para mejores horas y lugares sus discursos de identidad. En otros, el énfasis de los habitantes sobre su descendencia y relación directa con los conquistadores aparecen formando parte de la palanca central para reclamar agua, o algún otro favor que sólo el cabildo podría ofrecer. Sin embargo, las actas aparecen también como la muestra de que la ciudad generó una diversidad de necesidades cotidianas, en que muchos interlocutores y habitantes, las más de las veces tan anónimos como su propio nombre, encontraron una puerta para dejar oír su voz, una voz tan viva y humana, como las que han habitado la morada de los hombres de cualquier época y lugar. Un ejercicio necesario que lleve a contrastar las actas, con los escritos de estos sólidos historiadores del siglo XVII, es lo que en mucho ánima a la presente investigación, en donde también futuros trabajos podrán centrar su atención en esos huecos que van de 1643 a 1692. Pero, en tanto, primero dejemos que se expresen nuestros antiguos vecinos a través de lo que sintieron como una institución propia, su Cabildo, en donde muchos parientes y conocidos desfilaron por ahí.

La estructura típica que podemos encontrar en esta fuente es la siguiente: fecha, lista de asistencia, en donde se incluyen al corregidor en primer lugar, seguido del alguacil mayor, y la lista de regidores, incluidos el tesorero del cabildo, el depositario, el tesorero de la Santa Cruzada, y el procurador general[21]. Dependiendo de los asuntos por tratar, el Cabildo se reunía varias veces al mes, con menor frecuencia en los primeros años del siglo, y un tanto más hacia 1640. Por ejemplo, seis sesiones tuvieron en julio de 1637 y seis en mayo de 1635, frente a cuatro en marzo de 1623, una en junio del mismo año, y tres en abril de 1618.

[21] Véase para la definición tanto de cargos, como las formas de su elección en el siglo XVII, el trabajo de Flores Olea, Aurora, El cabildo de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII, tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1969. Así como, de la misma autora, su artículo "Los regidores de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII" en: Estudios de Historia Novohispana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Volumen III, pp. 149-172, 1970.

Generalmente era en el mes de enero, básicamente por la designación de cargos, en que el Cabildo se reunía un mayor número de ocasiones, aunque podía haber excepciones dada alguna "emergencia", producto de un fenómeno natural, por ejemplo, pero que probablemente fue más benigno que la llegada de un personaje relevante a la Nueva España, como el relevo del virrey, o un recién nombrado arzobispo, o la noticia sobre la designación de un nuevo monarca en España.

Una acta nos puede ilustrar mejor a propósito de lo que venimos diciendo y ofrecernos algo más de luz sobre los asuntos diversos que motivaron la reunión de aquel día, aunque, y cabe recalcarlo, de suyo no sea nuestra intención manifiesta hacer con el Cabildo una "historia institucional", ni -por supuesto- con un acta esto se podría lograr. El 10 de julio de 1637, reunida "la Ciudad", encabezada por el general Fernando de Soussa Suárez, corregidor y caballero de la Orden de Santiago, teniendo en Marcos Rodríguez de Guevara el puesto de alguacil mayor, y habiendo estado cuatro regidores presentes, de los seis que en contraste hubo en la sesión del primero de enero del año referido, contando también además con la ausencia de los cinco tesoreros y los tres depositarios, se pasó a ventilar los asuntos del día. El primero, las excusas que el capitán Roque de Chávez Osorio, enviado del Cabildo a los reinos de Castilla, con sueldo de diez mil pesos, presentó para no embarcarse en la flota de Luis Fernando de Córdova. La memoria escrita de la ciudad dejó testimonio de este hecho en los siguientes términos: "Dijo que por cuanto el dicho señor Roque de Chávez no pudo embarcarse en dicha flota por la brevedad de ello, y no estar hechos los despachos, y después, por haberle nombrado su excelencia para que fuese a las islas de Barlovento, a verificar el servicio de la armada de Barlovento; obligó al señor don Andrés de Balmaceda a ofrecerse a ir a España en la forma que se contiene en su proposición, lo cual no se resolvía por bajar un decreto de su excelencia en que mandó no se innovase en el nombramiento del dicho señor Roque de Chávez, y después el dicho señor virrey le excuso del viaje a Castilla en estos galeones, que han de salir este mes, y cerca de esto ha habido particulares acuerdos en que se hará mención en este tratado, y

conferido en su despacho, se acordó que por haber cesado la causa que obliga la proposición del señor don Andrés de Balmaceda, dándole por libre de ella, mandaban y mandaron se guarde y cumpla lo acordado, y nombramiento hecho al dicho señor Roque de Chávez Osorio, y en su conformidad otorgue las escrituras con hipoteca especial de sus bienes raíces que quedan en esta ciudad, al cumplimiento de ella, ya que ha de dar conclusos y determinados con concesión..."[22]. Larga cita y enredado problema, quizá anuncio de los problemas institucionales que enfrentará Weber siglos más tarde cuando estudie a la burocracia, pero mejor muestra de una serie de obligaciones no cumplidas, de fidelidades institucionales no del todo definidas, y, por supuesto, de sueldos devengados. Diez mil pesos no era una suma tan a la ligera en aquel entonces, y de un Cabildo que problemas tenía para atender compromisos varios, el preservar una cantidad tan alta ante una misión de importancia tan sobrada como la representación ante el Rey, muestra algunos de los intereses más altos de la Ciudad.

También se ventilaron ese día una serie aspectos en donde el fantasma de las Islas de Barlovento, junto con el de las ambiciones de ciertos grupos de poder, más terrenal este último en el vecindario urbano, volvieron a hacer acto de presencia. Hay que recordar que el Rey había solicitado al Cabildo de la Ciudad de México 200 mil pesos para sufragar algunos de los gastos de la Armada por fundar, y que éste había aceptado siempre y cuando se consideran algunos de las siguientes propuestas. Pero también se atendió la solicitud de un permiso para enviar doscientos cincuenta mil pesos más a Filipinas, la traída discusión sobre la perpetuidad de las encomiendas y las no suaves peticiones al Rey entremezclados con otros intereses y alcances: " Que la mitad de plazas de la Audiencia se otorguen a los nacidos en este reino; que no se funden más conventos de monjas y se reformen los que existen; que no vengan más frailes de España; que se restrinjan

[22] .- Cabildo de la Ciudad de México, 10 de julio de 1637.

las haciendas de los conventos existentes; que se corrija el exceso de fiestas; que se limiten (el número de) los escribanos reales; que se llame por escrito a la ciudad "señoría" por parte de los virreyes; que al colegio de Santos se le concedan los mismos privilegios que al de Salamanca; que en la Armada ocupen los hijos de México las plazas; que vaya a Castilla de ordinario un regidor capitular; que respecto de irse consumiendo los indios, se de permiso para (traer a) quinientos negros; que después de la audiencia, tenga entrada la ciudad para ver al virrey...", entre otras[23]. Conclusiones varias pudiesen desprenderse de la lista, pero quizá la más evidente es la que se muestra sobre las peticiones de un estrato social -cuyo espejo y marco de acción es el Cabildo mismo- que demanda su incorporación plena a la estructura de gobierno imperial, sin cuestionar en ningún momento la autoridad que emana directamente del Rey, pero que pide de él una inclusión mayor en los asuntos del gobierno. Es por demás curioso: no se plantea bajo ninguna circunstancia la creación de una estructura independiente de la Corona española, dentro de las distintas facetas que pueda adquirir esta, sea la de un país, un reino, o un nuevo imperio. Lo que pretende el Cabildo y con ellos una parte considerable de la oligarquía virreinal, es simplemente tener una mayor presencia, dentro de los asuntos concernientes al gobierno del Imperio y, por supuesto, de su área de competencia.

Como se mencionó en la introducción del presente escrito, el texto de Manuel Alvarado Morales ofrece mayores elementos sobre los pedimentos del Cabildo derivados de la creación de la Armada de Barlovento. Podemos agregar que, independientemente de su creación o la suerte que haya corrido, este hecho sirvió como catalizador de una serie de posturas cuya naturaleza y razón de ser tienen su origen en la Conquista misma.

Las celebraciones de las que se queja el cabildo, en su conflicto con las instituciones eclesiásticas, muestran también dos caras: por un lado, la evolución de una identidad, propuesta derivada de la discriminación histórica entre la

[23] .- Idem.

Historia de los españoles, y las propias de los criollos e indios; pero también por el otro, entre dejan ver un reclamo de pertenencia y de ámbito de competencia del Cabildo como institución sobre un espacio: la ciudad de México. A los dos aspectos se pudiese agregar aún, y como muestra sumaria, como propone Rodríguez Hernández, la siguiente idea, que "indica la intención de elevar las fiestas promovidas por las instancias del poder a la categoría de historia, y de considerar la actividad de narrarlas como una tarea historiográfica"[24]. Una disputa de poder entre dos instituciones, el cabildo y la corona, disputa no del todo delimitada, entre otras razones, porque es tal el entretejido social que entre ellas existe, que podemos encontrar fuertes lazos consanguíneos entre los integrantes del Cabildo, y por ejemplo, los miembros de algún convento, o la Compañía de Jesús, y de ellos, y en un mismo sujeto, nexos tanto con el Rey y el Consejo de Indias, como con el Cabildo de la Ciudad, la Audiencia y el Arzobispado.

Huelga por último señalar, pero no está por demás reiterarlo, que además de lo extraordinariamente ambiciosos que fueron los miembros del ayuntamiento por aquellos años, tal parece que en poco o en nada la ciudad de México, entendida como espacio físico habitable, en donde se ejerce una jurisdicción, con funciones delimitadas, es incluida como parte de sus intereses más inmediatos. Cabe preguntar entonces qué funciones y qué papel desempeñó el cabildo de la ciudad dentro de la peculiar sociedad cortesana del siglo XVII. ¿Fue el escaparate necesario para difundir una serie de ideas ante la Corona? ¿acaso se convirtió en la institución necesaria, así como un club, para obtener una serie de prebendas y distinciones? ¿o fue un necesario espejo que la mentalidad criolla demandó para ver reflejado un atisbo de fama y privilegios necesarios para constituir una parte de su personalidad? Elementos hay que orientan la presencia de los tres

[24] .- Rodríguez Hernández, Dalmacio, Texto y fiesta en la literatura novohispana (1650-1700), prefacio de José Pascual Buxó, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Seminario de Cultura Literaria Novohispana, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1998. p. 136.

componentes en estrecha simbiosis, en algunos momentos con más presencia de la fama, en otros liderados con más urgencia por la inclusión en el gobierno imperial.

Así las cosas, no es de extrañar que ocurran algunos de los hechos que con razón Boyer ha señalado, y que fueron algunas de las varias causas que originaron el desastre 1629-1635: "Desde 1550 la ciudad se vio amenazada por estas calamidades (inundaciones) que, naturalmente, afectaban más a los pobres que residían en las afueras. Quizás porque quienes más sufrían eran los pobres no se tomaron medidas drásticas desde el principio"[25]. No tal parece que los intereses más inmediatos del Cabildo se encontraban en otra parte.

Una carta dirigida al Rey, con la lista de demandas y las reiterativas referencias al virrey en turno, culminan lo que debió haber sido un día que sintetizó muchos años en la formación de ideas y propósitos, no sólo del cabildo, sino también en la generación de la conciencia de la oligarquía misma.

Pero en tanto, y en la descripción del espacio urbano de la ciudad a través de las voces de sus habitantes, qué podemos rescatar de ellos, cómo podemos abordar la construcción de una imagen de nuestro escenario por medio de lo que es un acta, y más aún, cuando es un siglo en donde la mentalidad barroca va a tender y exagerar siempre las dimensiones de la realidad misma. Es su naturaleza sí, su vocación también, su casi razón de ser: "La pasión barroca estimuló el impulso a la acción, la obsesión del poder y, desde los profundos recintos de la inconsciencia, conjuró una vitalidad extraordinaria y el empuje de una energía que no encontró salida adecuada ni catarsis satisfactoria. Diferente del chispazo prometeico renacentista, lo barroco fue una vitalidad que negó la vida y se agotó en cosas triviales"[26]. Es el siglo XVII, y empapado de ello se encuentra la vida toda, por tanto no es de extrañar que en las actas mismas aparezcan muchos reflejos de estos.

---

[25] .- Boyer, Richard Everett, La Gran Inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638), traducción de Antonieta Sánchez Mejorada, México, Secretaria de Educación Pública, Colec. Sep/Setentas, Num. 218, 1975, p. 21.

[26] .- Leonard, Irving, La época barroca en el México colonial, traducción de Agustín Escurdia, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1986, pp. 54 y 55.

Siendo una clasificación arbitraria la que proponemos, guiada exclusivamente por la necesidad de encontrar un mayor número de referencias que nos acerquen y nos ayuden a construir una imagen de la ciudad de México, veremos ahora que dicen los habitantes de este mundo barroco. Hay que entender que no es la ciudad toda la que habla, sino es parte de una casta, y de algunas corporaciones los suficientemente notables como para hacer escuchar sus quejas y peticiones, esencia y elemento necesario que les permitió tener la cualidad de dejar su huella en los papeles del Cabildo. Muchas circunstancias y motivaciones que desconocemos o sólo podemos adivinar se muestran en estas pequeñas relaciones, relaciones que nos resultan necesarias a fin de poderlas contrastar con las brindadas por los cronistas de la época, aquellos que tuvieron un móvil distinto de quienes, por ejemplo, solicitaron agua, o se quejaron por los cerdos y las carnicerías. Así, podemos ver desfilar, luego de muchas sesiones, descripciones de la ciudad, preparativos para fiestas, las relaciones del Cabildo con el virrey y con el Rey, con las órdenes religiosas y cofradías diversas, con el clero secular, y con una vida cotidiana que incluyó procesiones, adornos, puentes y calles. No busquemos grandes relatos, como el que nos ofreció Torquemada, y que es meramente un marco de referencia, o aventuras como las que sufrió Sigüenza y Góngora en junio de 1692 al rescatar los papeles del ayuntamiento, en medio de las llamas, de la revuelta indígena y entregando dinero a quien pasase a cambio de un poco de ayuda. No, estos vecinos nuestros de días pasados acudieron al Cabildo por cosas más inmediatas, y al describir su problemas, describieron también parte de su ciudad: ellos son quienes crearon una imagen diferenciada, complementaria quizá de la que nos ofrecieron algunas de las mejores luces que conoció el siglo. De ello no ocuparemos a continuación.

La constitución del discurso urbano: descripciones de un espacio a través de los ojos de algunos de sus habitantes relatores no tan afamados.

Marzo de 1623. Una fecha que luego de casi cuatro siglos, se nos presenta con la misma contundencia, con la misma presencia que pudiésemos esperar tenga una ecuación matemática, o la misma realidad que concebimos en este momento al imaginar a un joven que ayuda a una anciana a cruzar la calle en Río de Janeiro. Y si agregamos otro plano, es casi como si recién nos enteráramos de que en algún día, en 1862, por ejemplo, se dio la Intervención Francesa. Pero sin embargo, esta fecha y este mes tuvieron la misma presencia y el mismo realismo que podemos observar y entrever -por ejemplo- en el referido tumulto de junio de 1692, a través de la carta que Sigüenza y Góngora envió al almirante don Andrés de Pez a propósito de esa revuelta[27], o del triste 5 de marzo de 1694, fecha en que Sor Juana Inés de la Cruz renuncia a las letras humanas. Pero fue, sin embargo, aquel mes de marzo de 1623 un mes que destaca en la historia precisamente por su anonimato, cualidad ella que es muy común que posean muchos meses, muchos individuos y muchos años. No fue creador ese mes de sucesos que tenemos que recordar constantemente, ni testigo temporal de hechos humanos de memoria; casi, como si recurriésemos a una analogía para poder asegurarnos de su existencia, y hacer la trampa de invocar algo más cercano a nosotros, pongamos otra fecha que se llamó por ejemplo, 16 de noviembre del año 2000, que de alguna manera ya vivimos y ya sufrimos y de la que podemos concluir que si existió una, existió por analogía la otra.

La Historia, ante la imposibilidad de reconstruir escenarios y hechos, de poder comparar a pie juntillas lo investigado con lo que realmente aconteció en ese mes y ese año, se vale de una serie de testimonios, tendencias, cuadros y proyecciones, entre otros, para adivinar y esclarecer, y en esto último a veces con grandes porciones de imaginación, los motivos que expliquen lo que realmente ocurrió. Para nuestro particular caso habremos de recurrir a noticias que en algunos casos

---

[27] .- Sigüenza y Góngora, Carlos, de, "Alboroto y motín de los indios de México. Carta dirigida al almirante don Andrés de Pez"., incluida en: Leonard, Irving, Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, op. cit. pp. 224-270.

provinieron de las peticiones de vecinos sobre la dotación de agua, en otros, por las referencias que hay sobre carnicerías, por las molestias que causaron los caballos, por las descripciones de la Alameda, de algunas casas, o el estado en que se encontraba el edificio del Cabildo, de los archivos de las monjas y algunas más, que recuerdan un acueducto, una hacienda frente a la iglesia de San Cosme, un nombre que alguna vez tuvo masa, anhelos y sentimientos, todo en suma, nos ofrecen pistas sobre el escenario variado de lo que alguna vez fue nuestra ciudad. Juntas nos ofrecen algunas piezas del rompecabezas en que se ha constituido el pasado de la ciudad, que alguna vez fue un todo que constituyó la vida diaria de México, y al que pretendemos asomarnos con las referencias que brindan las actas del cabildo y algunas otras referencias más.

Una vista sobre la calzada a Tacuba y la Alameda, otra sobre algunos de los problemas que tuvieron los vecinos del convento de San Francisco: las calles de Dónceles, San Lázaro, los alrededores del barrio de nuestra señora de Monserrate, Santa Catalina, la alhóndiga y Santo Domingo, la carnicería y las arquerías de Santa Fe y Chapultepeque, el estado de algunos puentes y casas del Cabildo, la idealización de una procesión, los preparativos para las fiestas, son algunos de los testimonios que los antiguos vecinos nos muestran de su ciudad, de sus problemas, de sus anhelos y de las formas que tuvieron para interpretarlos. Los vecinos dirán, no todos por supuesto, pero habitantes cotidianos sí que en común tuvieron el haber vivido en el siglo XVII, en el siglo barroco, en el siglo del teatro, en el de los poemas, en el de la ciudad de México, en el de Sor Juana.

Así, en la obtención de relatos que describan la ciudad, como puerta de entrada tenemos la siguiente introducción: "... cerca de ir a la visita de ojos de las aguas que entran en el ejido de esta ciudad, que está entre el Hospital de Convalecientes y las huertas de aquella parte, fuimos personalmente al paraje de los molinos del doctor Luis de Villanueva Zapata, y algún tanto más arriba de ellos, por donde vienen tres acequias y zanjas de agua del río de Tacuba, que la una de ellas entra en los molinos del dicho doctor, Luis de Villanueva, y vuelve a la madre del dicho río, y

por la cual pareció ir buena cantidad de agua, y otra acequia se aparta cerca de los dichos molinos y va a los del doctor Fernando de Villegas, y desagua en el ejido de la parte de Chapultepec, de tal suerte que no puede volver a la madre, y la última acequia viene a los molinos de don Francisco de Peralta, en los cuales vimos que entra la dicha acequia, saliendo de ellas sin volver a la madre, se continua y prosigue la dicha acequia con buena cantidad de agua hasta cerca del pueblo de Tacuba..."[28].

Ríos en la periferia poniente de la ciudad hacia el pueblo de Tacuba; zonas de molinos en torno a una de las principales entradas de México las que se extendieron hasta Chapultepec, lugares que fueron sedes de ricos hacendados, de las que también adivinamos huertas por distintos y numerosos lugares. San Cosme, nombre de médico, y nombre con el que se designó al hospital de indios, primer uso que tuvo esa construcción hasta 1581, la que no obstante se convirtió en una residencia temporal para los franciscanos descalzos que se dirigían a las Filipinas, no perdió ni su nombre ni su marco de referencia, es un vecino más, importante también por su entorno, que dista media legua de este otro Hospital de Convalecientes al que se hace referencia, que seguramente es el Hospital de San Hipólito. No hay que confundir y a veces los distintos nombres contribuyen a ello: no obstante que los franciscanos lo hayan renombrado posteriormente con el de Santa María de la Consolación, entre los decires de los pobladores, como ocurre en la actualidad todavía con el caso de San Juan de Letrán por ejemplo, se siguió utilizando el viejo nombre de San Cosme, aunque ya no fuera hospital, ni hubiera muchos doctores por allí. San Cosme, como nombre y como convento, en tanto lejos estaba aún de convertirse en aquel memorable lugar de descanso último de Don Juan de Acuña, marqués de Casa Fuerte, virrey de la Nueva España, quien falleció en marzo de 1734 y quien solicitó ser enterrado allí. Un virrey en funciones no se enterraba en cualquier posada, muestra efímera de que San Cosme en el siglo XVII se encontraba en camino de ser un referente importante para la ciudad; sus

[28] .- Cabildo de la Ciudad de México, 16 de febrero de 1618.

ricos vecinos pudieron dar fe de ello: fama de un lugar que quizá hoy día eche de menos el entorno que lo vio crecer, que extrañe el esplendor del que alguna vez formó parte central.

Meses después tenemos otra descripción, no de la ciudad y sus "arrabales", sino de uno de sus habitantes, quien humildemente ruega por un permiso, que le permita acceder quizá a la felicidad alguna vez prometida"Don Fernando Carrillo, escribano mayor del Cabildo, dijo que como a vuesa señoría es notorio, yo he tratado de casarme en la provincia de Tlaxcala, y para enfrentarlo tengo necesidad se me de licencia por diez días para hacer ausencia, supuesto que la semana que viene es toda de fiestas, (los últimos días de septiembre y primeros de octubre) y así suplico a vuesa señoría me de la dicha licencia..."[29]. Hay cosas que a veces nos resultan tan cercanas no obstante aquí se trate de "La ciudad" y el matrimonio, el Cabildo y las cuitas de amor de Fernando Carrillo: no sin razón Thomas Mann alguna vez escribió que "el manantial del pasado es profundo"[30], y las actas son una muestra de que también en ellas es posible encontrar, muchas veces con dificultad, este tipo de felices informaciones.

Todavía alcanzamos a tener tres notas más sobre esta parte de la ciudad entre los años de 1618 y 1623. La primera nos la ofrece Juan Mateos, labrador de los altos de Tacuba quien dice que: "yo tengo una huerta junto al calvario, como vamos a la cañería sobre mano izquierda y pegada a la dicha huerta, a los mismos arcos a donde está una cieneguilla de cuatrocientas varas en cuadra, poco más o menos, la cual recibe en sí tanta agua que trasmina la dicha arquería, y le hace notable daño y prejuicio, y para que alzándose o habiendo algún reparo ..." hagan el favor de actuar en consecuencia[31]. La ciudad de los palacios, aunque todavía tardará en adquirir ese adjetivo, muestra problemas de mantenimiento en su infraestructura básica.

---

[29] .- Cabildo de la Ciudad de México, 24 de septiembre de 1618.
[30] .- Mann, Thomas, citado por Héller , Agnes, Una filosofía de la historia en fragmentos, traducción de Marcelo Mendoza Hurtado, Barcelona, Gedisa editorial, colección Serie CLA.DE.MA. Filosofía, 1999, p. 59
[31] .- Cabildo de la Ciudad de México, 21 de agosto de 1623.

La segunda nos la proporciona Francisco de la Torre, en su momento tesorero de la Santa Cruzada, el cual dijo "que yo tengo una casa y jardín en la calzada que va de esta ciudad al pueblo de Tacuba, en frente del convento de San Cosme... y para su servicio y riego se carece de agua...a su señoría pido y suplico me haga merced de una paja de agua de la cañería baja que viene por la dicha calzada para el dicho efecto..."[32]. Conventos, hospitales, acueductos, huertas. Pobre herencia tenemos del pasado por esta zona.

Para terminar, tenemos otra referencia que nos ofrece Cristóbal de Molina, contador y administrador de estado general del señor don Pedro Cortés, marqués del Valle, quien, " en nombre de su señoría digo que por mando y orden de vuesa señoría se ha hecho una pila en el camino que de esta ciudad va al pueblo de Tacuba, que esta junto a una casa y huerta que allí tiene el dicho señor marqués, a la cual dicha pila ha de dar agua de la que ha de venir por encima de los arcos que al presente se están haciendo,"[33] y que a la larga se convertirá en un lugar de reunión entre vecinos y aguadores, habitantes no tan afortunados del lugar. Sequía e inundaciones, el primer referente, la primera impresión, el primer padecimiento y perspectiva de algunos de los "arrabales" de la ciudad.

Y ya que entramos por Tacuba, hagamos una parada en la Alameda. Aunque más escuetas son las noticias sobre este lugar, no por ello dejan de brindarnos un reflejo de cómo debió haber sido aquel jardín al que con tanto orgullo se refirió fray Juan de Torquemada. "Juan Gutiérrez, criado de vuesa señoría, dijo que yo he asistido en el Alameda por ausencia de Andrés Flores Montenegro, que fue nombrado para guarda de ella, y he plantado cantidad de trescientos árboles, y he abierto zanjas, y he hecho corrientes y limpiado el acequia y pagados los indios, y he enderezado la puerta de la dicha Alameda, y echado chapa..."[34]. En fin: el mantenimiento que no reciben los acueductos, lo recibe por el contrario y con holgura aquel lugar central. Escenario es así del que también se desprenden otras

[32] .- Cabildo de la Ciudad de México, 29 de diciembre de 1623.
[33] .- Cabildo de la Ciudad de México, 12 de enero de 1618.
[34] .- Cabildo de la Ciudad de México, 29 de mayo de 1618.

relaciones, "la Ciudad dijo que atento a que en la Alameda continuara a ir a ella mucha gente, y tiene incomodidad el haber solo una puerta, acuerda de conformidad que se haga otra portada en frente de San Diego con sus puertas, la cual el señor obrero mayor la mande luego hacer, librando lo necesario en el mayordomo de propios para que por cuenta de ellos se le da comisión bastante y ponente para pasar al modelo de la otra"[35].

Y de allí a un robo que dio lugar a mejoras en el lugar: "Este día el señor Luis de Tovar, obrero mayor, dijo que una bola de bronce que estaba en la pila de la Alameda, la hurtaron, luego que falto dio cuenta al señor corregidor, y se hizo diligencia, y apareció la misma que estaba en poder de Francisco Millán, alarife de esta ciudad,... y lo procedido de ella se entregue al mayordomo para que con ello y lo demás que fuere necesario, se haga una taza de piedra dura, con sus cañas en buena y galana forma, para que se ponga en la pila de la Alameda, donde estaba la de bronce, y el pilar sobre el que se pusiere..."[36]. La Alameda y la atención que demandó. ¿El discurso cortesano, las relacione sociales que en él se entretejían y reafirmaban, habrán tenido que ver en la procuración de su cuidado?

Víctima de las estaciones, las repentinas lluvias y los numerosos riesgos que se contrajeron por las inundaciones, la ciudad no perdió, sino que más bien adquirió, algunas cosas que la caracterizaron, algunos hábitos que conformaron muchas de sus normas de comportamiento, costumbres, miedos y anhelos, según es posible desprender: una de ellas fue su vocación por los símbolos, la santidad en todos sus quehaceres, y la otra, muy de la mano también de la época en que muchas cosas caían en el terreno de lo "portentoso", son las referidas a lo imprevisible del clima, a los temblores, a aquellos sucesos que se encontraban delimitados por las estaciones del año, pero que por mucho encerraban particularidades que iban más allá de si llovía o no. De la sequía, a las inundaciones, de las grandes cosechas, a los levantamientos por falta de alimentos; en medio de todo ello además, la fiesta, la

[35] .- Cabildo de la Ciudad de México, 19 de junio de 1618.
[36].- Cabildo de la Ciudad de México, 24 de septiembre de 1618.

revisión del pasado, las procesiones, la ubicación espacial, en la ciudad y en algunos de los puntos más importantes de la misma, como honra de la misión civilizadora española.

Resulta curioso, en socorro de esta última afirmación, la relación que brinda el historiador Alfonso Toro sobre la iglesia de San Hipólito, vecina del rumbo que intentamos reconstruir. "Fue allí uno de los lugares donde se trabó lo más recio de la pelea en la "Noche Triste" y donde, según se asegura, perecieron más de seiscientos españoles a manos de los indios."

"Por esto, apenas conquistada la ciudad, un negro esclavo que había venido en compañía de los conquistadores, llamado Juan Garrido, en recuerdo de los que allí perecieron, y cumpliendo con un voto por haber escapado de la matanza, levantó en las cercanías de la actual iglesia de San Hipólito una ermita donde recogía los huesos de los muertos, dándoles piadosa sepultura, y puso a tal ermita el nombre de los "Mártires", por considerar que lo eran los españoles muertos por los mexicanos; ya que habían perdido la vida por introducir la fe católica en estas tierras"[37]. La construcción de una iglesia, de una fecha significativa, de un punto nodal dentro de la vida cotidiana de la ciudad: aunque desde la huída de Cortés, antecedente directo de San Hipólito, se procuró conservar la calzada de Tacuba como vía de escape en caso de que se iniciara un levantamiento indígena, es posible también intuir que, a pesar de la fama que adquirió luego la calzada del Tepeyac, la entrada a México por el poniente, revistió de suyo una serie de elementos simbólicos y ornamentales que no fueron de poca monta para los habitantes de la época. Todavía no señoreaba con toda su fortuna y gloria Nuestra Señora de Guadalupe. El camino a Tacuba era también el camino de Nuestra Señora de los Remedios.

Entremezclados símbolos históricos con las defensas ante los elementos naturales, en especial los referidos a las vicisitudes urbanas ocasionadas, entre otras, por las estaciones del año, tenemos de estas en forma más reiterada una

[37] .- Toro, Alfonso, La cántiga de las piedras, segunda edición, México, Editorial Patria SA, 1961, pp. 71 y 72.

actitud, que se desprenden de las noticias que en las descripciones de la ciudad aparecen. No sólo por la experiencia del año de 1629, sino también por muchas otras, hay evidencias de que en la población y entre los miembros del Cabildo, entre los vecinos todos, existe un miedo generalizado -y no sin razón- cada vez que se desata una tormenta. El miedo a las inundaciones estuvo de la mano del de las epidemias y la carencia de alimentos, del humano temor ante la muerte misma, parece fue constante a lo largo del siglo, conducta y preocupación que contrasta con fuerza de estas hermosuras y milagros, a los que hacen referencia Torquemada y Vetancurt, Guijo y Robles.

Pero en los meses de sequía, la alarma generalizada provino precisamente del miedo a que por la misma se perdiesen las cosechas, y con ello se desencadenaran epidemias, hambrunas, acaparamientos de granos, germen todos de protestas potenciales. Demasiada frágil fue la ciudad, generadora de urgencias que en milagros y hazañas, fiestas y presencias divinas, racionalizaba y enfrentaba su universo inmediato. En medio del siglo barroco, y así las cosas ¿cómo en este escenario no entender la presencia de las procesiones?, ¿cómo no invocar reiteradamente los favores de la Virgen de los Remedios o la de su naciente competidora, la Virgen de Guadalupe? La suma de muchos elementos explican la importante necesidad humana de fantasía, de explicar muchas cosas que van más allá de las temporalidades de la razón. Freud escribió con fuerza sobre esta temática, y de seguro en el siglo XVII hubiese podido explayarse con mayor abundamiento sobre los particulares. Famoso es su ensayo titulado "El porvenir de una ilusión", famosa es su explicación, incluida en ese ensayo, en donde dice que "Las concepciones religiosas se originaron en la misma necesidad de defenderse de la aplastante superioridad de la naturaleza y en el impulso de corregir las imperfecciones de la cultura, penosamente experimentadas", sólido, aunque probablemente condenado a la Inquisición hubiese sido en el siglo XVII, como lo fue en su tiempo, como lo sigue siendo en la actualidad.

Bien podríamos utilizar una serie de adjetivos más como los que utilizaron los cronistas del siglo XVII para escribir -como lo hicieron- y deslumbrar por medio de sus letras, como también lo siguen haciendo, el espacio de su ciudad y su condición de clase. Pero a diferencia de ellos, nosotros no tenemos ese impulso, esas necesidades que los motivaron a ser como fueron y no de otra forma: nuestra descripción sería más parca, más ajustada quizá a la estadística, o a las frecuencias en que es nombrado un lugar en el desfile de los años y de sus actas, pero desgraciadamente el espíritu que los animó murió con nuestros vecinos, y por sus papeles y por sus cosas, podemos pensar en que pocas cosas los separaron más allá de lo que fue central para ellos: el orgullo de su patria, de su patria criolla.

Dos símbolos, San Cosme y San Hipólito, una cieneguilla, probablemente parte de la actual colonia Guerrero, huertas varias, puestas aquí y allá, vecinas, pendientes, necesitadas, de la arquería que surte de agua a la ciudad y que concluye en el Puente de la Mariscala. Zonas de cultivo que conocieron el trigo como principal producto que -con fortuna- tres veces al año se llegó a cosechar. Y luego en todo ello ríos, molinos, casas, haciendas, una parte central del granero de la ciudad, pero como la misma ciudad, un territorio sólidamente sujeto de las inundaciones, dependiente directo de la situación climática, de los humores divinos. Si la lógica de los actos y de sus explicaciones era superada, y lo combinamos con los problemas que una plaga podría ocasionar, por ejemplo, el resultado ya era germen y semilla de revueltas sociales, sobre las cuales difícilmente alguna divinidad podría intervenir.

Probablemente las mismas circunstancias ecológicas que la realidad urbana impuso hayan sido los primeros eslabones, como ocurrió en 1692, que originaron esta temerosa cadena, que va de precipitaciones pluviales de considerable magnitud, siguiera, como consecuencia directa, una cadena que llevara desde la escasez de alimentos al aumento de su precio, al acaparamiento de los mismos, a la rebelión de los más desprotegidos, y más aún, a reforzar y remarcar más las diferencias entre grupos sociales y raciales. Del relato de Sigüenza sobre el tumulto

de 1692 destaca, por un lado que los principales actores de la rebelión hayan sido indígenas, estos que viven en los "arrabales"y, por el otro, que las medidas para mitigar y evitar nuevos conflictos emprendidas por Don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, hayan sido precisamente la procuración de alimentos expedita para la ciudad hambrienta: hasta Celaya fueron a tocar la puerta. Los adjetivos que de los indios nos ofrece Sigüenza y Góngora, ya citados, distan por mucho de la enorme preocupación que por su pasado tuvo este sabio criollo, marcando con ello una clara diferencia: no es lo mismo el vecino indígena de la ciudad, y más si este tiene hambre, en el aquí y ahora de don Carlos, que aquel que construyó una enorme civilización, de la que la ciudad de México apenas fue una de sus mejores muestras, y que quizá tenga también como atributo precisamente el de estar muerto.

Una nueva puerta se planea para la Alameda; en ella, se asoma otro convento franciscano, el de San Diego. Llama la atención lo que demanda del Cabildo este jardín: siembra de árboles, limpieza de acequias, construcción de una nueva pila. Zona emblemática la de la entrada por Tacuba por muchas razones, la Alameda, que se inserta en ella, parece que no fue pensada para quedarse atrás. Orgulloso vecino fue de Santa Inés, de San Francisco, del hospital de San Juan de Dios, de la cofradía de la Santa Veracruz.

En torno al convento grande de San Francisco, casas varias con un malestar, que parece fue generalizado en una parte mayoritaria de la ciudad: la ausencia de agua. "Melchor de Cuellar, fundidor y ensallador mayor de la Casa de Moneda de esta ciudad, dijo que yo he comprado y tengo en ella unas, mis casas principales, que son en las calles de San Francisco, en esquina linda con casas de doña Ana María de Cuenca, para las cuales tengo necesidad que vuesa señoría me haga merced de una faja de agua del encañado del agua que viene de Santa Fe, por la dicha calle de San Francisco, del ramal de ella que pasa por las puertas de las casas

del regidor Alonso de Valdés"[38]. Luego tenemos a otra vecina de abolengo en pos de una demanda reiterativa. "Doña Ana de Terromes, hija del doctor don Lorenzo de Terromes, alcalde en esta corte y viuda de don Álvaro de Torres, dijo que yo trato de comprar unas casas en esta ciudad en la calle de San Francisco, que fueron del secretario Alonso Pardo de Fuentes, la cual no se sabe que tenga merced de agua, y las pilas de los lugares públicos que tienen agua están apartados de las dichas casas, con la cual es incómoda su vivienda"[39].

No obstante, no era la ausencia de agua en la ciudad toda lo que preocupaba a los vecinos, sino más bien su dotación particular. El regidor Valdés, distinguido vecino, nos ofrece también un testimonio, dijo "que yo tengo unas casas principales de mi morada en la calle de san Francisco, y junto por ellas pasa la cañería del agua que viene de la pila de la plaza de esta dicha ciudad..."[40]. Conocedor de los ramales por su cargo, pero también por haber sido uno de los grandes impulsores que tuvo el proyecto en la construcción de la arquería de Santa Fe en su segunda etapa, iniciativa ella que emprendida por el ayuntamiento tuvo una buena respuesta por parte del virrey, Marqués de Guadalcázar, aquel papá ya referido, aquel papá al que se le ofrecieron "luminarias" todo un mes.

Cabe agregar que en común acuerdo se ordenó en 1617 concluir la arquería hasta la plaza principal de la ciudad, obra que tuvo una alargada finalización, como todas las concernientes a este Acueducto, que finalmente se concluyó hasta 1628[41], y donde el regidor Valdés no jugo un papel menor, en especial cuando de conseguir dineros a través de préstamos, o, de establecer una serie de acuerdos y disposiciones favorables a este asunto con el virrey Guadalcázar, se trató.

---

[38] .- Cabildo de la Ciudad de México, 24 de abril de 1618.
[39] .- Cabildo de la Ciudad de México, 15 de diciembre de 1623.
[40] .- Cabildo de la Ciudad de México, 12 de enero de 1618.
[41] .- Véase, para una profundización sobre la historia del abasto de agua de la ciudad, y en especial sobre la construcción del acueducto citado, el documentado trabajo de: Pineda Mendoza, Raquel, Origen, vida y muerte del Acueducto de Santa Fe, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, colección, Estudios y fuentes del Arte en México, Núm. 55, 2000.

Una crónica de principios del siglo XIX, pero sustentada en la que el padre Luis de Cisneros escribió en su momento, intitulada "Historia del principio, origen, venidas a México y milagros de la santa Imagen de nuestra Señora de los Remedios", nos ilustra, en síntesis, sobre esta parte de la ciudad, cuando hace un recuento del paisaje que desde la ermita de Naucalpan alguna vez fue posible contemplar. "Vense como cristalinas Sierpes que baxan á fecundar este valle, los ríos de Coyohuacan, Miscuac, de los Morales, de Atzcapozalco, Tlatnepantla, de Tenanco, de Tlalmanalco, de Tezcuco, de Papalotla, de Totihuacan, y aun se podrian ver otros que baxan de estas montañas, con muchos arroyos que forman las vertientes de los Volcanes; y las fuentes, manantiales y ojos de agua, en tanto número que el P. Mtro. Fr. Luis de Cisneros dice se atreve á afirmar pasan de dos mil, y no exagera en ello. Estos hacen tan fecunda la tierra, que las haciendas de labor, Cortijos y Casas de Campo, presentan a la vista un Alxedresado en sus sementeras, de tanta variedad de colores en las milpas de maíz, tablas de trigo, de alberjon, de frijol, de cebada, de haba, de garbanzo que suspensos los sentidos no acierta la vista á que parte inclinarse, si á lo mucho conque hermosea el arte este delicioso Valle, ó á lo que con prodigalidad le ha enriquecido la naturaleza, pues aun los exidos y Edesas son una Turquesada Alfombra de florestas, que no le exceden en variedad, matiz y olfatos los más cultivados jardines. Ni las mezclas de los mas diestros Pintores á los quadros de las sementeras imitar, porque unas naciendo, otras creciendo, otras sazonando aun tiempo mismo, parecen con propiedad los fingidos campos Eliseos de los antiguos Mitológicos"[42]. Es el estilo propio del siglo XIX si bien es cierto, pero pese a todo, es una visión que en aquel tiempo no se encontraba tan contrastada como con la que ahora vivimos, y de la que entrevemos que muchas de las imágenes presentadas probablemente fueron copiadas a pie juntillas de las que escribió el padre Cisneros.

---

[42] .- Carrillo Pérez, Ignacio, Lo máximo en lo mínimo. La portentosa imagen de nuestra Señora de los Remedios, conquistadora y patrona de la imperial ciudad de México, Edición facsimilar de la de 1808, México, Biblioteca enciclopédica del Estado de México, 1979. p. 80.

Volviendo al siglo que nos ocupa, puesta a prueba en una situación de emergencia ocasionada por la tardanza que hubo en la llegada de las lluvias en el año de 1616, la Virgen de los Remedios emprende su tercera venida a la ciudad de México. Durante su trayecto nos fue legando una serie de imágenes que además de la pinta de los alrededores, mostró mucho de las formas de ver, sentir y enfrentar la realidad que caracterizaron a los habitantes de la época: por supuesto su visita no fue en vano, un portento más sumó a su no breve historial. Primero tenemos la reacción y las causas: "Apenas se comenzó á experimentar que con la falta de lluvias comenzaba á picar la epidemia de Tabardillos, y á encarecer las semillas, (de cuyos efectos siempre son las primacias de los infelices Indios por su pobreza y desnudez) trató el excelentísimo virrey marqués de Guadalcázar, de acuerdo con el ilustrísimo arzobispo, el que se traxese la Santísima Virgen de los Remedios á esta Metrópoli..."[43]. Para agregar, con beneplácito, los beneficios que trajo consigo el comienzo de la afortunada visita. "Con este numeroso acompañamiento que sacó la Señora de su Casa á las siete de la mañana, llegó á las once de ella al Convento que tenían los Religiosos Franciscanos en Tacuba, donde hizo estación, habiéndole recibido allí los Religiosos (previa licencia del señor Arzobispo) revestidos de Dalmaticas, acompañados de las cofradías de la Villa, y vela en mano, la conduxeron á la iglesia, y colocaron en un altar que habían prevenido en medio de la Capilla mayor, levantado sobre un teatro á que se subía por quatro gradas"[44].

Aunque cientos de cosas podrían explicar un hecho único y peculiar, para el particular caso preferimos quedarnos con la contundencia del hecho atestiguado a mediados de junio de 1616. "Muchos días había que no se veía siquiera una pequeña nube, lo que causaba unos insufribles calores, pero en llegando la hora de que siguiese su ruta para México la Santa Imagen, que fue a las quatro de la tarde, se fue cubriendo la atmósfera de una densa nube, que sirvió de pabellón para que

[43] .- Ibidem., p. 101.
[44] .- Ibidem., p. 104.

el acompañamiento continuase su devota lucida Procesión sin fatiga"[45]. Poco después, la ciudad en júbilo por la visita y por el portento, nada más importante podía ocupar la atención de los habitantes que en ese momento se atrevieron a superar algunas de sus diferencias, se prestaron todos a dar la bienvenida que la ocasión demandaba a la Virgen, un tanto con misterio, pero ya al momento con altas dotes de agradecimiento: "Con estas y otras festivas aclamaciones, llegó la Santísima Imagen a los muros de México, de donde fueron saliendo en comunidad a recibirla las Religiones, cuyos Conventos se hallaban en su tránsito: los Descalzos de N.P.S. Francisco, los Padres de San Juan de Dios: Los Hipólitos que eran entonces hospitalarios de convalecientes, y ahora de dementes, todos baxo la Cruz, con Ministros revestidos, y con vela en mano, acompañaron a la Virgen a la Parroquial iglesia de la Veracruz. Allí esperaba el ilustrísimo Cabildo Eclesiástico, y toda la Clerecía con más de quatrocientos individuos con sobrepelliz y blancas candelas de cera ardiendo. En este mismo puesto esperaba el excelentísimo señor virrey Marqués de Guadalcázar con la Real Audiencia y demás regios tribunales, con cirios encendidos. El excelentísimo ayuntamiento recibió la Santa Imagen baxo de Palio, cuyas baras portaban el Corregidor, los dos Alcaldes Ordinarios, los Oficiales Reales y Regidores, alternativamente "[46].

Quedaría algo trunca esta visita si no tuviésemos noticias de su partida, luego de cumplida su estancia de nueve días, el 21 de junio de 1616. Reunidas las corporaciones de notables de la ciudad a las cinco de la tarde, salió la Virgen de los Remedios en medio de salvas, toques de campana, músicas, adornos en las calles y colgaduras diversas. De la iglesia de San Juan, de españoles e indios, en medio de la general algarabía la imagen fue llevada a la iglesia de la Santa Veracruz, lugar en donde los principales de la ciudad se despidieron dejando las varas del Palio. Cosa de ver según el relato de fray Luis de Cisneros, retomado por Carrillo Pérez: "El mismo respetable autor dice que iba la Santísima Virgen acompañada de más de

[45] .- Ibidem., p. 105.
[46] .- Ibidem., p. 106.

quarenta mil personas, las más de ellas con cirios y otros con velas todas de cera del Norte, y que habiéndoles anochecido junto a San Hipólito, que es barrio de la ciudad, no obstante siguió hasta Tacuba todo el acompañamiento con una tenebrosísima lloviosa noche. Empero la luz del sol no hacia falta, pues el gran número de cirios y velas iluminaban la campiña que parecía la mitad del día. ¡Qué espectáculo para mover á devoción aun á los más tibios, el exemplo que les da un Personaje de tan alta dignidad como es un arzobispo, caminando á pie en una noche tenebrosa amenazando abundante lluvia, siguiendo la verdadera Arca del Testamento, como allá seguía su figura por el Desierto el gran Sacerdote Aarón!"[47]. Ya en Tacuba el milagro y la devoción se podían palpar a cada paso, y ser con ellos testigos de la feliz y satisfactoria visita de la Virgen de los Remedios: una nueva hazaña que luego en relatos y muchos años después colindará con el mito, este último acaso más poderoso y más fuerte que lo tangible e inmediato.

"El número de personas que se quedó en vela toda la noche haciendo compañía a la Señora, rezándole y cantándole alabanzas fue tan crecido, que no lo abarcaba la Iglesia, permaneciendo muchos en el Santuario. El agua había asentado la tierra para que no causase incómodo el polvo que pudiera lastimar el gran concurso. El Prado, que cuando vino la Santísima Virgen estaba árido y adusto, ahora se veía todo hecho una esmeralda, alfombrado de la nueva yerba y grama, matizado de florecillas tanto más graciosas quanto ménos había tenido que hacer el arte en distribuirlas y cultivarlas. Los pequeños arroyuelos fugitivos parece apresuraban su curso para salir al paso á la Señora, formando por cortejarla distintas tortuosas cristalinas sendas por toda la campiña. Las fuentecillas risueñas convidaban con líquidas perlas á los parleros Paxarillos para que les ayudasen a celebrar la venida de su Reyna"[48].

En la despedida, en el Santuario de los Remedios, quedó gusto y memoria por la honra con la que la Santísima Virgen había favorecido a la ciudad y al virreinato.

---

[47] .- Ibidem., pp. 124 y 125.
[48] .- Ibidem., p.p. 125 y 126.

Un último corolario: el 23 de marzo de 1623, Fernando Carrillo, obrero mayor de propios, aunque años después de lo narrado, nos indica que "...tomó testimonio de los puentes rotos que había en la ciudad, y que halló diecinueve con precisa necesidad de reparos porque no se podían conducir por ellos...(y agrega) y que la calzada de Tacuba, desde la Veracruz está incomunicable y con necesidad de reparos que dio memorial a su excelencia..."[49]. La Santidad y las cosas propias de la ciudad quizá hayan modificado con particular prestancia la realidad más inmediata, deformando las noticias que sobre un mismo escenario podríamos obtener, aunque, como reporta Fernando Carrillo, con ciertas divergencias.

Pero 1623 fue un año distinto del de 1616, y más aún en el mes de marzo, y peor aún cuando no existían condiciones para que viniese la Virgen. Las peticiones de agua siguen dibujando una ciudad extraordinariamente diferenciada por el abasto y distribución de este líquido, factor él que seguramente influyó en la determinación de la renta urbana, de la diferenciación de barrios antípodas de los oligárquicos, y de otras cosas. En estas últimas se alcanzan a ver muestras de una tendencia que derivó en normas de comportamiento idealizado, que en algunos de sus vecinos trajeron a colación el invocar al pasado, como lo hace Carlos de Sigüenza y Góngora, como parte de una actitud cotidiana, que para los últimos años en que vivió Sor Juana Inés, se había popularizado a tal grado que era común toparse con los vestigios del indio idealizado en, por ejemplo, fiestas de bienvenida a los virreyes, que en suma caracterizaron los esfuerzos múltiples y varios de un grupo por colocarse encima de las demás.

Un dibujo circunstancial también obtenemos de dos sectores, la calle de Dónceles y el barrio de Nuestra Señora de Monserrate. Sobre esta última un largo discurso y una encarecida petición, muestran argumentos superiores, que de la mano de quienes fueron literalmente superiores, fueron colocados en distintas partes: "El licenciado Juan de Medina Vargas, abogado de esta Real Audiencia, y letrado de pobres de la cárcel de esta ciudad de México, digo que yo tengo en esta ciudad

[49] .- Cabildo de la Ciudad de México, 23 de marzo de 1623.

unas casas en el barrio de Nuestra Señora de Monserrate, y por la calle donde está pasa un caño de agua de la de Chapultepeque, que no va a ninguna pila pública, y supuesto que el agua que va por el dicho caño es para los vecinos de dicho barrio, e yo lo soy, y nieto de pobladores antiguos de este reino, y que he servido a esta ciudad muchos años ha, así en el dicho oficio de letrado de pobres, como en todos los demás que se le ha ofrecido, así en ocasiones de residencia, como en el buen despacho y expediente de sus negocios sin premio, y he asistido como asesor en el juzgado de los corregidores y alcaldes ordinarios, y actualmente asisto como tal asesor al señor don Francisco Enríquez Dávila (corregidor en turno), como es notorio..."[50]. La descendencia que se presenta a sí misma como noble, nobleza esta que es extendida hacia las formas de diseñar, abordar, explorar y explotar la ciudad.

Y como parte integrante del grupo de notables aparece "el doctor Luis de Herrera, canónigo de la Catedral de esta ciudad, dijo que yo tengo unas casas principales de mi morada en la calle que va de la de los Dónceles a San Lázaro, las cuales por estar lejos y apartadas de la pila de agua de esta ciudad, padezco necesidad..."[51], y tengo la suficiente autoridad, para hacer una petición de tal naturaleza.

Poco a poco se comienza a dibujar una realidad que enfrenta de suyo y en forma contradictoria, las bondades narradas sobre la ciudad. Algunas interrogantes de la misma jamás tendrán respuesta, pero podemos adivinarlas con cierto grado de certidumbre. Sí, es posible inferir que el Cabildo de la Ciudad precisamente padece, entre otras muchas cosas, por dos principales: la primera de ellas es la constante y reiterada carencia de fondos, y la otra, derivada de la primera, es que lo que llaman "propios" no se caracteriza precisamente por su buen estado, tanto físico como económico. Ejemplos hemos dado ya, algunos de ellos reiterativos en distintas fechas, que en suma muestran que la ciudad padeció muchos más

[50] .- Cabildo de la Ciudad de México, 6 de marzo de 1623.
[51] .- Idem.

problemas que los derivados de las sequías o las inundaciones. De lo anterior, el 14 de julio de 1623 tenemos una muestra. "Este día la ciudad dijo que por cuanto la Audiencia ordinaria, están las paredes de la parte donde está el juzgado del señor Corregidor deterioradas y con peligro de caerse, y así mismo está con gran desadorno el portal de dicha Audiencia, y se recogen en ella los caballos, e impiden el pasaje y otras causas justas que ocurren, se acuerda que el obrero mayor de propios... haga se fortifiquen las paredes de la dicha Audiencia y de las demás, así en las salas como en tiendas que pareciere necesario, gastando por cuenta de propios lo que conviniese, y así mismo haga que en la Audiencia ordinaria se suele con tenayucas el suelo, y de pilar a pilar se haga de cal y canto un pretil de una tercia, de suerte que no puedan estar caballos, y que con la mejor disposición y ornato que pudiere, que para todo ello se le de la comisión y el gasto..."[52].

Y no muy lejos de ahí tenemos la siguiente petición de Antonio González, portero del Corregidor, quien "dijo que donde está la capilla de la ciudad, es menester un enrejado para la ventana por el aire que entra cuando están diciendo misa, o una antepuerta en la puerta donde entran en la capilla..."[53]. Para rematar algunos días después, que "este día dijo la ciudad que respecto a las casas del Cabildo y corredores, están en gran ruina, y a riesgo de caerse como se cayó la contaduría de propios, y corre riesgo en las fiestas que se han de hacer en la plaza, para lo cual conviene se remedie, acordó de que los señores justicia y diputados de propios, conforme a las condiciones que hicieron, saquen a pregón esta obra por término de cinco días, y la rematen en quien más baja hicieren..."[54]. Pero si una parte de la ciudad se encuentra configurada por las construcciones en mal estado, que más da tener memoria sobre la notificación de Agustín de Bustamante, fiel de la Romana de la carnicería mayor de esta ciudad, quien "dijo que la carnicería se está toda cayendo y muy grandes goteras y falta de canales (padece)..."[55]. Además este

---

[52] .- Cabildo de la Ciudad de México, 14 de julio de 1623.
[53] .- Cabildo de la Ciudad de México, 23 de julio de 1618.
[54] .- Cabildo de la Ciudad de México, 7 de septiembre de 1618.
[55] .- Idem.

ínclito personaje volverá a la carga sobre sus intereses manifiestos cuando, el 21 de agosto, vuelve a escribir al cabildo sobre el peligro inminente de la caída del referido establecimiento, y con cierto malestar afirma que no hay lugar donde colgar un cuarto de carne, y que ni los contadores pueden trabajar. Cosas de la calle de Ruy López de Salcedo, que seguramente en Santa Catalina y en la Santa Veracruz, lugar en donde también hubo carnicerías, pudiésemos esperar cosas o también recurrentes, o semejantes, o, iguales; o que si la carnicería mayor estaba en el estado en que se encontraba, de las otras lo mínimo que podíamos esperar es que cuando menos estuviesen informados.

En otra muestra, también no muy lejos de allí, tenemos "...que la cañería estaba maltratada y (que) se diese orden de su reparo (alhóndiga) por cuenta de quien estaba, y tercero, que una puerta que está detrás de Chapultepeque se aderezase, y cuanto, que la pila de la plaza se acabase, y quinto, que se procurase que las calles por donde entran las carretas se les señalase para que las tuviesen reparadas por su costa, y por sexto, que se reparasen las calles de empedrados..."[56].

La ciudad criolla consciente era, por sus documentos, del estado en que se encontraba, de los peligros que cotidianamente la acechaban, de su realidad que acaso no mostró un rostro tan hermosa como el que, en adelanto, nos brindó fray Juan de Torquemada.

Y brincan y siguen brincando los ejemplos. Francisco Escudero, dijo, "que atendiendo al bien público y común de ella en razón de los daños de su inundación y peligros de ella... con la vista que los señores de la Real Audiencia hicieron de ciertas acequias cuya agua decían hacía daño a esta ciudad y sus barrios ... y que no sólo se miren los medios para liberar la ciudad de todos los peligros y daños de inundarse, pero también se conserven las labores y moliendas y huertas de donde la ciudad tiene su proveimiento y bastimento, y porque son dos las causas principales en que puede recibir daño esta dicha ciudad, y tener peligro de inundarse a que se reducen todas la una en el crecimiento de las aguas de la laguna

[56] .- Cabildo de la Ciudad de México, 11 de agosto de 1623.

con ríos y vertientes que entran en ella ... con alzar y levantar las albarradas y fontesellas para el agua, no entre en la ciudad a lo menos en el tiempo de las lluvias y cuando hay peligros, y el otro el desagüe de la dicha laguna cuya obra ha tantos años que se comenzó y se va continuando con los cuales medios, y parece que se ha pretendido quitar esta primera causa"[57]. Y, la otra, "es de los arroyos y avenidas de las vertientes de los altos de Tacuba y Azcapotzalco y Tacubaya, y arroyos secos que vienen con muchas aguas en el tiempo de ellas y traen mucha arena y piedra que se azolvan y tapan los desaguadores antiguos..."[58]. Una frágil nuez fue nuestra ciudad, siempre en medio de un recurrente y consciente peligro.

El ramo de tierras del Archivo General de la Nación muestra otra dinámica, complementaria de lo que estas fuentes nos vienen brindando, centrada en un intercambio frecuente de bienes inmobiliarios, pero antes de pasar a ello, hay que buscar algunos acercamientos más en las fiestas y en las relaciones que el Cabildo de la Ciudad estableció con otros organismos asentados en el mismo espacio, en México como ciudad.

Las fiestas del Santísimo Sacramento, de San Nicolás Tolentino, de San Hipólito, de San Gregorio Taumaturgo, de Santa Teresa, entre otras, junto con la festividad de la Limpia Concepción, o las llegadas de virreyes, flotas, y la celebración de alguna otra feliz noticia, aparecieron constantemente dibujando el calendario de la vida cotidiana en la metrópoli. Así como los esfuerzos y los dineros que si bien escasos lo fueron a lo largo del siglo, según el mismo Cabildo asienta, para ciertos asuntos urbanos, el derroche, el sacrificio de obras, los prestamos forzados, parecieron dictar más la norma en cuanto de celebraciones se trató. Destacan en las actas, aquí sí, las idas y venidas del dinero, las felicitaciones que se brindan a los portaestandartes luego de una rigurosa elección para el cargo, la atención en suma que también contiene la ciudad toda por ser la digna sede, representante y

[57] .- Cabildo de la Ciudad de México, 4 de mayo de 1618.
[58] .- Idem.

ejecutante jubilosa, de las fiestas que caracterizaron una forma de ser, y un júbilo reiterativo de la religión católica.

Junto con todo lo anterior, aparecieron los adornos, las remodelaciones urgentes y necesarias, las peticiones de los conventos, los nombramientos. Frágil ciudad que espera de sus santos "patrones" una protección maciza ante las imposiciones que la realidad y la naturaleza le impone. Ciudad milagrosa que brinda la oportunidad de realizar algunas de las metas que la salvación del alma reclama, no sólo en el Cabildo, sino también, por ejemplo, en los sueños y preocupaciones de las distintas cofradías.

Parroquias, hospitales, conventos, archicofradías, cabildo catedralicio y demás se encontraban encausados hacia un fin, que para la época resultaba ya una realidad cuantificable en muchos sentidos. La pertenencia a cualquiera de estas instituciones caracterizaba parte importante del rol individual y de los entretejidos sociales que en la ciudad se desempeñaban y se recreaban, pero también aparecía algo más; dice Alicia Bazarte, por citar el caso de las cofradías, lo siguiente: "La primera cofradía de la que tenemos noticia es la de los Caballeros de la Cruz, también conocida con el nombre de la archicofradía de los Nobles con sede en la iglesia de la Santa Veracruz; fue fundada por Hernán Cortés en 1526, en acción de gracias y memoria de haber llegado al puerto de Veracruz en viernes santo; en este año se nombraron rectores y diputados y se hicieron constituciones para su mejor gobierno. Fue aprobada por fray Domingo de Betanzos."

"Así es como surge esta institución que con el paso del tiempo abarcó a todos los sectores de la sociedad, pues la población pertenecía a alguna cofradía que dio a la vida social de la ciudad de México y a la Nueva España un carácter marcadamente religioso, acentuado por la diversidad de sus fines, según su composición social, y con rasgos competitivos que influían en la vida de la cofradía misma"[59].

---

[59] .- Bazarte Martínez, Alicia, Las cofradías de españoles en la Ciudad de México (1526-1869), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1989, p. 35.

No sin razón se puede afirmar que la cofradía, como dice Asunción Lavrin, "es quizás después de la iglesia parroquial o la misión, el vehículo utilizado con mayor frecuencia por personas de todos los niveles sociales para organizarse socialmente fuera de la familia"[60]. Habrá que agregar también: en una ciudad tan pequeña, con una población no mayor a los cien mil habitantes, segregada en castas y en intereses, son la cofradía y la iglesia, entre otras, los lugares básicos en los cuales se puede conversar, se puede existir y ser feliz dentro de las mismas reglas cortesanas que la sociedad impone.

Es la religión el cemento social, son sus instituciones formidables aliados en la persecución del mismo objetivo, pero también es en suma la definición de una marcada forma de comportamiento que, en menor o mayor grado, contempló a la ciudad toda y a sus habitantes, estuviesen estos en las calles, en sus casas, enclaustradas o en las cárceles. Horarios, normas de conducta, matrimonios, entierros, días de descanso o de júbilo, toque de campanas, todo, prácticamente todo, se encontraba regulado por las creencias, sus mitos y sus creaciones. ¿Por qué el diseño mismo habría de escapar a estas cosas?

En reciente artículo, la doctora Rosalva Loreto López afirma con razón que algunas de las actividades del convento como lo fueron leer y contar, estuvieron definidas por las imposiciones propias de la cultura religiosa dominante, cosa que no es de extrañar y habría que agregar: extraño sería que precisamente no fuese en estos importantes centros de difusión religiosa en donde no se respetara precisamente este complicado sistema de conductas y normas que el cristianismo demanda y que se desenvuelve culturalmente. "Escuchar leer y comer al mismo tiempo fueron actividades que estuvieron contextualizadas por ritos y simbolismos. En torno a la mesa central, el lugar central lo ocupaba la priora,

[60] .- Lavrin, Asunción, "La congregación de san Pedro: una cofradía urbana del México Colonial 1604-1730", citada por Bazarte Martínez, Alicia, op. cit. p. 35.

mientras en el púlpito estaba la "lectora de mesa" o hebdómada"[61]. Todo ello gobernado también por las solemnidades cristianas como son las fiestas y los ayunos. Ahora, podemos derivar que si en el convento ello debería de ocurrir, por razones que les son propias e inherentes, por qué no debería de haber una extrapolación de este tipo de comportamientos en el siglo XVII hacia los habitantes de la misma ciudad. Una monja tenía familia, tenía lazos sociales, podía establecer vínculos con las principales autoridades del virreinato, ya el arzobispo o el mismo virrey. Sea como ejemplo; aunque Sor Juana Inés haya adquirido en su tiempo y en el nuestro, dichos y relatos que la acercan a un arquetipo mítico, muchas de las relaciones que estableció correspondieron directamente al marco que el mismo virreinato le impuso. Hija de la iglesia, criolla, notable escritora, monja, pudo establecer, a pesar del encierro, relaciones trascendentes con virreyes, arzobispos y sabios letrados. Mucha de su vida se encontró marcada por los lazos sociales que estableció, desde su ingreso al convento, hasta su renuncia a las letras. Una institución la albergaba, una función social la caracterizaba. De lo que podemos desprender, y lo dejamos meramente como hipótesis, o como conclusión un tanto adelantada, que necesita aún de más elementos para sustentarse: pero es quizá la ciudad la que en sus ritos, creencias y costumbres, perfiladas físicamente en conventos, hospitales e iglesias, la que contribuyó con fuerza equiparable a la de los frailes del siglo XVI, a consolidar el proceso de evangelización en el virreinato, labor que a ciento cincuenta años de realizada la conquista, marcó diferencias tajantes y claras entre los descendientes de quienes habitaban el territorio del que ahora nos ocupamos, los indígenas, así como de quienes, emparentados o no con los conquistadores, fueron considerados en un primer momento como extraños, y los cuales lentamente comenzaron a construir una identidad que los diferenciara de los indígenas cotidianos, pero también de quienes en su función como

[61] .- Rosalva Loreto López, "Leer, contar, cantar y escribir. Un acercamiento a las prácticas de la lectura conventual. Puebla de los Ángeles, México, siglos XVII y XVIII" en: Estudios de historia novohispana, número 23, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, p. 75 y ss.

principales novohispanos, venidos de España asumían posiciones que los equiparaban con Hernán Cortés, pero sin los méritos enormes que como soldado y como fundador de un nuevo territorio por evangelizar, tuvo este personaje.

Si ello fue así, si fue una ciudad tan religiosa, tan difusora en sus actos y acciones de la fe católica, no es de extrañar en consecuencia que aparezcan las siguientes noticias y rigurosas invitaciones. "El convento de Nuestra Señora del Carmen de esta ciudad dice que vuesa señoría por la devoción que tiene a Santa Teresa de Jesús, y voto que tiene hecho de celebrar su fiesta en cada un año, se acerca ahora la de este, que es el jueves próximo que viene, y porque el principal gasto y alegría que aquel convento tiene es hallarse vuesa señoría en dicha fiesta, pide y suplica a vuesa señoría se sirva de hallarse en la misa y oficio solemne el dicho día, y que se les haga merced de la limosna acostumbrada de cera para la celebración de ella..."[62]

Para la importancia de este escenario que fue nuestra ciudad, para lo ceremoniosos que fueron nuestros alguna vez vecinos, no podían faltar en ocasiones tan propicias, los arreglos sujetos al tipo de festividades que la misma ocasión proponía; en julio de 1618 tenemos el siguiente referente: "La ciudad de conformidad acordó que por el mes de diciembre de este año se hagan fiestas a honor y reverencia de la festividad de la Limpia Concepción de Nuestra Señora, que es a ocho del dicho mes, y que estas sean corriendo a tres días, y el primero de ellos haya un juego de cañas de libreas, y llegándose a señalar el número de las cuadrillas se voto. El señor alguacil mayor dijo que el número de las cuadrillas sea de diez porque este número ha habido siempre, en las que han jugado en la plaza, excepto de cinco años a esta parte que, por algunas causas, se limitó al número de ocho y que ahora hay bastantes caballeros en el cabildo de que puedan llenarse el número de diez, porque no siendo de esta cantidad el juego de cañas es muy deslucido, y ocasionando a que por la adaptación del ejercicio vengan a atropellarse en el mismo juego, y a correr otros riesgos que puedan resultar y merecerse, de que tan aceleradamente se corra, y que así, en el número de las

[62] .- Cabildo de la Ciudad de México, 2 de octubre de 1623.

cuadrillas, como en la forma en que se ha de repartir, pide se guarde el auto de esta Real Audiencia, pronunciado en once del mes de noviembre de seiscientos tres, y que hoy se ha leído"[63].

Aunque la fiesta se celebra el 18 y 19 de enero, faltan al momento aún seis meses, pero los preparativos ya están en marcha, casi como si fuera fiesta de quince años, o como en el presente, eco del pasado, la provocada por la celebración de algún santo patrón de una pequeña localidad provinciana. Luis González Obregón e Irving Leonard, quienes nos ha socorrido ya a lo largo de este escrito, refieren con especial atención las anécdotas propias de algunas de estas festividades, las cuales Leonard caracteriza por los siguientes influjos: "La alegría natural y el gusto por la ostentación fueron características comunes, tanto de conquistadores como de conquistados y esta similitud permitió que la participación mutua en las diversiones fuese rasgo frecuente de la vida en la comunidad"[64], que de las más populares fue la máscara o mascarada. "Consistía ésta, esencialmente, en un desfile de personas disfrazadas con diversas indumentarias, y que, llevando máscaras peculiares, desfilaban por las calles de día o de noche, a pie o montadas en caballos y otros animales"[65]. De conquistadores y conquistados, de quienes por un momento encontraban un punto de coincidencia simbólico y cuya materialización se dio en un espacio común, a saber la ciudad.

Variantes habría de ello a partir de las cenizas en que se estuviese construyendo el espacio colonial. No fue lo mismo este fenómeno en el centro que en el norte del virreinato, no fue lo mismo el recuerdo invocado de los mexicas que el de los tarascos. Pautas varias diferenciaron las muchas regiones que conformaron al virreinato.

Gregorio Martín de Guijo en su diario nos dejó una escena sobradamente viva de la fiesta a la que se hace referencia en el Cabildo. Aunque Guijo testificó la del año de 1653, y la citada que preocupó al Cabildo fue la de 1619, podríamos adelantar

---

[63] .- Cabildo de la Ciudad de México, 20 de julio de 1618.
[64] .- Leonard, Irving, La época barroca en el México colonial, op. cit. p. 175.
[65] Ibidem., p. 177.

una suerte paralelismos varios: actores, adornos, cofradías, congregaciones y aglomeraciones por la ocasión: la ciudad toda en las calles y en los puntos simbólicos más importantes durante el paso de la procesión, a imitación de lo que ocurría en los reinos de Castilla y seguramente en muchas otras partes, "y para que fuese al presente con toda solemnidad echaron suertes a qué religión le encomendaría el acto, misa y sermón del día, y salió por suerte al orden del Sr. San Francisco, y para que predicase el padre lector fray Alonso Bravo de dicha orden, y les dieron noticia con toda majestad y júbilo, y facultad para que dispusiesen la procesión y fiesta como les pareciese, y eligieron el día 18 de enero, sábado, para su víspera y 19 de él para su celebración; colgaron los vecinos todas las calles, desde la iglesia de San Francisco hasta las casas del Marqués, con ricas y costosas colgaduras sin dejar blanco en las paredes, y especial la platería se esmeró poniendo en el medio de su calle un altar e forma de castillo costosísimamente adornado de cuatro rostros, y por remate a San Eligio, y pedestal entre cuatro claros pusieron el bulto de nuestra Señora de la Concepción de plata; estuvo este adorno puesto desde el sábado al amanecer hasta el domingo a las oraciones, y se prohibió entrar por dicha calle carrozas y caballos, con todo rigor. Salió la procesión del convento de San Francisco a las cuatro horas de la tarde del sábado, y se compuso de toda la orden tercera y por remate de ella el Seráfico Padre en hombros de terceros de hábito exterior, costosísimamente adornado de grandes y ricas joyas que a costa de dicha orden se aliñó: luego se seguía la orden de San Francisco y San Diego, en que serían más de trescientos religiosos, y los graves de ella con sobrepellices, y en lo último interpolada la Universidad con sus capirotes y borlas y con luces en las manos, terceros, religiosos y doctores, y remataba la procesión con el provincial actual y el pretérito de San Francisco, y en medio de ellos fray Juan de Irolo, rector de dicha Universidad; salió de la catedral el cabildo eclesiástico y toda la clerecía y estandartes de las cofradías con sobrepellices, y llegó al altar de los plateros, donde recibieron la procesión y el bulto del sutil Escoto, en hombros de coristas con sobrepelliz costosísimamente adornados de

grandes joyas, ya nuestra Señora de la Concepción que aderezaron los sacristantes de San Francisco; recibiéndola en hombros el cabildo y doctores con mucha música, y en medio del deán y provisor pusieron al comisario general en San Francisco; luego se seguía el virrey, visitador y audiencia, ciudad y tribunales; entraron en la catedral, donde se le dijo la salve con toda solemnidad, y de allí prosiguieron a la Universidad, y el cabildo entregó la imagen y se quedó en el cementerio de su iglesia"[66]. La fiesta que anunciaba también la cotidianidad de la vida urbana, que si bien regida por el toque de campanas, encontraba en estos paralelismos mucho del orden en que se encontraba ordenada, orden que estalla como señala Pilara Gonzalbo, a finales del siglo XVIII.

Giovanni Francesco Gemelli Careri en su Viaje a la Nueva España[67] abundará sobre estas cosas, pero antes de darle cabida, veamos algunas otras referencias que el Cabildo de la ciudad brinda sobre las fiestas de la ciudad, en especial para la de San Hipólito. El 9 de febrero de 1618 el Cabildo se encuentra discutiendo anticipadamente -como es su costumbre- sobre el compromiso que tiene al ser la institución encargada de organizar la fiesta de San Hipólito. Fiesta importante como se ha referido, fiesta que dignificaba en mucho a quien portaba el Estandarte, replica u original del que portó en 1521 el ejército de Hernán Cortés. Quitar dinero de aquí y allá y enfocarlo todo según los intereses más inmediatos que las fiestas demandaron, fue una manera común de administrar los dineros a cargo del Cabildo. Que a nadie llame a extrañamiento si "piden los tres mil pesos que esta ciudad pidió prestados por el año de seiscientos y trece para el regocijo que se ofreció de la festividad de San Hipólito, acordó, habiendo conferido la imposibilidad que hoy tienen los propios, para volver a la dicha alcabala los dichos

[66] .- de Guijo, Gregorio Martín, Diario 1648-1664, dos tomos, edición y prólogo de Manuel Romero de Terreros, México, Editorial Porrúa, colección de Escritores Mexicanos, 1986. Tomo I, pp. 206, 207 y 208.
[67] .- Gemelli Careri, Giovanni Francesco, Viaje a la Nueva España, Estudio preliminar, traducción y notas de Francisca Perujo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, colección Nueva Biblioteca Mexicana, número 29, 1976.

pesos de donde se tomaron..."[68]. Y si de disposiciones indebidas hay noticias, también existieron las que preocupadas demandaron prontas acciones a la Ciudad; el 5 de abril de 1618 "el señor Alonso Sánchez Montemolín, depositario general dijo que este año sacó el estandarte el día de San Hipólito, y que el tiempo está delante, y es necesario ir disponiendo las cosas necesarias"[69].

Luego de estas referencias, da la impresión de que, independientemente de las responsabilidades propias de la Ciudad, acaso la costumbre, acaso los elementos de cohesión grupal, acaso la necesaria construcción de una personalidad que a falta de otro nombre hemos denominado "criolla", todo ello en suma es lo que explica parcialmente las formas de obrar y de hacer de esta corporación.

De las "cosas necesarias" que se señalaron, hubo una principal que se encontraba también como demandante de atención, la fiesta del Santísimo Sacramento, con fecha de celebración el 14 de junio, o que para el año de 1655, por ejemplo, como anota Guijo, fue fiesta continua a lo largo del año. Tres semanas después, el 24 de abril de 1618, quedó asentada la formación de una "comisión en forma para que ordenen las comedias, danzas y lo demás muy lucidamente, procurando que el precio sea el menos que se pudiere, por el empeño en que están los propios, y el dicho gasto sea de los propios de esta ciudad... y la primera comedia del día del Santísimo Sacramento, la represente la compañía de Gonzalo de Riancho, y la octava la haga la de Juan de Ortiz..."[70]. Bueno y barato, cosas de gastos y de fiestas inminentes, de derroches y economías forzadas en otros ámbitos, pero todo ello en medio de la fiesta barroca que abarcó a todo el siglo XVII. Que sea nada más la siguiente noticia un simple referente de los derroches que para la ocasión, ascendieron a 2800 pesos, cantidad de consideración, autorizados en 1623 para la fiesta del Santísimo Sacramento y de la que dan testimonio Fernando de Angulo Reinoso, regidor de la ciudad y Fernando Carrillo, escribano mayor de la misma, quienes "atentos a que esta solemnidad está a cargo de esta ciudad y que ha

[68] .- Cabildo de la Ciudad de México, 9 de febrero de 1618.
[69] .- Cabildo de la Ciudad de México, 5 de abril de 1618.
[70] .- Cabildo de la Ciudad de México, 24 de abril de 1618.

decaído el lucimiento y ornato a causa de ello ...esta dispuesto se haga el día principal una comida en la parte ordinaria, y el viernes en la iglesia un coloquio, y el domingo intermedio en la calle otra, y el martes otra, y el jueves de la octava otra comida, que son cinco, y que por ellas con vestiduras lo tienen concertado en 1350 pesos, y cuatro danzas en 560 pesos ...(rematando que) no es justo que haya cortedad estando al cuidado de esta ciudad"[71].

Y no, no hubo cortedad. El 9 de agosto de 1623, a pesar de las penurias mostradas en 1618, y queriendo que estas sean olvidadas cinco años después, a cuatro días de la fiesta de San Hipólito encontramos la humilde y correspondiente invitación al virrey, él mismo actor y escenario de la próxima festividad. En una forma de cortesía no menos notable de las que en su momento ha recibido la Ciudad, se nos muestra una más de las muchas formas que caracterizaron a las normas de este siglo. "El señor don Andrés de Balmaceda, alférez de este año, dijo que habiendo besado la mano a su excelencia, y suplicándole en el nombre de la ciudad se hallase el día y víspera de San Hipólito, a que acudió con liberal mano, mostrándose muy grato a esta ciudad, y que deseaba su excelencia que todas las casas de su cuidado de la ciudad, estuviesen con el ornato, decencia y autoridad que era justo, y que el año pasado había estado corto, que se hiciese como era razón, y que se diese recaudo de parte de su excelencia, el provisor y conventos, y que se pusiese luminarias generales en la ciudad, y colgasen las calles por donde pasase, todo lo cual el señor corregidor lo ha dispuesto y ordenado, y que respecto de que esta ciudad tiene limitado el gasto del día de San Hipólito a solo mil pesos, con los cuales no es posible cumplirse las cosas que son precisas a la dicha festividad, por entrar en ellos la limosna que se da a los hermanos y al cabildo eclesiástico, y que se añade ahora sea necesario poner una vela en el patio de San Hipólito para defensa del sol, y otras cosas precisas de juegos y salteas..."[72]. Casi como si fuera costumbre o parte del ritual, todos los años se dio la misma cantaleta:

---

[71] .- Cabildo de la Ciudad de México, 19 de mayo de 1623.
[72] .- Cabildo de la Ciudad de México, 9 de agosto de 1623.

falta dinero para la celebración. Pero a pesar de la cortedad, fue común que se sacrificaran algunos rubros en el nombre de la fiesta. Motivos grandes debió haber habido para proceder en esa dirección.

En 1697, el viajero Gemelli Careri, luego de seis meses de vivir en la sede del virreinato de la que ha dicho algunas cosas principales, y luego de haberse desencantado poderosamente del puerto de Acapulco, quién lo diría actualmente, dice que "México es una pequeña ciudad de seis millas de circunferencia, angosto espacio para tantas iglesias que hacen escaso el número de habitaciones"[73], y de señalar el marcado gusto por el teatro, las fiestas, los pleitos y los toros, deja una descripción curiosa y notable de la celebración de San Hipólito, tan anticipadamente preparada por la Ciudad, y felizmente disfrutada por sus vecinos, ignorantes en su mayoría de los sacrificios económicos que implicaba. "El lunes 12 de agosto se celebró en el convento de Santa Clara la fiesta de esta santa, con buena música. Después de la víspera siguió la solemnidad del Pendón, que es la mayor que se hace en México, en memoria de la conquista de la ciudad, y se continúa el día de San Hipólito. Reunidos todos los regidores, alcaldes ordinarios, el corregidor y otros caballeros invitados por el ayuntamiento, tomaron el Pendón o estandarte con el cual Cortés conquistó a México, y fueron al palacio del virrey, en donde encontraron a todos los ministros. Allí comenzó el acompañamiento de esta manera: precedían cuatro atabaleros sobre dos asnos (animal muy apreciado en América), luego seguían tres trompetas, doce alguaciles a caballo y los dos maceros del ayuntamiento; después los caballeros, regidores, alcaldes y el corregidor; y, por último, los tribunales de cuentas, del crimen y de la real sala, entre los cuales iba el Pendón, llevado por un regidor. En total eran cerca de cien malamente montados. Disgustó a todos que el virrey no quisiera participar, contra las órdenes del Rey, el cual con particular cédula ordena que monte acaballo y acompañe el estandarte colocándose a la izquierda; de modo que la falta se considera digna de imputación. Se dijo que el señor virrey se había abstenido por

[73] .- Gemelli Careri, op. cit. p. 23.

temor, habiendo caído del caballo en su primera entrada; pero quizá le era duro el recuerdo de la conquista. Habiendo dejado el estandarte en la iglesia de San Hipólito, volvieron todos en el mismo orden a palacio"[74]. La fiesta ha concluido, la remembranza, la invocación del mito nuevamente se ha celebrado.

En sesión de Cabildo, el 17 de agosto de 1618, se llevó a cabo un pequeño balance de la fiesta de San Hipólito y se comenzaron a tomar las medidas pertinentes para las celebraciones correspondientes a San Nicolás Tolentino, por un lado, uno de los patrones con los que contó la ciudad, y por el otro, la de la Limpia Concepción de Nuestra Señora, de la que de alguna forma ya hemos sido testigos. En el acta correspondiente, se muestran algunas de las aventuras que se encuentran en proceso de preparación para una parte considerable de los habitantes de la ciudad, y de las que podemos suponer fueron narradas y narradas, como acontecimientos de consideración, en días posteriores, constituyendo mucho de la memoria viva de los habitantes de la misma. Frases como "te acuerdas de hace un año", o "en mis tiempos", "qué bonita estuvo en esta ocasión", debieron haber sido mucho muy recurrentes. No sin razón, y perfectamente ajustado a la época y a sus circunstancias, viene un auto de Sor Juana Inés, de nombre "Loa a los años del Revmo. P. Maestro fray Diego Velásquez de la Cadena", representada en el Colegio de San Pablo, en donde se dice "Vivid, más que en la extensión, / en la intensión: porque sean, / las que en todos, temporales, / en vos, edades eternas".

Una vivencia envidiable -que digan si no los vecinos poblanos-, una lectura de la historia, un despertar de simpatías hacia las instituciones y sus actores, patrocinadores más inmediatos de estas celebraciones, pero también un privilegio, en suma, del que pueden gozar quienes viven en la otrora ciudad del Demonio. La fiesta y la celebración, la ciudad y su condición como nueva capital, han contribuido con creces a que se den pasos certeros en la "civilidad": agregando simbolismos, despertando tradiciones, creando una serie de vivencias en lugares que por ser peculiares escenarios, adquirieron particular y peculiar simpatía. "Y

[74] .- Ibidem., pp. 123 y 124.

habiendo corrido las dichas ocho cuadrillas cruzando por la plaza, entrando por donde es costumbre, y luego la quinta de carrera de cada cuadrilla, juntaba correr desde los tablados de la iglesia mayor, a los corredores de Cabildo, y acabadas las entradas, ha de tomar el puesto de la iglesia mayor el señor alférez"[75]. Ni la plaza central, ni el edificio del Cabildo, ni la catedral, ni la ciudad misma volvieron a ser los mismos luego de estas festividades, celebradas con puntualidad año con año.

Se agrega en el mismo día, el 17 de agosto, la preocupación y la toma de medidas pertinentes para un festival, que por desgracia se ha perdido para quienes gustan de las celebraciones taurinas, muy populares en aquellos días. Se ordenó "que el señor alférez haga que el obligado compre cien toros de la parte que le señalare para lidiarlos en la plaza los días que se hicieren la fiesta, ... y que el mayordomo, con orden del señor alférez, prevenga las garrochas y varas que fueren necesarias, y el señor alférez las haga enviar a los cuadrilleros, ... y que el señor obrero mayor haga aderezar y componer la plaza para que se pueda correr bien en ella, ... y que el señor alférez convide a su excelencia señor virrey, Real Audiencia y Arzobispo, para que asistan a las fiestas, y a los señores marqués del Valle, conde de Santiago y marqués de Villena"[76]. Gastos y gastos, celebraciones e invitaciones. Vamos, son únicamente cien toros. Las jerarquía más altas del virreinato, la muestra de la ciudad México como la ciudad más importante que existe en América, podía y tenía la obligación de proveer con creces los fondos para los gastos en estas cosas.

Dos aspectos cuestionaron con creces la celebración de estas amenas fiestas y el correspondiente giro oportuno de decisiones, como ha quedado plasmado. Por un lado, y es fácil adivinarlo, un cabildo en quiebra casi de forma perenne, enfrentaba el problema de cómo obtener recursos para hacer frente a los gastos que las festividades representaban, casi de continuo a lo largo del siglo, y por el otro, motivo de cosas que habrá que hacer e indagar en lo futuro, una competencia que también cargada de simbolismos, se estableció con particular fuerza entre los

[75] .- Cabildo de la Ciudad de México, 17 de agosto de 1618.
[76] .- Idem.

miembros de la misma oligarquía, pero cuyo lugar de residencia era la ciudad de Puebla. A los decires de Miguel Sánchez, aquel poblano miembro de la Compañía de Jesús patrocinador de la Virgen de Guadalupe, se complementaron otros, populares en aquella ciudad, pero que muestran de suyo una rivalidad entre los dos asentamientos por el fervor divino. De esta última se decía: "Si la Angélica ciudad/ Del cielo mide tu celo,/ Te constituye de cielo/ Para mayor dignidad/ No tuvieron igualdad/ Tus principios soberanos/ Que admiran por ciudadanos,/ Cuando el cielo se despuebla, / Los Ángeles en la Puebla/ y en la gloria cortesanos"[77].

En el mismo tenor que fray Juan de Torquemada, la explicación de la sólida vocación por lo admirable presumimos, ante los deformantes caprichos de la realidad, pero también un orgullo y un aire de nobleza que, originado en las cortes se proyectó con fuerza hacia los vecinos todos. De la catedral poblana, por ejemplo, dirá Zerón Zapata, que "lo formal del templo en su arquitectura, columnas, basas, capiteles, cornisas, frisos, estribos exteriores, arbotantes y guarniciones es de piedra de cantería y lo restante de sus muros de piedra mollar; todo tan del intento que nada desdice a lo que pide lo majestuoso, pomposo y grave. Tiene 109 ventanas y claraboyas que a todas luces la hermosea y engrandece"[78]. (78) De Puebla afirmarán que es la imagen de la Santísima Concepción de la Catedral la que cumple las necesidades que la ciudad demanda, equivalentes de la protección que ofrece la Santísima Señora de los Remedios, en la primera mitad del siglo, complementada por la Soberana imagen de Guadalupe, posteriormente.

Una competencia dual por una única santidad, quizá remembranza o variante de las "guerras santas", y casi como conclusión, una rivalidad disfrazada que cimentó, junto con otras tantas variables, que a la larga el derroche y el lujo, la inversión en fiestas y en celebraciones, fuera algo común, antes que la inversión en cosas más inmediatas. Elementos dentro de las discusiones que en el Cabildo existen así lo

[77] .- Zerón Zapata, Miguel, y Fernández de Santa Cruz, Manuel, La Puebla de los Ángeles en el siglo XVII, crónica de la Puebla, prólogo del P. Mariano Cuevas, SJ, México, Editorial Patria SA, 1945. p. 27.
[78] .- Ibidem., p. 55.

muestran, urgencia de competencia o de agregación de elementos para la salvación del alma humana, también lo justificarían. Difícilmente todo ello podría ser entendido bajo otra circunstancias que no fueran las de la época barroca.

De los preparativos para las fiestas, dirá el Cabildo de la Ciudad de México, a veces como disculpa, pero más bien como explicación de las formas en que se actúa, que "por cuanto los propios de esta ciudad están necesitados, y no puede sacar de ellos como quisiere lo que es menester para el gasto de estas fiestas, y para hacerlas muy lucidas y cumplidas, ...y serle fuerza haberlo de tomar de otra cosa por esta causa..."[79]. El álgido problema fue resuelto un día después, del que también seguramente se determinaron las bases para adquirir una nueva responsabilidad, cuya muestra más inmediata fue motivo para organizar y celebrar otra fiesta. El 21 de agosto de 1618, la ciudad acordó que el mayordomo de propios cumpliera las libranzas necesarias a fin de hacer frente a la celebración del Glorioso San Nicolás Tolentino, quedando para el 24 de septiembre de 1618 el nombramiento del comisario para la fiesta de San Gregorio Taumaturgo, patrón de la ciudad, fiesta por celebrarse en la Catedral. Ese mismo día además, la Ciudad adquirió el compromiso de tomar por patrona de la Ciudad a Santa Teresa de Jesús.

La opulencia y la imagen, el discurso todo, manifiesto en lenguajes y formas, llenó estas demostraciones donde el diseño fue considerado una parte más de la continuidad histórica y del cemento social de una "sociedad ordenada", por utilizar la descripción que hace Pilar Gonzalbo. El compromiso de competencia con la ciudad de Puebla quizá explique parcialmente este inmenso derroche en fiestas y cuadrillas a pesar del estado de quiebra que el Cabildo observa en materia de propios. Su rivalidad, sumada a la búsqueda en el espacio físico de su propia identidad como grupo y como oligarquía, fueron sin duda algunas de las razones más básicas para elaborar un discurso y una manera de obrar peculiares. Si la ciudad se cae, se inunda, se muere de hambre, o todo ello junto en un único día,

[79] .- Cabildo de la Ciudad de México, 17 de agosto de 1618.

quizá no importe, a menos de que ello sea inmediato y definitivo, fuente de rebeliones, como ocurrió en 1624 y en 1692. Los intereses y razones para actuar se encontraban en otras partes, estas que en las fiestas adquirieron una forma más inmediata de manifestarse; si ello no fue así, ¿acaso habría otra razón para destacar su importancia y su jerarquía dentro de las respectivas estructuras de gastos? Casi en forma irracional, tal vez a nuestros ojos, de primera importancia y central para quienes conformaron un momento en la vida de la ciudad.

Ello explica parcialmente el comportamiento de la oligarquía. En un ejemplo que dejó el viajero Gemelli Careri en su visita a la ciudad de México, nos muestra también parte del hacer y pensar de los miembros del Cabildo, de los habitantes más principales de la ciudad y de una mentalidad que irradió esferas varias de la sociedad en su conjunto. "Don Marcos de Guevara hizo los caños o acueductos de México, por espacio de una legua, con grandísimo gasto por los muchos arcos que fue preciso hacer. Para recompensarlo por ello, recibió el oficio de alguacil mayor y un lugar en el cabildo para todos sus sucesores. Omito infinitos ejemplos por no alargarme; y me bastará sólo decir que cuanto de magnífico y de grandioso se ve en las construcciones de las Indias (que cuestan cuatro veces más que en Europa), es todo obra de europeos y de españoles que allí han sabido salir de la miseria con su habilidad e industria"[80].

Las fiestas y las ceremonias, fueron dos de las manifestaciones cortesanas más principales que el siglo conoció, y de las que en mucho la ciudad tomó parte de su vitalidad, de sus preocupaciones, noticias, alegrías y penas. La ausencia de alguno de sus principales era tomada con enojo comprensible por los otros, y con profunda preocupación por parte de quien se ausentaba.

En septiembre de 1623, Fernando Carrillo con el cargo de escribano de la ciudad da a conocer al Cabildo en pleno una circular remitida por el virrey a las distintas corporaciones de notables que en la ciudad de México tenían su asiento. Temprano, "hoy a las seis de la mañana le envió a llamar su excelencia y que por

[80] .- Gemelli Careri, op. cit. p. 111.

persona de su secretario Alonso López Romero le dijo, dijese a esta ciudad, como su excelencia, hallándose falto de salud, y acrecentándosele con la nueva de la muerte de la señora Condesa de Priego, se había retirado al bosque de Chapultepec ..."[81]. Notificación curiosa, quizá innecesaria para el gobierno del virreinato, pero central cuando, si hacemos referencia a los vínculos que el Cabildo estableció con otras instituciones -en las actas mucho de lo que encontramos son invitaciones, peticiones de préstamos, acuerdos e intercambios de intereses- ya con las órdenes religiosas, ya con los conventos, ya con el virrey y con el Rey mismo: la simple ausencia, sin la previa justificación, hubiese podido ser interpretada como un desaire, una falta de consideración impensable, una enorme descortesía, un rompimiento entre las esferas de poder más elevadas, precisamente en un siglo en que un espacio central será ocupado por las noticias hoy llamadas de "sociales".

En octubre de 1623 el Cabildo de la Ciudad recibió una amable visita, tan amable e importante asunto traía a colación, que dejó pronta memoria en la correspondiente acta. Pedro de Zapata, "canónigo de esta catedral y Bernardino Ordóñez, en nombre del arzobispo, deán y cabildo, de esta Santa Iglesia, cumpliendo con la obligación que tienen, han determinado de hacer en la dicha catedral un novenario de misas contadas por (el fallecimiento) de la excelentísima señora Condesa de Priego, y al fin de las honras, que será el día de San Lucas, en las cuales se hallan los señores de la Real Audiencia, que pedían y suplicaban en su nombre a esta Ciudad se hallasen presentes y asistiesen a ellas"[82]. Así, como en su momento celebraron el natalicio de la hija de la marquesa de Guadalcázar, toca ahora hacer compañía a las autoridades del virreinato, de las que forman parte, de este acto luctuoso, de acompañar al virrey.

Años después, Gregorio M. De Guijo nos ofrece una referencia a las honras fúnebres del doctor don Marcelo López de Ascona, arzobispo de la ciudad de México, ocurrido ello el 10 de noviembre de 1653. Luego de cinco días es enterrado

[81] .- Cabildo de la Ciudad de México, 18 de septiembre de 1623.
[82] .- Cabildo de la Ciudad de México, 9 de octubre de 1623.

en la Catedral, en medio del conglomerado de las principales autoridades del virreinato. La ceremonia fúnebre, seguramente fue reflejo de la que en su momento fue participe la Condesa de Priego, y muestra también lo estrecho por un lado, y lo delicado por el otro, de las relaciones sociales establecidas en el virreinato. Curiosa actuación de una sociedad en que la muerte, no obstante que era un acto común, reservaba algunas de sus mejores escenas para tal fin. Cualquier falta, cualquier ausencia, rompían un estrecho y delicado protocolo, base sólida de la sociedad, rigurosa forma de inclusión y segregación que se establecía entre grupos.

"El viernes 15 de dicho mes de noviembre, se hizo el entierro del señor arzobispo a las cuatro horas de la tarde: los días anteriores le dijeron las religiosas su misa y vigilia, asistieron al entierro todas ellas debajo de sus cruces, preste y diáconos, y le llevaron en hombros a trechos, y la congregación de San Pedro le metió en la catedral; asistió el virrey, audiencia y tribunales, ciudad y real universidad y consulado, y se le dio sepulcro en el lado del Evangelio del altar mayor de dicha catedral que hoy sirve: acabose a las siete de la noche; luego el sábado siguiente se le dijo por el cabildo una misa muy solemne, a que asistió el virrey, audiencia y tribunales con que se acabaron sus honras: enterróle el deán don Alonso de Cuevas Dávalos, y el cantó la misa de honras, y luego este día entraron en cabildo a proveer lo siguiente..."[83]. La ciudad toda, su noble y digna de memoria jerarquía, en un acto del que no podían estar ausentes, entristecida, se congregó en la catedral, lugar definitivo de muchas honras.

No sin la razón que le caracteriza, Norbert Elias menciona que "La sociedad cortesana no es un fenómeno que exista fuera de los individuos que la forman; los individuos que la constituyen, ya reyes, ya ayudas de cámara, no existen fuera de la sociedad que integran unos con otros. El concepto de "configuración" sirve para expresar esta situación. El uso lingüístico dificulta el hablar de individuos que conjuntamente forman sociedades, o de sociedades que están constituidas por individuos, a pesar de que esto es precisamente lo que uno puede, en efecto,

[83] .- de Guijo, Gregorio Martín, op. cit. Tomo Uno, pp. 238 y 239.

observar. Si uno utiliza palabras menos cargadas de connotaciones, resulta más factible poder expresar clara y distintamente lo que en verdad puede observarse. Concretamente, tal es el caso al hablar de que hombres individuales constituyen conjuntamente configuraciones de diverso tipo, o de que las sociedades no son más que configuraciones de diverso tipo, o de que las sociedades no son más que configuraciones de hombres interdependientes. Hoy día, se usa reiteradamente, en este contexto, el concepto de "sistema". Pero, en tanto no se piense en los sistemas sociales como sistemas de hombres, sigue uno sin pisar tierra al usar este concepto"[84]. Para agregar que "todos los cortesanos, dependían más o menos del rey en persona. Así pues, un matiz mínimo de la conducta del rey respecto a ellos, les importaba, pues era el indicador visible de su relación con el rey y de su posición dentro de la sociedad cortesana. Pero esta situación de dependencia actuaba asimismo, a través de muchas mediaciones, sobre la conducta de los cortesanos entre sí".

"Su jerarquía dentro de la sociedad cortesana estaba determinada, sin ninguna duda, primeramente por el rango de su casa, por su título oficial. Pero al mismo tiempo se producía una jerarquía efectiva en la sociedad cortesana, muy diferenciada, todavía no institucionalmente sancionada y rápidamente cambiante, que influía y modificaba aquella jerarquía y que estaba determinada por el favor del rey que un hombre tenía, por su poder e importancia dentro del sistema de tensiones cortesanas. ... La posición que, en cada caso, ocupaba un hombre en la jerarquía cortesana, era, por tanto, sumamente lábil. El prestigio actual que alguno había adquirido lo impulsaba inmediatamente al deseo de elevar su rango oficial"[85]. La vigilancia de todos entre todos, el cumplimiento de las normas de las cuales ni el mismo virrey podía escapar, prueba de ello es el aviso que ofrece como explicación para poder ir unos días a Chapultepec, configuraron muchos de los comportamientos, acciones, diseños que se presentaron en el virreinato. Una casa,

---

[84] .- Elias, Norbert, La sociedad cortesana, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1993, p. 31.
[85] .- Ibidem., pp. 122 y 123.

una puerta, un carruaje llevaron implícitamente una carga significativa más poderosa que la mostrada por el uso mismo para el que se encontraron destinados y de los cuales podemos obtener diversos y numerosos ejemplos.

Elias pone especial atención en un debate en el cual aparece la postura historiográfica de su tiempo, los primeros treinta años del siglo XX, en entre dicho. No puede ser la historia -anota- un conjunto de amontonamiento de acciones particulares de hombres, ejecutadas por seres únicos e irrepetibles, que no establecen vínculos sociales, desde el rey hasta el lacayo, entre sí. Si no más bien es precisamente por la construcción de este conjunto de interrelaciones, las que en lo más inmediato y cotidiano, se encuentran constituyendo la médula misma de lo que es la sociedad, y que en el tiempo se convertirán en historia. Así, el énfasis esta colocado en que, independientemente del rol que los individuos ocupen en el entretejido social en que se desenvuelva su vida, desde la reina hasta la última de sus doncellas, siempre se encontrará su período caracterizado por las relaciones sociales que como individuos, junto con sus roles, y sus formas peculiares de organización, establecen socialmente.

Con la percepción propia de los miembros del Cabildo, y que hemos visto es amplia y se extiende a lo largo del siglo XVII, sería imposible explicar cómo podían dejar de asistir a invitaciones tan altas y honrosas como las que en su momento recibieron, y cómo podían faltar a rendir los honores y el pésame correspondiente al virrey y al cabildo catedralicio. Su ausencia y la explicación de la misma, representaría un problema de suyo contradictorio con las normas de su tiempo, sacrificio que ni por su condición como integrantes de la principal oligarquía, ni por sus normas sociales establecidas, podían tener. Su presencia, urgente y necesaria, los hace ser un eslabón más de la cadena social por ellos formada y a la que Elias ofrece principal importancia. Es el virrey, el cabildo, el arzobispo, los frailes, los comerciantes, que en suma pueden decir, conmemorar y celebrar en voz de Sor Juana, una Loa al año que cumplió el Señor Don José de la Cerda,

primogénito del Sr. Virrey Marqués de la Laguna, "Viva la Ciudad Leal; / que tener ninguna igual / en lealtad y proceder, "

Elías en referencia a Max Weber, ubica un pasaje que, si bien únicamente señala uno de los varios problemas en que se encuentra enfrascada la corte medieval, no por ello deja de ser sólidamente brillante. "El lujo, dice Weber, en el sentido del rechazo de la orientación racional del uso no es, para el estrato de los señores feudales, "superfluo", sino uno de los medios de su autoafirmación social"[86]. Las ceremonias luctuosas, las fiestas, las procesiones, las loas, su ciudad y sus descripciones, para el criollo novohispano lo fueron también, en el ámbito -por denominarlo de alguna forma- regional, así como en el del virreinato todo. De la ciudad a la naturaleza de la clase dominante, y un mundo que se va creando en la invención de fantasías, las que en suma contribuyen a cimentar el proceso de autoafirmación social. El virreinato fue una clara muestra de ello, y sus palabras y testimonios, aunque dibujan realidades que pudiesen ser asimétricas, son, por lo contrario, en muchos sentidos, coincidentes.

Las noticias que de las órdenes religiosas aparecen en las actas nos ilustran también con abundancia al respecto, pero agregando de que a pesar de que se cumplen las normas básicas de cortesía, la idea de salvación, y otros sólidos preceptos, existen claros indicios de que los conflictos y la sociedad ordenada dista por mucho de no presentar caracteres conflictos.

Pedro Ruiz de Vidaña, el Rey, el procurador general de la orden de San Agustín, fray Gabriel de San Buenaventura, y el Cabildo de la Ciudad de México. "...se me ha hecho relación, que los religiosos de su orden que van de estos reinos para las Islas Filipinas con licencia mía, están desacomodados en esta ciudad, mientras llega el tiempo de la embarcación para ellas, por no tener casa de su religión ni otra alguna ... y que Pedro Ruiz de Vidaña, vecino de esta ciudad, considerando la descomodidad de los dichos religiosos, y por tenerles devoción de que esto se remedie, y tengan casa para cumplir con las obligaciones de su religión, les ha

[86] .- Weber, Max, Economía y sociedad, citado por Elias, Norbert, op. cit. p. 56.

ofrecido 30 mil pesos de oro común, para hacer un monasterio en que los religiosos de su orden que fueron destinados para las dichas Islas Filipinas, y puedan estar mientras llega el tiempo de las embarcaciones ... fuese servido de mandarles licencia para hacer la dicha fundación..., firma El Rey"[87].

En lo conflictivo, destaca un eco de la "alternancia", acuerdo cuya fuerza y dificultades de aplicación llegó a las páginas de las actas de la ciudad, y a muchos dolores de cabeza de quienes lo escenificaron. El 15 de enero de 1618 aparece la siguiente referencia: "Este día el señor Francisco Escudero de Figueroa, procurador mayor de esta ciudad, dijo que como a nuestra señoría es notorio por esta ciudad, se han presentado patentes del generalísimo y comisario de indios de la orden de San Francisco, por los cuales mandan se de el aviso y reciban en la dicha sagrada religión a los nacidos en estas tierras, y que primero parecen y reciban a otros tantos con los que se han recibido, y hay de los frailes que se han recibido y dado el aviso en esta tierra, y estando parejos, se hayan recibido uno de Castilla, y otro de esta tierra, por el bien y quietud de la religión, y aunque las dichas partes estén presentadas, no se cumple ningún daño, y ahora el padre comisario que vino de los reinos de Castilla, no recibe, ni da el aviso, ni guarda las dichas patentes, y los empareja los unos con los otros, y conviene que se le pida el cumplimiento y ejecución de ello, y que se reciban los que pidieren el aviso de esta tierra, y no vengan ningunos otros frailes de Castilla, pues aquí hay tantos, y la tierra está tan extendida y poblada, y no es justo se les impida este bien, y de no cumplirlo así, se hagan los requerimientos, protestaciones necesarias, y de todo se tome testimonio, para enviar a los reinos de Castilla a los dichos padres generales, y al Real Consejo de Indias, y a su majestad en persona, suplicándole el remedio de ello y todo lo demás que conviene por ser como es bien universal de toda esta tierra..."[88].

Disputas religiosas, conflictos más inmediatos, ecos todos ellos de mucho de lo que en la ciudad y en el virreinato acontecían y del que podemos adelantar: la

---

[87] .- Cabildo de la Ciudad de México, 18 de septiembre de 1623.
[88] .- Cabildo de la Ciudad de México, 15 de enero de 1618.

ciudad de México fue un espejo, con las peculiaridades propias de ser la sede de los principales actores del poder que en el siglo hubieron, pero no por ello fue ajena a los variadas y peculiares construcciones que la Nueva España venía generando de años atrás. La expansión al norte, la pacificación con los chichimecas, la apertura de rutas comerciales, los reflejos de los conflictos españoles en Europa, la llegada de virreyes descendientes ya de la nobleza, la Armada de Barlovento, las diferencias raciales, todo ello y más estuvo presente en una ciudad que, como ha señalado Gemelli Careri, tenía muchas iglesias para un espacio tan reducido.

En cosas más terrenales, encontramos una queja, descripción de un lugar del oriente de la ciudad, en los límites de la misma, lugar que merecía de suyo una atención pronta e inmediata: la importancia que se prestó a los considerandos que se narran justificaba de suyo esta intervención. "Manuel Rodríguez de Burgos, rector de la cofradía del Santo Ángel de la Guarda, dijo que junto a la iglesia de la Santísima Trinidad, donde está su cofradía, hay un muladar de basura pequeño, y porque la prevención del santo con el Santísimo Sacramento ha de pasar por la parte en donde está, a vuesa señoría pido y suplico mande que los carretones de la limpieza lo limpien, pues tampoco que con un camino se ampliara de todo punto en que recibe merced"[89].

En este conjunto de notas, se perfila mucho de las relaciones características del Cabildo prácticamente con el mundo todo, con las cosas extraterrenales que en él pasaron, con las cosas que debió fomentar, y también con aquellas de las que se tuvo que aislar. Es la ciudad y sus habitantes más ilustres, pero también es un barniz que muestra algunas de las preocupaciones más importantes entre quienes por aquí vivieron. Disputas por agua, otras por entierros, súplicas sobre publicación de libros, las relaciones con el clero secular y procesiones varias, junto con algunos agradecimientos, pasaron también por las páginas y la memoria de la Ciudad. Tan cotidianas noticias como las que ofrecen Robles y Guijo, tan ilustres

[89] .- Cabildo de la Ciudad de México, 16 de febrero de 1618.

como las brindadas por Gemelli Careri y Gage, todo ello en una ciudad con una Alameda.

El 24 de abril de 1618, entró en el Cabildo el padre fray Francisco Adame, de la orden de San Francisco, a informar sobre "como habiendo seguido pleito con los curas de esta ciudad sobre los derechos que han de llevar los entierros, y que la cuarta de las misas la lleve el convento donde el difunto se enterrase, de lo cual en conformidad con los ordenamientos de su santidad, y últimas determinaciones de los obispos delegados de Tlaxcala y Michoacán, sacó una real ejecutoria a favor de los conventos y de los derechos, la cual notificó al señor arzobispo..."[90]. La recurrencia hacia la ciudad es por demás pertinente: necesita de un contrapeso para hacer valer los ordenamientos papales.

Seguida de otra, movida por el interés que El cabildo de la Ciudad podría tener por la difusión de una de las instituciones que a su cargo tuvo, junto con las fiestas y las numerosas visitas. Natural era que fray Luis de Cisneros acudiese a dicha institución el seis y trece de julio de 1618. "Este día, habiendo la ciudad visto lo pedido por el maestro fray Luis de Cisneros, de la orden de Nuestra Señora de la Merced, acerca de que se le haga socorro para imprimir un libro que tiene compuesto de los milagros de la Virgen de los Remedios, y venidas que ha hecho a esta ciudad para las necesidades que se han ofrecido, comparecemos largamente por la petición que presentó en el Cabildo de seis y de este mes, y de este año, y conferido sobre ello, acuerda la Ciudad de conformidad que, para que crezca la devoción de la Santa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios, extramuros de esta ciudad, de que es patrón este Cabildo, mediante la noticia de su origen y milagros, se imprima el dicho libro"[91].

La ya referida Pilar Gonzalbo en su libro Familia y orden colonial[92], califica a la sociedad colonial como una "sociedad ordenada". Fundamenta mucho de su

---

[90] .- Cabildo de la Ciudad de México, 24 de abril 1618.
[91] .- Cabildo de la Ciudad de México, 13 de junio de 1618.
[92] .- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, Familia y orden colonial, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1998.

argumentación en las prácticas familiares, en especial las conformadas por la oligarquía criolla, quienes jugaron un papel de primer orden en la construcción de la sociedad colonial, debido -entre otras razones- al establecimiento de lazos afectivos entre quienes vivieron en provincias poco cercanas y en los propios generados por la habitación dentro de un mismo espacio. La estabilidad derivada los hacia coincidir, en lo diario y cotidiano, con la armonía proyectada por los esfuerzos que la misma corona realizaba para administrar el imperio. Necesaria calma que desde el ascenso de Felipe II se hacía imprescindible debido, entre otras razones, al especial interés que comenzó a ocupar la Hacienda Real desde mediados del siglo XVI.

Se agregó también la nota que derivada del prestigio y algo de fama , adquirían las familias por la ocupación, profesión de fe, o cercanía con los lazos y cadenas más principales del virreinato. La construcción de la élite demandaba con especial preocupación la atención de este tipo de instituciones, pero su existencia exigía de suyo el seguimiento y acatamiento de una suerte de normas que muchas veces fueron de difícil cumplimiento, en especial en las ciudades. El creciente número de mestizos, el privilegio que poseyeron quienes eran más "blancos" por encima de los de piel más "oscura", pero en especial el hecho irrenunciable que la realidad imponía, esto es que el número de estos últimos en relación con los primeros era por mucho mayoritario, pronto encontraron las contradicciones que el mismo desenvolvimiento social impuso, contradicciones que en suma desafiaron el orden establecido. Si además agregamos la extraordinaria vocación que por el cambio que tuvieron los virreyes enviados bajo la casa borbónica, cuyas acciones se dejaron sentir con fuerza en los centros urbanos, sea como ejemplo el caso de los empedrados y drenajes urbanos, el otrora orden de inmediato se convirtió en sujeto de reforma. Es notable, por tanto, la conclusión a la que llega Pilar Gonzalbo, "Si el sistema colonial, en la práctica de las relaciones sociales, se había apoyado en la desigualdad y había fomentado el servilismo de una parte y el despotismo de la

otra, ello no constituía ya una garantía de continuidad, sino un peligroso indicio de la inestabilidad de un equilibrio sólo aparente"[93].

Más característico fue esto último del siglo XVIII que del XVII, pero no obstante este último conoció con creces esfuerzos inauditos para conservar el orden, presente en la familia, en la iglesia, en las acciones de un Cabildo que a veces se encontraba con fuerza amenazado.

La familia tardará en descomponerse; pero pese a los conflictos derivados de las repetidas inundaciones, de temblores, y fumarolas del volcán, parece ser que la falta de alimentos fue el principal temor que la ciudad vivió, que el Cabildo y el virrey enfrentaron a lo largo del siglo. El viernes 18 de agosto de 1623, se atendió a la siguiente problemática. "Este día la Ciudad dijo que por cuanto ha entendido y visto por las visitas que la fiel ejecutoria ha hecho en las plazas, la gran cantidad de bastimentos que en ellos hay y a moderados precios, y que cada día va en mayor aumento, causado por la gran vigilancia y cuidado que en esta materia especialmente ha puesto el excelentísimo señor Conde de Priego, virrey de esta Nueva España, después de que entró en el gobierno de ella, y que lo ha fomentado y ayudado a sí mismo, el señor corregidor don Francisco Enríquez de Ávila, con todo cuidado y vigilancia, y que es justo que el pueblo y vecinos entiendan como en el año pasado tienen el pan y demás bastimentos para su sustento, a muy moderados precios, y que las posturas que se dan a los vendedores que se observan y guardan. Acuerde de conformidad que el señor corregidor y fieles ejecutores manden que luego se pregone en la plaza pública las posturas y precios de todos los bastimentos, para que los vecinos sean sabedores de ellos, y gocen de la abundancia y cómodos precios que tienen, porque es justo que haya memoria y razón en este Cabildo de los medios que el dicho señor virrey ha tomado para el bastimento del más de esta su república, trigos y harinas para ella, para que no se hiciesen regaterías, ni subiese el precio que ha tenido en otros años, y no faltase,

---

[93].- Ibid., p. 224.

como no ha faltado en la alhóndiga este genero, que es el más menesteroso, ni menos en las demás partes, pueblos y ciudades de este gobierno y el cuidado que así mismo ha puesto en ello el señor Corregidor, escribano y ejecutando las ordenanzas del dicho señor virrey, se ordena al procurador mayor pida se le reciba información que pase ante el presente escribano mayor del cabildo de todo lo aquí contenido, haciéndose primero visita en la plaza pública con la dicha justicia y fieles ejecutores, y se ponga por testimonio la cantidad de bastimentos que hubiere, y se guarde en el archivo para todo tiempo"[94]. Y esto fue así.

Flotas, ladrones capturados y ahorcados, ferias, muerte de algún ilustre personaje, los mercados, recorrieron los comentarios de quienes habitaron la ciudad a lo largo del siglo. Si a ello agregamos los hechos de la Santidad, el panorama en el que avanzamos sobre la ciudad muestra una cara diametralmente opuesta a la tradicional, que dicta que en la Colonia no pasó nada. Por lo contrario, pasó mucho y cotidianamente. Cotidianamente en las charlas de los vecinos, en las escenificaciones en las que intervinieron, en las misas y encuentros sociales de los que formaron parte, ya en la calle, en la Alameda, en la Iglesia, o en las fiestas. En las obras de teatro, representaciones para dar la bienvenida a algún ilustre virrey, o de las mascaradas y fiestas por el nacimiento de una nueva criolla, en mucho de ello podemos observar con fuerza una vocación por participar, y por formar parte de las distintas formas de integración social que la misma ciudad ofrecía, respetando de suyo y con fuerza, algunos parámetros que de tan comunes y recurrentes, seguramente aparecieron en forma natural, jamás dignos de cuestión, como la dependencia de España o lo intrincado de la segregación racial. Nadie da cuenta de ello, para nadie lo fue tan apremiante.

Antonio de Robles[95], nos deja una serie de noticias sobre un movido mes de mayo de 1667. Los datos ofrecidos fueron desde la colocación de la primera piedra

---

[94] .- Cabildo de la Ciudad de México, 18 de agosto de 1623.

[95].- Robles, Antonio de, Diario de sucesos notables (1665-1703), tres tomos, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, Colección de Escritores Mexicanos, 1972.

en la Iglesia Nueva de Nuestra Señora de la Balvanera, al capítulo correspondiente de la Orden de San Francisco, pasando por las procesiones debido a las enfermedades habidas en la ciudad, hasta la muerte del Señor Arzobispo y la partida de la flota para España. El lunes 9 "salió de la iglesia de Regina la procesión de las tres necesidades, por la enfermedad que había en esta ciudad desde el mes pasado. El miércoles 11 murió en Tacubaya, donde se había ido a convalecer de una enfermedad, el Sr. D. Fr. Marcos Ramírez de Prado, arzobispo electo de México, a las tres de la mañana: trajeron luego el cuerpo. No tuvo bulas. Este día se trajo de su santuario a nuestra Señora de los Remedios, para pedirle que lloviese y aplacase la enfermedad grande que había, de que moría mucha gente: comenzaba por catarro y acababa en dolor de costado o tabardillo. Entró en la catedral dando la oración de la noche. El jueves doce se comenzó en la catedral el novenario a Nuestra Señora de los Remedios; cantó la misa el deán, predicó el Dr. Santillana. El lunes 16 a las cinco de la tarde fue el entierro del señor arzobispo, depositado en la catedral; hízose con toda pompa, asistió el virrey y tribunales. Después se trasladó a la iglesia de Michoacán, como lo mandó"[96].

Tanto en el Diario de Guijo, como en el de Robles es frecuente encontrar este tipo de referencias. Pero también por lo visto, y con un tanto más de trabajo, las Actas del Cabildo ofrecen diversidad de referencias sobre la vida cotidiana de la ciudad. Como lo han mostrado algunos de los historiadores citados, es posible trabajar a través de estas referencias conflictos y problemas en concreto, muy propios de los historiadores, tales como el de la Armada de Barlovento, el de la disposición y ordenamiento de autoridades, o el de la distribución de agua en la ciudad, o tener referencias varias sobre cofradías, procesiones, fiestas, conventos. Pero pese a todo, la ciudad como vivencia y como objeto de diseño un tanto se escabullía, un tanto se dejaba adivinar, un tanto se seguía construyendo pese a que la atención criolla se encontraba ubicada en otras partes y en otras materias. Ocurría, en curiosa

[96].- Ibid., Tomo Uno. p. 36.

semejanza, un tanto como anota Tomás Eloy Martínez[97], en su novela sobre Eva Perón. Dice el argentino "Tenía la impresión de que, al pasar su voz por el filtro de mi voz, se perderían para siempre la parsimonia de su tono y la sintaxis espasmódica de sus frases. Esa, pensaba, es la desgracia del lenguaje escrito. Puede resucitar los sentimientos, el tiempo perdido, los azares que enlazan un hecho con otro, pero no puede resucitar la realidad"[98].

La ciudad quedó en su pasado y en sus vivencias, en sus instituciones y procesiones, en conventos, claustros, hospitales y en algunas obras escritas y de teatro. Su realidad se perdió, y dejó algunas huellas dignas en retablos, cuadros y biombos. Pero no obstante, dejo suficientes voces como para adivinarla aquí y allá, en tendencias, actitudes, proyectos e ilusiones; también en un enramado social que abarcó, además de a la familia, a toda la población en su conjunto. Dice con razón Antonio Rubial[99] que "la convivencia de todos los grupos étnicos en el ámbito doméstico, el clientelismo, las relaciones laborales e incluso vínculos más estrechos como el compadrazgo, fueron los espacios que hicieron posibles estos intercambios".

"A través de la partera, de la nodriza, de la sirvienta, la señora de la casa tenía acceso al consumo de una tradición que no era la suya. Mestizos y africanos, enlaces naturales entre españoles e indios, aunque alteraron el sentido de las prácticas indígenas al comercializarlas, las difundieron como elemento uniformador de todas las razas"[100].

Octavio Paz, no se cansa de señalar que la Nueva España fue una típica sociedad de corte, y en los riesgos que lleva hacer esta afirmación, encuentra los orígenes de una suerte de cosas que hoy día nos siguen siendo centrales. "Teatro de actividades sociales y culturales no menos que de intrigas y decisiones políticas, la

---

[97] -Véase la excelente novela de Martínez, Tomás Eloy, Santa Evita, México, Editorial Joaquín Mortiz, Colección Narradores Contemporáneos, 1995.
[98] .- Ibidem., p. 85.
[99] .-Véase Rubial García, Antonio, La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1998.
[100] .- Ibidem., pp. 110 y 111.

corte virreinal fue un centro de irradiación moral, literaria y estética; al influir en las actitudes y en las maneras de la gente, modificó profundamente la vida social y los destinos individuales. Ejemplo de cortesía, costumbres y modas, la corte rigió las maneras de amar y comer, de velar a los muertos y cortejar a las vivas, de celebrar los natalicios y llorar las ausencias"[101]. Y agrega, "Las jerarquías sociales podían traducirse en valores religiosos: honra era sinónimo de pureza de linaje y pureza de linaje poseía una connotación religiosa. Las ideas de pureza e impureza son esencialmente religiosas, como se ve en el ejemplo de las castas de la India"[102]. Para concluir: "En el siglo XVII el territorio se extiende, la paz es interrumpida sólo de vez en cuando por las sublevaciones de los nómadas y las incursiones de los piratas, las ciudades crecen y aparecen en ellas, hermanas gemelas, el lujo y la cultura. Una sociedad rica y sensual pero devota y supersticiosa, una sociedad obediente al poder real y sumisa a los mandatos de la Iglesia pero sacudida por extraños delirios a un tiempo fúnebres y lujuriosos"[103].

La sociedad y su espejo más claro en la ciudad de México. Pese a toda paradoja que se pudiese desprender de comparar fuentes primarias como las contenidas en las actas del Cabildo, asombra que sean más claros los paralelismos que las diferencias. Un orgullo muy especial parece cabalgó entre los habitantes criollos de la ciudad novohispana. Bernardo de Balbuena dice sin tapujos, "que México por pasos diferentes / está en la mayor cumbre de grandeza / que vieron los pasados y presentes. De sus soberbias calles la realeza, / a las del ajedrez bien comparadas, / cuadra a cuadra, y aun cuadra pieza a pieza; / porque si al juego fuesen entabladas, / tantos negros habría como blancos, / sin las otras colores deslavadas"[104].

---

[101] .- Paz, Octavio, Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, Barcelona, Editorial Seix Barral, SA, Colección Biblioteca Breve, 1982, pp. 42 y 43.
[102] .- Ibidem., p. 48.
[103] .- Ibidem., pp. 52 y 53.
[104] .- 104.- Balbuena, Bernardo de, La grandeza mexicana y compendio apologético en alabanza de la poesía, estudio preliminar de Luis Adolfo Domínguez, sexta edición, México, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuantos, Número 200, 1997. pp. 70 y 71.

Con otro lenguaje, algunos de los principales que en el siglo vivieron, se fascinaron por lo que en cuestión de milagros fue testiga la ciudad. Fray Agustín de Vetancurt, franciscano, relata: "Enfermó el marido de Doña María de Poblete, y desseosa de la salud de su Esposo hechó en un jarro de agua unos polbos de los panesitos de Santa Theresa, que se hazian en el Convento de Regina; no faltó quien viéndolos hechar pensasse que seria maleficio para el enfermo, y con una cuchara de plata por ver si era cosa venenosa fue á trasegar el agua, y encontró con un panesito formado en ella con la Imagen de la Santa, admiró el caso, y ando parte á la que havia hechado los polbos estrañó el panesito. El Señor Dean advirtiendo que se podia averiguar con repetir la acción hizo, que su Hermana moliesse otro panesito, y en su presencia registrando el jarro, y mudando el agua echasse otra vez los polbos; á poco tiempo registró por su mano los polbos, y halló el panesito formado, repitiose varias vezes, y se continuaba la maravilla, y aunque procuraron ocultarla Dios Nuestro Señor la manifestó para su alabanza: acudian Religiosos, Prebendados, Señores Virreyes, grandes y chicos, y para todos daba Dios por intercession de la Santa, y mano de aquella Señora panesitos milagrosos con abundancia, tantos, que por millares se contaban"[105].

Si la ciudad fue escenario de estos portentos, entonces, por qué quedarse con la basura y con los pleitos, por qué con las carnicerías y el paseo del ganado por las calles. Tal parece que es ella misma la que censura su vida inmediata, y con ello finca su porvenir y su inmortalización en el tiempo. Adelantándose a Oscar Wilde parece firmar con fuerza eso de que "El único deber que tenemos con la historia es reescribirla" Así entonces, por qué no soñar si todo es posible, y en su imaginación cotidiana presentarla como más sólida y poderosa que la realidad misma, ofreciendo un futuro y una mejor cara, no sólo para los logros que en el pasado había conseguido, sino para los triunfos que en el futuro habría de cosechar.

---

[105].- Vetancurt, Agustín de fray, "Tratado de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron españoles", en: La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780), Tres crónicas, Agustín de Vetancurt, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990. pp. 79 y 80.

"María soy, de Dios omnipotente
humilde Madre, Virgen soberana,
antorcha, cuya luz indeficiente
norte es lucido a la esperanza humana.
Ara fragrante en templo reverente
México erija donde fue profana
Morada de Plutón, cuyos horrores
tala mi planta en tempestad de flores".

Primavera Indiana.
Carlos de Sigüenza y Góngora.

"What made it happen, guess we'll never know
Now the sun's come out
Looks like he's standing on a rainbow
He's in the heavens, I'm standing on the
ground
Saying don't look down".

Don't.
Raymond Douglas Davies. The Kinks.

"Dama de las Repúblicas y señora de todo este Nuevo Mundo".

Baltasar de Medina, fraile dieguino, nace en la ciudad de México en 1634, y muere, dos años después que Sor Juana Inés, en 1697. Aunque Antonio de Robles en su diario no deja noticia sobre el particular, queda en la memoria del siglo por

haber sido autor de escritos notables, entre ellos y acaso el más importante, La Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México, obra impresa en 1682, luego de pasar el sin fin de permisos y cumplir las autorizaciones que tal acto exigía. Viajero, destacado intelectual y cronista en un siglo en donde se conocieron con creces este tipo de personajes, fray Baltasar de Medina se encuentra emparentado también con aquellos que vieron en el virreinato la semilla de un país que lentamente comenzaron a entrever como suyo, y que denominaron con particular énfasis -a veces mezclado de religión-, con el nombre de México.

La orden de San Diego, vinculada directamente con la de San Francisco, resulta al momento ser una congregación sumamente joven. Fundada en 1496, se estableció en la Nueva España en el año de 1576, colocándose como punto de tránsito hacia las Islas Filipinas, en su sede, la Ermita de San Cosme, en la periferia de la ciudad de México. Fue allí de donde partieron para continuar irradiando su labor evangelizadora en 1580, expandiéndose además hacia Asia, África, Oceanía y la India. Continuadores de las labores "civilizadoras" que en este sentido financiaba España por aquellas tierras, la presencia adquirida en la Nueva España la ubicó en el siglo XVII como una de las doce órdenes monásticas que existían en el virreinato.

Aunque inscritos dentro de un ambiente distinto al descrito por Robert Ricard en La conquista espiritual de México, entre 1576 y 1670 los dieguinos establecieron catorce conventos, tres en la ciudad y periferia de México, -San Cosme en 1576, San Diego en 1591 y Santa María de los Ángeles, Churubusco en 1591- teniendo además entre los más importantes a los de Santa Bárbara, en Puebla de 1591, San Ildefonso, en Oaxaca de 1592, San Antonio de Padua, en Querétaro de 1613 y San Pedro Alcántara ,en Guanajuato del año de 1663.

En medio de una actividad intelectual destacada en la ciudad de México, los dieguinos iniciaron en 1619 la impartición de los estudios de artes, teología y gramática, estudios que seguramente cursó fray Baltasar de Medina antes de iniciar su viaje a las Filipinas y, por supuesto, de la redacción de su crónica. Joven

aún fue nombrado lector de filosofía y teología, cargo que desempeñó durante quince años, siendo a los treinta y cuatro, en 1668, encargado de la predica en Catedral por la fiesta anual de San Felipe de Jesús, patrono de la ciudad de México. "Por sus letras y religiosidad, fue nombrado por el general de su orden de San Francisco visitador de la provincia de San Gregorio de Filipinas, a donde pasó por 1670"[1], lo que era y -por mucho- un gran honor y una extraordinaria responsabilidad.

Seis años después, para 1674, se encontraba de regreso en la ciudad de México. "Posiblemente desde muy joven se le permitió dedicarse al estudio de la historia, y a su retorno de Filipinas fue honrado con el nombramiento de cronista de la orden. A los cuarenta años, Medina había adquirido gran importancia dentro de su provincia y era conocido y estimado en la ciudad de México y en otras ciudades como Puebla, en donde estaba el convento de Santa Bárbara; en Querétaro, Taxco y Oaxaca, en donde también existían casas de los dieguinos"[2]. Para 1688 recibió el nombramiento de calificador del Santo Oficio y, en 1690, el de vicario provincial, ocupando, ya hacia el final de su vida, los cargos de comisario visitador y el de ex definidor de la provincia de San Diego.

Hombre de su siglo, como hemos mencionado, pudo pasar airoso las distintas pruebas que para la publicación de su obra fueron exigidas, entre otros, las de fray Diego Velázquez de la Cadena, quien dio su parecer, del doctor Francisco Romero Quevedo, cura de la Santa Veracruz, quien dio su aprobación, fray Domingo de Noriega, ministro provincial de la orden de San Francisco, quien dio la licencia, y por supuesto, el virrey. La crónica se encuentra contenida por un Preludio en donde se hace una historia de la provincia franciscana de San Diego de México, y en donde aparecen las vidas de los frailes vinculadas directamente con la construcción y fundación de los distintos conventos. Resalta también su apartado

---

[1] Beristáin, Biblioteca hispanoamericana septentrional, citado por: Sandoval, Fernando, "Baltasar de Medina y la crónica de los dieguinos", en: Historia Mexicana, México, El Colegio de México, Volumen XIX, número 3, enero-marzo de 1970, p. 322.

[2] .-Sandoval, Fernando, op. cit. p.323.

que titula "Breve descripción geográfica de los pueblos, villas y ciudades, que dieron suelo a nuestras fábricas y conventos en la Nueva España", y más aún la vocación barroca que tuvieron los ilustrados criollos, de los que formó parte, para manifestar ideas, inquietudes y anhelos a través de figuras de santidad, de los primeros personajes que con tal jerarquía había proporcionado el virreinato, seguido de las correspondientes biografías. Hagiografías, arquetipos, proyecciones, al igual que las escritas por fray Gerónimo de Mendieta, pero ahora bajo una circunstancia distinta. "Felipe de Jesús es uno de los últimos evangelizadores heroicos del siglo XVI; los demás "ilustres varones" de Medina no parecen ser evangelizadores de indios, por lo menos la gran mayoría; por el contrario, luchan dentro de una sociedad cristiana: el mundo novohispano; pero sus vidas, apegadas a sus rigurosas reglas, estrictas en la pobreza y el sacrificio, contrastan con la opulencia "barroca" de otros religiosos novohispanos de su siglo"[3].

Como acertadamente señala Antonio Rubial[4], la sociedad colonial en el siglo XVII fue una sociedad sólidamente necesitada de maravillas, y fray Baltasar de Medina en sus escritos no marcó la excepción. Reliquias y olores de santos, milagros y fantasías, retablos y colaterales en las iglesias, una disputa entre las órdenes por un espacio sagrado, entre otras cosas, aparecen narradas con especial dedicación, pero también un modelo de vida idealizado que, al igual que los trabajos de sus semejantes y contemporáneos, pretendió que se irradiase a la sociedad toda, incluida en ella la historia y la construcción criolla del mundo y sus circunstancias. Testimonio lo es también de una rígida regla, en donde quienes la han acatado en los terrenos más altos que la santidad terrenal tolera, se convierten por mucho en los modelos idealizados de conducta social, por supuesto deseada en todas partes y en todas las horas. "Medina introduce en la escena histórica demonios que aparecen y desaparecen; hombres que se transportan de un sitio a otro, como

---

[3] .- Ibidem., p. 331.

[4] .- Véase Rubial García, Antonio, La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1999.

llevados por el viento; el agua de un pozo que devuelve a una niña a su madre; cierta vez en que los religiosos morían de hambre, aparece "milagrosamente" un indio y les obsequia una cesta de pan;... el 7 de junio de 1661 un terremoto sacudió a la ciudad de Oaxaca; con tal motivo un Cristo del altar mayor de la iglesia del convento de la orden volvió la cara hacia la ciudad: ¡Milagro! "[5].

Criollo y religioso, siempre que hay una alusión a la Nueva España no duda en renombrarla, utilizando la palabra México como un adjetivo más apropiado tanto para definir a un territorio, como a sus habitantes. Cosa curiosa, se sienten más hermanados al nombre genérico que ellos mismos reinventaron, que a aquel que los conquistadores van colocando temprano en la Conquista de la Nueva España. Así, y en atención a la lógica discursiva de la creación de su propia identidad, no es de extrañar que no pongan reparos en decir que su ciudad es la "...dama de las Repúblicas y señora de todo este Nuevo Mundo... Patria de San Felipe de Jesús...ciudadano de México, mi Patria".

Su entusiasmo, al igual que en otros tantos autores, hace que afirme: "México, Imperial corte de el Nuevo Mundo, está colocado en cristalino suelo, como Venecia. Porque el invierno y el verano en apacible liga, confederados de sereno semblante los astros, jamás rompen los fueros de primavera ... La feracidad de sus campos, famosas razas de ganado, ricas venas de sus tesoros, talentos de sus ingenios, noble solar de letras, Religión y política grande..."[6]

Así es a sus ojos la Nueva España, pero sin dejar de lado que este discurso aparece en una concepción que pretende imponerse, que pretende definir e identificar a la población, a su entorno y a su pasado, dentro de una visión distinta, resultado de las luchas que en el siglo XVII tuvo a la ciudad y a sus escritos como un frente más de cosas "nacionales" mayores y que quizá se encuadrasen mejor en alguna rama acotada de la "Historia de...". Discursos sí, pero también un afán de supervivencia ante la realidad avasalladora es lo que en primera instancia se

---

[5] .- Sandoval, Fernando, op. cit. p. 337.

[6] .- Medina, Baltasar de, Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México, de Religiosos descalzos de Nuestro Padre San Francisco en la Nueva España, citada por: Sandoval, Fernando, op. cit. p. 339.

observa en la lectura de Baltasar de Medina. Hemos adelantado, no fue el único y muchos cronistas de la época padecieron de estas cosas que bien obedecen a la lógica de las fuentes primarias, pero también a la de la creación de mitos que sustentan a la época. El mito es un lenguaje, anota Roland Barthes, y diferencia con ello la objetividad que caracteriza al sabio, de la subjetividad que define -en apariencia- al escritor. Cosa curiosa y definitoria: en la Nueva España esta diferenciación pasó inadvertida tácitamente y, verdaderamente, no importó porque no podía existir. Sus grandes sabios mas bien fueron escritores y teólogos, antes que científicos, dentro de lo más acabado que el término en la actualidad pueda tener. Autores de fuentes primarias también son los discursos míticos, descriptores de una realidad que se esconde tras otras imágenes, nonecesariamente las de la realidad inmediata.

Pero en tanto se encuentre solución a esta difícil definición de nuestros problemas "historiográficos" , por un lado, y maduren y se expresen las diferencias entre Europa y Nueva España en el devenir del siglo XVII y XVIII, por el otro, tendremos el cuidado pertinente que amerita la comparación entre fuentes primarias. Las múltiples variables y resultados donde este ejercicio se tenga que dar, afectarán también las concepciones que sobre el espacio urbano, su definición, su descripción y su idealización se obtengan, en especial en el siglo XVII, por las mismas características que posee. La ciudad fue un aglutinante extraordinariamente especial: sus orgullosas construcciones, convertidas en discursos materiales, junto con sus escritos, contribuyeron a cimentar esa fuerte estructura que caracterizó al criollismo.

Diferentes ideas pueden venir en socorro de la anterior aseveración: un retablo, algún biombo, los paisajes de Gómez de Trasmonte, la Primavera Indiana de Sigüenza y Góngora, los escritos de Baltasar de Medina y Agustín de Vetancourt, o el afán que existió en la época por la búsqueda de un origen peculiar y acotado del reino: ¿somos descendientes de conquistadores o de franciscanos?.

También hay algo más en el conflicto velado que en relación con los gobernantes españoles del virreinato apareció en primera instancia: una rivalidad, una lucha racial o nacional, una admiración velada y materializada en una encarnizada envidia, efectivamente pudieron estar presentes, pero también podemos tener algunos de las piezas más básicas que definieron al virreinato y a sus acciones. Una de estas ideas la brinda Antonio Rubial, la otra Octavio Paz. Dice el historiador: "La mayoría de los clérigos peninsulares consideraban que la cristiandad de esta tierra, como la planta joven que era, necesitaba seguir alimentándose de la savia de la vieja Europa. Eso explica, quizá, la razón por la que Jerónimo de Mendieta, en su Historia, se ve obligado a señalar la ausencia de milagros en la evangelización de la Nueva España, a pesar de que a lo largo de su narración menciona varios. Eso mismo se muestra también en la llegada de un baúl de reliquias procedentes de Roma en 1578, enviadas por el general de los jesuitas, quienes promovieron unos festejos tan suntuosos como demostrativos del poder de la santidad nacida en el viejo continente".

"Tales actitudes surgían de una idea, expresada velada o abiertamente, de que la Europa católica tenía la preeminencia en la santidad; de hecho la mayor parte de los misioneros novohispanos propuestos a la veneración eran españoles. Con esa actitud, la necesidad que tenían los habitantes de estas tierras de convertirlas en un espacio sagrado, y por lo tanto en objeto de atención por parte de la Providencia, quedaba satisfecha sólo a medias. El cambio de perspectiva se daría únicamente desde la visión de los nacidos en América"[7]. La herencia europea era sólida y poderosa; muchos sutiles lazos nos relacionaban aún con Europa, y Nueva España no podía echar a andar todavía por sí misma.

La otra nos la ofrece el poeta. "La comprensión de la persona que tal vez fue Sor Juana depende, a su vez, de la comprensión histórica, también relativa y aproximada. Su mundo fue muy distinto al nuestro. La primera y más notable diferencia -sobre todo en su caso: ser de palabras y que vivió para y por la palabra-

[7] .- Rubial, Antonio, op. cit. p. 61.

se refiere al lenguaje. Sor Juana habló y escribió el mismo idioma que nosotros pero durante los tres siglos transcurridos desde su muerte no sólo han cambiado las formas lingüísticas sino el valor y hasta el significado de las palabras. El lenguaje de sus poemas cortesanos nos parece exagerado: llamar sol al rey, astros a los príncipes y deidades a las marquesas y a las condesas no sólo es una adulación reprobable sino una extravagancia inadmisible. No obstante, para sor Juana y su mundo se trataba de valores sobrentendidos. Esas hipérboles y adjetivos retumbantes obedecían a un sistema de metáforas, metonimias y sinécdoques fundado en una triple equivalencia: el orden del universo era el modelo del de la sociedad y ambos se reflejaban en el de la casa familiar"[8].

Pero el orden al que se refiere Paz tardó en llegar, tardó en la sucesión de distintos acontecimientos que, si bien se originaron con la Conquista, tendrán desde 1570 hasta 1630, aproximadamente, la construcción y consolidación de bases tan diversas, de influjos externos, en algunos casos tan macizos, que todos ellos enfrentarán a la propia sociedad colonial consigo misma, definiendo y caracterizando en esta dinámica una buena parte de su propia personalidad, que entre otras fue la clara delimitación de ideas y funciones, castas, espacios y creencias, de las que algunos de los cronistas a los que nos hemos referido, al igual que fray Baltasar de Medina, serán un tanto resultado. ¿Quién gobierna a la Nueva España? ¿Cuál es su grupo más hegemónico? ¿Cuáles son los elementos que se encuentran en pleno desarrollo y cuyo resultado se plasmará en la conformación de las diversas regiones que el virreinato poseyó? Lo interesante es adelantar que si bien en la actualidad este conjunto de preguntas pudiesen caracterizar una investigación histórica de consideración, en el siglo XVII la atención puesta en otra parte, haría que las respuesta a estas cosas ocuparan un plano un tanto secundario.

Muchas piezas caracterizaron el devenir del siglo XVI en la Nueva España y con ellas la construcción de una sociedad peculiar, inabordable a través de un único

[8] .- Paz, Octavio, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, Barcelona, Seix Barral, colección Biblioteca Breve, 1982. p. 261.

aspecto aislado de su entorno. Pruebas y ensayos sobre la mejor manera de convertir a los naturales, adaptaciones varias sobre la apropiación del suelo, explotación no pocas veces despiadada y atroz de los nativos en formas disfrazadas de esclavitud, como lo fueron las encomiendas y repartimientos, la lucha por la supervivencia de estos últimos ante lo avasallante de la realidad misma, manifiesta tanto en el trabajo, como en las numerosas epidemias, humillaciones y destrucción de las bases mismas de una cultura de muchos siglos, para comenzar. Si sumamos a lo anterior el poderoso influjo del Concilio de Trento, las pugnas entre los descendientes de conquistadores y los nuevos inmigrantes al virreinato, la fundación y construcción de las ciudades más principales de la Nueva España, la guerra con los chichimecas, las búsquedas de rutas hacia oriente, los descubrimientos mineros, la generación de la local sucursal de un mercado que por primera vez adquiría las características universales, amén de los conflictos que España sostenía prácticamente con toda Europa, tenemos que el siglo XVI puede recibir un enorme multitud de adjetivos, pero jamás el de que en él pasó desapercibido e inadvertido el transcurrir de los años. Ni en Europa ni en América. Enredado cimiento del siglo XVII.

Algunos autores en nuestro tiempo, entre ellos María Alba Pastor, David Brading, Jorge Alberto Manrique, Antonio Rubial, Elsa Cecilia Frost, George Baudot, Jonathan I. Israel, Eva Alexandra Uchmany, y en el mismo paso del siglo XVI al XVII, como los franciscanos fray Juan de Torquemada, y fray Gerónimo de Mendieta, coinciden todos en señalar que la segunda mitad del siglo XVI se caracteriza por una marcada recomposición, tanto social como ideológica, entre los actores que conformaron los primeros años de la Nueva España. Sus manifestaciones se harán presentes en los diversos ámbitos de la condición y experiencia humana, en sus realizaciones y acciones, en sus decires, obras diseñadas, proyectos y fantasías. Una crisis, la definición de un nuevo proyecto de configuración social que cristalizará con creces en el siglo XVII, y que anuncia para

la ciudad de México ese juicio señorial y aristocrático que nos ofreció fray Baltasar de Medina.

La orientación cultural y ejemplar que dictó la corona española y el ascenso de un nuevo actor, el criollo, que busca raíces y pautas de comportamiento que los identifiquen entre sí, pero que los diferencien casi denodadamente de otros grupos y castas, en especial de los peninsulares, son quizá algunas de las raíces más fuertes que orienten la convivencia del siglo barroco; si a ello agregamos la contrarreforma religiosa y los valores de comportamiento cultural que desplegó, la desaparición de la Monarquía Indiana y los reclamos de los antiguos habitantes sobre un territorio y un pasado que les perteneció, entre otras cosas, tenemos en su proyección plena, las bases más variadas para la construcción de las características de la sociedad colonial de finales del siglo XVI y de las primeras décadas del siglo XVII.

Esta nueva sociedad se comenzó a materializar teniendo como base la pureza, la castidad, el honor, la fama y un afán de nobleza denodados, valores todos ellos derivados de la añeja búsqueda de caballerosidad medieval de largo aliento, y cuyo "canto del cisne" se planteó y plasmó dentro del Concilio de Trento.

En tanto dos inmediatas posturas, para el caso novohispano fueron motivo de un choque de consideración. La primera, derivada de los esfuerzos evangelizadores y los enfoques que sobre la cuestión del "otro" estuvieron marcados por las primeras barcadas de evangelizadores, en especial los franciscanos, y la otra que, por sus características y elementos, fue su notable antípoda. Pero más atípica fue su curiosa síntesis. Frailes y soldados: dos puntos de vista encontrados. "Entre 1580 y 1625, el misticismo español conoció una segunda época. A diferencia de su primera época -cuando se le trasladó a Nueva España por conducto de los misioneros franciscanos- el misticismo de nuevo cuño tendió a dejar atrás el espíritu eremítico de contemplación, pobreza y austeridad heroica para ocupar los espacios cortesanos y urbanos, atraer la atención de las masas y disciplinar y evitar la

división de las órdenes religiosas, pues el recogimiento favorecía el desarrollo del juicio propio, desalentaba la obediencia e invitaba a la presunción y el disimulo"[9].

Si ello no hiciera complicado el panorama, hay que agregar además una serie de características que fueron muy propias del comportamiento social e individual del criollo en el siglo XVII, soportadas en mucho por estos afanes de nobleza y comportamiento excepcional. "El fundamento del autoritarismo contrarreformista -como el de cualquier otro autoritarismo- consistió en el constante cultivo del miedo y la tensión emocional producidos por la difusión del carácter sagrado (eterno) y absoluto (verdadero) de las instituciones. Junto a la veneración de las imágenes y la divinización de los altos dignatarios, este movimiento propició el desarrollo de una estructura ambivalente de la personalidad en los sujetos. El propio movimiento contrarreformista contenía visibles contradicciones: la riqueza y ostentación de la institución tenía que contrastar con la pobreza y humildad de sus ministros; la severidad de las normas con la comprensión y el perdón de los pecados de los fieles; la sencillez del alma con la complicación protocolaria de los ceremoniales; la práctica de la virtud con el ejercicio del poder político. A partir de esta estructura quizá sea posible explicar la angustia e inseguridad, la conciencia de culpabilidad, la doblez y el disimulo y, también, las transgresiones y las formas de protesta y rebelión que han quedado registradas en la historia de los pueblos que han compartido este código moral"[10].

La realidad se convirtió en algo intangible. ¿Cómo evaluar la fama? ¿Cómo delinear las proyecciones de la virtud? ¿Cómo caracterizar todas estas emociones dentro del espectro de vida, esperanzas y deseos que vienen dibujando al siglo XVII y caracterizando a sus objetos diseñados -su ciudad, por ejemplo-, entre otras cosas? Más aún: ¿qué contenido debe tener la ciudad?, ¿qué forma?,¿qué uso?, ¿qué representación simbólica se podía esperar de México ciudad frente al resto

---

[9] .- Pastor, María Alba, Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1999. p. 18.

[10] .- Ibidem., p. 19.

del virreinato? ¿Podrían existir formas puras de interpretación y de análisis, arquitectónicas, religiosas, políticas, literarias, cuando se encontraban involucrados todos estos elementos, todos estos impulsos, todas estas necesidades imperiosas?

Jaime Cuadriello[11] apunta sobre el considerando y sobre las posiciones de diversas que eran de esperar se desprendiesen de un entramado de tal naturaleza: ¿un ejemplo? Sí, ¿una demanda imperiosa? también. "Gustavo Curiel me ha sugerido, con la razón que le da su profundo conocimiento de los inventarios de ajuares domésticos, que estos muebles -entonces de un costo muy elevado- eran refinados obsequios que la nobleza de la ciudad o el cabildo hacían a los virreyes en turno o a otro tipo de funcionario peninsular. Según la opinión del doctor Curiel, la elección misma del sitio real de Chapultepec como punto de observación no era casual: tendría la función de presentar al virrey entrante, desde sus aposentos campestres, la cabeza desde la cual gobernaría su virreinato. Los biombos de la conquista cobrarían, pues, el mismo carácter de una "representación" al rey, en donde se le remitían las quejas y propuestas de los indianos o la función indicativa que cumplían los arcos triunfales, en tanto programas políticos de buen gobierno. Como mecanismo de identidad para sus posibles donadores, y pese a la violencia descarnada, el discurso de estas imágenes nos parece celebratorio y reivindicador (como lo es el género de la épica) y bastaría confrontarlos con los elogios desmedidos de los escritores de entonces por su ciudad (Sigüenza y Góngora, Sariñana, Vetancurt), para afirmar que se trata de sendos retratos colectivos, memoriosos de una clase, de un grupo celoso de sus aspiraciones dirigentes y que veía disminuida su posición frente a la metrópoli. La ciudad es una de las más acabadas construcciones mentales del patriotismo criollo y los episodios de la conquista, que le daban fundamento, estaban teñidos de nostalgia para estos "peregrinos en su propia patria", que vivían un profundo y

[11] .- Véase Cuadriello, Jaime, "El origen del reino y la configuración de su empresa. Episodios y alegorías de triunfo y fundación", en: Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750, México, Museo Nacional de Arte,
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1999, p. 69.

tardío sentimiento de despojo. En suma, una expresión de los mismos criollos desheredados de la gloria que así como por medio de la pluma reclamaban acceso a los puestos públicos (empezando por enumerar las hazañas castrenses de sus antepasados), así también con el pincel hacían el panegírico de la figura fundadora y constructora de su reino: el marqués del Valle. Por eso, desde 1629, sus restos habían sido trasladados desde Texcoco hasta una capilla especial en San Francisco de México por mandato de común acuerdo entre el virrey y el arzobispo. La ciudad era, pues, el mismo mausoleo de su fama póstuma"[12]. Nuevamente, Dama de las repúblicas, señora de este Nuevo Mundo: el espíritu enfrentado de la época con la realidad ilusionada.

Ya andando en estas cosas, sobradamente importante fue para la conformación de la mentalidad criolla la búsqueda de este exquisito existir, de esta noble herencia magnificada en Hernán Cortés. Es casi la inserción y conversión, bajo otro tipo de esquemas por supuesto, de cada calle y cada piedra, del mito de fundación, constantemente reiterado, del que México ciudad adquiere en marcado escenario. Del contenido, ciertas formas, usos y representaciones que se vio plasmado en su ciudad, parte integrante de esa relación simbiótica, entre usuarios de la ciudad y la ciudad misma. Al igual que en su propio condición, la presencia cercana de la ciudad coadyuvó a que se diera la indagación y discriminación sobre el origen de tan peculiar grupo: si somos distintos, en qué radica nuestra diferencia, en qué nos diferenciamos tanto por origen como por discurso constitutivo, y, en forma central, debido a ello, como ha mencionado Elias, somos superiores. Purezas e impurezas de su propia condición, peculiar característica de gran parte de los discursos fundacionales, fue presentado también en la elaboración retórica de la inteligencia criolla.

Contrapuestos en ciertos matices por el devenir de la contrarreforma frente a su herencia erasmista fundacional, por deber tanto a frailes como a conquistadores, por la presencia indígena, por su propia ontología, por la negación del presente

[12] .- Cuadriello, Jaime, op. cit. pp. 69-71.

mexica, frente a la veneración y aceptación de su pasado, por el rol asignado hacia las mujeres, por la vuelta a la confesión como práctica cotidiana, por la fusión de la vida religiosa con la cotidiana, por el uso del código de honor, y la representación escenográfica que del mismo se desprende, todo ello se convirtió en una suerte de síntesis que a la larga marcó muchas de las cualidades que el criollo enseñó en su mejor cara y que nos legó en sus urbanas y religiosas descripciones. No sin razón, María Alba Pastor anota: "La búsqueda de la pureza y la exaltación de la castidad y virginidad constituyeron los fundamentos de un código de honor que los novohispanos recogieron del mundo ibérico y adaptaron a su entorno social"[13]. La idea original importada de España estaba condenada a sufrir un sin fin de transformaciones que la realidad y la elaboración plena del discurso oligárquico local exigía, cosa que no fue de poca monta, y que al igual que en el caso de la religión, marcó un nexo de unión que impedía, por marcadas razones, un desprendimiento de Europa. La religión y las modas, la construcción de los mitos discursivos novohispanos, se encontraban dentro de una fase inicial de búsqueda, diferenciación, filtración, tanto de la realidad inmediata, como de su pasado más próximo. La ciudad fue el escenario magnífico para determinar las pautas de conducta que exigía e irradiaba como actor civilizatorio.

El honor jugo así para el criollo novohispano uno más de los elementos de fusión e interrelación, directamente diferenciador de los demás, de los distintos que, en su idealización acelerada, marcó y remarcó lo que no podía ser, y lo que pertenecía directamente a la naciente casta hegemónica; los otros ahí están, son diferentes, pero aún esta diferencia se encuentra perfectamente comprendida dentro del discurso en formación. Y no hay que verlo como un hecho excepcional. Si bien la población aquella de cien mil habitantes que fue nuestra ciudad se encontraba constituida por las diferencias como forma de vida cotidiana, para ellos esta circunstancia sobradamente fue lo más normal. Esta característica le permitió desarrollarse dentro de una extraordinaria vitalidad, integrante de esta sociedad

[13] .- Pastor, María Alba, op. cit. p.67.

marcadamente diferenciada por funcionarios de la Audiencia y el Ayuntamiento, por ser descendientes de un pasado indígena "vergonzoso", por haber pertenecido a la "nobleza", por buscar el ascenso social a través de la compra de puestos, o el cambio de composición racial.

Es el honor un proceso de formación decantado, del que mucho se finca en la antigüedad (nada más baste recordar aquellos certificados sobre descendencia cristiana), elemento que por su juventud el criollo no podía reclamar: precisamente sus demandas se centrarían en la consecución de este perfil. Cien años, ciento cincuenta a lo más lo separaban de la Conquista; casi como evolución lógica, su discurso tenía que estar buscando identidades más inmediatas, agrupaciones y exaltaciones varias, las cuales, vorazmente, construía en múltiples trincheras.

Tratando de entender el comportamiento y personalidad entre "establecidos y marginados" cuya materialización se ubica en una serie de acciones, Elias propone las siguientes explicaciones, que bien pueden ser aplicadas al peculiar comportamiento de la sociedad criolla, cambiando ciertas pautas. "La influencia de la opinión interna del grupo con respecto a cada uno de sus miembros llega aún más lejos. Tal opinión de grupo tiene en cierto sentido la función y el carácter de conciencia personal. Esta conciencia se forma en un proceso grupal y, en realidad, permanece ligada con aquella por lazos elásticos aunque invisibles. Cuando el diferencial de poder actual es suficientemente grande, puede que los miembros del grupo establecido les sea indiferente qué piensan los marginados de ellos. Pero la opinión de los insider, la de sus compañeros de grupo, con quienes comparten el acceso monopólico a las fuentes de poder de su respectiva sociedad y también el orgulloso sentimiento de "nosotros", es decir, el carisma de grupo, difícilmente les serán indiferentes. Su autoimagen y su autoestima están condicionadas por lo que otros miembros del propio grupo opinen de ellos. La relación entre la autorregulación de su conducta y sentir -el funcionamiento de las capas más conscientes y en parte incluso de las menos conscientes de su conciencia- y la opinión normativa de uno u otro de los grupos a los cuales pertenecen en tanto

"nosotros", por elástica y variable que sea, se pierde por completo sólo en caso de la pérdida de la salud psíquica. En otras palabras, esa relación se quiebra únicamente cuando la persona respectiva pierde totalmente el sentido de la realidad, es decir, la capacidad de distinguir entre fantasías y lo que ocurre independientemente de ellas"[14]. Mucho del ideal de la "fama" y el "honor"se encuentra vinculado con lo anterior, se encuentra también, como hemos adelantado, mucho del "contenido", "forma", "uso" y "representación", tanto de la ciudad como de algunos de sus objetos más cotidianos, así como de la jerarquía y la construcción que de ella se hace, tanto en la imaginería inmediata, como en los comentarios del virrey y el arzobispo, como en el papel de los europeos; al fin y al cabo, la comprensión del modelo a seguir y al ser depositarios de los valores más altos que la sociedad puede construir, ha sido uno de los primeros pasos que enarboló la naciente clase hegemónica.

Resulta curioso, pero la sociedad colonial es por mucho un laboratorio extraordinario para analizar estas diferencias constitutivas básicas fincadas por los lazos invisibles y ligadas por supuesto a la proyección de los grupos hegemónicos en su materialidad más inmediata.

Abunda aún más sobre el particular María Alba Pastor. "En torno al honor se articula un sistema de protección y cohesión cuya finalidad es orientar las conductas individuales y colectivas de los miembros de una sociedad hacia acciones y hazañas que la coloquen en un rango de distinción singularmente ejemplar. En la época medieval, este fue uno de los sistemas de ideas morales y teológicos más relevantes para garantizar la unión y el orden sociales"[15]. Un cemento social que procura cohesionar internamente a los miembros del mismo grupo, y que a su vez redunda en la continuidad de reglas internas que les permite sobrevivir. Pero, y con mayor fuerza, aparece la más de las veces, un manto

---

[14] .- Elias, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" en: La civilización de los padres y otros ensayos, compilación y presentación de Vera Weiler, Santa Fe de Bógota, Grupo Editorial Norma, 1998. pp. 120 y 121.

[15] .- Pastor, María Alba, op. cit. p. 68.

religioso que sólidamente demanda el sometimiento de normas de conducta, estrictamente establecidas que se irradian hacia el resto de la sociedad.

Es en contraposición por condición religiosa, pero es el reflejo de la idea que desarrolló Max Weber en la Ética protestante, idea universal y de trascendencia, que en alguna forma se presentó también en el virreinato. "Calvino había enseñado que no debía buscarse otro consuelo que la verdadera fe. Cada hombre tenía la obligación de considerarse elegido, y de rechazar cualquier duda al respecto, como una tentación del demonio, porque la falta de confianza en sí mismo se interpretaba como señal de una fe insuficiente"[16].

La idea y el espíritu fueron tan trascendentes que pronto, y dadas las circunstancias históricas en que surgió, posibilitó la cohesión y evolución de cosas distintas a las que se dieron en la América española y portuguesa, en relación con los EE UU. El resultado del sentido de diferenciación entre ambas alternativas de "modernidad", fue una marca que en mucho tuvo sus fuentes en visiones religiosas del mundo, cobijando símbolos y acciones que si bien no fueron diametralmente opuestas, su propia naturaleza los llevó por senderos orientados hacia otras finalidades: aglutinante la religión para unos, aglutinante para otros. Sus conductas contradictorias y sus diversos resultados encuentran aquí una de las varias explicaciones posibles.

"No podemos eludir la impresión de que el hombre suele aplicar cánones falsos en sus apreciaciones, pues mientras anhela para sí y admira en los demás el poderío, el éxito y la riqueza, menosprecia, en cambio, los valores genuinos que la vida le ofrece"[17], dice Freud en el comienzo del Malestar en la cultura. Admira en los demás el poderío y más aún lo demanda de sí una vez que se encuentra bajo la constitución de un grupo. La observación de sus iguales se materializa hacia sus

[16] .- Bendix, Richard, Max Weber, traducción de María Antonia Oyuela de Grant, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, p. 73.
[17] .- Freud, Sigmund, El malestar en la cultura, traducción de Ramón Rey Ardid, undécima edición, México, Alianza Editorial, colección El Libro de Bolsillo, número 280, p. 7.

propios objetos, exitosos y poderosos también, por la sencilla razón de que son suyos.

Y si a ello agregamos pautas religiosas, el círculo que se cierra se convierte en un círculo notablemente discriminador. Dice nuevamente Pastor: "En Nueva España pesaba una historia insuperable. La separación entre la "república de españoles y la "república de indios" -existente desde la Conquista de México-Tenochtitlan hasta el debilitamiento de las encomiendas- en términos formales permitía el íntegro transplante del código de honor a la "república de españoles" y un lento proceso de reconocimiento y transmisión de este código a la "república de indios" por medio del catolicismo"[18]. Suponemos que en un primer momento jamás se llegó a pensar en el doble filo que podría implicar el referido código de honor: arma de civilización hacia los indios, arma que una vez decantada por los criollos, se dirigió hacia los propios peninsulares con particular fuerza.

Honor a España, honor que se adquiere por contagio y por servidumbre. Honor a España por la grandeza de las cosas que toca. Honor a España por la herencia que a sus hijos deja y comparte, y que jamás hereda en su totalidad, honor, y sobre todo para nuestro caso, por los objetos en donde se desenvuelve: cuadros, dibujos, códices, retratos, biombos, casas, genealogías, libros, retablos.

El cronista Gonzalo Gómez de Cervantes pone de manifiesto esta serie de complicidades, reunidas con un fin común, canalizándolas de la siguiente forma: "...además de que ninguno de los que hoy son grandes tuvieron mejor principio ni fundamento que los conquistadores, se debe considerar en su favor que los dichos conquistadores y antiguos pobladores salieron de sus tierras y patrias sesenta años ha, a servir a SM a provincias remotísimas que estaban por descubrir; dejaron sus naturalezas; y si agora quisiesen tratar y averiguar quién fue cada uno, sería acaso imposible, porque como faltó comunicación, aun sus propios deudos no los

[18] .- Pastor, María Alba, op. cit. p. 74.

conocerán, ni se acordarán de ellos..."[19] Baltasar Dorantes de Carranza en la misma lógica, interpela al mundo sobre el valor y honradez de los hijos de quienes estuvieron presentes en la guerra de Conquista. Pero la disputa abierta era ya con España que, dentro de los mismos mecanismos de exclusión típicos en que deviene esta cualidad, destaca la de su notable exclusión: "...el problema del honor se constituiría en una de las más grandes obsesiones novohispanas, en parte porque la corona y la nobleza españolas se resistían a aceptar que los novohispanos podían ubicarse en posición jerárquica similar a la suya"[20].

Competencia no abierta pero sí existente, que tendrá en el desenvolvimiento de las formas y los objetos un terreno propicio de los muchos posibles, para enfrentar imágenes y visiones de riqueza e individualidad que incluyeron al espacio urbano habitado, a las figuras de santidad, a las casas, a un sin fin de manifestaciones que estuvieron latentes a lo largo del siglo y que en no pocas ocasiones se manifestaron dentro de una descarnada tenencia de objetos materiales.

Otro cronista, Gil González Dávila conciente es también del devenir material, del urbano y, por ende, de la grandeza de la naciente nación; dice sin la menor contención: "Adornan esta ciudad setecientos barrios, muchos edificios, edificios con grandeza y costa; y Templos suntuosos. Y se Vé honrado con el título de Cabeza, y Corte de la Nueva España, donde reside el Virrey, y el Tribunal de la Santa Inquisición, y la Iglesia Arzobispal con su Noble, y Religiosa Clerecía. Y no la ilustra poco su Universidad de Letras, que con las luzes de su verdadera doctrina ha procedido maravillosos efectos en el Nuevo Mundo de las Indias"[21]. Tal parece que el virreinato se encontraba inmerso dentro de este devenir, y los ejemplos deslumbrantes y categóricos de la misión criolla aparecían manifiestos en

---

[19] .- Gómez de Cervantes, Gonzalo, La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI, citado por: Díez-Canedo, Aurora, Los desventurados barrocos. Sentimientos y reflexión entre los descendientes de los conquistadores: Baltasar Dorantes de Carranza, Juan Suárez Peralta y Gonzalo Gómez de Cervantes, México, Universidad Pedagógica Nacional, Los cuadernos del acordeón, 1990, p. 17.

[20] .- Pastor, María Alba, op. cit. p. 76.

[21] .- González Dávila, Gil, Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de la Nueva España en las Indias Occidentales, citado por: Pastor, María Alba, op. cit. p. 101.

múltiples ámbitos, pero más en el urbano, lugar que, como se ha señalado, comenzó desde fines del siglo XVI a ser el principal irradiador de cultura.

Referidos en noticias provenientes de la Compañía de Jesús, de los miembros de la Orden de San Francisco, de las monjas de diversas ramas, en especial de las concepcionistas, la deslumbrante riqueza de la ciudad, mítica o real, jamás estuvo puesta en entredicho: esta faceta del propio honor nunca se cuestiona. Un ejemplo de ello lo tenemos el 27 de diciembre de 1681, en papeles provenientes del fondo franciscano que posee el Instituto Nacional de Antropología e Historia. En el volumen 38 aparece la siguiente noticia: "Inventario de los papeles del Convento de la Inmaculada Concepción de México, que tenía en su poder Antonio Salcedo, mayordomo del convento. Diciembre de 1681".

Deslumbra, aunque es sabida la riqueza de las religiosas, lo variado y múltiple de las cosas que en este documento van apareciendo. Aunque es un legajo enorme, resulta oportuno traerlo a colación en algunas de sus partes más sustanciales, debido a que ningún otro inventario supera al referido, y estamos incluyendo a los de los conventos de Chapultepec de 1664, de Santa María la Redonda, del mismo año, de Santa Isabel, y al convento de Tlatelolco, de 1663, entre otros.

De las cosas que hemos dicho deviene de inmediato el contraste directo con las mostradas por la monjas concepcionistas. ¿Parecido o distancia con la colección de imágenes de la ciudad nuestra?

Ciudad de México, frío invierno de 1681. Antonio de Robles en su Diario nos deja algunas notas de cómo fue ese mes de diciembre. Hubo un muerto por desafío en el convento de San Diego, se reportó el robo de una lámpara de plata del convento de San Francisco, llegó la Nao de China a Barra de Navidad, y el domingo 28 amaneció lloviendo hasta las dos de la tarde. Ese día, como si el marco estuviese claramente predispuesto, se recibió una triste noticia: "En la ciudad de México, a veintiocho de diciembre de 1681 años, estando en la puerta reglar del convento de religiosas de nuestra Señora de la Concepción de esta ciudad, las madres abadesa y definidoras del dicho convento, que tienen firmada la petición de abajo, la

presentaron ante mí para que la lea y provea ante el señor licenciado don Hernando de Haro y Monterroso, del consejo de su Majestad, su alcalde del crimen y juez, se provea en esta corte. Doy fe, Nicolás Varela"[22].

Muchos papeles y muchos intermediarios. Casi como si fuera una novela policial que poco a poco muestra los motivos del misterioso documento, y de la notable preocupación de la madre abadesa. El motivo: "...a nuestra noticia ha llegado que Antonio de Salcedo, mayordomo de dicho convento, está moribundo, en cuyo poder paran todos los papeles, escritos y ventas de este convento, y para que no nos venga algún perjuicio, pedimos y suplicamos se sirva mandar embargar la casa y bienes del dicho mayordomo Antonio de Salcedo, y ponerle guardas en que las diremos..."[23] firman: Aldonza de la Natividad, abadesa. Juana de la Natividad, definidora y Ana María de San José, definidora.

El licenciado de Haro y Monterroso pronto tomo cartas en el asunto, para ser exactos ese mismo domingo, dejando fe de sus órdenes e innumerables cargos, que si bien necesarios dentro del seguimiento judicial del caso, mostró algo de estas formas que movieron montañas durante el virreinato: miembro del Consejo de su Majestad, alcalde del crimen de la Real Audiencia, juez y provincial en esta corte, venerable deán y cabildo de esta Santa Iglesia Catedral. Además "...dijo que mandaría y mandó que se inventaríen todas las escrituras, libros y papeles pertenecientes al dicho convento y religiosas, que paran en poder de Antonio de Salcedo, su mayordomo, los cuales sin sacarlos de la casa del dicho mayordomo, se pongan en dicha casa con dos llaves y las dichas se entreguen al dicho mayordomo o a la persona que nombrare la abadesa y ...de dicho convento ... Asimismo por la contingencia del riesgo que pueda tener lo cobrado de las rentas del dicho convento, para la seguridad de ello, por ahora y en el ínterin que por el dicho mayordomo o sus herederos se dan las cuentas, se embarguen todos y cualesquiera

---

[22] .- Inventario de los papeles del convento de la Inmaculada Concepción de México, que tenía en su poder Antonio Salcedo, mayordomo del convento, diciembre de 1681, en: Fondo franciscano, Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, volumen 38, número 1268.
[23] .- Idem.

bienes que se hallasen del dicho mayordomo, así en la casa donde vive como fuera de ella, y se depositen en persona lega, llana y abonada por cuenta y riesgo del presente escrito, y dicha diligencia se haga hoy, día de la dicha, sin embargo, de ser feriado, por la presión de que se necesita, para lo cual le dará y dio su mando y comisión en forma como fuere, haciendo las diligencias ..."[24] (24) Lo firmó Hernando de Haro, sobradamente interesado en estas cosas.

Del inventario hemos destacado aquellos puntos que involucran directamente a la ciudad y a sus circunstancias, no siendo ni por mucho la mera trascripción del documento tal cual. Cabe destacar de él los lazos sociales que se establecen entre los propios miembros de la oligarquía, característica ella de la suerte de relaciones, como acertadamente señala Rosalva Loreto López para el caso de Puebla[25], que existieron entre los conventos femeninos y la ciudad.

Inventario de papeles.

"En la ciudad de México, en veintiocho de diciembre de mil seiscientos y ochenta y un años, estando en las casas de la morada de Antonio de Salcedo, vecino de esta ciudad, mayordomo y administrador de los bienes propios y rentas del convento y religiosas de nuestra Señora de la Concepción...

Ittem. Primeramente, una escritura de obligaciones y depósito de un mil pesos, otorgada por doña María Domec, viuda de Francisco de Noguera, de la dote de su hija, con obligación de pagar réditos de cinco por ciento, otorgada en esta ciudad a los diez días del mes de marzo del año pasado de sesenta y siete, ante Francisco de Zarate...

Ittem. Una escritura de cuentas otorgado entre don Luis de Matienzo, procurador que fuese de esta Real Audiencia y Antonio de Salcedo, mayordomo del dicho convento, ante José de Anaya, escribano de su majestad, en dicha foja.

---

[24] .- Idem.

[25] .- Véase: Loreto López, Rosalva, Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, prólogo de Asunción Lavrín, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000.

Ittem. Una escritura de arrendamiento de dicha casa, pertenece a dicho convento, que otorga al dicho Antonio de Salcedo por tiempo y espacio de dos años, que empezaron a correr desde el primero de enero de sesenta y siete años por precio de doscientos pesos en cada una a Jerónimo Hernández, vecino de esta ciudad, ante José de Anaya, escribano Real.

Ittem. Otra escritura de arrendamiento de un solar perteneciente al dicho convento que otorgó el susodicho a Jerónimo Cortés, vecino de Coyoacan, por tiempo de nueve años, que corren desde nueve de noviembre de ochenta y uno, y por precio en cada uno de siete pesos, con facilidad de que gaste la venta en mejoras por ante Francisco de Prado, escribano de su Majestad.

Ittem. Una escritura de censo perteneciente al dicho convento de un mil doscientos pesos de principal, sobre una casa y huerta en la villa de Tacubaya, contra Bartolomé Terán, vecino de dicha villa, ante José Muñoz de Castro, escribano Real.

Ittem. Una escritura de obligación de seis mil pesos que otorgaron don Francisco Alonso de Valdez y don Francisco Alonso de Valdez, su hijo, por la dote de doña Juana de Valdez, y doña Teresa de Betanzos, de los cuales adeuda cuatro mil pesos, quince días antes de sus profesiones. Y los dos mil restantes pagaderos dentro de un año...

Ittem. Un testimonio del pleito que el susodicho siguió contra bienes de doña Leonor de Ávila sobre los corridos de un censo y remate que se le hizo de la finca para el dicho convento, y cesión que se le hizo asimismo.

Ittem. Una escritura de reconocimiento de censo de ochocientos pesos de principal que otorgó Diego de la Sierra, maestro alarife, a favor de dicho convento, y corre desde veinte y seis de enero de seiscientos y setenta y nueve, que pasó ante Diego González.

En la ciudad de México, en veinte y nueve de diciembre de mil seiscientos y ochenta y un años, yo, el escribano, en prosecución del inventario principiado, lo proseguí en dicho día, en la forma y manera siguiente:

Ittem. Una escritura de transacción y consiento entre el dicho convento y el de Santa Inés por los corridos de un censo perpetuo de cuarenta pesos en cada año, impuestos sobre casas que posee dicho convento de Santa Inés, en la calle de la Palma, sobre que hizo litigio en el juzgado eclesiástico, y dicha escritura pasó ante ... Anaya, escribano Real y de provincia.

Ittem. Una escritura de censo perpetuo de ciento veinte pesos de renta en cada un año a favor del dicho convento, y un puesto sobre casas en esta ciudad en la calle del Reloj, que esta reconocido por Francisco de Noriega en dicho favor.

Ittem. Una escritura de obligación y cesión de las madres abadesa y definidora del dicho convento a favor del padre Luis Sánchez, procurador del Colegio de San Pedro y San Pablo de esta ciudad, de dar cada día ocho carneros en canal para su sustento de las religiosas de dicho convento ante ...de Mendoza, escribano Real.

Ittem. Una cesión y poder que otorgaron la abadesa y definidora de dicho convento al alférez Francisco de Quevedo, dueño de una panadería, y carta de pago que el susodicho les dio a las susodichas de tres mil seiscientos cuatro pesos y cuatro tomimes.

Ittem. Un reconocimiento de un censo de un mil pesos de principal que hizo doña Inés de Zorrilla, doncella vecina de esta ciudad, a favor del dicho convento y religiosas, impuesto sobre unas casas que poseyó Nicolás Gallegos, difunto que pasó en esta ciudad a los tres de abril de seiscientos sesenta y siete años, ante Bernardo Suárez, escribano real y de provincia.

Ittem. Una escritura de depósito de un mil pesos que otorgaron Cristóbal de Aguirre, dueña de panadería, y doña Teresa de Peregrina, su mujer, vecinos de esta ciudad, con hipoteca de unas casas en la calle que va del Hospital de Nuestra Señora, al rastro, y hacen esquina en la fuente de dicho hospital, a favor del dicho convento.

Ittem. Un reconocimiento de dos mil pesos de principal que otorgó don Fernando de Oñate y Mendoza, a favor del dicho convento, que se hayan impuestos sobre el

mayorazgo que posee en la plazuela de Santo Domingo, de que ha de pagar doscientos pesos cada año por sus tercios...

Ittem. Una escritura de censo de un mil pesos, impuestos sobre dos pares de casas en la calle que llaman de la Celada, que hoy poseen Pedro Moreno de Velasco y Nicolás de Figueroa, presbítero en la calle del Amor de Dios y en la cara de dicha escritura está una razón que dice los cincuenta pesos que tocan a Nicolás de Figueroa, se redimieron ...

Ittem. Una declaración que hizo Andrés de Vega de pertenecer unas casas que compró del convento de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción para Luis de Salazar, y reconocimiento que el susodicho hizo de veinte y un pliegos de censo perpetuo a favor de dicho convento.

Ittem. Unos títulos y cancelación de la capellanía que estaba impuesta sobre casas de Diego Millán, sobre que tiene impuestos el dicho convento a su favor, que junto con un reconocimiento que está dentro de ellos otorgado por el dicho Diego Millán a favor de Juan Nieto."[26]

De la lista destacan el manejo de los asuntos varios de las monjas y que involucraban directamente la vida del convento: dotes para sostener monjas, rentas de casas y terrenos, bienes inmobiliarios en Tacubaya y Coyoacan, manejo de fincas recibidas en herencia, vínculos con el convento de religiosas de Santa Inés, y con el colegio de los jesuitas de san Pedro y San Pablo, la panadería como hipoteca, títulos de capellanías y casas en posesión en distintas calles de la ciudad. Una riqueza sobradamente grande, que bien justificaba la preocupación de la abadesa. Luego, en ausencia del inventario, cómo reclamar lo que legítimamente les pertenecía, ya en el nombre de Dios y de sus bienes.

Quedaron como elementos precautorios los encontrados en casa del referido Antonio de Salcedo, de los cuales en el legajo se da una lista pormenorizada. Al igual que con los bienes de las monjas, destacaremos únicamente los más representativos. No hay que olvidar que el ajuar de esta casa pudo ser solo una

[26] .- Inventario de papeles del convento de la Inmaculada Concepción...

pequeña muestra de las características propias del mobiliario de las mansiones más adineradas de la época.

"En la ciudad de México en el dicho día de treinta y uno de diciembre del dicho año de ochenta y uno, yo el escribano, para dar en el todo cumplimiento al dicho... embargo en todos los bienes y alhajas que halle en la casa de la morada de Antonio de Salcedo, que son los siguientes:

Primeramente en trece láminas, las cuatro de ellas de a media vara con marcos, y las nueve de a cuarto, todas con marcos de "tapinzeran" de diferentes adoraciones.

Ittem. Cinco espejos con sus marcos negros, los cuatro con sus lunas de a media vara, poco menos, y el otro con la luna de dos tercias.

Ittem. Un retablo de dos varas, poco más o menos, de Nuestra Señora de Guadalupe, con su marco negro, con su cortina de tafetán "eporueado"

Ittem. Otros dos retablos, el uno de Jesús Nazareno, el otro de San Juan Bautista, de poco más de una vara cada uno, con sus marcos de tapinzeran.

Ittem. Otro retablo de Santa Rosa y Santo Domingo, de vara y media con su marco negro.

Ittem. Una escultura de poco más de una tercia de Nuestra Señora de la Concepción, con su vidriera, y dos pares en sus marcos azules con sus vidrieras, y dos retablos de poco más de dos tercios de la Encarnación y San Francisco.

Ittem. Otro retablo del paraíso de Adán y Eva, de dos varas de ancho y dos tercios de alto, poco más o menos.

Ittem. Ocho fruteros de media vara de alto y tres cuartas de ancho, sin marcos, asimismo un retrato de una niña de tres cuartas de alto, y media vara de ancho.

Ittem. Una hechura de Nuestra Señora de una vara de alto, y otra de ancho, sin marco.

Ittem. Veintiún retablos de diferentes tamaños y adoraciones, algunos con sus marcos negros, y los demás sin ellos.

Ittem. Un biombo con ocho tablas, pintado y con las cenefas doradas.

Ittem. Una hechura de un niño Jesús de bulto, de media vara de alto, vestido a la chamberga, con su peana dorada de escultura.

Ittem. Una imagen de nuestra Señora de la Concepción de talla, vestida de raso encarnado, bombado con su tabernavilo de madera ordinario.

Ittem. Otra escultura de un niño Jesús de bulto, de cerca de media vara, vestido de pastorcito con su peana dorada.

Ittem. Un estante donde estaban los papeles inventariados con su cerradura y llave.

Ittem. Doce sillas de vaqueta colorada, pespuntadas de seda amarilla, y nueve taburetes de la propia calidad que las sillas.

Ittem. Dos escritorios iguales de su tierra, embutidos de marfil con sus corredores de marfil, en sus pies de cedro y sus dos cajones cada uno, y doce gavetas cada escritorio que, habiéndose abierto en el dicho de ellos no se halló cosa alguna, y en el otro lo siguiente: siete platos de la Puebla dorados, una porcelana de China, una... y plato de Tecate.

Ittem. Una negra llamada Luisa y otro mulatillo muchachón llamado Gerónimo.

Ittem. Una mula parda de silla de camino ensillada y entrenada; la silla de cordobán negro pespuntada de seda azul.

Con lo cual se acabaron de inventariar todos los bienes y alhajas pertenecientes al dicho Antonio de Salcedo, que se hallaron en la casa de la morada del susodicho, los cuales dichos bienes, yo, el escribano en cumplimiento de lo mandado por el auto, los puse en depósito en poder de Luis de Guevara, vecino de esta ciudad y maestro de boticario..."[27]

Antonio de Robles refiere como datos relevantes en enero de 1682 la designación de los alcaldes ordinarios, la visita del arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas al virrey, la muerte del médico de este último, un juego de toros el domingo once y una notificación "el promotor fiscal a las monjas de la Concepción y San Gerónimo,

---

[27] .- Idem.

no tengan ni consientan devotos en las rejas y porterías"[28], entre otras. El 28 de febrero anota: "Murió el secretario de cámara Juan de Salcedo; enterráronle en la casa Profesa"[29]. ¿Pariente cercano o el mismo Antonio Salcedo pero con su segundo nombre?

Herencia digna de mención: espejos, retablos, esculturas, fruteros, biombos, escritorios, presumiblemente la casa, estantes, y, en último lugar, una negra llamada Luisa, un mulato y una mula entrenada. Fiel reflejo en su colocación del valor de las cosas, del estado racial en que se desarrolló el virreinato, de las jerarquías adquiridas.

Compañero del célebre jesuíta Eusebio Francisco Kino, el padre Juan María Ratkay dejó un testimonio notablemente semejante sobre la ciudad de México al que pudiesen poner algunos de los cronistas criollos más principales de la época, lo que casi lleva a pensar sobre si existirá un rasgo de cortesía denodado, común entre algunos de los visitantes más destacados del siglo, o una inducción de que las cosas realmente hayan sido así. Dice Ratkay: "La ciudad no es ni por asomo tan grande como Viena. Las casas son muy bajas por causa de los muchos temblores de tierra y las calles muy derechas. En la ciudad hay tanto oro y tanta plata que los interiores de las iglesias están espléndidamente enjoyados. La llamada Casa de la Profesa es más hermosa que el colegio, aunque no tan grande. En el templo de la primera refulge el oro, y contiene tantos hermosos cuadros que difícilmente hay un espacio vacío en los muros. Tienen aquí un colegio donde los sacerdotes y los miembros de la orden se dan lecciones unos a otros -quizás era una manera de hacer penitencia para quienes los escuchaban-. La filosofía está representada tres veces, las otras escuelas dos; sin embargo, no hay más de dos mil quinientos estudiantes"[30].

---

[28] .- Robles, Antonio de, Diario de sucesos notables (1665 –1703) Tomo II, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, segunda edición, México, Editorial Porrúa SA, Colección de escritores mexicanos, 1972, p. 10.

[29] .- Ibidem., p. 12.

[30] .- Ratkay, José María, citado por Bolton, Herbert Eugene, Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, SJ, misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta, prólogo, investigación documental y apéndice bibliográfico de Gabriel Gómez Padilla, traducción

Agustín de Vetancurt no anduvo lejos de tan necesarias explicaciones. Nacido en 1620, y muerto con los últimos días del siglo XVII, vio y describió su siglo como quizá nadie hubiese podido hacerlo. Casi tres décadas mayor que Sor Juana, y dos que Sigüenza y Góngora, Vetancurt es testigo del ascenso de la fama de la Virgen de Guadalupe, de la inundación de 1629, del creciente prestigio del obispo Palafox, de las proezas ante la corte de la décima musa, del motín de 1692, de idas y venidas de virreyes, de autos inquisitoriales célebres, pero más aún, es creador de una dosis importante de la fama que configuró al virreinato. Destacado predicador entre los indígenas, es autor del Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares históricos, políticos, militares y religiosos del nuevo mundo de las Indias,[31] de una crónica de la provincia del Santo Evangelio y de un Menologio franciscano, entre otros escritos de los cuales algunos importantes se hayan perdidos.

Ha sido una recurrente idea en la presentación de los distintos personajes, pero hay que volverla a decir: Vetancurt fue un destacado intelectual en un siglo particularmente dotado de los mismos, habiendo centrado su labor en las ciudades más principales de la Nueva España: Puebla y de México. De él dice Antonio Rubial: "La originalidad de la descripción de Vetancurt radica en ser la primera obra en prosa que quiere mostrar al mundo, en un tratado, la grandeza de la ciudad de México"[32]. (32) Las razones para la existencia de este tipo de escritos las hemos venido entresacando, y constituyen fiel reflejo de la conciencia más acabada del espíritu criollo al momento. Los mismos temas que trata dan fe de lo anterior. La conquista, la construcción y acabado de la traza de la ciudad de México, sus edificios, plazas, calles, acueductos, la Alameda, lo prodigioso del valle y sus

---

de Felipe Garrido, México, Universidad de Sonora, Universidad Autónoma de Baja California, Universidad de Colima, Universidad de Guadalajara, Colegio de Sinaloa, Editorial México Desconocido, 2001, p.124.

[31] .- Véase Vetancurt, Agustín de, fray, Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos y religiosos del Nuevo Mundo de las Indias, Segunda edición facsimilar, México, Editorial Porrúa, SA, colección Biblioteca Porrúa número 45, 1982.

[32] .- Antonio Rubial García, "Presentación" en: Vetancurt, Agustín de, San Vicente, Juan Manuel de, y, Viera, Juan de, La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780), tres crónicas, prólogo y bibliografía Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990, p. 40.

alrededores, muestra un marcado gusto de vivir por aquí. Actualizando la ortografía, brinda generosas descripciones de lo que ve: "Todo lo más de la comarca en cinco leguas está poblado de huertas, jardines y olivares con casas de campo que los ricos de la ciudad han edificado para su recreo: en San Agustín de las Cuevas, paraíso occidental, donde se compiten con gastos excesivos los dueños de las huertas a quién más curiosa la tiene, con invenciones de agua que entretienen, donde la Peña Pobre con lo rico de sus aguas abastece la huerta del Tesorero de la Casa de la Moneda, hace salir de sus casillas para verla aún a los más serios. Coyoacan, Mixcoac y Tacubaya, donde el Olivar del Conde de Santiago, aunque con los aceitunos y olivares todo es uno, precede a todos los olivares como solo; las lomas, y quebradas en tiempo de verano son vistosas con arroyos de aguas tan sonoros, y florestas de flores campesinas"[33].

Mesones, hostales, garitas, cocineras. "Y si lo hermoso de la ciudad está en los que la habitan por la gala y aseo que los adornan; pasan de ocho mil los españoles vecinos, y de veinte mil las mujeres, de que abunda de todos estados, donde sobra el aseo y excede la gallardía, y las más pobres tienen sus perlas, y joyas que le componen; por infeliz se tiene la que no tiene de oro su joyuela para los días festivos, y son pocas las casas donde no hay algo de bajilla de plata que a la mesa sirva. Hay millares de negros, mulatos, mestizos, indios y otras mezclas que las calles llenan, mucho gentío de plebe, y, como dice Arias de Villalobos en su Mercurio: "tanto de esclavos número moreno / cuento de cuentos, y ninguno bueno"[34] Pasan de ocho mil los españoles, distintos en costumbres, galas, aseos, riquezas; distintos también de los negros, que hay que recordar que ninguno es bueno: prejuicios, una muestra más del proceso discursivo en la construcción de la oligarquía.

En las actitudes también devino un eco de la elección y mensajes divinos que, pretendidos para España y recordemos a Mendieta, bien salpicó a sus herederos

[33] .- Vetancurt, Agustín de, ...La ciudad de México en el siglo XVIII, op. cit. pp. 45 y 46.
[34] .- Ibidem., pp. 46 y 47.

criollos. "Lo más singular que puede alabarse es la frecuentación a los Santos Sacramentos, la devoción a lo Divino, la ostentación de tantas fiestas y la liberalidad de los ánimos, no se conoce en el mundo Ciudad donde se repartan cada año tantas limosnas en misas, dotes de huérfanas, hospitales, vergonzantes, mendigos, cofradías y conventos, no tiene número el guarismo para contarlas"[35].

Eco de la Nueva Jerusalén, de la historia ejemplar, de la construcción privilegiada de una clase, se llegó a decir categóricamente, "Alábese México de la ciudad más devota y limosnera que tiene la cristiandad". [36] Cualidad distintiva, entrañable, reflejo de gobernantes, y de quienes dejándolo todo vinieron con extraordinaria fuerza a fundar una nación tan bendecida como la misma España. Su hazañas quedaron signadas además en las construcciones, en el diseño del nuevo rostro de la ciudad criolla, que bien a bien construyeron. "Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, entró por virrey en el año de 1603, el 27 de octubre. Habiendo estado ocho días en Otumba, con su antecesor, trajo a su mujer doña Ana de Mendoza. Empezó los arcos para la conducción de agua, y por la inundación del año de 1604, aderezó la albarrada, hizo las calzadas de Guadalupe y San Cristóbal, y aderezó la de San Antonio con asistencia y disposición de los padres fray Juan de Torquemada, y fray Jerónimo de Zarate, con que tuvo remedio la inundación, y aunque se trató en su tiempo del desagüe general, no se puso por ejecución por inconvenientes que entonces parecieron de importancia, pero limpiaron se las acequias, hicieron en Mexicaltzingo dos compuertas para cerrar y abrir el agua cuando convenga"[37]. No le debemos nada a España, tenemos también un derrame divino, que nos ha permitido construir una bendecida ciudad.

Escenas sobre fiestas, juras a príncipes, la reconstrucción de Catedral, los cabildos varios, la llegada de los primeros gobernantes miembros de lo más selecto de la casa gobernante española, aparecen con gusto denodado, con orgullo y con grandeza, no son, en cierta forma, más que extensiones de la idea de la fama. "Don

---

[35] .- Ibidem., p. 48.
[36] .- Ibidem., p. 49.
[37] .- Ibidem., pp. 64 y 65.

Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, Duque de Escalona y Marqués de Villena, entró con grandes festejos de regocijo por grande de Castilla el 28 de agosto de año de 1640". El virreinato, aunque luego este personaje no tuvo mucha fortuna, comenzó a tener una importancia que abonará en la venida de nobles y en el proyecto de llevar a Palafox y Mendoza a niveles por demás centrales en la jerarquía, esta, de santidad[38].

"Realza las grandezas de la Ciudad Mexicana su insigne Catedral fundada con Bula del Señor Clemente VII, su data a 9 de septiembre, año de 1534"[39]. Y luego otras cosas, que nos son muy familiares, derivadas de las diversas fuentes consultadas: "El Culto Divino, el adorno de la Iglesia, el Coro indispensablemente tan continuo, los ornamentos tan ricos, la riqueza de plata, y oro con que se sirven los Altares, la majestad con que se celebran los oficios divinos, y se predica el Evangelio, la puntualidad, y Señorío de sus Prebendados, hace, raya, y puede competir, y dar envidia a las mayores iglesias de la cristiandad"[40]. El sentido de competencia se encuentra enraizado en la creación de su identidad. Pueden competir con lo mejor del mundo: son semejantes entre ellos, obtienen respaldo social en creencias, opiniones y actitudes. Pueden enfrentar el mágico devenir del ser en la construcción de un objeto de diseño.

Haciendo una comparación directa con las actitudes típicas en la formación de pequeños grupos y sus respectivos rasgos de personalidad, el discurso criollo abundó en tres puntos básicos: como auto descripción, como descripción de la personalidad que a ellos (para el caso) les gustaría poseer y como predicción de la

---

[38] .- Véanse los siguientes trabajos: González Obregón, Luis, Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII, México, Librería de la viuda de C. Bouret, 1908.
Sor Cristina de la Cruz de Arteaga y Falguera, Una mitra sobre dos mundos. La de don Juan de Palafox y Mendoza Obispo de Puebla de los Ángeles y de Osma, México, Gobierno del Estado de Puebla, Comisión Puebla V Centenario, colección V centenario, 1992.
Antonio Rubial García, "Los venerables de la Nueva España. Gregorio López, Juan de Palafox y fray Antonio Margil", en: Rubial, Antonio, Cuadriello, Jaime, et. al. Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750, México, Museo Nacional de Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Patronato del Museo Nacional de Arte, Banamex, CONACULTA, INBA, 1999, pp. 231, 245.

[39] .- Vetancurt, Agustín de, ...La ciudad de México en el siglo XVIII, op. cit. p. 75

[40] .- Ibidem., p. 76.

forma en que se auto-describiría un compañero de grupo, elemento que se muestra plenamente en los escritos de Vetancurt, y en los referidos de Baltasar de Medina y en otros tantos como por supuesto fray Juan de Torquemada. La explicación sugerente es que estos escritores pudieron aglutinar una serie de características de los individuos más semejantes a su yo ideal, su propia clase, y más semejantes, como consecuencia de sí mismos, distintos -en marcada escala- de quienes apreciaban menos: los negros aquellos, los indígenas de 1692, los móviles de Palafox en contra del virrey Marqués de Villena y Duque de Escalona cuando llega la noticia del levantamiento de Portugal y de Cataluña, las invenciones de la Virgen de Guadalupe, y, por supuesto, de la ciudad de México, entre otras cosas.

Su resultado brinca con fuerza por todas partes y se funde en una sola palabra: la atracción. Como se sabe, esta es resultado de las actitudes similares, la coincidencia de creencias, personalidades, raza y nivel económico. De todas ellas es digno representante el criollo en lo individual, como grupo y como oligarquía: prácticamente no hay campo dentro de los elevados en las distintas jerarquías virreinales, donde no se encuentren ejerciendo presión, ya en la disputa por la "alternancia", dentro de la orden de San Agustín y en la Universidad, ya entre mineros y comerciantes, ya en la bendición de las limosnas, o en los milagros varios que los constituían como peculiares. Dice nuevamente Vetancurt en su crónica, y por supuesto estableciendo previamente los juramentos, "declaramos que el referido hecho, caso y suceso de la reintegración de los panecitos de Santa Teresa, que por muchos años se ha experimentado y experimenta en esta Ciudad de México en la morada y casa del muy venerable señor doctor don Juan de Poblete, deán de la Santa Iglesia, varón de ejemplar vida, y por toda ella irreprensible y bien fundada en su notaria, y experimentada humildad: conviene a saber, que molidos los panecitos dichos, y echados en un jarro de agua por mano de Doña Maria Poblete, persona de sumo recogimiento, hermana del dicho señor deán, en breve tiempo se unen y consolidan aquellos polvos, volviéndose a la misma forma de panecitos que tenían antes de molerse con la misma hechura, y la

Imagen de la Santa que en su primera forma fueron hechos y sellados, es y ha sido sobrenatural y milagroso, y permitimos y damos licencia que como milagro se pueda publicar y predicar, para que Dios Nuestro Señor sea también por esta causa glorificado, y cresca en los fieles la devoción y culto de su Gloriosa Santa Teresa de Jesús, y mandamos que esta declaración se ponga en los autos, y se le haga notaria al R. P. Prior, y Convento de Nuestra Señora del Carmen, y se le dé testimonio a la letra de ella si lo pidiere."[41] Fechado el 9 de octubre de 1677, de lo que dan testimonio tanto el arzobispo de México, como el virrey, quien lo manda publicar.

Fiestas y algarabías, campanas todas repiquetearon por la ciudad ante lo afortunado del hecho, por el gusto de la elección divina.

Iglesias, conventos, tribunales, monasterios, la Universidad y sus colegios, la ciudad y sus grandezas, la vigilancia, entre ellos mismos, de los miembros de la casta que hacían imposible que se dieran otro tipo de comentarios, comportamientos y relatos, así ¿cómo no la ciudad iba a tener la grandeza con la que nos es pintada?

La compañía de Jesús, Francisco de Florencia, la Virgen María. Una nueva inyección al perfil que del virreinato pretendieron ofrecer quienes escribieron de él, la continuidad además de una serie de cultos en donde las divinidades femeninas fueron sustituidas por diosas madres, de las cuales la aparición de una y en especial de quien Apareció, del lugar en dónde lo hizo y lo que representó, desencadenó una suerte de hechos colaterales, de los cuales la ciudad nuestra no fue, en última instancia y bajo ninguna circunstancia, desdichada.

Nuestro habitante idealizado se encontraba describiéndose a sí mismo, había fincado las bases de su personalidad deseada, había creado los mecanismos de integración grupal, había materializado además las bases de su personalidad compartida. Francisco de Florencia coadyuvó en buena forma al logro de estos transparentes y sólidos lazos, y con notoria lucidez.

---

[41] .- Ibidem., p. 82.

Nacido también en 1620 pero en la Florida, el padre Florencia profesó en la compañía de Jesús en el año de 1660, habiendo sido rector del Colegio del Espíritu Santo de Puebla en 1680, y del Colegio Máximo de la ciudad de México en 1682. Fue además calificador del Santo Oficio. En él se recuerdan algunos de los postulados más claros que los jesuitas trajeron a la Nueva España, amén de los problemas más inmediatos que tuvieron que resolver, y de los cuales tenemos noticias gracias al primer destacado cronista de la Compañía, el padre Juan Sánchez Baquero[42]. (42)

Dos delimitarán las formas de comportamiento más características de la Compañía, a saber: su relación con los españoles, el primero, y el segundo, su sólida vocación mariana. Dice el padre Sánchez Baquero: "Todos estos padres tan dotados como santos, con su prudente celo, emplearon sus trabajos en la parte más flaca y necesitada del Reino, que fue la conversión de los indios y catecismo de los ya convertidos, y en aprender tantas y tan bárbaras lenguas. Y ésta fue la ocasión de no cuidar tanto de los españoles, teniéndose por llamados con especial vocación de Dios para esta empresa, y no para los españoles; pues de éstos tenían más copiosa mies en España que en las Indias. De este celo tan cuerdo, nació estar esta parte, menos cultivada de lo que convenía, en especial la nueva juventud, nacida en esta tierra, que son los nacidos en ella, de ingenios delicados y muy hábiles, acompañados con una grande facilidad y propensión para el bien o mal, cuales son las ocasiones y ejemplares que se les ofrecen, cuya experiencia se ve en esta tierra como en la que más"[43]. Sánchez Baquero se refiere a los esfuerzos de las primeras tres órdenes que vinieron al virreinato -franciscanos, dominicos y agùstinos- que atendieron la parte más flaca y necesitada del reino: la evangelización y los indios. Los jesuitas, dada la naturaleza del momento en el que arribaron al virreinato, de su vocación como docentes, y, por último, marcados por los vientos del Concilio

[42] .- Véase Sánchez Baquero, Juan, padre, Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España. 1571-1580, México, Editorial Patria, 1945.
[43] .- Ibidem., p. 42.

de Trento, encontraron en los descendientes de los conquistadores un campo fértil para cultivar toda una suerte de compromisos que su misma condición les exigió.

Colegios. No hubo lugar, prácticamente, en donde hubiera un jesuita en que no existiera de inmediato un colegio. Las relaciones sociales que se comenzaron a entretejer por este vínculo con los principales grupos de la oligarquía pronto se mostrarán en forma categórica, ganando fama especial entre los habitantes urbanos, en especial los de Puebla y México. Vuelve a decir Sánchez Baquero: "Pidió la ciudad que se pusiesen estudios para ver en sus hijos el fruto que oían de los de México, y no pareció que podía negarse; y así fue el Padre Provincial a asentarlos, siendo el primer maestro, el Padre Pedro Mercado, que lo había sido hasta entonces en los de México, y regocijó la ciudad con algunas tragedias festivas, dando buen principio a los ministerios de la Compañía"[44].

Lucha en contra de las tragedias. En 1575 azotó una gran epidemia a la población indígena; Sánchez Baquero dejó una peculiar y desgarradora narración de los hechos, abonando en favor de la Compañía para que se diese otra de sus peculiares demostraciones, la generación de elementos simbólicos, hecho que, no obstante haber llegado casi cincuenta años después que la Orden de San Francisco, les permitió ocupar un lugar destacado en la vida novohispana durante el siglo XVII. Cuenta Sánchez Baquero: "...se debe de ponderar la lástima que causaba ver morir tanta gente tan sin remedio y tan sin regalo; porque se infeccionaba una casa y un pueblo entero, sin haber quién pudiese dar un jarro de agua a los caídos; y así es cierto matar tanto el hambre como la peste; porque muchos que cayeron enfermos en casa de españoles, donde tuvieron regalos, sanaron. No había quien amortajase muerto, sino un hoyo grande los echaban a montones por los cementerios. Y acontecía haberse muerto todos en una casa y manifestarse por el mal olor de los cuerpos, hallándolos casi corrompidos, por no haber quien pudiese haber dado

[44] .- Ibidem., p. 82.

aviso. Halláronse a veces criaturas mamando los pechos de sus madres muertas, y transidos para expirar de el hambre"[45].

Marcados por los milagros, reliquias y su devoción mariana, pronto recogieron los rastros de una Virgen, insignificante aparentemente, que tendría poco menos de veinte años de ser venerada en el norte de la ciudad a la llegada de los jesuitas, pero que ocupó y ocupa un lugar destacado en las creencias de México: la Virgen de Guadalupe. Libros varios hemos citado sobre los antecedentes del culto a esta deidad, y Ella puede ser rastreada en múltiples fuentes, pero la necesidad, la emergencia del surgimiento de lo sobrenatural ante situaciones tan notablemente desoladoras como las descritas, son terreno fértil, abono por demás elocuente para que el discurso religioso, y particularmente el de los jesuitas, encuentre apropiado espacio para su expansión. No sin razón, "Pero, por no faltar en nada a lo que se pudiese promover esta nueva iglesia, se ocupó en plantar en ella el culto y adoración de las sagradas imágenes, el uso y frecuencia de las indulgencias, la veneración y reverencia a las santas reliquias, porque se trajeron de España moldes para fundir y vaciar imágenes de metal y se comenzaron a repartir entre los indios con liberalidad, y ellos a recibirlas con mucha devoción, reverencia y confianza del patrocinio de los santos, cuya invocación se les encomendaba juntamente"[46]. Y de allí, tras la muerte de Alonso de Villaseca, gran benefactor de la Compañía, de los primeros residentes importantes en el virreinato, gran acaudalado, su herencia presentó una valiosa bifurcación, que permitió la compra de casas y la creación de colegios, por un lado, y, por el otro, contribuyó a que se diese la fusión de los jesuitas con la Virgen de Guadalupe. Que no llame por tanto la atención que sean los padres Francisco de Florencia y Miguel Sánchez, en el siglo XVII, algunos de los principales promotores para que se diera este culto hasta alcanzar la peculiar fuerza que lo caracterizó.

---

[45].- Ibidem., p. 87.
[46] .- Ibidem., p. 113.

Dice Sánchez Baquero: "Su cuerpo embalsamado, se trajo a esta ciudad con mucha cera y pompa; y habiendo hecho alto en la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, una legua de esta ciudad, cuya imagen toda de plata había hecho a su costa y fundado cierta capilla y capellanía, se detuvo tres días, diciéndole sus oficios y misa con sus hachas encendidas día y noche, mientras se preparaba en México lo necesario para su entierro, que fue con mucha honra, cual suele Dios encaminarla a los suyos cuando el alma está ya segura de vanidades"[47].

Los distintos relatos marianos bajo su advocación guadalupana, recibirán un impulso principal por parte de los miembros de la Compañía, relatos que se verán reflejados tanto por el lugar en donde Ella se apareció, como por las resolutivas de identidad que felizmente resolvía. "Toda aparición portentosa daba origen a un santuario de peregrinación, un espacio separado del resto del mundo, delimitado, inviolable; a veces la imagen mariana suplantaba el culto a una antigua divinidad precristiana, usufructuando una sacralidad de siglos; otras, se imponía en un paraje con características geográficas o históricas que hacían propicia una hierofanía o manifestación de lo sagrado"[48]. Y, luego, "A la necesidad indígena, se unió desde mediados del siglo XVI la de los mestizos y los criollos, que como grupos sin memoria histórica, y distanciados de sus antepasados indios y españoles, buscaban una identidad"[49]. El criollo agregó con peculiar interés a lo anterior su ciudad.

Razones había sobradas para ejecutar algunas de las acciones descritas por el padre Florencia. "Aunque el templo, en que estaba colocada la soberana imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, era bastante capaz y cubierto de artezón de madera, pero no juzgando la devoción mexicana, que era bastante para los debidos cultos de imagen tan prodigiosa, trató de que se hiciese un nuevo y suntuosísimo

---

[47] .- Ibidem., p. 160.
[48] .- Antonio Rubial García "Introducción" en: Florencia, Francisco de y Oviedo, Juan Antonio de, Zodiaco Mariano, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1995, p. 15.
[49] .-Ibidem., p. 18.

templo..."[50], los sustentos de algo muy principal no podían esperar tener cualquier morada.

El padre Florencia en su obra hace una serie de relaciones varias sobre las distintas vírgenes que en la ciudad se encuentran, destacando los puntos cardinales en que estratégicamente se encuentran: "...la ciudad de México se halla favorecida de María Santísima con cuatro santuarios suyos que la rodean, por el norte el de Guadalupe; por el poniente el de los Remedios...por el mediodía el de la Piedad, y por el oriente el de la Bala"[51]. Notablemente favorecida en una advocación que, en sus múltiples desdoblamientos, pobló de diversas maneras capillas, hospitales, conventos, y, lugares especiales como la Catedral y el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, la ciudad se encontraba resguardada. Su simple presencia, su trascendencia y poderoso significado, motivó con creces las constantes modificaciones y reconstrucciones a sus diversas capillas. De Santa María la Redonda tenemos la siguiente referencia, "Pusiéronla entonces en un altar, al lado izquierdo del altar mayor, y allí estuvo con gran veneración de los fieles muchos años. Hasta que el de 1679 el Rmo. P. Fray Francisco Tremiño le hizo fabricar una capilla muy capaz con cuatro ventanas rasgadas, con sus vidrieras cristalinas, que impidiendo el polvo y el aire, le dan mucha claridad"[52]. Y de la Casa de la Profesa esta otra: "En la pared del primer descanso de la escalera, que sube del anterrefectorio a la superior de la casa, había una imagen de la Santísima Virgen de pintura de medio cuerpo con el niño Jesús en los brazos"[53]. Su presencia cotidiana y recurrente pudiese tener distintas explicaciones, pero una de tantas, tan socorrida como las otras, deviene en esta transición de la ciudad del Diablo a la Nueva Jerusalén, a la hazaña criolla, a la construcción de su imagen idealizada, a la creación de su sentimiento de identidad.

---

[50] .- Florencia, Francisco de y Oviedo, Juan Antonio de, op. cit. p. 197 y 108.
[51] .- Ibidem., p. 129.
[52] .- Ibidem., p. 136.
[53] .- Ibidem., p. 156.

Se diese en un único escritor y éste notable, sería una fortuna, que se brinde con generosidad entre los mejores talentos que el siglo ofreció, indica un esfuerzo acaso mayúsculo que incluyó a pintores, arquitectos, fabricantes de retablos y objetos varios de santidad. Si a ello agregamos las constantes fiestas, los arcos, los testimonios dejados en los papeles de la casa del mayordomo de las concepcionistas, una enorme devoción mezclada de mil cosas más se encontraba presente en cada objeto diseñado, y, por qué no, también en la ciudad.

Un último ejemplo nos lo ofrece Sigüenza y Góngora: Paraíso Occidental[54]. El simple nombre indica ya algunas de sus intenciones, la difusión de biografías de mujeres que lindan con la santidad y en la Nueva España. Aparecido en 1684 con un título tan largo como sus propias inferencias, el término "paradisíacos", fue remitido a las condiciones propias de los conventos femeninos, con la peculiar característica de mostrar que estos lugares fueron extraordinariamente aptos para el florecimiento de los mejores paradigmas de comportamiento femenino, localizados, por supuesto, en las mujeres criollas y españolas, ejemplos a seguir para la sociedad urbana toda.

Todo convento tuvo una advocación, todo convento tuvo una fiesta, todo convento tuvo una historia fundacional. Sigüenza y Góngora relata la del Convento Real de Jesús María, escenario en donde se desarrollaron algunas de las vidas de estas monjas ilustres. Ejemplos de virtudes, mortificaciones, tentaciones diabólicas, visiones, profecías, y monjas por todas partes. Material, como ha sido ya, para novelas varias.

Margarita Peña apunta que es muy probable que el autor esté utilizando biografías directas de las monjas para componer su libro, pero ello no le resta mérito. Si en la ciudad se habían encontrado formas sólidas de identidad por la construcción de su auto imagen, esta derivó también en pautas estrictas de comportamiento que oscilaron desde las limosnas, hasta las virtudes máximas del

[54] .- Véase Sigüenza y Góngora, Carlos de, Paraíso Occidental, prólogo de Margarita Peña, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1995.

contacto cotidiano con las esposas del Señor. El ciclo se cierra, y si hay algo que destacar de este hecho, fue la extraordinaria lucidez del mundo que fue creado por la existencia de los descendientes de los conquistadores. Su hazaña lindó con creces con la de sus fantásticos y temibles abuelos.

Mircea Eliade relata: "Si observamos el comportamiento general del hombre arcaico nos llama la atención un hecho: los objetos del mundo exterior, tanto, por lo demás, como los actos humanos propiamente dichos, no tienen valor intrínseco autónomo. Un objeto o una acción adquieren un valor y, de esta forma, llegan a ser reales, porque participan, de una manera u otra, en una realidad que los trasciende. Una piedra, entre tantas otras, llega a ser sagrada –y, por tanto, se halla instantáneamente saturada de ser- por el hecho de que su forma acusa una participación en un símbolo determinado, o también porque constituye una hierofanía, posee mana, conmemora un acto mítico, etcétera. El objeto aparece entonces como un receptáculo de una fuerza extraña que lo diferencia de su medio y le confiere sentido y valor. Esa fuerza puede estar en su sustancia o en su forma ; una roca se muestra como sagrada porque su propia existencia es una hierofanía: incomprensible, invulnerable, es lo que el hombre no es. Resiste al tiempo, su realidad se ve duplicada por la perennidad"[55].

Muchas de las estructuras de comportamiento del hombre arcaico no han desaparecido, ni en el siglo XVII ni por supuesto en el siglo XXI. Las piedras acumuladas en un edificio o en una ciudad de alguna manera, siguen manifestando el comportamiento sagrado y simbólico que ha sido característico en el hombre desde que este adquirió tal nombre. Así como la de hacer poèsía, o la de diseñar, hablar, jugar o reír, la creación en los objetos de un sentido de valor característico es peculiar e inherente a los seres humanos, manifestación esta que oscila dependiendo del momento y lugar histórico característicos, pero inevitablemente presente a lo largo del trayecto por el tiempo en nuestra condición

[55] .- Eliade, Mircea, El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición, tercera edición, Madrid, Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, número 379, 1980. p. 14.

como especie. La Nueva España no estuvo ajena a estos influjos, y lo mejor de ello es que nos dio un retrato humano y comprensible de quienes fueron nuestros vecinos. No en todo fue la apabullante victoria, véanse por ejemplo los fracasos repetidos para beatificar al obispo Palafox y Mendoza. Ni fuimos descendientes del pueblo elegido de Dios, ni hemos logrado armonizar del todo nuestro pasado con el presente, pero el manto de santidad y de simbolismos que agregaron al territorio y a las ciudades en particular, sigue siendo una de las mejores herencias que los hombres y mujeres del pasado nos legaron para la construcción de la siempre e indispensable, mejor de las ilusiones posibles.

La ciudad de México en el siglo de Sor Juana, pequeño ejercicio de recapitulación. Capítulo cinco. Conclusión.

"No quiero más cuidados
de bienes tan inciertos,
sino tener el alma
como que no la tengo".

Sor Juana Inés de la Cruz.

"Uno vive en verdad un tiempo breve; el resto de la existencia –no importa cuánto dure- se va en recordarlo, en escribirlo, en sorberle lo que sólo ahora destila".

Ricardo Garibay.

"La naturaleza había hecho de ella sólo un cordero: la religión hizo de ella un ángel".

Víctor Hugo.

José Saramago, como viajero, conoció Portugal en forma amplia y lúcida, tal y como algunos de quienes nos han acompañado, conocieron y escribieron sobre la Nueva España en el siglo XVII. Este tipo de sensación y curiosidad, de coincidencias, cabría preguntarse, ¿acaso serán características únicas de los relatores de viajes, cuyos síntomas más inmediatos son un irrefrenable apetito de misterio?, o quizá, en su definición misma, tengamos sólo un producto intemporal de paralelismos que muevan al viajero a convertirse en un escritor atento de todo, de lo que sorpresivamente va viendo, a diferencia de quienes, por ser habitantes del lugar observan a lo largo del paso de muchas horas y que quizá les resulte atractivo, pero en otra forma. Para uno es la sorpresa por el portento del

descubrimiento, para el otro sólo lo novedoso, lo que rompe lo cotidiano, lo que marca una estructura que puede ser única de vez en vez, puede adquirir este nivel: estos últimos se encuentran llamados por otras cosas, por una vida en cuyos asombros más cotidianos, cuyas emergencias diarias responden al vivir y sobrevivir, que en algunos se alcanza a dibujar claramente en el proyecto de lo que será mañana, en tanto que en otros la nostalgia, la pérdida, la alegre remembranza de una vida entrelazada con mayor fuerza a su inmediato pasado, a costumbres familiares y experiencias, puede que sea una de las semillas que ventile el acalorado paso de su existencia. No obstante, entre todos ellos destaca siempre el hambre por lo no visto, y el asombro ante el descubrimiento de lo inusual: una fiesta, una procesión, un milagro. Poseen, lo que Platón demanda eternamente del filósofo: contemplar al mundo siempre como novedad. No obstante la confusión entre ilusión y realidad, entre milagro y desesperanza, confusión característica de la época, existieron sólidas razones para que los distintos grupos vieran con notables diferencias a un único y diferenciado espacio: la ciudad de México. ¿Qué tuvo esta ciudad, qué deslumbrantes efectos producía, para que unos vieran en ella la suma de las cualidades humanas más elevadas de las que formaban parte, otros la realización de un proyecto religioso que apuntaba hacia el fin de la historia, y otros, quizá los más, vieran el odioso espacio de sometimiento y humillaciones, de desarraigo, de nostalgia que les recordará que alguna vez este lugar fue su definitiva casa?

Característica esencial de la ciudad por donde hemos andado, característica también de sus diversas fuentes, característica que siempre aparecerá en lo que escribamos sobre un hecho que de alguna manera intuimos pero ya no podemos comprobar; de la ciudad sobrevivieron sus discursos, nunca su verdadera imagen.

En una brillante descripción de sus viajes por Portugal, José Saramago nos deja una muestra de lo que bien pudo haber sido nuestra ciudad, cambiando de ella por supuesto sujetos, nombres, situaciones y lugares, pero en donde encontramos un atemporal y universal parecido. El espíritu de viajero se muestra deslumbrante en

la siguiente referencia, y con ello, al describir Mafra, particulariza algo de la ciudad nuestra. En el sentido de los escritos, alcanza una órbita y una dimensión que quizá deriven en un arquetipo y en una poderosa hermandad con otras tantas moradas humanas, en tiempo y en espacio: las ciudades se pueden reconocer como semejantes y, en las peculiaridades propias de la nuestra, contemplar su extraordinario logro, su gran Odisea, el orgulloso producto de la sólida hazaña que el criollismo realizó. Dice el escritor portugués: "El convento de Mafra es grande. Grande es el convento de Mafra. De Mafra es grande el convento. Son tres maneras de decir, podían ser algunas más, y todas se pueden resumir de esta manera simple: el convento de Mafra es grande. Parece que esté bromeando el viajero, pero es que no sabe como agarrar esta fachada de más de doscientos metros de anchura, esta área ocupada por cuarenta mil metros cuadrados, estas cuatro mil quinientas puertas y ventanas, estas ochocientas ochenta salas, estas torres con sesenta y dos metros de altura, estos torreones, este cimborio". Y adelanta: "Vio el viajero el atrio, con las estatuas que vinieron de Italia: tal vez sean obras maestras, quién es él para ponerlo en duda, pero lo dejan frío, frío. Y la iglesia, amplia, pero desproporcionada, no consigue temperarlo".

"No han faltado santos en este viaje, pero, todos juntos, no sumarían quizá los que aquí hay. En iglesias de aldea, y en otras mayores, media docena de santitos hacen fiesta, y a muchos de ellos festejó el viajero, los alabó, y hasta llegó a creer en sus pregonados milagros. Sobre todo, vio que eran obras de amor. El viajero se conmovió muchas veces ante toscas imágenes, muchas de perfecto arte lo impresionaron hasta el estremecimiento, pero este San Bartolomé de piedra que muestra su piel desollada, le causa una indefinible repugnancia. La religión que las imágenes de la iglesia de Mafra exhiben es una religión de beatos, no de creyentes"[1].

[1] .- Saramago, José, Viaje a Portugal, traducción de Basilio Losada, segunda reimpresión, México, Editorial Alfaguara, 1999, p. 252.

Esta amena sugerencia, a estas postreras alturas, deviene necesariamente en decir y resumir: la ciudad de México fue grande, grande fue la ciudad de México, de México grande fue su ciudad. El resultado más inmediato de esta afirmación no es derivado directamente por la descripción de su físico tamaño, que como ha sido mencionado, más bien correspondió a una ciudad pequeñita, sino más bien por la enorme magnitud de sus aspiraciones y por muchas de las cosas que en ella pasaron. ¡Qué gran semillero, qué gran escenario fue! Fue el sueño y la utopía de una casta que al poder económico, agregó indispensablemente, los discursos y diseños, los escritos y espejos, que políticamente demandaba su existencia en el mundo. Fue la creación de su propio discurso de fundación, del que con inteligencia supo nutrir de distintas fuentes, y esto no lo hizo sin fortuna, ni presencia, ni intrascendencia. La enorme lista de grandes artistas e intelectuales que habitaron en sus conventos o que recorrieron sus calles, que enseñaron en sus colegios y en la Universidad, que construyeron y reconstruyeron su propio espacio, son testimonio de una ciudad por demás viva e inquieta en lo espiritual y también en lo material, suma de los diferentes terrenos que presenta la condición humana. Activa, dejó como muestra la relevancia de sus actos: descripciones de fiestas, sus importantes palacios y casas, sus extraordinarios cultos, sus consabidas procesiones, sus magníficos escritos; todos ellos acrecentaron su sentir y su razón de ser, de alguna manera, ya mexicanos.

Además de las explicaciones históricas o sociológicas que pudiesen existir en la construcción primaria de lo que a la larga será nuestro país, este siglo y sus habitantes, aunque distanciados de los términos modernos con què ahora nos manifestamos, reflejaron en sus acciones un poderoso amor por su nación y su futuro, que, obligadamente, en el presente, nos debiese convertir en agradecidos y amables deudores. A pesar de lo lastimoso y reprobables que nos pudiesen haber parecido muchos de sus actos, los de fe inquisitoriales por ejemplo, los resultados patentes de los mismos se encuentran allí: en la Virgen de Guadalupe, en que hayamos aprendido castellano, en que nos hayan dejado pistas para hacer más

lúcido su mundo y con ello el nuestro . Resulta entendible, por tanto, el espíritu que la ciudad brindó para que en la misma se dieran las alabanzas escritas de fray Juan de Torquemada, de Carlos de Sigüenza y Góngora, de fray Agustín de Vetancurt, entre otros, y explicable a pie juntillas, nuevamente, aquella afirmación que Francisco de la Maza pone en su libro sobre El guadalupanismo mexicano y que referimos en la introducción de este trabajo: "Es la admiración la que me impulsó a escribir estas líneas que son un férvido homenaje a mis hermanos criollos del México que se llamó la Nueva España", e imitándolo, fue también parte central que nutrió al presente esfuerzo.

Es la misma idea, es el mismo aliento, es la misma admiración y homenaje a quienes en este mismo espacio algún día fueron nuestros amables vecinos, que escribieron, diseñaron e impulsaron discursos varios sobre ese amor ambivalente que les representó su propia ciudad: como objeto diario, como objeto en el que necesariamente se vieron reflejados, y en el que vivieron contra viento y marea, a pesar de inundaciones, epidemias, malas cosechas, miserias, pobreza y algunos incómodos habitantes que alguna vez fueron los dueños más principales del lugar. Así fue su vida, no esperemos encontrar la perfección en ella.

No todo fue necesariamente tinta y papel. Hubo otro tipo de manifestaciones y de representaciones que nos dejaron más un deseo que la realidad misma, tangible y mesurable, como hoy día interpretamos a dicha palabra, pero que ya en el tiempo quizá sea más perdurable. Hay que recordar, y volver a insistir, que en el siglo barroco tal distinción careció de sentido, convirtiéndose por tanto en una sólida base para mostrar muchas de las sorprendentes hazañas que de alguna forma hemos venido atestiguando. Una serie de biombos ahora ya famosos, entre los que destaca el de la colección del Museo Franz Mayer, a los que se agrega la "Forma y levantado de la Ciudad de México", de Juan Gómez de Trasmonte del año de 1628, abundan más en esta materia. El primero, que consta de diez partes, presenta una perspectiva idealizada, con vista del poniente hacia el oriente, en primer plano de la ciudad de México, que va del norte en una imagen curiosa de

la Villa de Guadalupe, hasta el límite extremo, al sur que corresponde con San Antonio Abad. Anuncia con mayor puntualidad el extremo que correspondió al acueducto que desembocó en el puente de la Mariscala, casi como exhibición de una hazaña, que felizmente pudo estar hermanada a otras tantas, cuyo rostro más elevado fue ese impulso civilizador que constituyó la implantación de la religión católica.

Setenta puntos destaca de la ciudad este biombo, y sus proporciones se encuentran planeadas para comprenderlos a todos. Difícilmente pudiésemos buscar en él un rastro por demás "exacto" para encontrar los tamaños y medidas de las calles y las casas dominantes, la obtención de un mapa que nos ayudase a reconstruir un plano extremadamente delineado, como los que siglo y medio después se mandaron hacer, primero bajo el cuidado de Ignacio Castera en 1776, y luego, por Ildefonso Iniesta Vejarano en 1782. Pero sí, por lo contrario, se asoma con fuerza esta lucidez y afecto criollo por México, por el prestigio y el gusto que se ven consagrados en la materialidad de las cosas diseñadas, de las cosas que insertó para mejorar y engrandecer la ciudad que de alguna forma recibió de los mexicas, mostrándola ya en su momento como propia, como suya, como emblema y ejemplo afortunado para las ciudades del mundo todo. En poco más de cien años esto es lo que ha hecho España en América, pero más aún, esto es lo que muestra orgulloso el criollo al mundo dentro de su temprana existencia: digno de aplauso y admiración.

Comenzando por la Catedral, huye pronto la numeración hacia la Basílica de Guadalupe, símbolo por demás central desde el siglo XVII, para llevar su largo peregrinar por Santiago Tlatelolco, Santa María, Santa Ana, San Hipólito, San Francisco, Santo Domingo, el Carmen y San Agustín, sin olvidar, por supuesto, los conventos de monjas, la Universidad, el calvario, Palacio, y los acueductos. Destaca, y quizá no sea un problema de perspectiva o de olvido accidental, la ausencia del santuario de los Remedios y de los conventos franciscanos de Tacuba, y Xochimilco, que, si bien no pertenecían directamente al espacio mismo de la

ciudad, con los trucos que estos dibujantes conocieron, pronto pudieron haberlos resuelto e insertado de alguna manera. Tan distante estaba la Villa de Guadalupe de la ciudad de México, como el pueblo de Tacuba o Xochimilco de la misma.

Un nuevo emblema encontraba cabida, de origen indígena, local, pero de construcción netamente criolla, un emblema que ofrecer en oposición a los europeos. Casi como si fuera un categórico grito que marcara el inicio de un permiso para existir.

Contrario a las ausencias de omisión, resalta lo bien ordenado que aparece el rumbo de la Lagunilla, y el de Santiago Tlatelolco, como el resto de la ciudad. Tal vez las virtudes de la presencia criolla se contagiaron, así como las enfermedades, hacia los antiguos residentes del valle. En esta fotografía todos debemos aparecer sonriendo, no hay lugar para mostrar lo peor de nosotros mismos. Es más sano e inteligente lo que hace Sigüenza, quizá más necesario y, peor aún, quizá indispensable : siempre idealizó a los indígenas en tanto se tratase de su pasado, en el presente, los detestó como vecinos y más a raíz del motín de 1692; los menospreció por sus acciones y por sus reclamos, por el incendio provocado.

¿Fue realmente la ciudad así, o nos encontramos con otro ejemplo de la construcción idílica de la nobleza y de la fama tan socorridas por el criollo, en cuyo espejo siempre aparecieron los espacios y construcciones por él ocupados? La respuesta parece más bien estuvo orientada en este último sentido: las Actas del Cabildo nos han mostrado que hasta el idílico ayuntamiento no pocas veces se encontró en ruinas.

Lo que de alguna manera se venía entretejiendo en otras esferas, pronto involucró a la ciudad de México. Dice Antonio Rubial: "El mito de Quetzalcóatl-santo Tomas es una clara muestra de la principal inquietud de los clérigos criollos. Para ellos, el rescate y desdemonización del pasado mexica era algo supeditado a un interés mayor: comprobar que Dios había obrado en estas regiones tales prodigios y maravillas, incluso desde los tiempos prehispánicos, que bien podía considerárselas como una parcela del paraíso. La existencia de portentos y

milagros hacía a la Nueva España un territorio equiparable al de la vieja Europa, y la convertía en un pueblo elegido. Por tanto, mostrar la presencia de lo divino en su tierra fue para el novohispano uno de los puntos centrales de su orgullo y de su seguridad. A pesar de que el rescate del pasado estaba inmerso en una visión mitificada, su búsqueda refleja la necesidad de encontrar las raíces, los orígenes de una patria que se está construyendo. Como sucedió con la invención de un mundo prehispánico clásico, aquí de nuevo se injertaba en la memoria histórica un pasado mítico que le daba validez al presente"[2] La divinidad sólidamente ya estaba presente, y el lugar que escogió la Virgen de Guadalupe para la construcción de su ermita fue algo más que una casualidad: fue la ciudad de México.

Podemos intuir, curiosa cosa, más la imagen que quiso presentar de sí misma esta clase, que la que verdaderamente tuvo, y en especial en el espacio en donde vivió. Cosas de los biombos, pero también y con mucha fuerza, cosas del medio en donde estos fueron creados; a pesar de su forma, su discurso no podía ser de otra índole, no podían ser distintos de cómo realmente fueron.

Sin habitantes, sin problemas en ellos aparece México con aguas cristalinas y azules por todas partes, verdor en los alrededores, lejos, como si nunca hubiesen existido, están las fritangas y los cerdos nocturnos, la basura y los recurrentes peligros de inundaciones, los robos de leña y las casas del cabildo en creciente deterioro, los acueductos dañados y el constante peligro de alzamientos indígenas por falta de alimentos. Adelantándose a su época, se nos presenta casi como si fuera folleto turístico. En las idealizaciones no hay espacio para estas cosas diarias, en la formación de una conciencia no cabe lo oscuro y denigrante, lo mal oliente y desagradable; no caben quienes no pertenezcan sólidamente al grupo, más aún cuando estamos inmersos dentro de una sociedad notablemente estratificada. Fue su fuerza y su razón, uno de los elementos más representativos que tuvo.

---

[2] .- Rubial García, Antonio, La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1999, p. 63

Mijail Bajtin abunda también sobre estas cosas, pero para el caso nuestro se presentan en forma inversa. En su conocido trabajo sobre la cultura popular en la Edad Media[3], anota un fenómeno con el que hemos encontrado un conjunto de coincidencias, aunque bajo otros disfraces: "Ninguna fiesta se desarrollaba sin la intervención de los elementos de una organización cómica; así, para el desarrollo de una fiesta, la elección de reinas y reyes de la 'risa'". Concluyendo. "Todos estos ritos y espectáculos organizados a la manera cómica, presentaban una diferencia notable, una diferencia de principio, podríamos decir, con las formas del culto y las ceremonias oficiales serias de la Iglesia o del Estado feudal. Ofrecían una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferente, deliberadamente no-oficial, exterior a la Iglesia y al Estado; parecían haber construido, al lado del mundo oficial, un segundo mundo y una segunda vida a la que los hombres de la Edad Media pertenecían en una proporción mayor o menor y en la que vivían en fechas determinadas. Esto creaba una especie de dualidad del mundo, y creemos que sin tomar esto en consideración no se podría comprender ni la conciencia cultural de la Edad Media ni la civilización renacentista"[4]. Elemento por demás característico y común a distintas sociedades, la existencia de un mundo "oficial", perfiló algunas otras características de la ciudad: la influencia de la magia africana y la supervivencia de ritos indígenas.

Pero no obstante en nuestro caso encuentra una notable diferencia, que hace que únicamente sea una semejanza. Esta estriba en que en tanto la Europa medieval vive el ocaso en su época "otoñal", utilizando la famosa analogía que signó Huizinga, la sociedad criolla se encuentra en proceso de construcción, casi en búsqueda de su "primavera". Una dualidad del mundo sí, una necesidad de fiestas también, la celebración de derroches como en el Carnaval, por supuesto. Pero sus demandas serán otras, la venta de su prestigio y de su porvenir que se encuentra

---

[3] .- Véase Bajtin, Mijail, La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais, traducción de Julio Forcat y César Conroy, segunda reimpresión, México, Alianza Editorial, colección Alianza Universidad, 1993.

[4] .- Ibid., p. 11.

en lo inmediato y en lo por realizar; su mejor rostro apenas se está dibujando, al margen en muchas ocasiones del mundo "oficial", del mundo que le impuso modas y costumbres, como la estructurada jerarquía peninsular por la que se sentía atraído y que de alguna forma lo rechazaba; es Nueva España que ante Europa ofreció como respuesta su propia inventiva, sus propias creaciones, en clara semejanza con la visión que describe Bajtin, delimitando lo peninsular de lo criollo, en pasado, presente y futuro. Para la baja Edad Media fue la cordialidad ante la muerte, para el naciente virreinato, el anhelante gusto ante la vida.

El varias veces citado Francisco de la Maza lo pone de manera enfática y quizá recurrente para nosotros pero del cual nunca estará por demás traerlo a colación: "El guadalupanismo y el arte barroco son las únicas creaciones auténticas del pasado mexicano, diferenciales de España y del mundo. Son el espejo que fabricaron los hombres de la Colonia para mirarse y descubrirse a sí mismos"[5]. Primero, cosa del pueblo y no de los sabios, luego cosa de sabios difundida y justificada ante el pueblo. Poderosas razones como hemos visto, y derramadas en todos los ámbitos, asisten a esta fundada motivación.

Otra muestra la tenemos en el conocido plano titulado "Forma y levantado de la ciudad de México" que realizó Juan Gómez de Transmonte en 1628. Siguiendo la misma perspectiva mostrada por el biombo, aunque de alguna forma precursor de aquel, el orden sumado a la ausencia de contradicciones, son notables. Un paraíso, una ilusión, una idealización. Nuevamente, la ventana que se abre corre de poniente a oriente, dejando el norte hacia la izquierda. Pasan por él los conventos de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, el de los padres de la Compañía de Jesús, los mercedarios y los frailes de Nuestra Señora del Carmen; los conventos femeninos, los hospitales, parroquias y colegios. Luego, la total armonía como resultado de la presencia española; así, ¿cómo no se iban a enamorar de esta ciudad los ilustrados virreyes del siglo XVIII? Porque a la ilusión de la traza siguió

[5] .- De la Maza, Francisco, El guadalupanismo mexicano, México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, número 37, 1984, p. 10.

necesariamente el decorado de lo que nunca fue. Por destacar algunos beneficiarios: la acequia del Carmen, de aguas prístinas, aparece como una línea perfectamente integrada, lo mismo que el barrio de la Lagunilla, o los que estuvieron allende al convento de Santiago Tlatelolco. Plazas, iglesias, jardines y luego haciendas y zonas de apacible verdor.

Cristóbal de Villalpando, a finales de siglo, formó también parte de este proceso, y sus pinturas de la ciudad, aunque nutridamente pobladas y seguramente ruidosas y llenas de olores, muestran una proyección sensiblemente acotada; tal parece que ya no es la negación por la negación misma de ciertos procesos y dinámicas sociales, sino que parece ser la creación de una respuesta alternativa a por qué las cosas se dieron en la forma en que se dieron, y que vinieron más a propósito de los múltiples problemas que en la ciudad y el virreinato se estaban planteando. Carruajes, religiosos aquí y allá, criollos y mestizos, algunos caballos, damas cuyo sueño y anhelo máximo se encontraba en la corte, indios, puestos de mercado, la catedral y el palacio del virrey. Una ciudad más viva, una ciudad que dialoga, una ciudad que ha aprendido a vivir con sus diferencias a cuestas.

Si así fue, cómo no van a aparecer las frases a propósito de Bernardo de Balbuena: "México hermosura peregrina, / y altísimos ingenios de gran vuelo, / por fuerza de astros o virtud divina; / al fin, si es la beldad parte de cielo, México puede ser cielo del mundo, / pues cría la mayor que goza el suelo".[6] Y cómo no iban a estar, como remate de lo anterior, en las letras de Sor Juana, un saludo hacia su naciente patria : "Así, excelso Señor, claro Neptuno, / en el paterno amparo y oportuno / vuestro, la tantos años esperada / perfección deseada, / libra la soberana en cuanto brilla / Imperial Mejicana maravilla, / que pobre en sus acciones / de las que merecéis demostraciones, / si de deseos rica, / aquesta triunfal máquina os dedica, / de no vulgar amor muestra pequeña / que arrogante

[6] .- de Balbuena, Bernardo, La grandeza mexicana y compendio de apologético en alabanza de la poesía, estudio preliminar de Luis Alfonso Domínguez, sexta edición, México, Editorial Porrúa, colección "sepan cuantos...", número 200, 1997, p. 91.

desdeña / las de la ostentación muestras pomposas, / reducida a verdades amorosas".[7] Imperial mexicana maravilla, y todo, absolutamente todo: el mundo y sus glorias, en un reducido espacio.

Mas no todo fue tan feliz ni tan digno de elogiosas memorias y creativas invocaciones. Sigüenza en su relato del tumulto de junio de 1692 no duda en acusar enfáticamente. "Como nunca (entrando el tiempo de su gentilidad) llegó la borrachera de los indios a mayor exceso y disolución que en aquestos tiempos en que, con pretexto de lo que contribuyen al Rey Nuestro Señor los que conducen, abunda más el pulque en México, solo en un día que en un año entero cuando la gobernaban idólatras. Al respecto de su abundancia no había rincón, muy mal he dicho, no había calles ni plaza pública en toda ella, donde, con descaro y con desvergüenza, no se le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio, que cuerpos se le ofrecieron en sus templos gentílicos en los pasados tiempos; las muertes, los robos, los sacrilegios, los estupros, las bestialidades, las supersticiones, las idolatrías, contra que tantas veces se declamó en los púlpitos y se escribió en los libros, ¿quién duda que tenían ya (si así se puede decir) enfadado a Dios, y quién duda que, tomando por instrumento a los consentidos, quiso hacer un pequeño amago para castigar a un lugar donde tanto se había ofendido en esta línea? Si falta enmienda perfeccionara su justicia"[8]. Los vecinos. Obviamente estas cosas no podían aparecer en los celebrados cuadros, ni en los mejores discursos que la clase en formación se encontraba delineando: una oligarquía en proceso de consolidación, pujante en muchos sentidos, sólidamente diferenciada ante los otros, con una concepción propia que adivinaba por mucho ya un proyecto, marcaba con claridad sus límites tanto raciales como de conducta. Es el criollo, pero también es el influjo de la Compañía de Jesús y del Concilio de Trento.

---

[7] .- Sor Juana Inés de la Cruz, "Neptuno alegórico", en: Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz, tomo IV, Comedias, Sainetes y Prosa, edición, introducción y notas de Alberto G. Salceda, México, Instituto mexiquense de cultura, Fondo de Cultura Económica, colección Biblioteca Americana, número 32, 1994, pp. 409 y 410.

[8] .- Sigüenza y Góngora, Carlos de, Relaciones históricas, selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Estudiante Universitario, número 13, 1940, pp. 165 y 166.

Una dinámica urbana que en lo económico fue contundente, que destaca el uso que en tanto renta del suelo, valores de uso y cambio, algunos no necesariamente orientados hacia la acumulación de capital, se fueron generando. Venta de casas y solares entre diferenciados actores: de particular a particular, entre particulares y conventos femeninos, entre particulares y el cabildo; testamentos y herencias que muestran algunos de los principales intereses económicos arraigados en el virreinato, cuyo beneficiario último era una orden o un convento. Aunque los fines más inmediatos de la vida bien se encontraban en otra parte, en lo terrenal no hubo impedimento alguno para un detallado comercio inmobiliario, origen de aquellas cosas que con más fuerza serán óbices tanto para el empedrado de la ciudad, la construcción del drenaje y el levantamiento de banquetas e impuestos prediales en el siglo XVIII[9]. (9)

Las disputas discursivas tuvieron otro tipo de manifestaciones en los órdenes más cotidianos de las calles y casas en las que estuvieron asentadas. Testigos estas de las rabietas de Sigüenza o las hazañas de papel y tinta de Sor Juana, dejan la impresión de que nada hubo más alejado de la verdad que los planos referidos tanto en el biombo, como en el levantamiento de Gómez de Trasmonte. Una ciudad extraordinariamente dinámica se estaba construyendo y muestras de esta cualidad se encontraban presentes desde el siglo XVII.

Noticias varias aparecen en el ramo de tierras del Archivo General de la Nación a propósito de la dinámica inmobiliaria, que acusan no sólo a la ciudad, sino que involucran también a poblaciones que en algunas ocasiones fueron distantes; en el reiterado formato que les es característico, tenemos entre muchos ejemplos los tres siguientes: "Concurso de acreedores a bienes del Capitán Antonio Sedano. Inventario de las haciendas de San Cristóbal, San Juan, la Santísima Trinidad,

---

[9] .- Véanse los trabajos, algunos ya citados, de: Sánchez de Tagle, Esteban, Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento del Distrito Federal, 1997. Y, Sánchez de Tagle, Esteban, Valero, Ana Rita y Martínez, Sergio, Padrón de frentes e historia del primer impuesto predial, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Instrumentos de Consulta, número dos, 1997. Y, Von Wobeser, Gisela, El crédito eclesiástico en la Nueva España Siglo XVIII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Coordinación de Humanidades, 1994.

Santa Lugarda, la Encarnación y Cuerambaro, la Sauceda, el Saucillo, y Potrero de Sinapa. El convento de Jesús María, de la ciudad de México, sobre el mismo asunto"[10]. (10)

O, en algunas más cercanas a la ciudad nuestra, "Testimonio de las escrituras de las casas de los portales de la plazuela de Santo Domingo, pertenecientes a la archicofradía de Nuestra Señora del Rosario, fundada en el convento imperial de predicadores de la ciudad de México. Estas casas pertenecieron al doctor Juan de Melgarejo y fueron rematadas por su albacea Francisco Antonio de Medina y Picazo. Aparecen como propietarios sucesivos a partir del capitán Sebastián Hidalgo Rangel. Contiene linderos y copia de los testimonios de censos que sobre ellas se impusieron. Concurso de acreedores a los bienes del capitán Sebastián Hidalgo Rangel y relación de los bienes de Juan Melgarejo"[11].

Y como estas dos muchas más, en las que de vez en vez se asoma una previsora y amable donación. "Real provisión a pedimento de los PP Felipenses de la Casa de la Profesa de esta ciudad, en los autos que siguen contra los bienes de doña Juana Gutiérrez, viuda del tesorero Juan Ruiz de Rivera, por $20 000.00 que en su testamento aparece les donó"[12].

Algunos muestran que lo adelantado de la comercialización con el suelo no fue cosa exclusiva de Inglaterra, como constitutivo de los patrones de acumulación de capital clásicos, (capital financiero, capital comercial, teoría de la plusvalía y renta del suelo), sino que estuvo presente, y con extraordinaria fuerza, entre los principales actores que constituyeron la sociedad novohispana, habiendo ocupado un papel central los conventos de religiosos, en especial los de monjas, como es notado en el testamento del mayordomo de las concepcionistas al que nos hemos referido.

---

[10] .- "Concurso de acreedores a bienes del Capitán Antonio Sedano", Volúmenes 142, 143 y 144, Ramo tierras, 1688, Archivo General de la Nación.

[11] .- "Testimonio de las escrituras de las casas de los portales de la plazuela de Santo Domingo", Volumen 2237, expediente 1, Ramo Tierras, 1665, Archivo General de la Nación.

[12] .- "Real provisión a pedimento de los PP Felipenses de la Casa de la Profesa", Volumen 2964, expediente 33, Ramo Tierras, 1609, Archivo General de la Nación.

Fiestas, procesiones, construcciones, gente y más gente. Jorge Alberto Manrique anota con claridad un síntoma que, aparentemente pudiese ser intrascendente en otro tipo de culturas, pero que para la novohispana fue por demás incentivo para realizar variadas acciones, desde los cohetes por el nacimiento de una bebita, hasta los procesiones que acompañaron a la muerte de un virrey: "La primera nobleza criolla y una burguesía cada vez más definida y con aspiraciones muy concretas, que se expresa sobre todo en los cabildos municipales, necesita también lucir al lado de las autoridades civiles, los tribunales y las "religiones". De toda esta nueva situación es manifestación brillante la catedral; ahí cada quien tiene su sitio jerárquicamente establecido, cada quien encuentra satisfacción a sus afanes de contar de alguna manera dentro del todo social"[13]. Y qué mejor que al criollo este tipo de construcciones, qué mejor que a este personaje se le muestre reiteradamente las jerarquías, precisamente a él que está empujando por estar en la cumbre. Estas jerarquías invadieron con fuerza la colocación de santos al interior de las iglesias, en un orden celestial reflejo del terrenal, en sus fachadas y en sus retablos, como con lucidez ocurrió en la construcción de ese cimero ejemplo que es Santa Prisca en Taxco[14], y cuya secuela se mostró con fuerza entre aquellos deseosos buscadores de identidades, y formuladores de proyectos, que fueron nuestros vecinos criollos.

La doctora Vargas Lugo lo enfatiza reiteradamente en el prólogo de su obra: "Esperamos que después de leer los siguientes capítulos mi opinión acerca de considerar a la parroquia de Taxco como una obra ultrabarroca, iniciadora posiblemente de las modalidades anástila y neóstila, cobre pleno sentido"[15]. Para poder agregar páginas adelante: "Podemos imaginarnos al país -en esos años- desde Zacatecas para abajo -sin contar algunas obras de primera importancia en puntos aislados más al norte- pletórico de monumentos barrocos -en su mayoría

[13] .- Jorge Alberto Manrique "Del barroco a la ilustración", en El Colegio de México, Historia General de México, Tomo uno, cuarta edición, México, El Colegio de México, 1994, p. 684.
[14] .- Véase Vargas Lugo, Elisa , La iglesia de Santa Prisca de Taxco, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1982.
[15] .- Ibidem., p.9.

salomónicos- que se habían empezado a construir desde mediados del XVII. La capital del virreinato, como era natural, había sido el centro artístico más importante, pero para mediados del siglo XVIII, una nueva directriz: el barroco estípite o churrigueresco se había abierto camino, tanto en la capital como en otras ciudades de provincia, extendiéndose rápidamente y dando lugar a otros centros barrocos.

"En 1718, había comenzado esta nueva escuela con el artista andaluz Jerónimo de Balbás, quien trajo a México el empleo del apoyo estípite. Construyó Balbás tres altares para la Catedral Metropolitano; el de los Reyes, terminado c. 1725, el del Perdón acabado en 1732y el Altar Mayor, en 1743. Fuera de la ciudad de México, en Toluca, en 1727, Felipe Ureña -entusiasmado por Balbás- hizo sus pininos -como dice el Dr. De la Maza en su libro sobre El Churriguresco en la ciudad de México- diseñando estípites muy balbasianos. Entre 1747-65 este mismo artista edificó en la población de Guanajuato el magnífico templo de la Compañía, dando origen con ello a la escuela estípite del Bajío, que tantas obras importantes nos legó"[16]. Un estilo peculiar, un espejo nuevamente en donde reconocerse como distintos, como diferentes, orgullosos de poder andar por sí mismos, lo cual en tan poco tiempo, y por lo recorrido no es poca hazaña.

Curiosa cosa: así como el capitalismo moldea sus espacios, aspiraciones, y conductas en el nombre de la acumulación de capital, el criollo moldeó el mundo todo en función de sus aspiraciones de identidad básicas, aspiraciones que de alguna manera contribuyeron a formular ese enorme problema que ha implicado para todos nosotros el de alguna forma ser sus descendientes, o en palabras de David Brading, el de ser hijos de "herederos desposeídos"[17].

En "El laberinto de la soledad" de Octavio Paz, en "El perfil del hombre y la cultura en México" de Samuel Ramos y en mucha de la literatura de finales del siglo XIX, como en "Los parientes ricos" de Rafael Delgado, o en las varias novelas

---

[16] .- Ibidem., p. 49.

[17] .- Véase Brading, David, Los orígenes del nacionalismo mexicano, traducción de Soledad Loaeza Grave, segunda edición, México, Ediciones Era, Colección Problemas de México, 1983.

de Emilio Rabasa, encontramos una línea que nos liga directamente a siglos que en apariencia nos parecen viejos, pero cuyas formas de conducta, creencias, miedos y esperanzas están allí, ya decantados, pero cuyo origen datan de este olvidado siglo XVII. Dicha actitud, dichas acciones, han sido móvil para conclusiones trascendentes. "La aparición de la Virgen María en 1532, proporcionó un fundamento espiritual autónomo para la Iglesia mexicana. Socavó por completo la exhuberancia franciscana de Torquemada. La cristiandad americana se originaba no a partir de los esfuerzos de los misioneros españoles, por admirables que éstos fueran, sino gracias a la intervención directa y el patrocinio de la Madre de Dios"[18]. Bendecidos en el origen, la problemática planteada alcanzó a algunas de las mejores mentes que vieron vida durante el siglo XVII, en especial a los ilustres teólogos de la Compañía de Jesús.

Creados los soportes del origen, materializados en la ciudad y sus obras, verbalizado en sólidos y deslumbrantes discursos, la conclusión no se haría esperar en el siglo XVIII; la ciudad de México, el Cabildo en pleno reconocimiento de su propio potencial, envió al rey su "Representación humilde a favor de sus naturales", escrita por el regidor José González de Castañeda en 1771. Su triunfo y propósito expresan los intereses de una clase que demanda su derecho a gobernar lo que era considerado, casi en terminología moderna, como propio, como país. "Era la manifestación de una clase y no de una nación"[19], pero que sin embargo arrastrará a la nación entera, a posiciones que dentro de la concepción tradicional del mundo en él inserta, fueron rabiosamente revolucionarias. No sin razón apunta Edmundo O´Gorman, "...así como el proceso inventivo del ser corporal de América puso en crisis el arcaico concepto insular del mundo geográfico, así, también, el proceso de la realización del ser espiritual de América puso en crisis el viejo

[18] .- Ibidem., p.27.
[19] .- Ibidem., p. 32.

concepto del mundo histórico como privativo del devenir europeo"[20]. La historia, sus circunstancias, sus diseños, formaron parte fundamental dentro de esta primera demarcación, de la que en maciza forma seguimos ligados: América y los americanos.

El molde alcanzó con fuerza también a sus santos proclamados, a una fuerte manifestación del ser distinto que pronto rebeló una capacidad extraordinaria para producir arquetipos. Casi como si quisieran expresar el deseoso orgullo de no pedirle ya a nadie permiso para seguir existiendo, la religiosidad criolla, sus símbolos y representaciones, estuvieron matizados por estos afanes y peculiaridades. Entre 1620 y 1750, esta religiosidad adquirió una importante conciencia de sí como pueblo central debido a su elección divina. "Con estas bases creadas por los eclesiásticos peninsulares, las generaciones criollas forjaron una cultura que, con una visión optimista, se fue apropiando del espacio y del tiempo, de la geografía y de la historia de su tierra. A partir de estas premisas se construyó un nuevo ámbito religioso"[21]. Sus demandas lógicas fueron la apropiación del espacio, y qué mejor propósito abordó, entre otros Bernardo de Balbuena, y con él una generación que procuró enfrentar sus mecanismos de afirmación en la geografía, y en el conocimiento de los habitantes varios que habitaron el virreinato. La ciudad de México, como hemos querido mostrar a lo largo del presente escrito, como objeto diseñado, como materialidad concreta, formó parte de este notable esfuerzo, y con la sapiencia en la que fue colocada, salió airosamente librada del compromiso. El objeto material cumplió sus funciones como tal, desde el punto meramente práctico o más ceñido del término, a pesar de sus problemas y retóricas, pero, en su generosidad, apuntó elementos que se sumaron a un discurso de carácter puro, imprescindible dentro de las necesarias discriminaciones criollas, símbolos que, a semejanza de los planteados por el catolicismo, ha sabido

---

[20] .- O'Gorman, Edmundo, La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1977, pp. 158 y 159.

[21] .- Rubial García, Antonio, op. cit.,p. 61.

combinar para sustentar sus condiciones puras y prácticas, los variados discursos y realizaciones materiales.

No es gratuito que al estudiar a los jesuitas y también al virreinato, vengan a colación el siguiente tipo de reflexiones. "Quien desconfía de su referencia a la autoridad divina, que habla a través de ellos (los signos) inflinge las leyes de la inteligencia humana: tanto de la razón teórica, que adquiere en ellos la evidencia de la credibilidad, como de la razón práctica, que ordena creer al testigo fidedigno"[22]. No hay que olvidar que otro religioso, el franciscano Jerónimo de Mendieta sencillamente calificó a la ciudad de México como la Nueva Jerusalén, lo que de alguna manera fue un signo que se pretendía concretizar. Una ciudad y una categoría que, con el paso del tiempo, refinó acertadamente su función en el aquí y ahora del criollismo en el siglo XVII. ¿Acaso los biombos no se encontrarán impregnados de este sentimiento? ¿Acaso no estas materialidades demandaban la universalidad de un proyecto que en el fondo únicamente pertenecía a un grupo cerrado y específico?

Al igual que Balbuena, qué mejor propósito no estimuló a varios de los esfuerzos del sabio criollo que fue Carlos de Sigüenza y Góngora y de algunos contemporáneos suyos como lo fueron Agustín de Vetancurt, y un tanto más tarde, Hipólito de Villaroel.

Al espacio siguió el tiempo, la historia. No todo lo que implicaba al indio era censurable o deleznable, no todo lo que pasó en la guerra de Conquista debía quedar en el olvido. Pero además, si a ello se agregaba la fortuna de las apariciones, y luego en la ciudad de México, y luego también en el resto del virreinato, el perfil del grupo alcanzó un rasgo más definido. "La reconstrucción de la historia sagrada novohispana se manifestó, en primer término, alrededor de las imágenes aparecidas, supuestamente en forma milagrosa, en la primera mitad del siglo XVI; esos iconos atraían oleadas continuas de peregrinos a sus santuarios

[22] .- Hans Urs von Balthasar, Gloria, la percepción de la forma, citado por: Kuri Camacho, Ramón, La compañía de Jesús, imágenes e ideas. Scientia conditionata, tradición barroca y modernidad en la Nueva España, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Plaza Valdés Editores, 2000. p. 19.

y concentraban en todas las regiones de Nueva España el sentimiento de pertenencia al terruño. Los criollos fijaron las leyendas por escrito y las remontaron a la edad dorada de la evangelización: los clérigos seculares Miguel Sánchez y Luis Becerra Tanco, a mediados del siglo XVII, consagraban la tradición Guadalupana; a fines de ese siglo el jesuita Francisco de Florencia realizaba una magna obra de recopilación de narraciones de un gran número de imágenes, obra que concluyó su correligionario Juan Antonio de Oviedo con la publicación en 1755 del monumental Zodiaco Mariano".[23]

Espacio, tiempo, divinidad. Materialización de afanes más elevados en el devenir de una clase que va adquiriendo conciencia de sí, cuyo reflejo se asienta en un estado de madurez espiritual que a su vez se desdobla en casas, hornacinas, retablos, iglesias. Uno de los tintes que contribuyeron a congregar a la ciudad como un todo más allá de una clase reflejado en las fiestas, las grandes procesiones o los fenómenos naturales adversos, precisamente estuvo marcado por este afán común de santidad. "Los cabildos eclesiásticos y civiles y las órdenes religiosas masculinas y femeninas estaban ansiosos de conseguir esos timbres de gloria para su corporación o para su ciudad"[24]. Con estas cosas en juego, ya no se podía, y con justificada razón, diferenciar con nitidez la identidad correspondiente entre blancos y blancos, entre peninsulares y criollos.

En sus particularidades, el enfrentamiento es claro y preciso. Las escritos sobre vidas de santos novohispanos se encuentran diferenciados de sus semejantes europeos, presente con mayor fuerza este rasgo en la segunda mitad del siglo XVII. Amén de los temas propios que es posible encontrar en este tipo de literatura, (espejo de virtudes, emulación patriótica, entretenimiento) devienen una serie de particularidades que los hacen únicos, peculiaridad ya advertida por Francisco de la Maza en otros ámbitos: "Primero hay una continua insistencia en exaltar a la tierra y a la gente de Nueva España y veladas quejas por la discriminación a la que

[23] .- Rubial García, Antonio, op. cit. p. 63.
[24] .- Ibidem., p. 65

están sometidos los criollos. Los escritos hagiográficos, al igual que las crónicas religiosas, se convertían así en una palestra política contra aquellos peninsulares que menospreciaban a los novohispanos y a su tierra. En segundo lugar, la presencia de lo corpóreo, tan del gusto del barroco, se convierte en los escritores novohispanos en una obsesión que en algunos casos llega a curiosos y extravagantes excesos de un gran sensualismo. Finalmente la expresión literaria manifiesta, a veces veladamente, otras en forma abierta, proposiciones que la tradición oficial católica tacharía como heréticas"[25]. Aquí viene el criollo, aquí también viene el sentido heredado de Europa, aquí viene la demarcación, aquí viene ya el propósito teñido de creatividad y necesidades más urgentes.

Si ello fue así, ¿cómo no entender las diferencias que sobre un mismo objeto, que sobre un mismo caserío, que sobre una misma ciudad, se encuentran a través de las fuentes que el siglo posee? ¿cómo, a pesar de ser integrado mayoritariamente el Cabildo por parte de lo más selecto de elite criolla, dejan entrever en sus actas que la ciudad fue un tanto distinta a lo mostrada por los cronistas más destacados de la época? Más aún, cómo no entender el espíritu que animó a la posición de la Ciudad ante diversos conflictos, como el planteado a propósito de la fundación de la Armada de Barlovento.

Kuri Camacho, en un libro que no tiene desperdicio, ofrece mayores luces para comprender los motivos que sustentaron las actitudes básicas que tuvieron los criollos, entre ellas, y entretejida con extraordinaria inteligencia, la inserción del concepto de "libertad". Derivado de alguna forma de la disputa sobre el libre albedrío y de la discusión que propósito se dio en Europa, en la primera mitad del siglo XVI, políticamente esta palabra rebasaba por mucho las fronteras de la mera creencia católica. Las discusiones a propósito reunieron a lo mejor del pensamiento europeo de la época, contribuyendo a que el Renacimiento fuese una de las etapas más dignas de memoria dentro de la historia del pensamiento. Sus momentos culminantes se dieron con el movimiento reformista y, años más tarde, con el

[25] .- Ibidem., p.76.

Concilio de Trento, marcando con ello dos proyectos de modernidad que fue en América en donde encontrarán su despliegue y pugnas más claras. El asunto tecnológico, la Revolución Industrial, vendrá más tarde. En tanto, fue claro que dos visiones del mundo con un mismo tronco, pero con diferente orientación, se encontraban desenvolviéndose en Europa, el continente que vino a modificar en forma radical la apacible tranquilidad vivida en América.

A pesar de la unidad territorial y geográfica que posee nuestro continente, la división tajante entre estos dos proyectos, marcó el inicio de aquello que Fuentes llamó con toda fortuna en Gringo viejo, "Esto no es frontera sino que es cicatriz". La América protestante frente a la América de la Compañía de Jesús. Lo demás fue ya consecuencia de los dos caminos.

Dos proyectos que se diferencian en posiciones tajantes, acaso la más principal, la defendida por la Compañía de Jesús, cuyo sustento es "su intento de construir en la Nueva España un modelo alternativo de modernidad, a la modernidad espontánea y ciega de la acumulación de capital, progreso y razón autónoma"[26]. Su posición, por tanto en relación con los objetos diseñados, va a estar marcada por otras inquietudes, que definen un marco de utilidad que quizá se encuentra en otras fronteras. Para este caso, aquí y siempre, el cielo sí tuvo favoritos.

La profunda preocupación que estos problemas desencadenaron, moldeó otra más de las características del siglo XVII: fue un siglo de teólogos notables. La libertad de creencia en un marco cargado de símbolos, necesariamente condujo a la libertad del criollo frente a sus semejantes europeos, a la individualidad del mismo frente al panorama indígena, mestizo o negro que la realidad le imponía.

Antonio Núñez de Miranda, famoso allegado de Sor Juana Inés de la Cruz, teólogo destacado, consideró prudente que la Compañía estableciera una postura sobre el problema de la "libertad" y la salvación, la gracia divina, la predestinación y los méritos de salvación. Ante el problema que representó el libre actuar de los hombres y su posibilidad de redención, Núñez de Miranda estableció un lazo

[26] .- Kuri Camacho, Ramón, op. cit. p. 8.

peculiar que es la "ciencia media", en donde "Dios también conoce infaliblemente lo que cada creatura actual o posible haría libremente en el orden infinito de circunstancias en que ellas puedan ser puestas"[27]. El problema consistió, por tanto en determinar cuál es el papel que tiene el ser humano para definir el grado de su salvación, o por lo contrario, de condenación. La libertad humana campeó por todas estas trincheras, trincheras que dieron pie a que la libertad humana no necesariamente fuese una cualidad condenatoria, en contraposición con el calvinismo puritano. Procede otra forma en "...que si bien la gracia de Dios es suficiente y que Él se basta a sí mismo para salvar o condenar a cualquiera, esto último sólo puede darse mediante la libertad humana que elige salvarse o, condenarse. Por tanto, para que la gracia suficiente de Dios se convierta en gracia eficaz, debe tomar en cuenta la libertad humana"[28]. No es ella cualquier discusión, es acaso una de las formas más sólidas que derivaron en el sustento teológico creativo y de inserción en la realidad de la curiosa cualidad humana de disentir, de no estar de acuerdo, de ser distinto, demanda que de alguna manera el criollismo se encontraba construyendo y que lentamente, en coincidencia y conjunción, adquirió un discurso que, en la elaboración del pasado, en la veneración del territorio, en la difusión de santos y milagros, y en la construcción de sus sólidos y variados espejos, como lo fue su propia ciudad, encontró otro tipo de fundamentos y realizaciones. Los líderes ideológicos, los que plantearon una clara línea de coincidencia con los herederos de los conquistadores, fueron los miembros de la Compañía de Jesús, magnífico enemigo para las posiciones españolas, que, años más tarde, y no sin cierta razón política, motivó a que fueran expulsados.

La historia los juzgo de otra manera, el liberalismo clásico los colocó como retrogradas. Pero conviene adelantar "porque si bien el núcleo de los rasgos que definen la postura de la Nueva España, en relación con la modernidad, tienen una

---

[27] .- Núñez de Miranda, Antonio, citado por Kuri Camacho, Ramón, op. cit. p. 5.
[28] .- Kuri Camacho, op. cit. p. 7.

relación estrecha con la vida peninsular, ni la vida económica ni su dimensión simbólica y discursiva habrían sido las mismas, desde comienzos del siglo XVII, sin la presencia determinante de la Compañía de Jesús"[29].

Los temas de preocupación de la Compañía se verán directamente contrapuestos con las ideas de universalidad que la otra modernidad, por denominarla de alguna manera, se encontraba proponiendo. Fuentes, aspiraciones, bases, objetos, un cimiento discursivo que veía en el futuro otro tipo cristalizaciones, muy diferentes a las inglesas, que en los arranques de la industrialización formulaba y necesitaba. Los esfuerzos de los jesuitas se encontraban más en coincidencia con el devenir criollo, y estos más resueltos a lograrlos. "Esta tónica de saber y actuar, inventar y revitalizar (lo barroco), que se presta a la renovación, a lo nuevo, uniendo lo nuevo a lo antiguo, es una verdadera representación mental que ha sabido resistir a todas las presiones de la historia. Es una estructura".

"Estructura del barroco que articula tradición oral con identidad histórica, y que no ha sucumbido ni ha desparecido en el horizonte de la funcionalidad de la tecnología, porque la cultura ha evolucionado contra adaptativamente, manteniendo los presupuestos que la constituyeron. Pero es una estructura encajada, a su vez, en otra más profunda, más amplia y envolvente, aquella de la ciencia media o conditionata que genera una forma, una manera de pensar, de decir el mundo, un cierto modo de decir la acción del hombre sobre el mundo, un modo de comportamiento, reforzando enunciados normativos que llaman a la acción para transformar, para restaurar, o bien sugiriendo, consolando o justificando"[30]. Y termina, "Y es que si hubo algo fecundo en los siglos XVII y XVIII novohispanos, estuvo dirigido por teólogos y con fines teológicos"[31]. Temporalmente, nos encontramos dentro de un terreno de fundación, al que todavía le faltaran años varios para caer dentro del siguiente paso, el terreno de los juicios.

---

[29] .- Ibidem., p. 9.
[30] .- Ibidem., p. 11.
[31] .- Idem.

En tanto, fueron descalificados a finales del siglo XVIII; en tanto, se dio el triunfo de una modernidad alterna, en tanto se dieron estas cosas en el mundo, cabe destacar que para el siglo XVII novohispano, estas características se encontraban conformando y justificando por demás un proyecto, el de una clase, que comparado con el alterno y la fundación de lo que luego serían los EE UU, lejos estaba de significar alguna rivalidad: no la podía haber, porque diametralmente no había oponente. México ciudad, frente a las trece colonias: conventos, iglesias, acueductos, universidad, colegios, imprentas, libros, Inquisición, teólogos, escritores, arquitectos, figuras de santidad, pensadores, pintores, filósofos inmersos en religión, y todos juntos construyendo una realidad cuyas manifestaciones orgullosas comenzaron por la ciudad, síntesis de historia, escenario de portentos, lugar de redención. Y frente a esto: el asesinato despiadado de los indios, la codicia, la acumulación, y sí, los primeros héroes: Daniel Bone, luego el otro formidable "cazador" Búfalo Bill, o el otro criminal, Coster, por ejemplo.

Fue el siglo XVII novohispano el siglo en que campeó con fuerza la otra modernidad, la otra alternativa, la otra opción de futuro que el siglo XVI había propuesto, y que los jesuitas vieron como más digno. Este tendrá un fuerte replegar con la llegada de las reformas borbónicas y conocerá su más profundo desaguisado en el siglo XIX mexicano.

Puntos varios se alcanzan a entrever luego de estas páginas y seguramente podrán ser aspectos por tratar en el devenir. Desde los más inmediatos, como el orgullo que representó para la ciudad de México el otorgamiento de la aprobación papal del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo -sesenta años antes que Harvard- convirtiéndose así en una de las principales instituciones difusoras de cultura que existieron en América, hasta el influjo y aliento de que seguramente también estuvo preñada la ciudad luego del resurgimiento tras la Gran Inundación de 1629-1635. Seguramente marcó una época en que las construcciones, la adopción de estilos, la renovación de los mismos, concurrieron para generar otros elementos más de identidad, definidos dentro de los marcos del Barroco, que como

anillo al dedo, perfiló un espíritu tan sólidamente convencido de su acción, como de su discurso. Del manierismo al barroco, de los años de fundación y transición a los años del reconocimiento y construcción del discurso criollo.

Es una clase que se encuentra en proceso de constitución apresurada sin mediar las carencias que las oligarquías, que en España en la misma época, se encontraba padeciendo. No es que se viviera en plena abundancia, pero el virreinato durante el siglo XVII pudo sopesar momentos de relativa bonanza económica, bonanza que no se dejo de manifestar dentro de las ciudades: las principales bases de la economía virreinal, como lo fueron la agricultura, la minería, las artesanías y las pequeñas industrias, se encontraban de alguna manera con antecedentes de años, y habían alcanzado una etapa de maduración, que advertía la posibilidad de lograr ganancias, en algunos casos, exageradas. La riqueza arquitectónica de Guanajuato, Zacatecas y Taxco son meras muestras de estas peculiaridades regionales.

A los frutos económicos siguieron un conjunto de circunstancias que también propiciaron las ventajas de la ciudad. Estas se manifestaron con fuerza dentro de su ámbito regional inmediato, marcando así un derrotero que propició la delimitación de zonas fuertemente diferenciadas entre sí, con una economía altamente especializada, en un territorio único en el que confluían un sin número de culturas y demarcaciones, pero cuyos beneficios siempre se encontraron manifestados en Morelia, Puebla, Guadalajara, Antequera, y, por supuesto, la ciudad de México, por señalar los casos cimeros.

Manrique nuevamente nos ayuda a clarificar una tendencia que si acaso fue característica del virreinato todo, y en el arte encontró un modelo de difusión particular, nunca fue exclusivo de una ciudad o una región característica, sino más bien fue muestra de una suerte de particularidades urbanas de variada índole: "Sólo en el siglo siguiente, (el XVII) cuando la ciudad ha ganado la partida al campo, cuando la autoridad episcopal empieza a ganar la partida a las órdenes misioneras y cuando al gobierno civil le es posible moverse desahogadamente por la falta de resistencia del frustrado señorío rural; sólo entonces el manierismo,

expresión de este nuevo estado de cosas, triunfará definitivamente. El manierismo, a su vez, irá de las ciudades al campo, formará escuelas regionales y llegará a dar origen incluso, a un arte ingenuo popular, todo esto en el transcurso de los siglos XVII y XVIII. Importa señalar que el arte monacal del siglo XVI se verá cercenado al morir ese siglo; al contrario, Nueva España, desde ahí hasta la llegada brutal del neoclásico (a finales del siglo XVIII), ofrece una solución de continuidad"[32]. El mismo estilo con diferentes personalidades, y muestra también de una peculiaridad enfática: la invención de las ciudades virreinales presupuso necesariamente construirlas, los estilos fueron coincidentes con la creación del espíritu criollo. Su manifestación fue regional, sus sustentos estuvieron remitidos también a una composición racial inmersa dentro de un campo específico que en doble proceso obtuvo su más pura manifestación: por un lado procuraba diferenciarse del otro y, por el otro buscaba la integración con aquel a quien consideraba semejante; a quien por actividad, descendencia, gustos o aspiraciones podía considerarsele como igual.

Es el manierismo como manifestación artístico arquitectónica, pero es sobre todo un discurso, el discurso de una clase extraordinariamente ambiciosa en términos culturales y de identidad, que muy probablemente pusieron estas cosas por encima de sus ambiciones económicas, aunque, claro, estas últimos nunca fueron ni por mucho despreciables. Tal vez en esta característica peculiar es donde encontremos una muestra contundente de que lo más preciado -aunque incomprensible para nosotros- fue en aquel entonces la salvación del alma y la de sus familiares, el alma de los miembros de su propia clase. Fue la cabal existencia de un modelo de vida que podía considerar a la acumulación de capital como algo secundario, como un proyecto circunstancial ante las potencialidades de la realidad misma, cuya manifestación intangible se encontraba en un lugar fuera de este mundo. El diseño y el arte que se fueron creando en la Nueva España cojearon de lo mismo, abonando así en tierra fértil para una coexistencia de distintos momentos, "...de los

[32] .- Jorge Alberto Manrique, op. cit. p. 688.

siglos XVI y XVII participa de esas tres fuerzas contradictorias y a la vez formadoras: la actitud conservadora que tiende a no desprenderse de lo que considera propio, la propia inercia del movimiento que se crea en tal estilo autónomamente, y la solicitación exterior de innovaciones"[33]. Lo propio, la inercia del movimiento, la alimentación del exterior. Revolucionario en la creación de su propia imagen, el criollo no podía liberarse en mucho de las modas y costumbres europeas: un manto de santidad a través de las reliquias lo unían con fuerza a la corona, al Imperio, a la Europa católica. La inteligencia criolla lo supo entender, pero enfocó sus mejores baterías hacia sus ansias de supervivencia y expansión, y supo elaborar en una gran síntesis de los elementos enumerados, síntesis extraordinariamente flexible, que le permitió vivir como una de las posiciones españolas más significativas, y en su momento, llevar a cabo una guerra de Independencia, despreciando con fuerza todo lo que representase una liga con la Madre Patria. Como grito de protesta que busca su maduración, la Nueva España tránsito a otra esfera con esta base: hasta aquí has sido útil, de hoy en adelante puedo marchar yo sola.

Pero, y el siglo XIX es admirable testigo de ello, ¿cuándo la creación de un discurso no ha pasado por momentos de contradicción, cuándo no ha ensayado aquí y allá un sin fin de acercamientos y errores, triunfos y desengaños, que en suma generan la construcción de mejores bases e ideas más delineadas? Todo escrito de fundación padece de estas cosas, y nuestros antiguos vecinos no buscaron ni por mucho ser la excepción a esta regla, más bien, no les importó. Ofrecieron lo mejor de sí en escritos y sermones, libros y procesiones, catedrales y retablos.

Por todo lo dicho podemos adelantar una conclusión categórica: a mal tomaríamos que se siga insistiendo en que el virreinato fue una época por demás oscura, en especial el siglo XVII, y cuya vivencia y resultado mejor es el de ponerlo en el olvido. Todo lo contrario: fue una época acaloradamente revolucionaria

[33] .- Ibidem., p. 697.

dentro de los márgenes en que esta palabra podía ser aplicada, y para el peculiar caso nuestro, fue el grito de una clase, de un grupo que podía olvidar deliberadamente a los otros para existir, en tanto sus propias ideas, su propia visión del mundo tomaba forma. Como sus espejos, sus biombos y su ciudad, se encontraban fabricándose a sí mismos y, humildemente, resguardados algunos, mostrados con énfasis otros, nos dejaron también un ideal de dignidad y orgullo que su propia ciudad les ofreció.

La hazaña criolla ha sabido elaborar con sapiencia aquello que siglos después refiere Nietzsche, y retoma Roland Barthes, "...Cada pueblo posee un universo de conceptos matemáticamente repartidos, y bajo la exigencia de la verdad, comprende que desde allí en adelante todo dios conceptual debe sólo ser buscado en su esfera"[34]. Conceptos y estilos inventados que van desde el manierismo hasta el ultrabarroco, "matemáticamente" definidos, -no es gratuito el gran influjo que la teología tuvo en este peculiar siglo, siendo tema de preocupaciones varias que incluyeron a sus mejores luces, como lo fueron Sor Juana Inés de la Cruz, o el multicitado Carlos de Sigüenza y Góngora. A pesar de la Inquisición, tuvieron por supuesto, un Dios conceptual que en el nombre de la Virgen de Guadalupe estuvo presente, herencia deslumbrante hasta hoy día, que nos identifica enfáticamente como mexicanos.

La brillante vitalidad que ofreció el siglo XVII se encontró en mucho marcada por la creación básica de los elementos constitutivos de esta clase hegemónica. Formación e identidad que en la generación conceptual de su propia esfera, recorrió todos los ámbitos que a su mano tuvo: tiempo, espacio, creencias, santos, ciudades. Ante la inmensidad de la tarea y lo atrevido de su condición, cabe aplaudir y con fuerza que no haya arremetido, que no se haya "rajado"; todo lo contrario, con imaginación y audacia enfrentó con fortuna los varios terrenos de la

---

[34] .- Nietzsche, Federico, citado por: Barthes, Roland, El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística literaria del Collége de France pronunciada el 7 de enero de 1977, traducción de Nicolás Rosa y Oscar Terán, décima edición, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998. p. 47.

cultura de su época, los problemas que su misma existencia reclamaba. De su valentía y sus esfuerzos hemos dado una mínima pista, y así, lejos ya de las preguntas que delinean una investigación, viene a colación, por su simple peso, en convertir algunas de ellas en contundentes afirmaciones. Sí, ¿cómo no entender que este siglo haya sido testigo de la extraordinaria presencia de hombres y mujeres de poderosa inteligencia y de obras y escritos tan deslumbrantes? Sí, ¿cómo no entender que el siglo mismo haya ofrecido sus mejores plumas a la construcción de una imagen de la ciudad tan notablemente acabada y con un propósito que rebasaba por mucho a la misma? Sí, ¿cómo no sentirse identificados en biombos y planos, casas e iglesias, en donde la fuente de la realidad misma se encontraba en otra parte? Sí, cómo no entender también lo negativo, aquellos desplantes de Sigüenza y Góngora ante los indios, perfil de una clase labrada en la exclusión precisamente para afirmar su propia y manifiesta identidad. La fantasía por encima de la realidad, su cohesión y su proyecto como casta por encima de todo. Es un ideal, y lo brillante de los ideales, es que nos sigan en sus obras y propósitos, a pesar del tiempo, interpelando. Es de la Maza, es Rubial, es Lafaye, es Riva Palacio, es mucho de la pasión y simpatía que despiertan, a pesar de mil cosas, los antiguos habitantes de la ciudad, cuya interpelación han sabido recoger con talento los citados. Cualquier cosa que de ellos se escriba necesariamente, al señalarlos, les estará ofreciendo una importancia sobradamente labrada, admirablemente adquirida.

Dejemos para otra ocasión la visión del sometido, la del derrotado, la del humillado. También tendrá mucho que decir sobre un mismo objeto, pero más en su condición de desplazado, de humillado, de vencido. Los archivos indígenas, los barrios por ellos convertidos en tierra de resistencia, serán motivo de futuras indagaciones.

El discurso siempre fue algo más, y en la vitalidad del mismo y en las carencias de los otros, encontró medios naturales para su contundencia histórica. "La Virgen es el punto de unión de criollos, indios y mestizos y ha sido la respuesta a la triple

orfandad: la de los indios porque Guadalupe/Tonantzin es la transfiguración de sus antiguas divinidades femeninas; la de los criollos porque la aparición de la Virgen convirtió a la tierra de la Nueva España en una madre más real que la de España; la de los mestizos porque la Virgen fue y es la reconciliación con su origen y el fin de su ilegitimidad"[35].

El criollo y sus objetos, el criollo y sus discurso, el criollo y su vida, el criollo y su futuro, el criollo y sus creencias, el criollo en su ciudad. El francés Jacques Lafaye también lo enfatiza: "Un halo de mitología grecolatina y de mitología mexicana, una aureola cristiana, hacían centellear de todos sus fuegos la capital de México, en pleno progreso, ante los ojos deslumbrados de los apologistas criollos embriagados por lo que hoy llamaríamos el desarrollo de su país, tanto más cuanto veían en la prosperidad económica una nueva señal del favor divino"[36]. Sor Juana además lo concluye y remata: "El discurso es un acero / que sirve por ambos cabos: / de dar muerte, por la punta; / por el pomo, de resguardarlo. / Si vos, sabiendo el peligro, /queréis por la punta usarlo, / ¿Qué culpa tiene el acero / del mal uso de la mano?"[37] (37)

Es su mundo y al esclarecerlo, nos brinda la posibilidad de hacer más lúcido el nuestro. Su mejor herencia, por tanto, sigue estando por decantarse, por estudiarse, pero en lo inmediato, lo traemos y colocamos arraigado en la piel.

Falta aún hablar de una teoría del diseño que, aunque el siglo XVII no se propuso elaborar, dio algunas bases para que la comencemos a construir, como ha sido visto en el primer apartado de este ensayo. Agnes Héller, sin quererlo también, ofrece pistas a propósito del problema arrojado y que, al final, siempre lo hemos tenido presente: qué es el Diseño, cómo, de todo lo dicho, se puede formular una teoría de él. ¿Dónde comienza la historia del diseño y dónde la de sus creadores?

---

[35] .- Paz, Octavio, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, primera edición, Barcelona, Editorial Seix Barral, Colección Biblioteca Breve, número 608, 1982, pp. 63 y 64.

[36] .- Lafaye, Jacques, Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México, traducción de Ida Vitale, prefacio de Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1983, p. 150.

[37] .- Sor Juana Inés de la Cruz, citada por: Glantz, Margo, Sor Juana: la comparación y la hipérbole, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1999, pp. 197 y 198.

¿Cómo se enlaza ésta con sus usuarios últimos y por qué éste encuentran un disfrute particular manifestado en sus obras? ¿Qué de la personalidad de los objetos corresponde a las aspiraciones más íntimas de una clase, de un grupo o de un individuo? Y, ¿cómo y por qué, en algunas circunstancias, esta indefinible personalidad ocupa un papel más trascendente que el derivado del propio uso de los objetos, sean estos una taza, un plato, una silla, una casa o una ciudad?

Historiadora, aborda terrenos que le son propios a su disciplina, pero no obstante, como hemos adelantado, da pie a pensar en momentos en que la conjugación entre Diseño e Historia se encuentra en consonancia y sólida armonía, en mutua simbiosis. Apunta a que dadas las urgencias culturales presentes, se ha relegado al Diseño meramente a su faceta "técnica", por denominarla de algún modo, característica básica que bien posee, pero relegando un tanto su condición como ciencia de la cultura, aspecto que también la caracteriza.

Hemos podido esclarecer que el Diseño no se agota, ni por mucho, en este primer elemento; dice, Heller "Vico observaba acertadamente que toda teoría debe partir del punto en el que el asunto que trata comienza a cobrar forma. Por tanto, una teoría de la historia debe tener como punto de partida el momento en el que la Historia comienza a cobrar forma: aproximadamente, a finales del siglo XVII. La Historia -con H mayúscula- es un proyecto de la civilización moderna. Expresa las experiencias vitales de tal civilización: sus esperanzas y decepciones, sus luchas, sus victorias y derrotas; sus odios y amores, dudas y credos, orgullos y humillaciones, tensiones y contradicciones; sus catástrofes y su capacidad de superarlas; sus crímenes y castigos, su heroísmo y mezquindades; su poesía y su prosa, sus valores"[38].

En asombrosa coincidencia, todas estas cosas pasaron por nuestras páginas, de tal suerte que difícil fue discernir cuando hablábamos de historia, o la hacíamos de Diseño. Pero a diferencia de la Historia, podemos adelantar que el Diseño (con

---

[38] .- Héller, Agnes, Teoría de la historia, traducción de Javier Honorato, cuarta edición, México, Distribuciones Fontamara, número 3, 1993, p. 234.

mayúscula) ha cobrado forma desde el inicio de la historia humana, caracterizando al hombre de otras especies, precisamente por esta capacidad de crear lo inexistente, de poder formular una variante del mejor de los mundos posibles, que previamente proyectado, crea y sintetiza muchas de sus aspiraciones más intimas e inmediatas, así de quienes diseñan, así de quienes se sirven del diseño. El diseño ha cobrado forma desde muchos siglos atrás y es quizá hasta que no se remarca su propia condición cuando no comienza a sernos manifiesta su naturaleza como algo más entrañable y categórico, como un proyecto que a diferencia del histórico de la civilización moderna, ha estado presente en forma multivariada en todos los estadios que han caracterizado al paso por el tiempo del proyecto humano. Fue básico en Egipto como en la India, para los mexicas, como para los criollos. El diseño ha formado y forma parte substancial de la empresa de vida de todos los pueblos del mundo todo, en todos los tiempos, desde el amanecer de la Historia.

El estudio del diseño presupone también el estudio del hombre, en especial de esa cualidad que permite configurar al mundo en una forma y no en otra, en crear, en la posibilidad de emitir juicios, acciones y materializar fantasías. Bases culturales, invención de mitos, configuración de las ideas sobre la existencia, formas de aglutinamiento, declaración de independencia frente a la naturaleza, y proyección de su humana personalidad. Las múltiples caras del Diseño, su enorme diversidad, son resultado directo de sus propias contradicciones, de su propia esencia, de sus propios fracasos, de su ambición perfeccionista, que a semejanza del término "moderno" posee en sí misma, y también de la capacidad de modificarse constantemente.

El hombre en clase, casta, acción o ensoñación, ha sido quizá uno de los problemas más estudiados por Occidente y afortunadamente esta temática, pese a todo, no ha dado ni por mucho una línea clara de agotamiento. Y es precisamente con El Diseño donde encontramos la constitución de un campo en el que se comienza a tomar una forma nueva de ver al hombre y sus sociedades, forma que demanda una nueva teoría antropológica si se quiere, y en donde encontraremos

otra veta de desarrollo y comprensión de las cosas humanas. Paz, tan definitivo en muchas de sus conclusiones y reflexiones sobre el ser humano, advierte: "La historia contemporánea invalida la creencia en el hombre como una criatura capaz de ser modificada esencialmente por estos o aquellos instrumentos pedagógicos o sociales. El hombre no es solamente fruto de la historia y de las fuerzas que la mueven, como se pretende ahora; tampoco la historia es el resultado de una sola voluntad humana -presunción en que se funda, implícitamente, el sistema de vida norteamericano. El hombre, me parece, no está en la historia: es historia"[39]. A lo que debemos agregar: el hombre no está en el Diseño: es Diseño.

Ni la formulación de una teoría del Diseño, ni el agotamiento de las cosas diarias y notables de nuestros vecinos del siglo XVII pueden terminar aquí y ahora, y mal haríamos en proponer tal cosa. En tanto, luego de esta agotadora marcha, cabe preguntar, en términos generales, ¿qué hemos concluido?, o más bien, ¿qué problemas comenzamos a entrever?

Nada más cinco cosas. La primera, tan apremiante como ha sido construir una Teoría de la Historia, una Sociológica o una Psicológica, es imperativo hacer una reformulación de muchos de los conceptos de las ciencias de la cultura enclavados aquí y allá, para llevar a acabo la necesaria formulación de una Teoría del Diseño, independientemente del contexto en que se le quiera colocar (histórico y social), o de los fines políticos que le puedan acomodar (capitalismo, tercer mundo, América Latina, etc.). Deberá poseer un tronco característico que la haga diferenciable de otras ciencias, que la hagan poder maniobrar con una identidad propia, dentro de un campo propio. Dice Fichte: mi mente es mi reino. En consecuencia, démosle al Diseño la peculiaridad de decir cuál es su reino.

Bien es cierto que elementos del Diseño mismo han contribuido con fuerza al pleno desarrollo de otras disciplinas, es el caso de la arqueología o la Historia de la Arquitectura, de algunos aportes de la Sociología y la Psicología, pero ya resulta

---

[39] .- Paz, Octavio, El laberinto de la soledad, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, número 471, 1993, p. 28.

impostergable comenzar a definir al Diseño en el nombre de su propia perspectiva y misión que, dentro de las múltiples ciencias, debe tener. No es una declaración de fe, es una necesidad como hemos visto, que permite plantearse una suerte de problemas, los cuales al interior de otras esferas, resultarían un tanto irrelevantes o ajustados a otro tipo de necesidades.

La segunda, además de esta peculiar, casi forzada, visión que del Diseño hemos venido colocando, resulta de la confrontación de fuentes y el énfasis puesto en el escrutinio de las Actas del Cabildo. Ellas nos brindan la posibilidad para ver si es posible llevar a cabo otro tipo de indagaciones, más propias de las demandas cotidianas y diarias de los seres humanos, que de la vida de las instituciones, de sus conflictos y disputas. Si bien es cierto, la Ciudad de México se caracterizó por ser el principal asiento de los poderes "racionales" más encumbrados que conoció el virreinato, y con ello el planteamiento del problema de quién diseña la ciudad derivaba necesariamente en esclarecer cuál era el poder más hegemónico de todos los constituidos, no por eso se podía pasar por alto una larga cadena de escenas que, en forma más inmediata, también influyeron en el diseño último del espacio físico urbano. Un problema político que nos llevaba en consecuencia a ver si la ciudad podía ser vista como el "área" de influencia de quién, o área de conflicto, entre quiénes; pero también un problema que apuntaba no sólo a la organización de ciertas jerarquías, sino además a las formas sociales en que los habitantes fueron participes; el revisar las actas bajo otra óptica permitió acercarnos más a esa realidad marcada por fiestas y mascaradas, torneos e invocaciones de santos, las cuales lejos se encontraban de preguntarse precisamente por el diseño último de la ciudad. De alguna manera, nuestros vecinos se deleitaban más en otro tipo de ceremonias, costumbres y vivencias ; Antonio Rubial cita una por demás elocuente. "El 1° de enero de cada año, salía del templo de Santo Domingo una procesión formada por quince o veinte huérfanas dotadas y casaderas, acompañadas del virrey y de uno de los alcaldes del cabildo recién nombrado ese día. Las jóvenes, que no siempre eran huérfanas reales, paseaban con sus bellos trajes y sobre sí

llevaban un cirio encendido, un rosario y un escudo de cera de la archicofradía del Santísimo Rosario, que era quien las patrocinaba. Los pretendientes a sus manos y a sus dotes las observaban y podían escoger la que mejor se acomodara a sus gustos. La boda y el pago de la dote se arreglaban con sus benefactores después de tan peculiar desfile. El hecho no fue excepcional, y varios de los ricos que dejaban estas obras pías estipuladas en sus testamentos proponían un tipo de desfile similar para sus beneficiadas"[40].

Con ella podrían ser colocadas muchas más, unas pocas ya referidas en los diarios de sucesos notables y en los relatos de viajes, y otras en los cronistas de la época. No fue una sociedad ni mejor ni peor que la nuestra, ni puede ser juzgada bajo estos parámetros; sólo fue la representación de una manera distinta de ver y en algunos casos, de disfrutar, y por mucho, la vida.

Un tercer adelanto. Para el criollo novohispano existió una extraordinaria simbiosis entre el proyecto que como clase se encontraba construyendo y los objetos que de alguna manera venía diseñando. Afirmación de una clase, que urgentemente demandaba encontrar un marco de referencia, un marco de identidad, un marco de diferenciación en relación consigo mismo como con los demás, que su proyecto de existencia misma marcó en una tajante demarcación entre sus semejantes y los otros, entre lo que ellos construían y lo que hacían los otros. Y casi desde la misma fundación del virreinato, como característica inherente en el devenir como sociedad profundamente diferenciada en lo racial, como con los objetos que las distintas castas construyeron.

Tzvetan Teodorov lo advierte con particular agudeza en uno de los momentos del "contacto", en uno de los primeros juicios elaborados por Hernán Cortés sobre el Imperio sometido: "Una cosa impresiona en ellas: con pocas excepciones, siempre se refieren a objetos: la arquitectura de las casas, las mercancías, las telas, las joyas. Cortés - a quien se puede comparar con el turista de hoy en día, que

[40] .- Rubial, Antonio, La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1998, p. 95.

admira la calidad de las artesanías cuando viaja por África o Asia, sin que por ello lo roce siquiera la idea de compartir la vida de los artesanos que producen esos objetos- cae en éxtasis frente a las producciones aztecas, pero no reconoce a sus autores como individualidades humanas que se pueden colocar en el mismo plano que él"[41] (41) Agregando, "...los indios ocupan en el pensamiento de Cortés una posición intermedia: son efectivamente sujetos, pero sujetos reducidos al papel de productores de objetos, de artesanos o de juglares, cuyas hazañas se admiran, pero con una admiración que, en vez de borrar la distancia existente entre ellos y él, más bien la marca; y su pertenencia a la serie de las "curiosidades naturales" no está totalmente olvidada"[42]. El virreinato se encontró fuertemente asentado en este principio, como en otros tantos, del que podemos adelantar que si bien las ciudades fueron irradiadoras sólidas de cultura, lo fueron, entre otras razones, por esta cualidad de tener conviviendo en íntima o forzada armonía, a un enorme número de identidades: indios, mestizos, negros, mulatos, españoles, vascos, portugueses, italianos, judíos, con todas las variantes, con todas las riquezas de las mezclas sincréticas, raciales, idiomáticas que se pudiesen tener.

George Baudot lo advierte también en algunos otros de los cronistas tempranos de la Nueva España. Dentro de las particularidades que definieron a la Conquista y a los proyectos religiosos en ella contenidos, sobreviene enfáticamente el derivado de la explotación material a la que los vencidos fueron sometidos. El Conquistador frente al fraile, el aguerrido padre las Casas en defensa de la visión única de la humanidad, el franciscano y sus maravillosas hazañas.

En carta enviada por fray Toribio de Benavente a Carlos V en mayo de 1550, solicita un pronunciamiento real en contra de la imposición del diezmo a los indígenas. En idea del historiador y del fraile, se advierten los siguientes aspectos: "El análisis de los argumentos esgrimidos en este texto permite hacerse una idea clara de la importancia atribuida por su autor a una cuestión hasta aquí

. [41] .- .- Todorov, Tzvetan, La conquista de América. El problema del otro, traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI editores, colección Teoría, 1987, p. 139.
[42] .- Ibidem., p. 142.

desconocida. Tengamos en cuenta, en esta primera aproximación, que fray Toribio da pruebas en ella de un excelente conocimiento de las condiciones en las que se aplicaba la política fiscal de la Corona respecto a los indígenas, y sobre todo de lamentar su despotismo y falta de discernimiento. El alegato pronunciado en este caso a favor de los indios se encuentra entre los textos más duros y conmovedores que escribiría en su vida ("no se hallará entre mil, uno que pueda vestir paño o comer sino tortillas y chile y un poco de atole, porque el oro y plata que suena de las Indias está debajo de la tierra y sácanlo los españoles...). A estas razones dictadas por el sentimiento, Motolinía añade una nobleza indígena dirigiendo a la masa de los macehuales, que un diezmo igualitario hubiera contribuido a eliminar. Y este género de razonamientos surgen directamente del deseo expresado por la Corona de no imponer tributos a los indios más pesados que los de la época prehispánica, para no alterar excesivamente las estructuras de la sociedad indígena"[43]. La preservación del tributo indígena, que como tributo exigía la preservación de las bases sociales indígenas. Las bases sociales indígenas que incluyeron a sus objetos, visibles en las tablas varias que existen, como, por ejemplo, en las del Códice Kingsborough.[44]

La misma dinámica de vida del virreinato nos aproxima a nuestra cuarta conclusión. De un mismo hecho, de una misma realidad pueden existir una multitud variada de interpretaciones, interpretaciones que la mayoría de las veces poseen una lógica de explicación impecable. No pueden ser contempladas dentro de la pauta de cuál es más veras, si una o la otra; más bien, son complementarias de un mismo hecho: su naturaleza enfática es producto de sus disputas. Su lógica discursiva corresponde en lo esencial a dos raíces, por un lado la de la clase que las emite, y por el otro, sobre los objetos que explica o pretende abordar. Quizá la

---

[43] .- Baudot, George, Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520 – 1569), traducción del francés por Vicente González Loscertales, Madrid, Espasa Calpe S. A. 1983, pp. 296 y 297.

[44] .- Véase Valle Pérez, Perla, Memorial de los indios de Tepetlaoztoc o códice Kingsborough, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Etnohistoria, número 263, 1993.

Historia del Diseño deba de partir por la construcción inicial de una Historia discursiva, que en lo material, una vez proyectada, se materializa en un objeto concreto. Muchas visiones del mundo caracterizaron al siglo XVII, muchos discursos por tanto fueron escritos sobre una misma materia. Defensas, protestas, afirmaciones, imposiciones. La naciente conciencia criolla frente a España, el decaimiento de la nobleza indígena, ante su pasado y sus nuevos amos, la afirmación brillante del proyecto histórico franciscano y las visitas de lo enviados de la península. Luego, los escritores de portentos del siglo XVII. Un mar de replicas y contrarréplicas sobre la sociedad, un mar de palabras sobre un objeto central: la ciudad. Quién la diseñó, podemos decir que su propio discurso; quiénes lo formaron, sigue siendo lo implicado a cada casta y cada clase. Como escritura enfrenta varias de las cosas señaladas por Barthes "...en adelante la forma literaria puede provocar sentimientos existenciales que están unidos al hueco de todo objeto: sentido de lo insólito, familiaridad, asco, complacencia, uso, destrucción. Desde hace cien años, (quizá desde mucho tiempo antes) toda escritura es un ejercicio de domesticación o de repulsión frente a esa Forma - Objeto que el escritor encuentra fatalmente en su camino, que necesita mirar, afrontar, asumir, y que nunca puede destruir sin destruirse a sí mismo como escritor. La Forma se suspende frente a la mirada como un objeto, hágase lo que se haga es un escándalo: espléndida, aparece pasada de moda; anárquica, es asocial; particular en relación con el tiempo o con los hombres, de cualquier modo es soledad"[45]. Nuestros autores de fuentes, más escritores, más allegados a la pluma que a sus labores, aunque fueran los que levantaran el acta de la sesión de Cabildo correspondiente, se enfrentaron a estas cosas. El siglo todo quedó inmerso en esta sólida posibilidad de destrucción, reconstrucción, de domesticación última de la forma.

[45] .- Barthes, Roland, El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos, traducción de Nicolás Rosa, decimosexta edición, México, Siglo XXI editores, colección Teoría, 1999. pp. 13 y 14.

Así, terminamos: última conclusión. Los símbolos estuvieron presentes en los discursos, en las diversas fuentes, más aún cuando la misma ciudad lo fue con fuerza. Símbolo y discurso, lugar de diarias vivencias. Determinar en este sentido cuándo comienza uno y termina la otra, cuándo el discurso es ciudad y la ciudad discurso, o simplemente un símbolo, es un tanto imposible y lo peor del caso es que probablemente no tenga sentido desmenuzarlo. Los signos siguen apareciendo aquí y allá con sonora fuerza, y aunque no sepamos leer su contenido, sabemos de su importancia, sabemos de su trascendencia, sabemos nos dicen algo que hemos reinterpretado, y en este sentido nos pertenecen tanto como les pertenecieron a quienes los crearon, repetido en muchas ciudades, y probablemente en todos los tiempos.

Norbert Elias al escribir sobre el concepto de civilización, palabra renombrada a raíz de un trabajo de Erasmo en la primera mitad del siglo XVI, advierte una institución que, para todo historiador, puede convertirse en un acto de fe, un argumento justificativo de muchas cosas, pero también la ilusión de que faltan muchísimas más cosas por hacer de las que hasta ahora se han hecho. Una disculpa y una invitación, una esperanza, una confusión entre lo que ahora es y lo que algún día podrá ser. Curiosa cosa: los mejores datos del pasado todavía están por descubrirse en lo futuro. Dice Elias: "Lo que queda es preguntarse si la conciencia que reflexiona a posteriori puede acceder con alguna precisión al conocimiento de estas transformaciones del comportamiento y del proceso social de la "civilización" de los hombres, al menos para etapas concretas y en sus caracteres más esenciales"[46]. A su pregunta habría que contestarle que no, que es imposible arrancarles todo lo vivido a quienes nos precedieron, aunque existan los archivos y fuentes, biombos y cuadros, detalles de fiestas y narraciones de viajes. Privilegio de los muertos, pobreza del mundo que se recrea cada vez que alguien lo abandona.

[46] .- Elias, Norbert, El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1994, p. 105.

Borges dice en uno de sus relatos breves, "el mundo será más pobre una vez que este sajón haya muerto".

Aunque luminoso, el siglo XVII no ha acabado de destilar todavía lo mucho que tiene que dar de sí, para ofrecernos, como resultado, su mejor herencia: la comprensión de su mundo, y probable y tangencialmente, de algo del nuestro. En tanto ello ocurre, cabe imaginar que todos los primeros de enero a pesar del frío, a pesar de la nostalgia por el año ido, con la ilusión del gozo por la procesión del día, que en el Cabildo habrá un billete que convoque para la elección de alcaldes ordinarios, que ventilará los problemas varios que dieron lugar a debates interminables, del que meramente somos indignos testigos. En tanto, "El señor don Juan de Orduña dijo que habiendo considerado la necesidad que manifiestan los conventos de la Concepción, Regina y Santa María de Gracia en las pilas de la agua y que su excelencia desea que se socorra de la sisa, ha considerado la justificación de la causa y haya que la ciudad tiene medios de donde sacar dinero y lo declara en esa manera, que la renta de la sisa tiene doscientos y tantos pesos de renta sobre una hacienda que dio al Conde de Santiago, de que debe rezagos más de tres mil pesos, que con buena disposición se pueden cobrar, y porque de ellos se repare estos conventos, y se encargue de estas diligencias, por haber dado principio a ellas siendo diputado". [47]

Sus problemas, sus vida, sus símbolos. Son ellos en sus cosas, somos nosotros agradecidos deudores de nuestros antiguos y sufridos antecesores.

Rosa E. King, viajera inglesa, llegó a Cuernavaca en los inicios de la Revolución Mexicana. Muerto su marido, dedica sus esfuerzos a un hotel de nombre Bella Vista, escenario en donde ve pasar a Zapata, a Victoriano Huerta y a un sin fin de balas, la famosa "fiesta de las balas", característica de aquellos días. No arrepentida, puede decir en sus memorias: "al invertir todo lo que tenía en el Bella Vista, fundí mi suerte con la del pueblo y desde ese momento, inevitablemente,

[47] .- Cabildo de la Ciudad de México, 30 de enero de 1637.

todo lo que sucedió a México también me sucedió a mí"[48]. Las cosas se volvieron a repetir, como ley histórica no declarada: todo lo que sucedió en el siglo XVII nos sigue repercutiendo a nosotros mexicanos del siglo XXI. Qué mejor homenaje pueden tener los sueños de estos habitantes cuando aparecen diariamente en muchos de nuestros diversos diseños, en muchas de nuestras acciones, ilusiones y comportamientos, en los grandes vestigios -materiales o no- que nos legaron. Son ellos, somos nosotros, somos juntos en todos los días y todas las horas.

[48] King, Rosa E., Tempestad sobre México, traducción de José Luis Alonso Cruz, prefacio de Tedi López Mills, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Mirada Viajera, 1998, p. 27.

Notas. Fuentes primarias.

Además de los trabajos citados, se hicieron indagaciones en los siguientes archivos: Archivo General de la Nación, Archivo Histórico de la Ciudad de México, Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en especial en los ramos pertenecientes a al fondo franciscano, el de la Compañía de Jesús y el de las Actas del Cabildo de la Ciudad de México.

"Concurso de acreedores a bienes del Capitán Antonio Sedano", Volúmenes 142, 143 y 144, ramo tierras, 1688. Archivo General de la Nación.

"Inventario de los papeles del convento de la Inmaculada Concepción de México, que tenía en su poder Antonio Salcedo, mayordomo del convento, diciembre de 1681", en: Fondo franciscano, Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, volumen 38, número 1268.

"Real provisión a pedimento de los PP Felipenses de la Casa de la Profesa", Volumen 2964, expediente 33, ramo tierras, 1609, Archivo General de la Nación.

"Testimonio de las escrituras de las casas de los portales de la plazuela de Santo Domingo", Volumen 2237, expediente 1, ramo tierras, 1665, Archivo General de la Nación.

Agustín de Vetancurt, fray, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera "Tratado de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron los españoles" en: La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas, Prólogo y bibliografía de Antonio Rubial, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990.

Balbuena, Bernardo de, La grandeza mexicana y compendio apologético en alabanza de la poesía, estudio preliminar de Luis Adolfo Domínguez, sexta edición, México, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuantos, Número 200, 1997.

Carlos de Sigüenza y Góngora, citado por: Leonard, Irving A., Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, traducción de Juan José

Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, colec. Vida y pensamiento de México, 1984.

Chimalpáhin, Domingo, Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan, paleografía y traducción Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1998.

Chimalpáhin, Francisco de San Antón Muñón, Relaciones originales de Chalco Amaquemecan, paleografía, traducción y glosa de Silvia Rendón, prefacio de Angel María Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, 1982.

de Guijo, Gregorio Martín, Diario 1648-1664, dos tomos, edición y prólogo de Manuel Romero de Terreros, México, Editorial Porrúa, colección de Escritores Mexicanos, 1986. Tomo I.

Florencia, Francisco de y De Oviedo, Juan Antonio, Zodiaco mariano, introducción de Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1995.

fray Jerónimo de Mendieta, Historia Eclesiástica Indiana, en cuatro tomos, noticias del autor por Joaquín García Icazbalceta, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945, tomo uno.

fray Toribio de Motolinía, El libro perdido. Ensayo de reconstrucción dela obra extraviada de fray Toribio, trabajo realizado bajo la dirección de Edmundo O'Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Quinto Centenario, 1989.

fray Toribio de Motolinía, Historia de los indios de la Nueva España, estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman, cuarta edición, México, Editorial Porrúa, colección Sepan Cuantos, número 129, 1984.

Gemelli Careri, Giovanni Francesco, Viaje a la Nueva España, Estudio preliminar, traducción y notas de Francisca Perujo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, colección Nueva Biblioteca Mexicana, número 29, 1976.

Martínez, Henrico, Reportorio de los tiempos e historia natural de esta Nueva España, México, introducción de Francisco de la Maza, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1991.

Mendieta, Gerónimo, fray, Historia eclesiástica indiana, con algunas advertencias del P. Fray Joan de Domayquia, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945.

Proceso contra fray Alonso Cabello, fraile profeso, subdíacono de la Orden de San Francisco, natural de Sevilla, procesado por este Santo Oficio. 1578, Ramo Inquisición, Volumen 88, expediente uno, fojas 449, Archivo General de la Nación, México, foja 15 y ss.

Ratkay, José María, citado por Bolton, Herbert Eugene, Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, SJ, misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta, prólogo, investigación documental y apéndice bibliográfico de Gabriel Gómez Padilla, traducción de Felipe Garrido, México, Universidad de Sonora, Universidad Autónoma de Baja California, Universidad de Colima, Universidad de Guadalajara, Colegio de Sinaloa, Editorial México Desconocido, 2001.

Robles, Antonio de, Diario de sucesos notables (1665-1703), tres tomos, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, Colección de Escritores Mexicanos, 1972.

Sánchez Baquero, Juan, padre, Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España. 1571 - 1580, México, Editorial Patria, 1945.

Sánchez, Miguel, Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis, en: de la Torre Villar, Ernesto, y, Navarro de Anda, Ramiro, Testimonios históricos guadalupanos, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1982.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, Paraíso Occidental, prólogo de Margarita Peña, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1995.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, Relaciones históricas, selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, número 13, 1940.

Sigüenza y Góngora, Carlos, de, "Alboroto y motín de los indios de México. Carta dirigida al almirante don Andrés de Pez"., incluida en: Leonard, Irving, Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, op. cit. pp. 224-270.

Sor Juana Inés de la Cruz, "Neptuno alegórico", en: Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz, tomo IV, Comedias, Sainetes y Prosa, edición, introducción y notas de Alberto G. Salceda, México, Instituto mexiquense de cultura, Fondo de Cultura Económica, colección Biblioteca Americana, número 32, 1994.

Torquemada, Juan de fray, Los veinte y un libros rituales y Monarquía indiana, edición preparada bajo la coordinación de Miguel León Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975. Tomo uno.

Vetancurt, Agustín de fray, "Tratado de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron españoles", en: La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780), Tres crónicas, Agustín de Vetancurt, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990.

Vetancurt, Agustín de, fray, Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos y religiosos del Nuevo Mundo de las Indias, Segunda edición facsimilar, México, Editorial Porrúa, SA, colección Biblioteca Porrúa número 45, 1982.

Zorita, Alonso de, Relación de la Nueva España, edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices de Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1999.

Bibliografía. Fuentes secundarias.

Ahrndt,Wiebke, "Alonso de Zorita: un funcionario colonial de la corona española", en: Zorita, Alonso de, Relación de la Nueva España, edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt, José Mariano Leyva, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1999.

Alba Pastor, María, Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Obras de Historia, 1999.

Alberro, Solange, El águila y la cruz. Orígenes religiosos de la conciencia criolla. México, siglos XVI-XVII, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1999.

Alvarado Morales, Manuel, La ciudad de México ante la fundación de la Armada de Barlovento. Historia de una encrucijada (1635-1643), México, El Colegio de México, Universidad de Puerto Rico, Centro de Estudios Históricos 1983.

Assadourian Sempat, Carlos, "Memoriales de fray Gerónimo de Mendieta" en: Historia mexicana, México, El Colegio de México, volumen XXXVII, enero-marzo de 1998, número 3.

Bajtin, Mijail, La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais, traducción de Julio Forcat y César Conroy, segunda reimpresión, México, Alianza Editorial, colección Alianza Universidad, 1993.

Barthes, Roland, El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos, traducción de Nicolás Rosa, decimosexta edición, México, Siglo XXI editores, colección Teoría, 1999.

Bataillon, Marcel, Erasmo y España, estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1982.

Baudot, George, La pugna franciscana por México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, colección Los Noventas, número 36, 1990.

----------, Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520 - 1569), traducción del francés por Vicente González Loscertales, Madrid, Espasa Calpe S. A. Colección Espasa Universitaria,1983.

Bazarte Martínez, Alicia, Las cofradías de españoles en la Ciudad de México (1526-1869), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1989.

Bendix, Richard, Max Weber, traducción de María Antonia Oyuela de Grant, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Berman, Marshall, Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad, traducción de Andrea Morales Vidal, séptima edición, México, Siglo Veintiuno Editores, Colección Teoría, 1994.

Bloch, Marc, Introducción a la historia, traducción de Pablo González Casanova y Max Aub, quinta reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, número 64, 1970.

Boyer, Richard Everett, La Gran Inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638), traducción de Antonieta Sánchez Mejorada, México, Secretaria de Educación Pública, Colec. Sep/Setentas, Num. 218, 1975.

Bradbury, Ray, Crónicas marcianas, traducción de Francisco Abelenda, prólogo de Jorge Luis Borges, décima reimpresión, México, Ediciones Minotauro, 1993.

Brading, David A, Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1991.

----------, Los orígenes del nacionalismo mexicano, traducción de Soledad Loaeza Grave, segunda edición, México, Ediciones Era, Colección Problemas de México, 1983.

Bury, John, La idea del progreso, traducción de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Madrid, Alianza Editorial, El libro de Bolsillo, número 323, 1971.

Cardoso, Ciro, y, Pérez Brignoli, Héctor, Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social, México, Editorial Grijalbo, colección Enlace / Historia, 1986.

Carrillo Pérez, Ignacio, Lo máximo en lo mínimo. La portentosa imagen de nuestra Señora de los Remedios, conquistadora y patrona de la imperial ciudad de México, Edición facsimilar de la de 1808, México, Biblioteca enciclopédica del Estado de México, 1979.

Cassirer, Ernst, El mito del estado, tercera reimpresión, traducción de Eduardo Nicol, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, número 90, 1974.

Cuadriello, Jaime, "El origen del reino y la configuración de su empresa. Episodios y alegorías de triunfo y fundación", en: Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750, México, Museo Nacional de Arte,

Davis, Alexander, El siglo de oro de la Nueva España, México, Editorial Polis, 1945.

De la Maza, Francisco, El guadalupanismo mexicano, México, Fondo de Cultura Económica, Secretaria de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, número 37, 1984.

---------, La ciudad de México en el siglo XVII, México, Fondo de Cultura Económica, Secretaria de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, número 95, 1985.

---------, Obras escogidas, prólogo y selección de Elisa Vargas Lugo, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Comité Organizador San Luis 400, 1992.

Defoe, Daniel, Nuevas aventuras de Robinson Crusoe, traducción de Julio Cortázar, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Club Joven, número 74, 1982.

----------, Robinson Crusoe, traducción de Julio Cortázar, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Club Joven, número 6, 1981.

Eliade, Mircea, El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición, tercera edición, Madrid, Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, número 379, 1980.

Elias, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" en: La civilización de los padres y otros ensayos, compilación y presentación de Vera Weiler, Santa Fe de Bógota, Grupo Editorial Norma, 1998.

----------, El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1997.

----------, La sociedad cortesana, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, 1993.

Flores Olea, Aurora, "Los regidores de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII" en: Estudios de Historia Novohispana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Volumen III, pp. 149-172, 1970.

----------, El cabildo de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII, tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1969.

Florescano, Enrique, Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica -1821, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, colección Contrapuntos, 1987.

Freud, Sigmund, El malestar en la cultura, traducción de Ramón Rey Ardid, undécima edición, México, Alianza Editorial, colección El libro de Bolsillo, número 280.

---------, Introducción al psicoanálisis, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, duodécima edición, Madrid, Alianza Editorial, colección El Libro de Bolsillo, 1982.

Frost, Elsa Cecilia, "El milenarismo franciscano en México y el profeta Daniel", en: Iglesia y religiosidad. Lecturas de Historia Mexicana, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, número cinco, 1992.

---------, Este nuevo orbe, presentación de Ramón Xirau, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Serie Nuestra América, número 52, 1996.

Garibay, Ricardo, Chicoasén, México, Secretaria de Educación Pública y Ediciones Gernika, 1985.

----------, Tendajón mixto, México, Editorial Proceso, 1989.

Gay, Peter, Freud. Una vida de nuestro tiempo, traducción de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Ediciones Paidos, Colección Testimonios, 1996.

---------, La experiencia burguesa. De Victoria a Freud, La educación de los sentidos, Tomo I, traducción de Evangelina Niño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1992.

Gibson, Charles, Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810), novena edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI editores, colección Nuestra América número 15, 1986.

----------, Tlaxcala en el siglo XVI, traducción de Agustín Bárcena, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1991.

Glantz, Margo, Sor Juana Inés de la Cruz: ¿hagiografía o autobiografía?, México, Editorial Grijalbo, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

----------, Sor Juana: la comparación y la hipérbole, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 2000.

Gómez Canedo, Lino, Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica, segunda edición, México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa, número 65, 1988.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar, Familia y orden colonial, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1998.

González Obregón, Luis, Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII, México, Librería de la viuda de C. Bouret, 1908.

Héller, Agnes, Teoría de la historia, traducción de Javier Honorato, cuarta edición, México, Distribuciones Fontamara, Colección Fontamara, número 3, 1993.

----------, Una filosofía de la historia en fragmentos, traducción de Marcelo Mendoza Hurtado, Barcelona, Gedisa editorial, colección Serie CLA.DE.MA Filosofía, 1999.

Huizinga, Johan, El concepto de la historia y otros ensayos, traducción de Wenceslao Roces, segunda reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1980.

Israel, Jonathan I., Razas, clases sociales y vida política en el México colonial 1610-1670, traducción de Roberto Gómez Ciriza, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1980.

King, Rosa E., Tempestad sobre México, traducción de José Luis Alonso Cruz, prefacio de Tedi López Mills, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Mirada Viajera, 1998.

Kobayashi, José María, La educación como conquista. Empresa franciscana en México, México, El Colegio de México, 1974.

Kuri Camacho, Ramón, La compañía de Jesús, imágenes e ideas. Scientia conditionata, tradición barroca y modernidad en la Nueva España, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Plaza Valdés Editores, 2000.

Lacouture, Jean, Jesuitas. Los conquistadores, traducción de Carlos Gómez González, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993.

Lafaye, Jacques, Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México, traducción de Ida Vitale, prefacio de Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1983.

Leonard, Irving, Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, México, Fondo de Cultura Económica, colección Vida y Pensamiento de México, 1984.

----------, La época barroca en el México colonial, traducción de Agustín Escurdia, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1986.

Loreto López, Rosalva, "Leer, contar, cantar y escribir. Un acercamiento a las prácticas de la lectura conventual. Puebla de los Ángeles, México, siglos XVII y XVIII" en: Estudios de historia novohispana, número 23, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.

----------, Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, prólogo de Asunción Lavrín, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000.

---------, Los conventos femeninos y la civilidad urbana en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, México, tesis para optar por el grado de Doctor en Historia, El Colegio de México, 1995.

Manrique, Jorge Alberto, "Del barroco a la ilustración", en El Colegio de México, Historia General de México, Tomo uno, cuarta edición, México, El Colegio de México, 1994.

Martínez, Tomás Eloy, Santa Evita, México, Editorial Joaquín Mortiz, Colección Narradores Contemporáneos, 1995.

Muriel, Josefina, Cultura femenina novohispana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Segunda Edición, 1994.

Nietzsche, Federico, citado por: Barthes, Roland, El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística literaria del Collége de France pronunciada el 7 de enero de 1977, traducción de Nicolás Rosa y Oscar Terán, décima edición, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998.

O´ Gorman, Edmundo, La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1977.

----------, Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Historia Novohispana, Número 36, 1986.

Pastor, María Alba, Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1999.

Paz, Octavio, El laberinto de la soledad, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, número 471, 1993.

---------, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1982.

----------, Vislumbres de la India, décima reimpresión, México, Editorial Seix Barral, Colección Biblioteca Breve, 2000.

Phelan, John Leddy, El reino milenario de los franciscanos en la Nueva España, traducción de Josefina Vázquez de Knauth, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.

Pineda Mendoza, Raquel, Origen, vida y muerte del Acueducto de Santa Fe, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, colección, Estudios y fuentes del Arte en México, Núm. 55, 2000.

Ratkay, José María, citado por Bolton, Herbert Eugene, Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, SJ, misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta, prólogo, investigación documental y apéndice bibliográfico de Gabriel Gómez Padilla, traducción de Felipe Garrido, México, Universidad de Sonora, Universidad Autónoma de Baja California, Universidad de Colima, Universidad de Guadalajara, Colegio de Sinaloa, Editorial México Desconocido, 2001.

Revueltas Valle, José, "El proyecto de la ciudad de México en la crónica religiosa franciscana", en: Hábitat y Diseño. Boletín del grupo de investigación, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, año I, número 1, 1999, pp. 16- 31.

Ricard, Robert, La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572, traducción de Ángel María Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1986.

Rodríguez Hernández, Dalmacio, Texto y fiesta en la literatura novohispana, (1650-1700), prefacio de José Pascual Buxó, México, Universidad Nacional Autónoma de

México, Seminario de Cultura Literaria Novohispana, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Serie Estudios de Cultura Literaria Novohispana, Número 13.

Rodríguez Kuri, Ariel, La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Centro de Estudios Históricos, 1996.

Rubial García, Antonio, "Estudio preliminar. Fray Gerónimo de Mendieta: tiempo, vida, obra y pensamiento", en: Mendieta, Gerónimo de, fray, Historia eclesiástica indiana, noticias del autor y de la obra Joaquín García Icazbalceta, estudio preliminar Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1997.

---------, "Introducción" en: Florencia, Francisco de y Oviedo, Juan Antonio de, Zodiaco Mariano, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1995.

----------, "La nobleza novohispana y sus palacios", en: Rubial, Antonio, Fernández, Martha, Curiel, Gustavo, et. al. Casas señoriales del Banco Nacional de México, México, Fomento Cultural Banamex, A.C., 1999.

----------, "Los venerables de la Nueva España. Gregorio López, Juan de Palafox y fray Antonio Margil", en: Rubial, Antonio, Cuadriello, Jaime, et. al. Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750, México, Museo Nacional de Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Patronato del Museo Nacional de Arte, Banamex, CONACULTA, INBA, 1999.

----------, "Presentación" en: Vetancurt, Agustín de, San Vicente, Juan Manuel de, y, Viera, Juan de, La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780), tres crónicas, prólogo y bibliografía Antonio Rubial García, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1990.

----------, "Tebaidas en el Paraíso. Los ermitaños de la Nueva España", en: Historia Mexicana, México, El Colegio de México, volumen XLIV, número 3, enero-marzo de 1995.

----------, La Nueva España, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Tercer Milenio, 1999.

----------, La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Sello Bermejo, 1998.

----------, La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1999.

---------, Una monarquía criolla. La provincia agustina de México en el siglo XVII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

----------, La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana, estudio introductorio de Pedro Ángeles Jiménez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colección Seminarios, 1996.

Rubio Mañé, José Ignacio, El Virreinato I. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, 1992.

Ruiz Medrano, Ethelia, "Proyecto político de Alonso de Zorita, oidor en México", en: Zorita, Alonso, Relaciones de la Nueva España, edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt, José Mariano Leyva, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Cien de México, 1999.

Sánchez de Tagle, Esteban, Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento del Distrito Federal, 1997.

Sánchez de Tagle, Esteban, Valero, Ana Rita y Martínez, Sergio, Padrón de frentes e historia del primer impuesto predial, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Instrumentos de Consulta, número dos, 1997.

Sánchez, Miguel, Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis, citado por De la Maza, Francisco, El guadalupanismo mexicano, México, Fondo de Cultura Económica y Secretaria de Educación Pública, colección Lecturas Mexicanas, Número 37, 1984.

Sandoval, Fernando, "Baltasar de Medina y la crónica de los dieguinos", en: Historia Mexicana, México, El Colegio de México, Volumen XIX, número 3, enero-marzo de 1970.

Saramago, José, Viaje a Portugal, traducción de Basilio Losada, segunda reimpresión, México, Editorial Alfaguara, 1999.

Sor Cristina de la Cruz de Arteaga y Falguera, Una mitra sobre dos mundos. La de don Juan de Palafox y Mendoza Obispo de Puebla de los Ángeles y de Osma, México, Gobierno del Estado de Puebla, Comisión Puebla V Centenario, colección V centenario, 1992.

Todorov, Tzvetan, La conquista de América. El problema del otro, traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI editores, colección Teoría, 1987.

Toro, Alfonso, La cantiga de las piedras, segunda edición, México, Editorial Patria S A, 1961.

Uchmany, Eva Alexandra, "Simón Váez Sevilla" en: Estudios de Historia Novohispana, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, volumen 9, 1987.

----------, La vida entre el judaísmo y el cristianismo en la Nueva España 1580-1606, México, Archivo General de la Nación y Fondo de Cultura Económica , Sección de Obras de Historia, 1992.

Urquiza, Gabriela, Convento Huexotla. Reflejo de la rústica franciscana, México, Plaza y Valdés, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p. 50.

Valle Pérez, Perla, Memorial de los indios de Tepetlaoztoc o códice Kingsborough, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Etnohistoria, número 263, 1993.

Vargas Llosa, Mario, Literatura y política, presentación de Rafael Rangel Sostmann, prólogo de Raymond L. Williams, México, Instituto de Estudios Superiores y Tecnológicos de Monterrey, Ariel, Cátedra Alfonso Reyes, 2001.

Vargas Lugo, Elisa, La iglesia de Santa Prisca de Taxco, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1982.

Von Wobeser, Gisela, El crédito eclesiástico en la Nueva España Siglo XVIII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Coordinación de Humanidades, 1994.

Wells, Herbert, George, La máquina del tiempo, traducción de Nellie Mansó de Zúñiga, Barcelona, Editorial Bruguera, colección Todolibro, número 47, 1981.

Zerón Zapata, Miguel, y Fernández de Santa Cruz, Manuel, La Puebla de los Ángeles en el siglo XVII, crónica de la Puebla, prólogo del P. Mariano Cuevas, SJ, México, Editorial Patria SA, 1945.

Curriculum vitae.

Nací en la ciudad de México en febrero de 1959, siendo mis padres el ingeniero Silvestre Revueltas Estrada y la maestra Perla Valle de Revueltas. Ingresé a la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco en septiembre de 1977, dejando inconclusos los estudios de la licenciatura en ingeniería ambiental. Asimismo, concluí los estudios de la licenciatura en sociología, dentro de la UAM, habiendo tenido entre otros profesores de memoria al licenciado Alejandro del Palacio, al Dr. Sergio López Mena, al Dr. Francisco Székely, y a la Dra. Matilde Espinosa.

En 1987 comencé los estudios en la maestría en planeación metropolitana, también de la UAM-A, por la que recibí la Medalla al Mérito en 1990. Asimismo comencé los estudios de posgrado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1995 ingresé como estudiante del posgrado en Diseño en la línea de Estudios Urbanos, con área de concentración en Historia Urbana del que la presente tesis es resultado.

Dentro de la UNAM tuve la fortuna de contar con maestros de la talla de los doctores Eva Alexandra Uchmany, Antonio Rubial, Elsa Cecilia Frost y Joaquín Sánchez Mc Gregor.

He sido profesor en la Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán de la UNAM, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-A, en la División de Ciencias y Artes para el Diseño también de la UAM-A, y en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Estado de México. Fui miembro de la COPLAN de la UAM Azcapotzalco por nueve años.

He presentado trabajos de investigación en seminarios diversos, en especial los de Historia Urbana de Campiñas y Natal, en Brasil, así como en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Actualmente soy profesor investigador de tiempo completo, titular "c", adscrito al Departamento de Investigación y Conocimiento para el Diseño dentro del Área de Hábitat y Diseño, de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM Azcapotzalco.